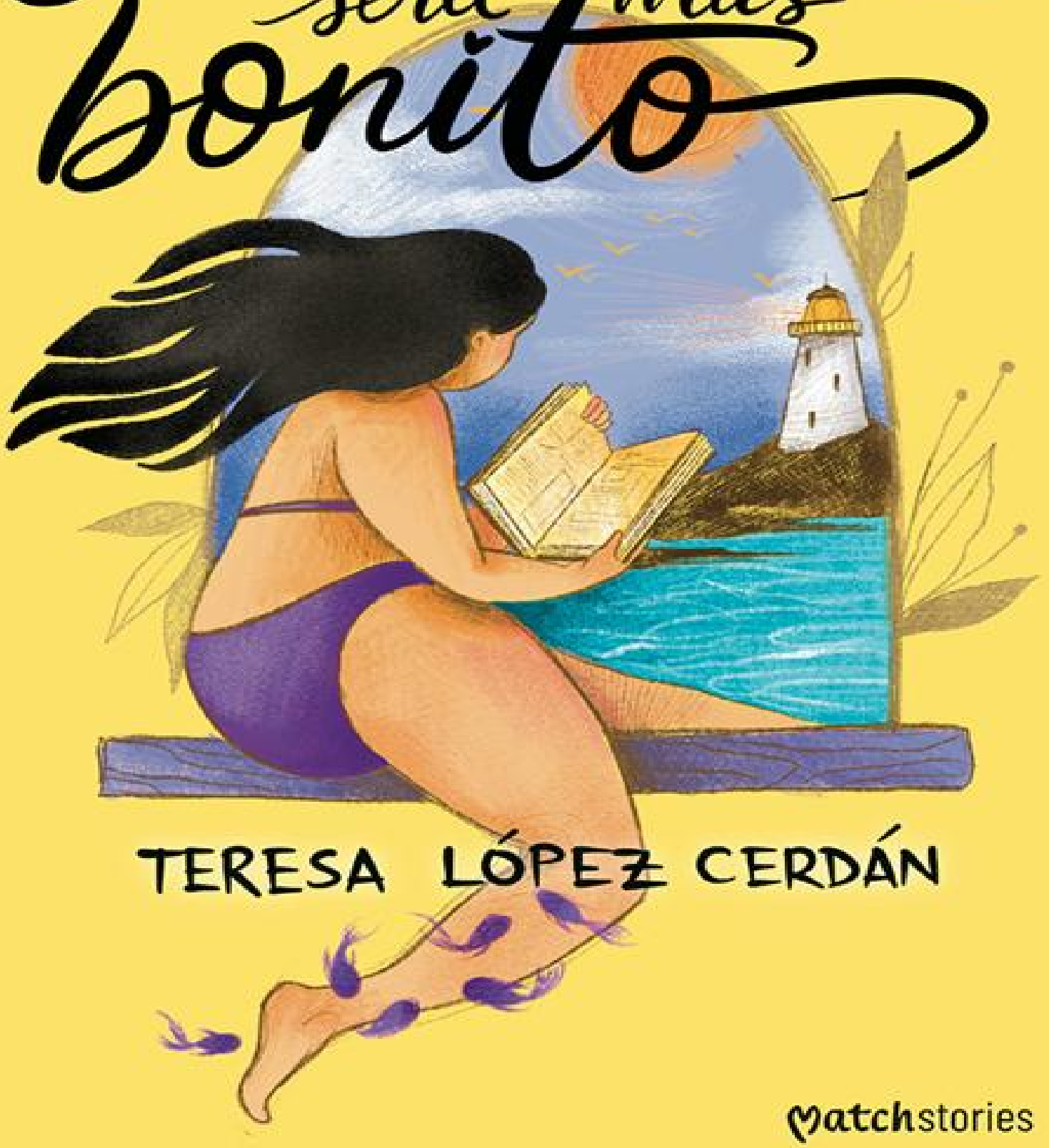
Mañana será más bonito



TERESA LÓPEZ CERDÁN

matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1. Bienvenidas al peor momento de mi vida

2. Bienvenidas al mejor momento de mi vida

3. Soñando, soñando..., jamás triunfaré porque no sé patinar

4. La novedad me pone un poco cachondo

5. Y, si no, ¿qué?

6. Por lo visto, mi jefa no se parece en nada a Michael Scott

7. Las notas ya están

8. Igual trabajar no es lo mío

9. La Oreja de Van Gogh tiene canciones para todas las ocasiones

10. Y hasta los ojitos los tienes moraos de tanto sufrir

11. Resumiré, para que no me odiéis

12. Considérenme experto lavavajillero

13. Me he duchado, quiero mi gomet

14. No todo en esta vida va a ser trabajar, ¿no?

15. ¿Qué hago con mi vida?

16. Canario soy, traigo salsa con reguetón

17. Acompáñame a buscar trabajo por primera vez en mi vida

18. La vida trabajando en un hotel no está tan mal

19. ¿Vosotras también tenéis caca mala cuando tenéis una entrevista de trabajo?

20. Me tendría que haber metido a animador en vez de a cocinero

21. Que me voy a Lanzarote a trabajar

22. Comida con la mujer más guapa de la isla

23. Jamás hice unas maletas tan feliz

24. Vamos a la playa, a mí me gusta bailar

25. Volare, oh, oh

26. ¿Por qué no entro en el agua si soy un chico isleño?

27. Nueva vida, nueva Yaiza

28. Nuevo día en las cocinas, nuevo logro desbloqueado

29. ¿Alguien leía la revista Súper Pop? Pues tierra, trágame

30. Día libre, supongo

31. La habitación de Pin y Pon era más grande que la mía

32. Miramos, pero no juzgamos

33. Son las cinco de la mañana y he dormido todo

34. Miramos, juzgamos y nos descojonamos

35. No sé ni dónde estoy, ayuda

36. ¿Alguien ha puesto droguita de la felicidad en los conductos de ventilación de las cocinas del hotel?

37. El agua salada lo cura todo

38. ¿Sabéis qué se me da genial además de cocinar? Cotillear

39. Última noche antes de mi nueva vida

40. Llamadme Linguini, pienso ser el mejor cocinero y encima en francés

41. Me siento como Mulán cuando entra en el campamento para prepararse para la guerra

42. Es oficial: no quiero fregar más platos

43. La mili era menos dura que esto seguro

44. Habrá que salir de fiesta

45. Odio salir de fiesta

46. Get ready with tu canario favorito

47. Una vez más: todo es peor pensarlo que pasarlo

48. Si estalla una guerra mundial, yo voy en el bando que haya elegido María, sea el que sea

49. Dios reparte los talentos de forma superinjusta

50. A veces aguantar a gente borracha no es tarea sencilla

51. Spy Kids no nos mete mano

52. Es un secreto entre la playa, ella y yo, y María y Juan Manuel

53. Sin comentarios

54. A la luz del día todo se ve mucho más claro

55. No he ido a cenar porque no tengo hambre

56. Me está evitando y se cree que no me doy cuenta

57. Jack Sparrow, who?

58. Menudo día de mierda

59. Foco, Yaiza, tienes que tener foco

60. Los días de mierda no siempre son de mierda todo el día

61. No pienso dar las gracias a nadie por dejarme cantar canciones

62. Tambor, tambor, tambor de mi madre tierra

63. Si al final hasta me va a gustar bailar

64. Mesa para dos

65. Que alguien me pellizque, no entiendo nada de lo que estoy viviendo

66. Qué mal se me da utilizar la cabezay no el estómago

67. Nunca me había sentido así

68. Vamos a intentarlo, por primera vez, de verdad

69. Hoy nadie se ha reído de mí en clase, vamos bien

70. La semana más larga de mi vida

71. Hoy es el día, rezad por mí

72. Ojitos de turista

73. Podría acostumbrarme a esto

74. El mejor pinche que vas a ver en tu vida

75. Qué divertido es este trabajo, chicas, me lo estoy pasando bomba

76. El verano es la mejor estación del año y de ahí no me saca nadie

77. Pues igual sí que me gusta un poco

78. Como alguien no me sujete los pies echo a volar

79. Estoy montando unas expectativas que están quedando divinas

80. Hoy madrugar no duele nada

81. No me habían querido en mi vida

82. ¿Puede el día de hoy no terminar nunca? Por favor y gracias

83. La playa más bonita del mundo

84. Pues se ha quedado buen día, ¿no?

85. No sé quién es esta, pero no soy yo

86. Pueden llamarme el rey de las verduras si así lo desean

87. Sombra aquí, sombra allá

88. El amarillo es mi nuevo color favorito

89. Ya sabéis lo que viene ahora, no os hagáis las disimuladas

90. Qué bien follar

91. Creo que es la primera vez que no pienso mientras lo hago

92. No quiero volver a ir a trabajar nunca más

93. Que alguien pare el tiempo, por favor

94. No todo puede ser siempre de color de rosa, ¿no?

95. No sé ni qué escribir

96. La he cagado, soy consciente

97. Vamos a Recursos Humanos

98. Dos tontos muy tontos

99. Casi que ni piso mi habitación

100. El mejor plan para el último día

101. Los rescatadores del medioambiente nos llaman

102. La importancia de cuidar el presente para que te queden recuerdos increíbles en el futuro

103. El destino ha hablado

104. Despedirme de María es la cosa más difícil que he hecho en mi vida

105. Ahora entiendo el dramón que montan los de los realities cuando se despiden

106. La última noche

107. Mañana será bonito

Epílogo

Agradecimientos

Banda sonora

Biografía

Créditos

MAÑANA SERÁ MÁS BONITO

Teresa López Cerdán

matchstories

A Isabel,
porque, sin ti, yo no.

1

Bienvenidas al peor momento de mi vida



Me duele la tripa, me duele la tripa muchísimo. Tengo ganas de vomitar, de hacer de vientre, de arrancarme la piel a tiras. Tengo ganas de cualquier cosa menos de enfrentarme a lo que debo enfrentarme en un par de horas, más o menos.

Me van a dar la nota de la oposición a la que me he presentado, por tercera vez consecutiva. O apruebo o lo dejo. Es así de sencillo, no puedo más.

Desde los dieciséis años estudiando como si no hubiera un mañana, desde los dieciséis años cortando mis impulsos, desde los dieciséis años pegada a una silla como si fuera una extensión más de mi cuerpo.

Hace tiempo que perdí la cuenta de la cantidad de planes a los que he renunciado, de las personas a las que no he conocido por vivir encerrada en mi cuarto, de los lugares que no he visitado, de los perreos de madrugada que no he sudado, de los paseos con mis padres y mi hermana que no he compartido.

En mi casa les encanta salir a caminar, es como una rutina instaurada desde que tengo uso de razón; cuando llega la noche, antes de cenar, todo el mundo sale de mi edificio con ropa de deporte para recorrer las calles del pueblo. A buen ritmo, ¿eh?, nada de ir como si caminaras tranquilamente por un paseo marítimo.

La que marca la velocidad es mi madre; ella siempre parece que llega tarde, aunque se dirija a comprar el pan y aún queden dos horas para comer. Siempre va deprisa, parece que le falta calle; tiene unos andares inconfundibles. Es como que se recoge el cuerpo, como si se lo apretara para que no se le escapase nada, agarra su bolso con fuerza y, como si tuviera un compromiso a vida o muerte, arrasa las aceras.

Mis padres trabajan, los dos. Mi madre es un huracán y mi padre es un lago cristalino. No sé cómo explicarlo, pero encajan. Ella vuela y él la sujeta. Él se paraliza y ella lo moviliza. No se dedican grandes gestas románticas, pero siempre están el uno pendiente del otro. Si no eres una persona observadora, puede que se te pase por alto, pero, cada vez que acontece un mínimo detalle que pueda desestabilizar al uno, el otro ya está ojo avizor midiendo las posibles consecuencias por si tiene que sostener, esperar o atacar. Son un engranaje que funciona; de hecho, no creo que el uno supiera vivir sin el otro.

Ella trabaja en la recepción de una clínica dental, y él, en una empresa de repuestos de coches. En casa nunca ha habido mucho dinero, pero tampoco nos ha faltado nada. Ya se han encargado ellos de que así sea.

Mi casa es ruidosa, mucho, gracias a mi madre, que no sabe hablar sin que todo el vecindario se entere de qué se le pasa por la mente, y a mi querida hermana, que ha heredado exactamente el mismo don. A las dos les gusta ser escuchadas; no lo digo como

algo negativo, que conste, me inspiran cierta envidia: siempre con el genio por delante, con esa energía desbordante, con esa risa escandalosa que a unos espanta y a otros obliga a reírse con ellas. Rubias explosivas de melena rizada, llegan a un lugar y sabes que están ahí.

Mi padre y yo somos más bien lo contrario. Comedidos, discretos. No llegamos a un lugar y la gente nos mira, no paramos los relojes con nuestra presencia. Pelo negro, lacio, liso.

Podría parecer que no encajamos, pero para mí no hay casa como la mía. Con «casa», me refiero a mi hogar, a mi familia, no solo a las paredes.

Y ahora mismo solo puedo pensar en no decepcionar a toda mi casa.

Otra vez.

2

Bienvenidas al mejor momento de mi vida



Eh..., bueno, esto es raro.

No sé qué escribir.

Empezaré por un... «¡Hola, me llamo Aday!».

Me encantan los signos de exclamación.

Parece que estoy contento y todo.

Bueno, es que realmente lo estoy.

Qué chacho.

Esto es ridículo.

Mira, si sigo escribiendo así,

parecerá que estoy escribiendo poesía.

Me parto los cojones.

Perdón, me centro.

¡¡¡Tengo trabajo!!! Después de una época de mierda, lo he conseguido, me han pillado en un hotel de la isla para currar de... ¡¡¡friegaplatos!!! Empezamos poco a poco, mi gente, no hay que tener prisa.

¿Algo más canario que no tener prisa? No lo creo. Perdón por el tópico, pero definitivamente yo cumplo con él. Me gusta vivir en *slow motion*.

Mi sueño es ser cocinero. ¿Desde cuándo? Desde la semana pasada. Al parecer, para ser feliz tienes que tener sueños y objetivos. Es algo que nunca ha ido conmigo, pero, bueno, caeremos en las garras del capitalismo imperante, que para mantenernos en movimiento nos engaña con movidas así.

Todo el mundo me pregunta por lo mismo, así que he acabado mintiendo un poco.

«Tienes que tener aspiraciones, Aday», «¿No hay nada que te haga feliz, Aday?», «¿No hay algo en el mundo que te motive?».

No trabajar y disfrutar de mi isla, pero al parecer eso no cuenta como objetivo vital, así que me he tirado por lo de ser cocinero, que definitivamente no es algo que odie; la cocina siempre me ha gustado, me ha mantenido atento y distraído. Según mi familia, no lo hago del todo mal, así que, para tener contento al personal, me he sacado lo de que quiero ser cocinero de la manga y ya he dejado a la gentucilla medio tranquila.

Voy más perdido que un guiri intentando llegar a Papagayo, pero, bueno, me iré encontrando, supongo.

Para las que no hayan pisado el paraíso, Papagayo es una playa que tenemos aquí en Lanzarote a la cual tienes que llegar en coche (lo puedes hacer a pie también, pero prepárate para sentir que andas por el desierto durante kilómetros) por un sendero sin asfaltar poniendo a prueba los bajos de tu vehículo, porque no cualquiera aguanta el caminito de tierra, pero merece la pena, vaya que si la merece.

Así que asumo que estoy en ese punto, en sentirme un godo que va a pie hacia un atardecer en Papagayo. Será duro, pero merecerá

la pena.

Es que vivo en el jodido cielo, y no lo digo por decir. Lo digo porque lo siento, creo que soy un tipo feliz porque he nacido aquí. Tengo todo lo que necesito: mi gente, mis playas, mis rutas volcánicas, mis turistas dispuestas a vivir intensos romances canarios... ¿Qué más necesito?

Un curro, desgraciadamente, pero eso ya lo hemos apañado.

Entro a trabajar en un señor hotel de la costa y con eso ya me doy con un canto en los dientes. Llevaba en paro un par de años y tenía a todo el mundo con las uñas fuera. Soy una persona que se rige por la ley del mínimo esfuerzo; dicen que soy un conformista, pero en realidad soy un conformista supersimpático, que es lo que de verdad importa.

3

Soñando, soñando..., jamás triunfaré porque no sé patinar



—Yaiza, ¿puedes parar de dar vueltas? Pareces una peonza. Pase lo que pase, va a estar todo bien.

—No, mamá. Pase lo que pase no va a estar bien. Si apruebo, estará bien, pero, si no lo hago, se acabó.

—No digas tonterías.

—No son tonterías.

—Vas a aprobar.

—Eso creíamos también las dos veces anteriores.

—Pero ahora es distinto.

—¿Por qué?

—Porque lo noto.

No sé qué ha notado mi madre de distinto, pero esa última frase la pronuncia mientras enciende una vela a una estampita de san Pascual, su santo de confianza. Así que, bueno, si tan segura está, no sé por qué tira de ritual eclesiástico.

¿A quién quiero engañar? Yo también he intentado negociar con san Pascual. Negociar, amenazar, suplicar... He tenido más conversaciones con él en los últimos meses que con mis amigas, sinceramente.

¿Soy una persona creyente? Creo que no, pero vivimos en la calle San Pascual y, bueno, a base de celebrar el 17 de mayo con la familia año tras año, pues una ya se aferra a cualquier cosa cuando lo terrenal se le queda corto.

—Has encendido una vela.

—Nunca está de más.

—Eso es porque no confías.

—La que no confía eres tú.

—No quiero volver a pegarme la torta.

—Si te la pegas, nos la pegamos todos, no pasa nada.

—Uy, sí, mamá, qué alivio.

—¿Te preparo una tila?

—¿Con diazepam?

—¡Yaiza!

—Perdón, me voy a mi habitación.

—¿Nos vamos a caminar?

—No, mamá. No nos vamos a caminar, porque quiero tener buen acceso a Internet para cuando saquen las notas.

—Yaiza, quedan poco más de dos horas.

—Por si acaso.

Me meto en mi cuarto a hacer la más absoluta nada. Enciendo mi portátil, que va a pedales, abro *Los Sims* y los cierro porque no me puedo concentrar. Me tiro en la cama, me pongo los auriculares para hacer una meditación guiada a ver si consigo relajar las pulsaciones y me levanto a los dos minutos. Casi de manera inconsciente, me arrodillo a los pies de la cama para rezar y, antes de empezar, me

pregunto qué mierdas estoy haciendo, así que me pongo de pie de nuevo y vuelvo a caminar de forma compulsiva por la habitación. Una vez vi en *Merlí* (ya veis, una mujer culta allá donde las haya) que los peripatéticos pensaban mientras caminaban; a ver si con suerte yo consigo dejar de pensar haciendo exactamente lo mismo.

—Pareces un mono enjaulado, ¿te puedes estar quieta?

—No me toques los ovarios, Nuria.

—Yaiza, apruebes o no apruebes, ya está decidido, así que relájate, que por más nerviosa que te pongas no va a cambiarte la nota. Quien te la haya puesto ya lo ha hecho.

—Qué fácil lo ves ahora, ¿no? Porque, con la nota del TFG, a ver quién te aguantaba, guapa.

—Por eso te lo digo, por experiencia. No sirvió de nada el sufrimiento, saqué lo mismo que iba a sacar, pero pasándolo mal.

—Déjame en paz.

—¿Qué vas a hacer si suspendes otra vez?

—Nuria, a la próxima no respondo.

—Te lo estoy preguntando en serio. Que yo espero que apruebes, pero ¿si suspendes? Algo tendrás que hacer, ¿te vas a presentar de nuevo?

—Ni de broma.

—¿Y todos los años que llevas estudiando? ¿A la basura?

—A la basura.

—No te lo crees ni tú.

—Que me dejes en paz, vete.

—Yo me cogería una mochila y me iría por ahí a viajar.

—Claro que sí, la Sofía Surferss del barrio obrero eres tú.

—Si tuviera dinero, viajaría.

—Pero no lo tienes, así que deja de decir sandeces.

—Uy, sandeces y todo, qué agresiva está la princesa.

—¡Mamá! Dile a tu hija que se vaya o no respondo.

—¡Nuria, deja a tu hermana en paz! ¡Ven aquí a ayudarme un momento!

—Desfila.

—Si suspendes, yo te regalo la mochila.

—Eres una estúpida.

Y mi portazo da por finalizada la conversación.

4

La novedad me pone un poco cachondo



Me encantan los cambios, los comienzos, empezar de cero, conocer a gente nueva, aprender cosas, meterme a la peña en el bolsillo.

Me despierto la mañana de mi primer día de curro sin necesidad de oír el despertador. Salto como un resorte de la cama, me doy una duchita con el gel de coco del Mercadona que me vuelve loco (eh, sin haberlo deseado he hecho un pareado, soy un poeta), me recorto la señora barba, me pongo un poquito de cera en el pelito, pillo una bermuda y una camiseta básica del armario —que nunca fallan— y dirección al lugar en el que pasaré cuarenta horas a la semana de forma indefinida. Abro la puerta para salir a la calle y...

—Aday, las llaves del coche.

—Uh, cierto. Gracias, ma, eres lo más bonito de toda la isla.

—Te he preparado café.

—¿Sabes qué te he preparado yo? Una ristra de besos recién sacados del horno, pa ti na más.

—Qué zalamero eres. Anda, tira.

—Deséame suerte.

—No la necesitas.

—Es verdad, la gasté toda cuando elegí que fueras mi madre.

—Este chico...

—Te quiero, ma, nos vemos esta noche.

—Pórtate bien.

—¿Es que yo sé portarme de otra manera?

—Anda, tira.

Ahora sí, llaves en mano y sabiendo que dejo a esa mujer con una sonrisa en los labios, vamos a trabajar.

Para ello tengo veintidós minutos en coche según Google Maps. Elijo bien la musiquita que me va a acompañar para entrar en el *mood*. *No hace falta ná*, de Orishas, es la afortunada que empieza a sonar a través de los altavoces de mi nave.

Tardo poco en desdibujar mi vida y empezar a disfrutar de lo que este pedazo de tierra me regala; un mar de roca negra me rodea, mire hacia donde mire. Me encanta esta carretera; tiene alguna que otra curva, pero no me importa lo más mínimo. Recorrer este asfalto me deja la mente en blanco; me encanta conducir y, si es con bonitas vistas, el placer se multiplica.

Me parece que hay algo poético en esto de haber nacido en una isla, es como ser más afortunado que el resto (y más en una isla como Lanzarote, si me permiten). ¿Cuáles eran las probabilidades? Somos unos ciento sesenta mil habitantes aquí y en el planeta hay ocho mil doscientos millones.

Efectivamente, chico con suerte.

Mar, atardeceres (como si en el resto del mundo no atardeciera, ¿sabes?), gente estupenda, forjados por el fuego de un volcán.

Somos como el anillo de poder para gobernarlos a todos.

Las casitas blancas salpican el paisaje, cruzo varios pueblos antes de llegar a Costa Teguise, donde se encuentra mi hotel, y llega un

momento en el que ni siquiera sé hacia dónde estoy yendo, simplemente observo y noto cómo mi corazón bombea tranquilo.

5

Y, si no, ¿qué?



Me debato fuertemente entre cargarme de optimismo y bañarme en el pesimismo más absoluto. Mi hermana dice que hay que proyectar, que, si proyectas, atraes.

También te digo que eso de proyectar se lo ha sacado de TikTok, porque la tía no hace otra cosa. Dice que, si tú piensas cosas buenas, las cosas buenas vendrán a ti, pero, en mi opinión, si proyectas cosas buenas y luego te vienen malas, la caída duele el doble.

Así que voy a hacerme a la idea de que he suspendido y ya está. Si luego apruebo, pues me llevo una alegría.

Necesito aprobar.

Pero... ¿y si no?

Si no, no lo sé. De verdad que no tengo ni idea. No quiero volver a estudiar, no quiero volver a pasar por este infierno. No quiero renunciar a mi vida otra vez.

Desde que entré en la carrera han pasado catorce años, que se dice pronto. Desde el primer día encerrada, desde el primer día

dando el callo, desde el primer día renunciando a todo.

Me encantaría no quejarme, me encantaría deciros que es algo que disfruto y abrazo, me encantaría no parecer una niñata que solo sabe lamentarse, pero creo que estoy al límite. Mi mente está delante de un abismo y, como me digan que no, creo que se lanza al vacío.

Os prometo que no me considero una persona quejica, pero últimamente no me reconozco ni yo.

Los años en la facultad fueron tiempos de estudio, pero ahí estaba el verano, ahí estaban las fiestas de fin de semana, el apoyo colectivo, el sentir que no estás sola. Luego llegó el momento de elegir rama y cada una tiró en una dirección.

Derecho no es una carrera sencilla, pero, si le echas tiempo y dedicación, te la sacas. Yo soy una mujer muy trabajadora (no sabéis lo que me ha costado escribir esto; de hecho, lo he borrado dos veces y lo acabo de volver a escribir porque, sencillamente, es verdad, ya está bien de no reconocerme a mí misma las cosas positivas) y me la saqué cuando tocaba con notas bastante destacables, pero mi sudor y mis lágrimas me costaron.

Opositar para jueza no está siendo fácil, está siendo un maldito infierno.

Siempre la mejor, siempre luchando por el pódium, siempre dando el doscientos por cien. Por mis padres, por mi hermana, por mí misma. Siempre con las exigencias en primera línea, más por mi parte que por la suya. Pero es que... ¿cómo es eso de oír a tu padre decir...?

—¿Mi Yaiza? Mi Yaiza es una máquina, va a llegar a donde se proponga, estamos muy orgullosos de ella.

Pues igual no, papá. Igual no soy capaz de llegar a donde proyecté (o proyectamos), igual no soy tan lista, igual no soy tan

inteligente, igual no soy la mejor.

El primer suspenso se entendió.

—Hija, nadie aprueba a la primera, no pasa nada.

—Eso, tú te has presentado por probar.

Pero en tu fuero interno sabes que, por probar, nada; que te has presentado con la esperanza de aprobar; que hay compañeros que te llevan años de ventaja y es posible que no, pero ¿y si sí?

La segunda vez nos sorprendió más a todos, por culpa mía, por supuesto.

—Creo que he aprobado. No quiero cantar victoria, pero tengo muy buenas sensaciones.

Y las sensaciones se fueron al garete, porque de qué sirve que tú lo hagas bien si tu competencia lo hace mejor.

No estás a la altura, no lo estabas.

Y ahora llega la tercera, se supone que la de la vencida, pero esta vez la que no confía soy yo. Todo el mundo cree que voy a aprobar; sé que genuinamente todos saben que esta sí, que esta es la buena, he visto la botella de champán que han guardado en el frigo, detrás de la caja de fiambre.

Yo quiero creerlo también; necesito creerlo, más bien. Porque si no... Si no, no lo sé, pero tengo treinta y dos años, la próxima convocatoria igual es dentro de cinco y, de imaginarme hasta los treinta y siete renunciando a mi vida de nuevo..., se me ahoga el pecho.

Es esta, tiene que serlo.

Y si no... Si no, me meto dentro de la mochila que me quiere comprar mi hermana, cierro la cremallera por fuera y me dedico a hibernar hasta que se me pase el disgusto.

6

Por lo visto, mi jefa no se parece en nada a Michael Scott

Aparco mientras termina de sonar *La morocha*, de Luck Ra. Esta canción siempre me pone de tan, pero de tan, buen humor que bajo hasta medio bailando del coche. ¿Os he dicho ya que me encantan los comienzos?

Alzo la vista y me encuentro con un edificio por delante del cual habré pasado en varias ocasiones; la isla no es muy grande y me la he recorrido entera demasiadas veces. Se levanta estoico, imponente, gigantesco.

Hay tráfico de gente, maletas, vehículos aparcando, ruido de cholas contra el asfalto...

Paso hacia dentro por la puerta giratoria y, ¡bum!, el hotel más grande que he visto en mi vida se despliega ante mis ojos. Nunca he sido yo muy de escribir y se me va a hacer complicado hacerles entender, pero voy a intentarlo.

Es enorme, en la recepción hay como ocho personas atendiendo clientes sin parar, una barra de bar en forma de cuadrado en el

centro, un piano de cola, escaleras de caracol de madera en todas las direcciones (ni Hogwarts se atrevió a tanto), tres plantas a simple vista, ascensores de cristal, al fondo... ¿cuatro piscinas? Y es solo lo que alcanzo a ver desde la entrada.

—¿Lo puedo ayudar en algo?

—Ah, sí, claro. Soy Aday Carrera, hoy empiezo aquí.

—Pues bienvenido, compañero. Hoy el hotel está tranquilito, te llevo a Recursos Humanos.

—¿Tranquilito, dices?

Digo esto caminando tras el muchacho que me acababa de llamar «compañero». Debe de tener unos diez años menos que yo y está fuerte, el cabrón.

—Chiquito jaleo se arma aquí en agosto.

—¿Más que ahora?

—Ahora es todavía temporada baja.

—Pues menos mal. ¿Tú trabajas aquí?

—Qué va. Yo vengo a modo ONG, a echar un cable a los turistas perdidos.

—Perdona, loco, que estoy un poco nervioso.

—Es tu primer día, es normal.

—Qué va, suelo llevar bien los cambios y eso.

—Te habrá abrumado un poco lo grande que es esto.

—Será eso... ¿Y tú aquí qué haces?

—De todo. Lo mismo te animo la piscina que bailo con los niños en la discoteca *light*, te hago un musical o una clase de aquagym.

—Chos, casi nada.

—¿Tú de qué vienes? ¿Animación?

—No, no, me meto en la cocina.

—Suerte, entonces.

—¿Por?

—Tienes a la generala al mando, pero no te hago *spoiler*. Mejor que la conozcas en persona.

—No me asustes. ¿Se puede saber cuánto más tenemos que andar?

—Ya te harás al hotel, los primeros días es... un poco lioso.

—Esto parece el laberinto del Torneo de los Tres Magos.

—Más de treinta y soltando referencias de Harry Potter, ¿en serio?

—Y todavía viviendo con mi madre..., un partidazo, vaya.

—Ya veo, ya. Bueno, un placer, Aday Carrera.

—No me has dicho tu nombre.

—Juanma.

—¿De la isla?

—Arrecifeño de pura cepa.

Llama a la puerta, la abre y se marcha en la dirección contraria. Les juro que hemos andado como diez minutos, hemos cogido como tres ascensores distintos y, si alguien me pidiera ahora mismo que volviera a recepción, no sabría deshacer siquiera los últimos treinta segundos.

Encima, a la jefa ya me la han pintado mal.

Quizá los principios no me gustan tanto.

—¿Aday Carrera? Pase, por favor.

7

Las notas ya están



No pasa nada, Yaiza, no pasa absolutamente nada. Si suspendes, pues ya está, el mundo no se acaba, la vida no se termina, encontrarás tu camino lejos del poder judicial, te vas de Interrail, llevas el currículum al Ale-Hop o te piras a Latinoamérica y te abres un chiringuito en una playa paradisíaca. No tengo ni idea de cocinar, me da miedo el aceite caliente. Bueno, pues un chiringuito solo de bebidas... Qué estoy escribiendo, por el amor de Dios. Perdón, juro que no estoy loca. O sí. Ya no sé nada.

Vas a aprobar, lo sabes, en tu fuero interno sabes que sí.

¿Y si no?

¿Mi DNI? ¿Cuál era mi DNI?

—Yaiza, son las doce en punto, ¿estarán ya las notas?

—Aún no han dicho nada, mamá.

Mentira. Mentirosa. Trolera. Falsa. Infame.

Lo tengo que ver sola, voy a suspender. No, no lo quiero ver sola.

—¡Nuria, ven!

—Ahora va a ir tu padre.

—Nada, da igual, no vengas.

—Sí, sí voy.

—No, no vengas.

—Ya estoy aquí.

—Vete.

—Ya tienes la nota, ¿verdad?

—No la quiero ver.

—¿Y quieres que la vea yo?

—No, vete.

—Sí quieres, para eso me has llamado, venga, quítate.

—No, no quiero verla.

—Sea lo que sea, ya está decidido, quita.

—Que no me quito.

—Que te quites, pesada.

—Me quito.

—Eso.

—Dime tu DNI.

—468517...

—¿Sí?

—¿Cómo narices era mi DNI?

—¿Me estás vacilando?

—¿Y mi bolso? No tengo el bolso, lo he perdido. Sin el DNI no puedo ver la nota.

—Yaiza, está encima de la cama.

—Ay, es verdad, está aquí.

—46851729.

—¿Letra?

—G.

—De guarra.

—De guapa.

—¿Le doy?

—Dale.

—Voy.

—No, no le des.

—Le voy a dar.

—¿Le has dado?

—Le he dado.

—No quiero mirar.

—¿Dónde tengo que pinchar?

—Tienes que mirar donde está mi DNI.

—Vale, aquí.

—¿Qué pone?

—Sesenta y ocho.

—...

—¿Qué es sesenta y ocho?

—Sesenta y ocho sobre cien.

—Eso es casi un siete, ¿no? ¡¡¡Has aprobado, Yaiza!!!

—¿¡Cómo que ha aprobado!? ¡¡Ay, hija!! ¡¡Es que lo sabía!! ¡¡San Pascual nunca falla!! ¡Qué orgullosa estoy de ti! ¡Qué bien, cariño, qué bien! ¡Voy a llamar a tu padre! ¡Mi hija es jueza!

—Mamá, deja de gritar y no llames a nadie.

—¿Por qué no?

—¿Porque he sacado un sesenta y ocho sobre cien?

—¿Y qué pasa? Eso está muy bien, ¿no?

—Se aprobaba con un setenta y cinco.

—¿Has suspendido?

—¿Me podéis dejar sola?

8

Igual trabajar no es lo mío

Vale, no, perdón. No quiero sonar a vago de la vida, es solo que mi película favorita de la infancia era *El libro de la selva* y sigo con eso de buscar lo más vital, no más, lo que he de precisar y no más (también me encanta olvidarme de la preocupación).

Yo, si sacaba un seis y medio en el instituto, creía que me había esforzado un quince por ciento de más, jamás he aspirado a superar el cinco. Cuando algo no me interesa, no me gusta dedicarle tiempo ni esfuerzo.

¿El problema? Que pocas cosas son las que realmente me gustan. La cocina, la cocina sí que me apasiona, pero aquí dentro de la isla es complicado formarse. YouTube siempre ha sido mi mejor amigo, eso y las clases *on-line* de *MasterChef* que me regalaron hace varias Navidades; puede que crean que son una timada, pero no, se aprende mucho, de verdad se los digo.

Cada vez que tengo algo de dinero ahorrado lo gasto en comprar algún bicho nuevo para la cocina, tengo (casi) de todo. Cuchillos, amasadoras, cortapastas, *airfryer*, Thermomix, picahielos, picadora,

hervidores de bambú, rejillas para sushi... Me lo paso genial mezclando ingredientes, yendo a comprarlos al súper y buscando recetas por las redes o por cualquier libro de cocina que haya en casa (grandes infravalorados).

Hacer de eso mi carrera es algo con lo que siempre he soñado, pero nunca he hecho demasiado caso a mis sueños y jamás me he esforzado por conseguirlo. ¿Por vago? Eso dice mi madre, yo creo que más bien es por miedo, pero no nos vamos a poner profundos, que de ahí nunca sale nada bueno.

Oigo cómo la mujer de Recursos Humanos me hace un resumen sobre mis condiciones laborales, a saber:

1. Sueldo de mil quinientos cincuenta euros brutos al mes.
2. Cuarenta horas semanales dentro de las cocinas.
3. Horario rotativo de mañana y tarde, una semana un horario, la siguiente el otro.
4. Principal función: mantener limpia la cocina. Poner y quitar lavavajillas, llevar manteles y servilletas a lavandería, barrer y fregar cocina, sacar basura, reponer *stock* y fregar a mano lo que se tenga que fregar a mano.
5. Función secundaria: si se me necesita para cualquier otro menester dentro o fuera de la cocina, callarme la boquita, agachar la cabecita y hacerlo sin rechistar.

—¿Tienes experiencia en cocina?
—Sí.
—¿Titulación?
—No.
—¿Y entonces?
—Me defiendo bien guisando, pero soy autodidacta.
—Entiendo.

—Se me da bien de verdad.

—Sí, sí, pero, sin un título que lo acredite, poco podemos hacer.

—Si me dan la oportunidad, puedo demostrarles...

—Cariño, a mí no me tienes que demostrar nada. Yo te contrato para limpieza. Si en algún momento la jefa de cocina cree que vales para más, nos lo dirá, pero de momento esa no es tu función.

—Perfecto.

—Genial, pues échale un ojo al contrato. Si estás de acuerdo, firma en todas las páginas. Y si tienes alguna duda o comentario, me lo dices.

(Llega el momento de fingir que leo siete páginas aparentando que entiendo algo de lo que pone, echo un vistazo al tema del sueldo, del horario y las funciones, me parece todo correcto y procedo a firmar todo lo que me piden.)

—Listo.

—Muy bien, Aday. Aquí tienes tu uniforme y, si me acompañas, te llevo a los vestuarios de personal para enseñarte tu taquilla.

—Qué yanqui.

—No sé yo si tenemos tanto glamur.

Sigo a la buena mujer, la cual es agradable y maja, pero no puedo dejar de sentir que todo el mundo aquí dentro tiene un palo metido por el culo. Quien dice todo el mundo dice el Juanma ese y la mujer esta.

Volvemos a recorrer cuarenta kilómetros de hotel, escaleras, ascensores, pasillos...

—Disculpe, ¿tienen un mapa del hotel?

—¿Mapa del hotel?

—Sí, para ubicarme. Como tenga que hacer este recorrido yo solo todos los días, voy listo.

—En cuanto lo hagas un par de veces, ya verás que te acostumbras. Además, en principio tú solo vas a estar en este edificio.

—¿Cómo que en este edificio?

—Claro, al otro lado de la carretera hay tres más.

—¿Perdone?

—Cuando termines el turno hoy, si quieres, date un paseo por las instalaciones, ¿vale? Igual en recepción tienen un panfleto con algo parecido a un mapa. Es para que los huéspedes sepan dónde están las actividades. Cógelo si te ayuda, pero ya te adelanto que ahí no salen los pasillos que usamos el personal para ir más rápido.

—Algo es algo.

—Pasa por aquí, que ya hemos llegado.

Me enseña mi taquilla, me deja solo y me pide que me ponga el uniforme para llevarme a la cocina.

No me queda del todo mal, pensaba que iba a ser infinitamente peor, francamente. Pantalón de hospital de color blanco, chaquetilla blanca, rejilla azul y gorro blanco encima de la misma, zuecos blancos también de hospital y todo con la talla clavada.

—Me queda bien, ¿no?

—Te queda estupendo, muy profesional.

—El rey de los lavaplatos es mi segundo nombre.

Primera risa que arranco aquí. No todo está perdido.

—La cocina está justo al doblar la esquina.

—Menos mal que ese camino es fácil.

Segunda risa, estamos en racha.

—Pasa.

Y paso, vaya que si paso. Un golpe de calor me alcanza como si no hubiera un mañana la cara, el pecho, el pelo y el alma, si me aprietas.

Huele a especias, a carne asada, a verdura recién cortada, a brasas. Ante mí se despliega un equipo de unas veintitantas personas aparentemente sin ningún orden ni concierto.

Gritos de una punta a la otra, sonidos de ingredientes que aterrizan en sartenes con aceite muy caliente, cuchillos que cortan a toda velocidad, platos que impactan contra piedra, vasos que chocan contra metal, cubiertos que topan contra otros cubiertos, agua que cae a toda potencia contra el fregadero y la loza, agua que hierve, agua que resbala en forma de sudor por la frente de los que serán mis compañeros.

—¡Carne al punto hecha!

—¡Cuidado, que quemo!

—¡Se ha cortado la mayonesa!

—¡Detrás!

—Quiero cuatro bandejas de cebolla en juliana cortadas para ayer.

Esa última es la jefa de cocina, sin ningún tipo de duda. Alta y grande, como yo, vestida con el mismo uniforme, pero ella de negro. A pesar de lo voluminosa que se la ve parece que danza por la cocina como una bailarina de esas que hacen ballet en teatros enormes con telón granate.

Seria como nadie, va de un lado para otro dando órdenes, probando recetas, corrigiendo algunas con especias varias y, cuando lo hace, mira fatal al cocinero/a responsable. No dice una sola palabra de más, es la única que no grita. Es una mujer... imponente.

—¿Y este quién es?

—Aday Carrera, limpieza y mantenimiento, empieza hoy.

—¿Sabe de cocina?

—Dice que sí, pero no tiene titulación.

—Los títulos son solo papeles, no sirven para nada. ¿Ha trabajado antes en una cocina profesional?

—No.

—¿Por qué no? —Me mira directamente por primera vez, a los ojos; hasta ese momento hablaban de mí como si no estuviera delante.

—Porque no había tenido la oportunidad, señora.

—Aquí no soy ninguna señora, soy la chef. Y si te diriges a mí, será con esa palabra. ¿Sabes cocinar, tienes más de treinta años y dices que nunca has pisado una cocina profesional?

—Sí, chef.

—Vas tarde. Menos mal que solo vienes a limpiar platos. —Trago saliva—. María, el nuevo, tu responsabilidad.

—¡Oído, chef! —dice la que asumo que es María, sin levantar la cabeza de las cebollas que está cortando.

—¿A qué esperas?

—Eh... No sé, ¿qué quiere que haga?

—Que muevas el culo y te pegues a María. Lo que ella diga, lo haces. ¿Entendido?

—Entendido.

Deseadme suerte.

9

La Oreja de Van Gogh tiene canciones para todas las ocasiones



Suspendida. Suspensa. Otra vez.

A la tercera no va la vencida. Dios no ayuda a quien madruga.

Ni siquiera soy capaz de llorar. ¿Por qué no estoy llorando?

No me lo puedo creer, de nuevo el mismo infierno. No puedo seguir estudiando, con la mano en el corazón os lo digo, solo de pensar en sentarme de nuevo en una silla frente a los mismos folios bajo la luz de un flexo me entran ganas de llorar. Anda, mira, ya estoy llorando.

«Todo esfuerzo tiene su recompensa», «Persigue tus sueños», «Los sueños, si se trabajan, se cumplen», «Aguanta un poquito más, ya verás como esta sí».

Que nadie os engañe, la meritocracia es una estafa piramidal, queridas.

Soy tan idiota, es que no soy capaz de conseguir nada. Toda una vida sacrificándolo todo para aprobar un único examen y no he sido capaz de hacerlo, ni en tres intentos.

Ella, la promesa de su promoción. Ella, la niña lista que iba a llegar a donde se propusiera, la que iba a regalarles un viaje a sus padres con su primer sueldo, la que traería dinero a casa, la que tendría un pisito en Madrid y otro en primera línea de cualquier playa de Alicante. Ella encontrando el amor justo después de conseguir la plaza; ella independizada; ella feliz; ella levantándose cada día, poniéndose un traje del Zara distinto (si le cupieran), dirigiéndose al Ministerio de Justicia, el que está en la calle San Bernardo, después de haberse pedido un caramel macchiato y un sándwich de huevo en el Starbucks de plaza de España. (Soy solo una chica, me encantan los sueños de chica.)

Pero, no, nada de eso será así, porque he suspendido otra vez. Y al tribunal le dan exactamente igual mi esfuerzo, mi dedicación, mis horas, mi sacrificio. El tribunal solo quiere una nota final y mi nota final no ha estado a la altura, yo no he estado a la altura.

Quizá esto es un sueño, o una pesadilla, más bien, porque me niego a creer que vuelvo a la casilla de salida, al mismo lugar en el que estaba cuando acabé la carrera de abogacía con veintidós años. Solo que ahora tengo treinta y dos.

Sigo en casa de mis padres, sigo sin tener dinero en la cuenta del banco, sigo únicamente con un grado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid, sigo siendo la misma niña, pero con diez años más.

¿Quién me devuelve mi tiempo? ¿Quién me devuelve mis vivencias? ¿Quién me devuelve las ganas?

10

Y hasta los ojitos los tienes moraos de tanto sufrir



Para las incultas, el título es un trozo de la canción *María de la O*, chiquito temazo que mi madre escucha en bucle cuando está haciendo sus quehaceres por la casa.

He titulado así este capítulo en honor a mi queridísima compañera María, la cual va a pasar junto a mí el inicio de mi aventura en estas cocinas a las que ni Jordi Cruz les mete mano, que dicen que es el malo de la RTVE, pero eso es porque no conocen a la sargento que tenemos rondando por mis nuevos fogones. Mis nuevos fogones..., soy un osado.

—Aday, lavaplatos ya.

—¿Dónde?

—Detrás.

—¿Detrás de dónde?

—Detrás de la isla de atrás.

—¿Qué isla?

—La Gomera, no te jode. —Silencio, mirada de estupefacción—. La isla de la cocina.

—¿Hay una isla en la cocina?

—¿Estás vacilándome?

—María, te juro que no estoy entendiendo nada.

—¿No sabes qué es una isla?

—Un trozo de tierra en medio del mar.

—¡Una isla de cocina, merluzo!

—¡Aday, María! Primer día y ya perdiendo el tiempo. Como os vuelva a ver de cháchara, estáis fuera. Los dos.

Ahora María y yo tenemos que hablar con los ojos porque al parecer con la boca no se puede. También nos apañamos con susurros varios, porque el lenguaje no verbal a veces se nos complica.

—¿Qué es una isla?

—Te han dicho que te calles.

—Si no me enseñas, no aprendo.

—El mueble que tienes detrás.

—¿Y por qué se llama isla?

—Porque no está pegado a ninguna pared.

—Pues tiene sentido.

—Claro que lo tiene.

Por si hay alguien que no lo sepa, las islas de cocina existen. Son muebles que se encuentran en la misma y que no están unidos a ninguna pared. Metáfora perfecta, la verdad, porque son como un trozo de tierra en medio del mar, pero siendo un mueble en medio de la cocina.

Voy detrás de la isla y me encuentro con seis lavavajillas industriales. ¿Qué se supone que tengo que hacer aquí? ¿Llenarlos? ¿Vaciarlos? ¿Observarlos?

María ya me odia, así que me niego en redondo a parecer idiota por no enterarme de nada. Observar me parece una buena opción.

Me acerco a mirar uno a uno, y cada uno tiene la lucecita en un lugar distinto. Genial. Vuelvo a donde María.

—¿Qué tengo que hacer en el lavaplatos?

—Llenarlo.

—¿Con qué?

—Con la loza.

—¿Qué loza?

Como respuesta obtengo una mirada ladeada a lo que supongo que será una península, porque es igual que la isla, pero está pegada a la pared, por un lado. Con intención de hacerme el gracioso y ganarme a María, la cual por cierto es guapísima, suelto ese tremendo chiste que se me pasa por la cabeza.

—¿La de la península?

—Exacto.

—¿Se llama así?

—Claro.

—...

—Qué paciencia voy a tener que desarrollar.

La gente del mundo culinario al parecer es muy inteligente, querida lectora.

—¿Y cómo hago?

—¿No sabes poner un lavaplatos?

—Nunca he estado frente a uno profesional.

—Madre mía, nuevo... Me lo vas a poner difícil, ¿eh? No puedo perder el tiempo contigo.

—Pero la chef te ha dicho que te encargues de mí, ¿no?

—Sí, pero sin dejar de hacer lo mío.

—Aprendo rápido.

—Más te vale.

11

Resumiré, para que no me odiéis



Capítulo once del libro, solo me habéis leído llorando y quejándome. No soy así, no era así, dejaré en algún momento de ser así. No tengo claro el tiempo verbal que debería usar en esta frase.

La noticia de mi tercer suspenso llegó a la orilla de mi playa en el mes de abril, voy a ahorraros todo el momento traumático de compartir la noticia con mi padre, con mi madre, con mi hermana, con mis amigas, con mis abuelos...

En realidad, la noticia se la compartieron entre ellos, porque yo no salí de mi habitación. Estuve encerrada, casi sin comer, sin parar de llorar, sin pasar por la ducha y sin dejar de insultarme a mí misma más de dos semanas.

«Yaiza, estamos igual de orgullosos de ti, no pasa nada.»

«Yai, sal a dar un paseo conmigo, venga.»

«Hija, no pasa nada, en serio, seguro que encontramos la solución.»

«Tata, te he pillado la mochila de mochilera, te la dejo en la puerta.»

«He hecho carne empanada muy fina y muy tostada con patatas fritas, sal.»

«Hazme un muñeco de nieve; venga, vamos a jugar.»

«Ya está bien, sal ahora mismo de esa habitación.»

«Yaiza, me voy a enfadar como no salgas ya.»

Dieciséis días sin salir, más que para usar el baño cuando era estrictamente necesario y siempre intentando que fuera cuando no había nadie cerca. No voy a volver a escribir mi bucle mental, ya sabéis perfectamente cuál era.

¿Lo que peor llevaba? Tomar una decisión. Ninguna me venía bien. Me negaba a volver a estudiar y también me negaba a trabajar de cualquier cosa que no fuera ejerciendo de algo relacionado con la carrera de Derecho; tirar todos estos años de esfuerzo a la basura no era una opción. Y, para hacer una, tenía que hacer la otra.

¿Cómo mataba el tiempo dentro de mi cuarto? Usando TikTok, viendo series, jugando a *Los Sims*... Cualquier cosa que consiguiera apagar mi cerebro sin mucho esfuerzo por mi parte era bienvenida.

Notaba cómo mis padres estaban llegando al límite de su paciencia, pero tirar la puerta abajo no era algo que se plantearan; al final era su casa, y el pestillo de mi habitación no lo podían quitar sin entrar. Creo que nunca lo había usado, igual cuando me masturbaba de pequeña, pero muy pocas veces. En casa la intimidad siempre se ha respetado y una puerta cerrada todo el mundo entiende lo que significa (mi hermana no tanto).

Me llega un mensaje de WhatsApp suyo.

—¿Vas a salir algún día?

—No.

—Te echo de menos.

Ni respondo.

—Te hemos hecho una cosa.

Y me adjunta un archivo de vídeo. «Yaiza, te queremos», reza el título que lo acompaña. Quito el bloqueo del móvil que hace que no se pueda girar la pantalla y lo pongo en horizontal.

Lo primero que aparece es una foto de mi familia, mi padre, mi madre, mi hermana y yo, cuando éramos pequeñas, en Lanzarote. Fuimos porque mis padres hicieron allí, según ellos, el mejor viaje de su vida. Les costó muchísimo que mi madre se quedara embarazada; desde que se casaron hasta que me tuvieron, pasaron seis años, y no fue por elección propia: desde la primera noche intentaron concebir, pero no se daba.

Les dijeron que los dos estaban en perfectas condiciones para tener hijos y, sin embargo, el positivo en el Predictor no llegaba. No pudieron elegir ir por lo privado porque el dinero nunca ha sobrado en esta casa. Les dijeron que en la isla de Lanzarote había un pueblo milagroso, que allí todas las parejas que lo deseaban se quedaban encinta.

¿Que cómo se llama el pueblo? Yaiza.

Fueron sus días más felices como pareja, o eso recuerdan ellos. Creo que se habían dado por vencidos con lo de los hijos biológicos, se habían apuntado a la lista de espera para adoptar y allí simplemente se dedicaron a descansar. Siempre cuentan que fueron quince días de ensueño, que solo recorrían la isla, visitaban playas, paseaban de la mano, hacían el amor (dato que como hija no necesitaba conocer, pero que ellos siempre insisten en remarcar) y comían platos típicos del lugar.

Mi madre volvió de allí conmigo en la tripa. Allí sucedió «su milagro». Su milagro soy yo, ya hay que tener mala suerte.

Lo siguiente son más fotos de aquel viaje, mi hermana y yo en la arena, mi padre y yo comiendo helado, mi madre dándome una

lapa, los cuatro en la Cueva de los Verdes, los cuatro en el Timanfaya, los cuatro en los Jameos del Agua...

Después, un repaso por todos mis logros: yo en la graduación de la ESO, yo en la graduación de bachiller, yo en la graduación de la UCM...

Fotos con mis amigos, con mis abuelos, con toda la gente que me quería y me quería por ser yo, no por ser jueza, no por ser lista, no por ser la mejor. Solo por ser yo. A continuación, una a una aparecen todas esas personas diciéndome cuánto me quieren; a destacar el vídeo de mis abuelos en su salón, arreglados como si fuera domingo para ir a misa.

«Yaiza, cariño, los dos te echamos de menos. Queremos que vengas aquí a comer, que la comida de la abu todo lo cura. No pasa nada porque no hayas aprobado, ya aprobarás, y, si no te quieres presentar más, pues te buscas otro trabajo que no sea el de jueza; si será por trabajos, hay más trabajos ahí fuera que peces en el mar. El trabajo no lo es todo en la vida, hija. Tienes que aprender a salir ahí fuera y vivir la vida, que es muy corta. Te lo decimos nosotros, que no sabemos cuánto nos queda ya aquí.»

Qué pesada, mi abuela, con mencionar su muerte, de verdad. No entiende que no se van a morir nunca.

«Yai, escúchanos: a tomar por culo la oposición. Sal de esa puta habitación y bájate al Gruta a echarte unas cervezas con nosotras. Vamos a organizar un viaje para irnos todas juntas, ya verás como después lo ves todo más claro. ¡Yaiza, te queremos, Yaiza, vente!»

Mis amigas desde la terraza del bar al que tan pocas veces he ido en comparación con ellas.

«Yaiza, eres nuestro milagro, siempre lo has sido. Tu valía no depende de tus estudios, de tu trabajo o de tus notas. Eres nuestro faro, te necesitamos. Te queremos.»

Mis padres y mi hermana.

El vídeo termina con un vídeo de mí misma con siete años en la playa de Famara, en aquel viaje que hice con mi familia. Mi padre lleva la cámara, yo estoy sola en la orilla con un triquini amarillo de la Sirenita que recuerdo que me encantaba —llevaba en la braguita lentejuelas doradas—; era mi favorito, lloré muchísimo el año que comprobé que no me valía ya.

—Yaiza, ¿qué haces?

—Estoy en la playa buscando caracolas.

—¿Y por qué estás sola?

—Porque estoy feliz, papá.

—¿Estás feliz estando sola?

—Sí.

Mirada a cámara, sonrisa sin una paleta, que se me había caído, y mostrando todas mis caracolas con las dos manos.

Estaba feliz estando sola.

Ojalá vivir eternamente siendo niña.

12

Considérenme experto lavavajillero



Bajo control. Tengo a los lavavajillas atemorizados. No hay un lavavajillas en este mundo que no tema mi existencia. El ninja de la loza, me pueden llamar a partir de ahora.

¿Cuánto tiempo ha tenido que pasar para que aprenda yo a poner un lavavajillas en una cocina profesional? No vamos a hurgar en la herida, chicas, pero en mi defensa diré que no es tan intuitivo.

Las relaciones con el entorno van viento en popa. La chef ni me mira, María no me soporta y en la cocina no puedo hablar. Si no puedo hablar, ¿cómo se supone que voy a conseguir caer bien? Difícil, me lo ponen muy difícil.

—María, loza lista.

—Ya era hora.

—He tardado menos que nunca.

—Aún tienes que tardar menos. Saca la basura.

—¿A dónde?

—Llevas aquí dos semanas.

—Pero todavía no he sacado la basura.

—Pero sí has tenido tiempo de ver cómo la sacaban otros.

—¿Me lo dices ya o vamos a esperar a que Cersei Lannister nos asesine con la mirada?

—¿Acabas de llamar a la chef Cersei Lannister?

—Sería capaz de quemar esta cocina con fuego valyrio.

—Definitivamente. Anda, vamos, que te enseño.

¿Ven? Si me dejan caer bien, yo consigo cosas.

Ya sé hacer dos tareas. Sacar basura y poner lavavajillas, yo creo que en un par de semanas más me nombran jefe de cocina.

María está a tope pelando papas, así que voy a su verita para que me diga cuál es mi siguiente tarea.

—Ya he sacado la basura.

—Ahora friega la loza.

—Quiero cortar papas.

—Ni de broma vas a tocar un cuchillo en esta cocina.

—Quiero hacer cosas.

—Puedes limpiar.

—Más que limpiar.

—Ni de coña. Friega.

—Me aburre fregar.

—Me da exactamente lo mismo.

—Dame un cuchillo.

—Tú estás flipando.

—Dámelo, venga.

—Mira, si quieres perder tu trabajo, allá tú, pero a mí no me echan por tu culpa. A fregar.

—No quiero.

—¿Aday? ¿Me estás vacilando? —Aparta la mirada de las papas por primera vez desde que ha empezado la conversación.

—Por fin has levantado la vista. Qué guapa estás hoy.

—Eres un imbécil.

—Voy a fregar, cuando termine me paso a verte de nuevo.

—¿Tú te has quedado en los dos mil?

—Me he quedado en lo bonito que sonríes.

—No he sonreído.

—En mi mente, sí.

—Qué mal me caes.

—Esa sonrisa no dice lo mismo.

—¡A fregar!

—Sí, mi capitán.

—Capitana.

—Sí, mi capitana.

Poco a poco, chicas. En dos semanas me ha sonreído una vez y me ha mirado a los ojos otra. Creo que la tengo en el bote.

13

Me he duchado, quiero mi gomet

Después de ver ese vídeo salgo de la habitación. Están los tres delante de la puerta, mi madre, mi padre y mi hermana. Me deshago, simplemente me deshago en sus brazos. Lloro todo lo que tengo que llorar. Me purgo y me rompo.

—Está todo bien, está todo bien.

Solo oigo a mi padre repetir eso en bucle, no sabía que necesitaba tanto oírlo.

Les pido perdón, me dicen que no hay nada que perdonar y mi simpatiquísima hermana me suelta:

—Tata, te queremos mucho y todo lo que tú quieras, pero, por favor, dúchate, hueles a diablo.

Razón no le falta.

Cojo unos vaqueros, una básica, unas bragas, unas Converse y me voy al baño. Me doy una ducha de no sé cuantísimo tiempo. Dejo que el agua recorra mi cuerpo y con ella se lleve más que la suciedad que tengo pegada a la piel. Intento pensar que con ella

arrastra también mis pensamientos, que se marchan por el sumidero entre restos de champú y gel.

Qué bien sienta la higiene. Sé que suena a algo básico, pero, si alguien ha estado en la misma situación que yo, me entiende.

Tengo las ojeras marcadas y moradas, a pesar de que he dormido más de doce horas al día. Salgo con el pelo mojado y me los encuentro a todos en la cocina. Mi padre está haciendo filetes empanados.

—Papi, hambre no tengo.

—¿Quién te ha dicho que es para ti?

—Es carne empanada.

—¿Y?

—Que es mi comida favorita.

—Casualidad.

Me siento a la mesa, junto a mi madre y mi hermana.

—¿Cómo estás?

—En mi mejor momento, Nuria.

—Cariño, de verdad, ¿cómo estás?

—Triste, mamá, decepcionada conmigo misma, sintiendo que os he fallado a todos y que no tengo fuerzas para seguir, pero también me niego a parar después de tantos años invertidos.

—¿Y si paras, pero solo un poco?

—¿Cómo que «solo un poco»?

—Pues que te des un tiempo para poner cada cosa en su sitio, que no te cierres en creer que solo hay una salida.

—Mamá, es que solo hay una salida. Seguir estudiando.

—Pero no tiene por qué ser ya, haz un *break*, tómate un respiro, un tiempo antes de volver.

—Es que no sé si puedo volver.

—Ahora mismo está claro que no, hermanita, pero de aquí a que vuelvan a abrir convocatoria faltan años, porque te tomes unos meses libres no pasa nada.

—¿Y si luego no quiero volver?

—Pues no lo haces.

—Nuria, tampoco le digas eso.

—Coño, es verdad. Si de repente descubre que tiene otra vocación, pues que se lance a otra cosa.

—¿Con treinta y dos años?

—Papá, tú te has apuntado a *spinning* con cincuenta, no me jodas.

—No digas palabrotas. Tu hermana siempre ha querido ser jueza, ahora no va a querer cambiar eso después de tanto tiempo invirtiendo esfuerzo en ello.

—¿Y si sí?

—Pues, si sí, te apoyaremos igual en lo que decidas, cariño. Nosotros solo queremos que seas feliz.

—¿Y qué proponéis? ¿Qué me haga nini? Sabéis que no sé.

—Búscate un trabajo diferente, algo que te apetezca probar.

—Yo de ti me iba de mochilera, la mochila ya la tienes.

—Nuria, que no tengo dinero, pesada.

—De mochilera no hace falta dinero, tienes que ir a lo rata.

—Tengo treinta y dos años, ya estoy mayor para eso.

—Cariño, no tienes que decidirlo ya. Si te apetece viajar, nosotros te podemos pagar los billetes a algún sitio, nos apretamos un poco el cinturón y ya está, pero, si te apetece trabajar de alguna cosa este verano, pues buscas un trabajo temporal y pruebas, que tener un poco de dinero en la cuenta siempre viene bien.

—Tronca, ya lo tengo, trabajas tres meses y luego te vas de viaje con lo que ganes, pero en plan te fundes toda la pasta en una

semana.

—Tienes que dejar de ver TikTok.

—La que no lo ve.

—Papá, ¿cómo van esos filetes?

—En cinco minutos los tenéis en la mesa.

Me he duchado y he comido, poco, pero he comido. Ya llevo dos gomets.

14

No todo en esta vida va a ser trabajar, ¿no?



Oficialmente he sobrevivido a mis dieciséis días de trabajo y diré que de forma bastante digna. ¿Todo lo que he hecho ha sido fregar, colocar platos, pulsar botones de lavavajillas y sacar basura a contenedores? Es posible, pero Roma no se construyó en dos días.

—María, ¿qué hacen aquí después de trabajar?

—Irnos a casa.

—¿No salen a tomar nada?

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Nadie del equipo sale a tomar nada o tú no sales a tomar nada?

—Que yo sepa, nadie. Si sale alguien, no me lo cuenta.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque aquí la gente no está de vacaciones, Aday. Aquí la gente tiene casa, familia, pareja, un lugar al que volver.

—O sea, que tienes novio.

—De momento.

—¿De momento? Uh, cuéntame.

—¿Puedes estar callado más de dos minutos?

—Como poder, puedo, pero no quiero.

—Aday, no te voy a contar mi vida personal, somos compañeros de trabajo. Hasta donde yo sé, nadie sale después a tomar nada, saca la loza.

Qué difícil me lo está poniendo, de verdad, pero, bueno, tenemos nuevo dato. María está en crisis con el novio. Una pena que lo tenga, sinceramente; es guapísima como ella sola, no me importaría conocerla... más a fondo. (Perdón, intento no ser un hombre cis hetero básico, como dicen ustedes, pero la cabra tira al monte y tampoco voy a ir aquí de angelito sin alas.)

Cuando salimos del vestuario que tenemos para cambiarnos, en lugar de irme a casa como he hecho los días anteriores, decido darme una vuelta por el hotel. Aún no lo he investigado en condiciones y mañana tengo el día libre, así que allá que voy. Pueden llamarme Dora, la exploradora.

El camino de las cocinas a la salida ya me lo sé prácticamente perfecto, así que decido empezar por la recepción. Bajo las escaleras de caracol y me paseo por la zona del piano de cola, la barra del bar, y observo al tipo de clientes que tenemos por allí. Qué curioso, les preparo la comida cada día, pero no sé quiénes son, qué prefieren, de dónde vienen, cómo son sus vidas. (Quien dice «preparar la comida» dice «limpiar sus sobras», ya me entienden.)

Lo que más hay son familias guiris y españolas, niños de entre seis y diez años con el modo terrorista activado, padres con el teléfono móvil en la mano y madres pendientes de que los críos no se escoñen. También hay parejas de gente joven, estos sí que son en su inmensa mayoría guiris, me atrevería a decir que...

¿británicos? Ay, no sé, chicas, nunca se me ha dado bien lo del inglés, pero en inglés hablan todos.

¿Serán parejas de luna de miel? Si es así, menudo error venir aquí, a este hotel, quiero decir, que Lanzarote en su conjunto es una pasada, pero este hotel es de todo menos romántico, parece una guardería.

Están todas las parejas de dos en dos, o sea, que viajes de amigos no son. ¿Ven? Con amigos sí que me vendría yo aquí, quizá no a la zona de los niños, pero una buena piscina con colegas y el bufet increíble que preparamos... (Sí, me he vuelto a incluir, ¿qué pasa?)

Todo el mundo lleva una pulsera con el logo del hotel, pero cambia el color. Supongo que para diferenciar quién tiene pensión completa, media pensión y todo incluido, ¿no? (Me apunto mentalmente preguntar después a alguien qué significa cada color, por pura curiosidad.)

Una vez que termino de investigar la sala principal cerrada, decido lanzarme al exterior, a la zona de las piscinas. El primer día desde la planta de arriba divisé varias, pero no sé cuántas hay en realidad.

Igual que la parte interior está llena de ruido y desastre, esta zona parece más en calma. La primera piscina es sencillamente inmensa, dentro tiene hasta un pasillo con una isla central con tobogán, trampolín, un cubo de agua gigante en lo alto que se llena y se vacía como si fuera una cascada... Se ve con claridad que está diseñada para críos, toda rodeada de hamacas dispuestas de cuatro en cuatro.

Continúo caminando y me encuentro con una piscina mediana, pero que apenas tiene fondo; entiendo que esa será para bebés o niños muy pequeños. A continuación, unos setos que cercan y un buen paseo de unos casi diez minutos sin prácticamente nada más

que vegetación a cada lado y un sendero de baldosas amarillas —el que lo construyó era fan de *El mago de Oz* seguro—. Después, lo que entiendo que es la zona por la que vienen las parejitas a pasar aquí unos días de amor.

Se leen varios carteles en los que pone «Only adults». Me adentro más allá de ellos y ante mí aparece un chiringuito en el medio y cuatro piscinas distintas rodeándolo. Hamacas de dos en dos, camas con toldos, sillones... Lucecitas, lucecitas chiquitas en cada rincón. De repente parece que estoy en un *beach club* náutico. Está sonando música tecno de la tranquilita y todo está lleno de gente que viste en su mayoría de color blanco. Todo el mundo bebe algo, se respira un ambiente relajado, tranquilo, en calma. Cierro los ojos y me parece oír el mar. Qué bien se lo están montando los putos guiris, me cago en todo.

Que alguien venga y se lleve a la perra envidia que estoy sintiendo ahora mismo.

Decido dejar de compararme con la gente millonaria y seguir el sonido del mar, no puede estar muy lejos. Me encuentro a escasos metros con un cartel: «Acceso a cala privada».

Qué asco me dan los ricos.

Hay una cancela de hierro, pulso el botón que tiene e inmediatamente suena cómo se desbloquea la cerradura. Si lo de las piscinas es bonito, lo de la playa ya... Está todo lleno de más lucecitas de esas pequeñas, como si fueran de Navidad, suena salsa a lo lejos y la gente está dándolo todo en la arena. Hay una clase en este momento y solo se oye a Bad Bunny cantando *Baile inolvidable* y al instructor de la clase.

¿Una clase de salsa en la playa a las doce de la noche un viernes? Por favor, póngame cuatro.

Me acerco para cotillear y poder odiarlos a todos con más conocimiento de causa y de repente me fijo: el profe es Juanma, el chico que me dio la bienvenida el primer día. Se mueve bien, el maldito. ¿No se supone que los tíos que están buenos no deberían saber moverse? Por justicia divina, más que nada. ¿Cómo vas a ser una montaña de músculos que encima sabe soltar las caderas? Qué mal repartido está el mundo.

De pronto hacemos contacto visual, levanta la mano y me hace señas para que me acerque. Creía que tenía prohibido, como trabajador, disfrutar de las ventajas del hotel, pero aun así me acerco.

—Mi gente, tenemos una nueva incorporación. Aday Carrera, sangre canaria donde las haya, se nos une a la clase.

(Todo esto lo dice en inglés, pero no me hagan escribirlo en ese idioma, por favor.)

Se viene una larga y épica noche por delante, queridas.

15

¿Qué hago con mi vida?



Pocas son las cosas que tengo claras en este momento vital, y que ahora mismo no me puedo volver a sentar a estudiar es una de ellas. Así que toca buscar una alternativa.

¿Podría tratar, sencillamente, de no hacer nada? Dedicarme a no trabajar y no estudiar, limitarme a la vida contemplativa. No podría; ya me iréis conociendo, pero ya os lo adelanto: sería del todo incapaz.

Creo que tengo como una especie de idea en la mente, pero no sé qué es. ¿Conocéis esa sensación de cuando quieres decir una palabra y la tienes en la punta de la lengua, pero no te sale? Pues igual. La palabra está en mi cerebro, aunque ahora mismo no consigo acceder a ella. Es decir, tengo la idea de que tengo una idea sobre qué quiero hacer ahora mismo con mi vida, pero en realidad no tengo ni idea porque no sé qué idea es. Me apetece viajar y me apetece trabajar. «¿A quién le apetece trabajar?», os estaréis preguntando. A mí, una persona que no ha cotizado un solo euro en sus treinta y dos años de vida.

Ahí reside el problema. Mi experiencia laboral es nula, ¿de qué se supone que voy a currar? Había pensado en meterme en Mercadona, pero, claro, para dos o tres meses no creo que me cojan y, según tengo entendido, los procesos de selección ahí no son moco de pavo. Además, que no sé si en el Mercadona de mi zona necesitan gente, pero, bueno, me podría ir a otro, si será por Mercadonas. Pero que no, Mercadona descartado; no me veo allí, en realidad. Más que nada porque quiero que sea un trabajo entretenido, que me dé vidilla; reponer yogures no creo que sea el culmen de lo épico.

Me siento en mi escritorio, saco un folio y un boli, y comienzo a hacer una lista de posibles alternativas:

1. Trabajar en Disneyland París. Pro: siempre he querido trabajar allí, es divertido y luce mágico. Contra: casi no sé hablar francés.
2. Trabajar en una floristería. Pro: qué chulas las flores. Contra: no entiendo de flores.
3. Trabajar en un Starbucks. Pro: huele bien. Contra: no sé nada de café.
4. Irme al campo a recoger fruta. Pro: no hay. Contra: todos.
5. Trabajar en El Corte Inglés. Pro: me consta que hay descuentos para empleados. Contra: los clientes del mismo Corte Inglés.

(Esto no va a ser fácil.)

—¡Tata, lo tengo!

—¿Puedes llamar a la puerta cuando quieras entrar?

—Dios mío, abre la ventana, qué mal huele.

—Llevo sin airear ya no sé ni los días, perdón. Abierta.

—¡Que lo tengo!

—¿Qué tienes?

—Tu próximo movimiento.

—Sorpréndeme.

—¿Y si te vas a Torrevieja a trabajar? Ahí está el piso de la abuela, te puedes quedar sin pagar alquiler. Te buscas un empleo de temporada, de camarera o en algún puestecito de estos de la playa o algo así. Sol, playa, chicos guapos... Yo evidentemente me iría contigo unas cuantas semanas, claro.

—Sabes que odio Torrevieja.

—Odias lo que recuerdas de Torrevieja, no Torrevieja en sí.

—Nuria, no se podía aparcar, en la playa solo había viejos, hacía muchísimo calor, había muchísima gente caminando por el paseo marítimo, sudaba sin moverme de la cama, no había aire acondicionado, ni wifi, ni vitro, era cocina de esa de gas, me dan miedo el fuego y el gas, seguro que lo dejo abierto después de hacerme una tortilla francesa y la palmo de muerte dulce de esa. Que no, paso.

—Es perfecto y, si no lo sabes ver, es que eres tonta. Igual me voy yo. ¡Mamá!, ¿puedo buscarme un trabajo en Torrevieja este verano?

Y gritando para que se entere todo el vecindario de su nuevo plan, abandona mi habitación y se dirige al salón, donde está mi señora madre, asumo que viendo una telenovela turca.

Torrevieja decididamente no, pero la idea no es horrible del todo. ¿Un trabajo de verano en una zona de playa? Cuidado. Eso no suena del todo mal.

Voy a mi estantería y cojo *Mi isla*, un libro de Elísabet Benavent que leí hace años y que me atrapó como si no hubiera un mañana. Me sumerjo en él, aunque sea leyendo por encima, para recordar a grandes rasgos de qué iba y, bueno, yo no tengo un pasado relacionado con las drogas y la moda, mi abuela no me ha dejado

una casa de huéspedes que regentar en una isla y definitivamente un supermodelo no se va a enamorar de mí. Pero... ¿por qué no?

Abro ChatGPT y comienzo la conversación que cambiará mi vida para siempre.

> Hola, un placer. Me llamo Yaiza y tengo una crisis existencial. Tengo treinta y dos años y me he presentado tres veces a una misma oposición y las tres veces he suspendido. No tengo experiencia laboral alguna, no he cotizado en mi vida y este verano quiero vivir algo nuevo. Me gustaría poder viajar y trabajar al mismo tiempo; quiero ir a un lugar en el que se hable español y cuyos billetes, desde Madrid, no sean demasiado caros. Quiero que sea un trabajo divertido, entretenido y que no esté mal pagado. Si pudiera ahorrarme el alquiler sería aún mejor. ¿Se te ocurre algo?

Su respuesta:

> ¡Hola, Yaiza! Entiendo que estés pasando por una crisis existencial, y en tu situación debe de ser muy difícil encontrar claridad. Las oposiciones pueden ser un camino largo y, en ocasiones, frustrante, así que es normal que estés buscando un cambio de aires.
>
> La idea de irte a trabajar y además viajar suena increíble. Y, sí, ¡es totalmente posible! Por lo que describes, una opción ideal podría ser trabajar en el sector turístico o de hostelería, donde muchas veces se ofrecen puestos como *work exchange* (intercambio de trabajo) o trabajos estacionales en las islas Canarias o Baleares, por ejemplo.
>
> Te sugiero que busques en plataformas como Workaway, HelpX o WWOOF. Estos sitios conectan a personas que necesitan ayuda (en hoteles, bares, casas rurales, etc.) con viajeros a los que se les ofrece alojamiento y comida a cambio de trabajo. Hay muchas ofertas en islas como Tenerife, Lanzarote, Gran Canaria o Mallorca, y los billetes de avión desde Madrid suelen ser relativamente baratos, en especial si los compras con antelación.
>
> En cuanto al tipo de trabajo, muchas veces puedes encontrar oportunidades como ayudante de cocina, camarera/o, recepcionista, o incluso en actividades turísticas como guía, animador/a o asistente de eventos. Dependiendo de tus habilidades, también podrías considerar ofrecer clases de español o actividades culturales para turistas.

¿Cómo te suena esta idea? ¿Algo de esto te atrae o buscas algo diferente?

¿Se va a convertir ChatGPT en mi nuevo mejor amigo? Es posible.

De todo lo que me ha escrito, solo una palabra resuena sin descanso en mi cabeza: «Lanzarote, Lanzarote, Lanzarote...».

16

Canario soy, traigo salsa con reguetón



Hacía muchísimo tiempo que no pasaba una noche tan increíble, de verdad se lo digo. Quizá por lo poco que me van conociendo, se imaginan que soy un fiestas, que siempre estoy por ahí dándolo todo y bebiendo Arehucas con Coca-Cola, pero permítanme sorprenderlas: no bebo alcohol. No me gusta, desde nunca.

Desde la edad a la que se supone que uno empieza a tontear con el alcohol, es decir, los quince, todo el mundo me viene con la misma vaina: «Pero ¿por qué no bebes? ¿Estás enfermo?», «¿Te estás tomando antibióticos?», «Qué aburrido», «Qué fuerte, yo no podría salir sin beber, no me lo pasaría bien» y un larguísimo etcétera. (Si hay alguna abstemia leyendo por aquí, un abrazo, querida; no está pagado lo que tenemos que aguantar.)

En realidad, no sé si no me gusta porque nunca lo he probado, pero tampoco es algo que me interese o me llame lo más mínimo la atención. No me interesa perder la capacidad de ser yo mismo; que no quiero decir que la gente que bebe deje de ser ella misma, pero, no sé, rayadas mías, supongo. No me siento cómodo con la idea, es

malísimo para el organismo, los dos tragos que le he dado a la cerveza me han parecido sencillamente desagradables y no le veo el punto, no me justifico más.

Beber, no; salir de fiesta, sí. Me encanta bailar, pero bailar de verdad. Yo eso de salir a ligar es algo que no he entendido jamás. ¿Que por el camino cae una señorita rendida a tus pies por tus increíbles pasos de baile provocados por tu mojo canario? Bienvenida sea la afortunada, pero nunca ha sido mi objetivo como tal; en todo caso, eso es la consecuencia directa de ser tan buen bailarín, divertido y dueño de esta tez morena que a todas vuelve loquitas.

(Mamá, si estás leyendo esto, no vengas a darme una colleja, te amo.)

El caso es que, por movidas, la vida últimamente se me ha puesto en modo difícil para salir de fiesta. Los amigos de siempre estamos desperdigados y ya cada uno tiene su rutina, juntar a alguno para salir a mover el esqueleto desde hace un par de años es casi imposible y ya me he cansado de luchar contra la marea. Entre los curros, los matrimonios, un par que ya tienen hijos... Cuesta abajo y sin frenos.

Ahora los planes son cenar cada vez en una casa distinta, preparar platos lo más *gourmet* posible dentro de las capacidades de cada uno, jugar a algún juego de mesa o simplemente hablar durante horas de lo que sea. Diré que estos planes me encantan y los disfruto muchísimo, pero me habían hecho olvidar cuánto me flipa salir de fiesta y darlo todo.

Hasta esta noche con el puto Juanma, que se va a convertir en mi dupla galáctica, porque menudo donjuán, qué bien baila, qué bueno está y qué gracioso es, el muy cabrón.

Me ha hecho ponerme a su lado a dar la clase; no sé si pretendía dejarme fatal, pero no lo ha conseguido, creo que no se esperaba que este gordito sabrosón supiera moverse como pez en el agua.

—Chacho, no imaginaba que bailaras tan bien. ¿Tú has ido a clases o qué?

—Con mi madre, dos días por semana desde hace siete años.

—Vaya fiera, qué nivel. Me ha encantado. A partir de ahora te puedes venir aquí conmigo a dar las clases que quieras, ¿eh? Siempre hacen falta hombres que saquen a las *ladies* a bailar, porque los maridos... Puf, entre lo muermos que son y lo cuadrados que bailan, no hay por dónde cogerlos.

—Normalmente no me dejan salir de las cocinas, pero, si tengo una noche libre como esta, me paso, claro que sí.

—¿Qué tal con la teniente? ¿Te ha rebanado ya el cuello?

—De momento sobrevivo, pero qué miedo da esa mujer, ¿eh?

—Ya. María, siempre que vuelve a casa, la pone fina. Dice que le dan ataques de ansiedad cada dos por tres.

—¿María? ¿Conoces a María?

—Eh... Sí, claro, es mi chica. Tú la habrás visto por la cocina, ¿no?

—Claro. Más que eso, estoy todo el día pegado a ella, es la que me lo enseña todo.

—Qué cabrona, no me ha dicho nada.

—Ah, pues no sé, loco. Es la que me manda todo, estoy a sus órdenes.

—Se le habrá pasado comentármelo.

Ya sé lo que están pensando, que ahora es cuando los dos nos ponemos a hablar de los problemas que claramente tienen, reflexionamos sobre sus movidas y estamos dos horas de reloj intentando entender qué les está pasando. Somos hombres, queridas, no lo olviden.

—Aday, ¿quieres un chupito?
—No bebo.
—No jodas, ¿y eso?
—No me mola.
—¿Te importa que yo beba?
—Para nada.
—¡Anabella! Cuando puedas, un tequila por aquí, por favor.
Y así arranca la noche.

17

Acompáñame a buscar trabajo por primera vez en mi vida



No sé hacer nada. Mi hermana dice que eso no es un impedimento; sorprendentemente, mis padres están de acuerdo con ella.

—Hija, nadie nace sabiendo.

—Eso, tata, cógete lo que sea. Tú miente un poco y ya; cuando estés allí, será demasiado tarde para que te echen, aprenderás sobre la marcha y punto.

—No pienso mentir, Nuria. Ni de broma.

—Cariño, no es mentir, es decorar un poco la realidad. A ver qué trabajos se te ofrecen.

—Pues, por ejemplo, buscan gente para la recepción de varios hoteles, pero tienes que hablar tres idiomas, tener el grado de Turismo y ser resolutiva con los conflictos, yo no tengo nada de eso.

—Lo de los conflictos sí que se te da bien, ¿eh?

—Mamá, no voy a decir que hablo alemán, inglés, francés y que tengo Turismo.

—No, pero puedes decir que hablas inglés y español; que eres muy competente, que aprendes rápido, que siempre te esfuerzas al máximo, que eres empática, que se te da muy bien mediar, que eres organizada y resolutiva.

Se hace el silencio en casa, creo que es la primera vez en mi vida que oigo a mi hermana decir tantas cosas tan seguidas tan buenas sobre mí.

—¿Nuria? ¿De verdad piensas todo eso de mí? —Me lanzo a darle un abrazo y se aparta como si yo tuviera la peste dos segundos después.

—Tampoco te lo creas tanto, que era por meter relleno en el currículum.

—Bueno, que da igual. Todo eso será más o menos verdad, pero no voy a postular para ser recepcionista porque no me siento capacitada.

—Tata, que estás opositando para jueza, ¿cómo no vas a ser capaz de explicarle a un guiri dónde tiene la habitación?

—Que tengo el inglés oxidado, que voy a hacer el ridículo, que no.

—Bueno, chicas, ya está, recepcionista descartado. ¿Qué más hay?

—Limpiadora de habitaciones, pinche de cocina, socorrista...

—De esos, ninguno, cariño.

—¿Por qué no?

—Porque tu padre no quiere, otra cosa.

—Aquí hay uno de animadora infantil.

—¡Uh! ¿Y ese por qué no?

—Porque pone que tienes que saber bailar, cantar, actuar y tener un título de entretenimiento infantil o algo así.

—¡Ese lo tiene mi amiga Patri! Se saca en un finde.

—Que yo no sé entretener niños, que no.

—Yaiza, los niños siempre se te han dado genial. Cuando eras pequeña, en el camping al que íbamos, siempre te quedabas tú a cargo de tu hermana y sus amigas, y lo hacías divinamente.

—Además, ahí da igual si no hablas alemán, con los niños no será tan difícil comunicarse.

—Y de pequeña te apuntamos a teatro y te dieron el papel protagonista.

—Papá, éramos cuatro caperucitas.

—¿Y cómo se llamaba la obra?

—*¿Caperucitas al rescate?*

—Pues eso, protagonista.

—¿Creéis que podría ser capaz?

—Que sí, así no tienes que tratar con adultos. Les pintas la cara, juegas al escondite, al pilla-pilla, al pañuelo y a correr.

—¿Lo intento?

—Lo consigues.

Y así es cómo decido echar mi currículum (un poco maquillado para la ocasión) para intentar trabajar como animadora infantil en un hotel de Costa Teguise, en Lanzarote, muy cerca de Yaiza.

Ya me estoy imaginando los paseos por Famara...

18

La vida trabajando en un hotel no está tan mal



Después de ese chupito de tequila, Juanma me cuenta que ya ha terminado su turno de trabajo y me pregunta que si me apetece conocer al resto del equipo de animación del hotel y salir de fiesta con ellos.

—Evidentemente, sí.

—Pues venga, vamos. Están todos en el otro edificio.

Me conduce de vuelta a la recepción por un camino que definitivamente no es el que yo he cogido para llegar y mientras tanto vamos hablando un poco de cómo están siendo mis primeras semanas en el curro.

—Estoy contento, pero siento que puedo ofrecer más.

—Comunícalo.

—¿A quién?

—A María, por ejemplo. Ella puede mediar con la sargento para que te den más responsabilidades.

—Uf, qué mal suena esa palabra.

—A ver, chaval: si dices que estás desaprovechado es que quieres hacer más, ¿no?

—Pues por un lado sí, pero por otro pienso en lo fácil que es poner y quitar lavavajillas... Desde pequeño he aprendido que, cuanto más haces, más quieren que hagas, pero, si te haces el tonto, nadie espera nada de ti.

—María te va a odiar.

—Ya lo hace.

—¿En serio?

—Ni me mira a la cara.

—Es una borde cuando no tiene confianza. Yo me enamoré de ella por eso, no me hacía ni puto caso al principio.

—Pensaba que yo era el único.

—Créeme que no. Estuve todo el verano de hace dos años pico y pala; la tía me hizo caso la última semana de septiembre. Me pasé todo el verano sin follar por ella y casi se vuelve a la península sin darme ni un beso.

—¿De dónde es ella?

—Catalana.

—Pero ¿ahora vive en la isla?

—Sí, se volvió en diciembre; no podía alejarse de estos abdominales tanto tiempo.

—¿Y ahora viven juntos?

—Sí, señor, pero ya basta de hablar de mí. Tú, ¿qué?

—Yo ¿qué de qué?

—¿Novia?

—Qué va, qué va. Me gustan demasiado las mujeres como para quedarme con una sola.

—Menudo donjuán, el gordito.

—A ver si piensas que, por ser gordo, no ligo, chaval.

—No, no. Si ya te he visto bailar, podrías haberte liado con cualquiera de las que estaban en la playa.

—Tenían todas pareja.

—Por eso no han caído rendidas a tus pies. Si te apetece venirte algún día a entrenar, me lo dices, que podemos bajar esos kilos en nada de tiempo si te lo tomas en serio.

—Nah, ya hago deporte, pero el gimnasio no me gusta.

—Bailar salsa no es hacer deporte, ¿eh?

—Ah, ¿no? ¿El deporte son solo pesas?

—No, tío, pero eso es solo cardio, hay que muscular.

—Nah, de momento estoy bien. Me mola ir a bailar y a jugar con los chavales al básquet, y ahora he empezado a darle al pádel; las mancuernas nunca han sido lo mío.

—Bueno, tú un día te vienes a una clase de funcional, que ya verás cómo te engancha.

—Venga, algún día.

Y así, como quien no quiere la cosa, salimos del hotel por la puerta principal, me lleva hasta el aparcamiento de los carritos de golf y me pregunta si quiero conducir yo.

—Por supuesto que quiero, nunca he cogido uno.

—Pues venga, súbete y llévame a donde yo te diga.

—¿Tan lejos está el sitio a donde vamos?

—Andando, a unos veinte minutos.

—Pero ¿dentro del hotel?

—Efectivamente.

—Sigo alucinado con lo grande que es esto.

—Cuando llevas aquí dos meses ya no te lo parece, pero sí. Vamos a la parte de atrás del gimnasio, que ahí tenemos nuestra sala común los trabajadores y seguro que hay gente que se anima a salir un ratito hoy.

19

¿Vosotras también tenéis caca mala cuando tenéis una entrevista de trabajo?



Tengo diarrea. Perdón por ser explícita, pero llevo haciendo caca mala ya dos días, desde que sé que tengo la entrevista de trabajo, básicamente.

¿Qué se supone que tengo que decir? Mi padre me recomienda que sea yo misma, pero, si soy yo misma, creedme que nadie va a querer contratarme para que cuide a una panda de niños menores de quince años.

¿Por qué no postulé para limpiar las habitaciones? Seguro que ahí la entrevista habría sido más fácil... Mentira, pedirían experiencia cien por cien, y de eso yo no tengo casi que ni en limpiar la mía propia.

Vale, no pasa nada. Lo tengo. Me he sacado la carrera de Derecho; sé hablar inglés a la perfección; he suspendido tres veces una oposición, es cierto, pero también me la he preparado tres veces, eso algo tiene que contar. Estoy totalmente cualificada para ser la animadora de unos cuantos vándalos menores de edad, ¡¿no?!

Animar, yo... ¡ja! Es que me tengo que reír, si no sé estar animada ni yo misma.

Está sonando mi ordenador, la videollamada con la del hotel está entrando. Tengo que descolgar, tengo que descolgar, descuelgo.

—Buenos días, ¿Yaiza?

—Eh... Sí, soy yo. Buenos días.

—Bueno, primero de todo, gracias por postular para este puesto de trabajo, he estado echando un ojo a tu *curriculum vitae* y me he quedado bastante impresionada.

—Pues gracias, supongo.

—¿No crees que estás un poco sobrecualificada para este puesto?

—No me lo he planteado, la verdad. ¿Por qué lo cree?

—Porque tienes un grado en Derecho, según estoy viendo aquí..., ¿y quieres ser animadora infantil en un hotel?

—Solo sería para la temporada de verano. Me gustaría salir un poco del mundo de la abogacía, necesito un reinicio.

—Me parece estupendo, claro. Pero ¿sabes que normalmente a estos puestos acceden personas... más... jóvenes, con menos experiencia y menos recorrido?

—Hombre, tengo treinta y dos años, tampoco es que sea una anciana.

—No, no, no me malinterpretes. Es solo que por lo general los candidatos a los que entrevistamos para este puesto son chicas y chicos de entre dieciocho y veintitrés; la mayoría estudian algo relacionado con el entretenimiento. Cuando vimos tu solicitud, nos pareció un perfil bastante... diferente.

—Ya, bueno... De pequeña siempre quise ser profesora, pero luego la vida me llevó por otros derroteros. Se me han dado muy bien los niños desde siempre.

—¿Tienes algún tipo de experiencia con ellos?

—Sí, cuando era más joven me encargaba de cuidar niños en el camping de verano al que iba con mis padres.

—¿Contratada?

—Eh... Sí, claro.

—Perfecto. ¿Tienes el curso de entretenimiento infantil?

—No, eso no lo tengo.

—Vale, pues tendrías que hacerte con él antes de incorporarte en caso de que finalmente el puesto sea tuyo.

—No habría ningún problema.

—Genial. Tengo que informarte: tenemos período de prueba, de dos semanas. Si no lo pasas, no formalizaríamos el contrato para la temporada. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, por supuesto. Así también me testeo yo para ver cómo me siento y si encajo en ese trabajo.

—Si se te dan bien los niños, tienes el curso de monitora infantil, tienes experiencia previa, te defiendes con el inglés y tienes fuerzas para enfrentarte a una manada de niños aburridos de vacaciones..., no debería haber ningún problema.

—¿Son muy... difíciles?

—Son niños y están de vacaciones, pero con tu experiencia no deberías tener problema para controlar la situación. Además, siempre irás con otra compañera o compañero, trabajamos siempre en parejas.

—Genial, eso me deja más tranquila.

—En cuanto al tema de la interpretación... ¿Tendrías algún problema en prepararte musicales para hacer por las noches?

—¿Delante de los niños?

—Y de los padres, son espectáculos para todo el hotel.

—Eh... No, no, qué va. Llevo haciendo teatro toda la vida, no será un problema.

—Pues perfecto, Yaiza. Te paso por email las condiciones para que les eches un vistazo, pero en principio por nuestra parte será un placer que formes parte de la familia. Léelo con calma y, si tienes cualquier duda, no tengas reparo en comunicármelo. En caso contrario, firmas el documento y me lo devuelves. Te pido que lo hagas lo antes posible, para que así te puedas gestionar los vuelos con algo de margen.

—Pero ¿el trabajo entonces es mío?

—No exactamente. Tendrás que superar el período de prueba y la formación. Si pasas esas dos semanas, entonces el trabajo será tuyo.

—Ah, vale, pues perfecto. ¿Cuándo me tendría que incorporar?

—La semana que viene, por eso te digo que no disponemos de demasiado tiempo.

—En cuanto me mande el documento con las condiciones lo estudio bien y le digo algo.

—Genial, que tengas un buen día.

Voy al baño, chicas, esta vez creo que voy a vomitar.

20

Me tendría que haber metido a animador en vez de a cocinero

Esto sí que es un equipo de trabajo en condiciones, muchachas, no lo que tengo yo en las cocinas. Cuando llego a la sala de descanso de los trabajadores me encuentro con unas quince o veinte personas hablando y bailando, casi todas con una copa en la mano; suena un temazo de Wisin & Yandel y las risas se oyen desde la puerta.

—Traigo a uno nuevo, mi gente.

—Pero ¿no se supone que los nuevos llegan la semana que viene?

—Este es de cocinas.

—¡No jodas! La realeza ha venido a visitarnos, ¡prepárate unas papas arrugás!

—Ahora mismo no puedo, estoy ocupado tratando de restaurar el imperio decaído de la gente que trabaja en las cocinas.

—Señoras y señores, con todos ustedes, Aday Carrera.

Juanma me los presenta uno a uno y me encantaría acordarme del nombre de todos ellos, pero sencillamente es imposible. Al final solo recuerdo los de los que salimos esa noche hasta las seis de la

mañana y que, según Juanma, son su grupo de confianza; los que se lían siempre hasta las tantas, vaya.

Sergio, un chico gay con los ojos verdes que tiene todos los puntos para convertirse en mi nuevo *pana* de confianza. Ana, una chavala negra con el pelo más bonito que he visto en mi vida; me cae genial, y creo que es la chica más graciosa que he conocido jamás. Errico, un chico italiano que habla doscientos idiomas, al parecer, pero al que prácticamente no oigo en toda la noche porque es más bien serio. Y Gabriella, brasileña y pelirroja, nada más que añadir; si se quiere casar conmigo, no tiene más que pedirlo.

Estos, Juanma y yo lo damos todo hasta las tantas de la madrugada y lo pasamos increíble. Creo que la clave es Sergio, que nos hace bailar a todos como si no hubiera un mañana. Es de esas personas que se encargan de hacer que todo el mundo se sienta incluido, todo buen rollo. Cada vez que hay un círculo, el tío se mete en medio, se deja la piel y saca a alguien a hacer otro paso, cuanto más ridículo mejor; vuelvo a tener quince años.

En un momento en el que suena «tú me dejaste caer» bajamos todos a la vez hasta el suelo y luego volvemos arriba de una con «pero ella me levantó»... No sé, mi gente, de esos pocos instantes en la vida en que lo único que importa es estar aquí y ahora.

Esta noche descubro también el poder de Bad Gyal. Los vuelve locos, ¡hasta al italiano!, que es más soso que un día sin pan. Cuando suena la catalana se viene arriba y todo. No es que yo no conozca a Bad Gyal, ¿eh?, que no vivo debajo de una piedra, pero no sabía que le podía gustar tanto a alguien; después de hoy soy superfan para toda la vida.

La tal Gabriella me ha robado el *coraçao* también, se lo tengo que reconocer. La tía baila... ¡Cómo baila!, lo da absolutamente todo. Ese

culo debería estar recogido como patrimonio de la humanidad porque, sencillamente, ¡guau!, parece tener vida propia.

Ana es más sosilla bailando, pero no deja puntada sin hilo, qué rapidez mental para hacer chistes. Pocas veces he visto a alguien con tanto talento, parece que me rete, la niña, estamos picados toda la noche.

De vuelta en el hotel, me dan su beneplácito.

—Oye, para ser de cocinas y no beber alcohol, no estás nada mal, colega —dice Sergio.

—Sí, gran fichaje, Juanma. Oye, ¿qué pasa porque no beba, maricón? Ni que fuera obligatorio —apostilla Gabi.

—Ya está la brasileña defendiendo a las minorías. Que era un comentario sin más, ¿eh? No todo es política, pesada.

—Bésame.

—Claro que te beso.

Y se besan, la Gabi y el Sergio. Me quedo helado.

—Pero ¿este no es gay? —pregunto.

—Sí, bueno, pero esto es un beso de amigos —dice Ana.

—Chacho, qué rápido se hacen las amistades en este hotel, ¿no? Cómo se vienen arriba.

—Ah, claro, la realeza de la cocina no hace estas cosas, ¿verdad?

—Oye, ya vale con lo de la realeza: soy el friegaplatos, señores, y llevo aquí dos semanas y aún no me entero de nada. ¿Por qué los odian tanto?

—Porque nunca salen ni se mezclan con el resto del *staff* del hotel.

—Ya saben que es porque ellos no pueden ir de resaca al día siguiente a currar —dice Juanma.

—Que estés casado con el enemigo no te obliga a defender su honor, ¿eh? —le contesta Ana.

—No es que los defienda, coño, pero vivo con María y, cada vez que ha ido de resaca al curro, le ha caído la del pulpo; a nosotros no nos pasa nada. No es lo mismo dar una clase en la piscina o jugar con los chavales que pasarte ocho horas en ese horno quitándole espinas a un cherne.

—Que sí, que vale, que pobrecitos los de cocinas.

—Yo no he dicho eso tampoco, pero, yo qué sé, creedme que no querríais estar en su piel. Tienen el peor curro de todo el hotel.

—Anda, mira, genial. Gracias por avisarme el día que llegué.

—No había confianza y, aun así, te puse sobre aviso de la sargento.

—Qué miedo me da, menos mal que me ignora.

—Eso es porque lo estás haciendo decente. Como un día la líes, ya verás si te hace caso.

—¡Oye, chavales! ¿Mañana playita?

—¿Ya habéis terminado de comeros la boca?

—Ana, no seas envidiosa, si quieres te como los morros a ti también.

—Déjate, anda, son casi las seis de la mañana, yo no pienso madrugar.

—No, hombre, madrugar no, quedamos para la hora de comer.

—¿Yo también puedo ir?

—Claro, dame tu número y mañana te aviso. ¿En qué habitación estás?

—No, yo no duermo en el hotel.

—¿Ves? Realeza.

—Que no, coño, que soy de la isla, tengo casa propia.

—¿Y ahora te vas a volver a tu casa?

—Sí, claro, no bebo, puedo conducir.

—Pero ¿no estás muy cansado?

—Nah, todo Gucci. Mañana me escribes con la hora y, si puedo, me paso.

¿Voy a tener un nuevo grupo de amigos?

¡¡¡BIIIIIIEEEN!!!

21

Que me voy a Lanzarote a trabajar



QUÉ FUERTE. QUÉ FUERTE. QUÉ FUERTE.

ES REAL, CHICAS. ESTÁ PASANDO. HE FIRMADO EL DOCUMENTO Y ME HE APUNTADO AL CURSO DE PRIMEROS AUXILIOS.

TENGO QUE IR AL PRIMOR. Y AL PRIMARK. Y HACER UN PEDIDO DEL SHEIN.

MIERDA, NO ME VAN A LLEGAR A TIEMPO LOS BIKINIS.

¿A LANZAROTE LLEGAN LOS ENVÍOS DEL SHEIN? SÍ, ¿NO? QUE SIEMPRE DICEN QUE HAY MOVIDAS CON LAS ADUANAS.

PERDÓN, ESTOY HISTÉRICA, YA DEJO LAS MAYÚSCULAS.

UNA MÁS: QUÉ FUERTEEEEEE.

Ay, chicas, ¿no estáis flipando? Yo estoy flipando. Me voy a Lanzarote a vivir un verano entero, a trabajar entreteniendo niños. No sé entretener niños, no sé ni si sé tratar con niños. Cuando era adolescente se me daba bien, yo lo creo recordar y mi madre lo confirma. Así que será que sí; espero que no me haya mentido, espero que eso sea como montar en bici, que no se olvida.

Pero, bueno, sea como sea, no pasa nada, tengo dos semanas de formación. Yo me formo, que se me da muy bien formarme, y a correr. Seguro que se me da todo genial, ¿no? Decidme que sí, por Dios, necesito buenas vibras ahora mismo. QUE VOY A TRABAJAR, YO, YAIZA, QUÉ FUERTE.

¿Y lo de los musicales? Que con todo mi papo le he dicho que llevo toda la vida en teatro, que hice una obra con siete años y tenía cuatro frases, que los que hablaban de verdad eran la abuelita y los lobos, no las caperucitas. Que yo tengo pánico escénico, que me daba vergüenza hasta hacer las presentaciones de grupo en la universidad.

No pasa nada, yo lo tengo, sé que lo tengo. Pagan superbién, me dan de comer y no tengo que pagar alojamiento. Voy a ahorrar, voy a cotizar, voy a ser útil.

Adiós. Voy a comprarme todo lo que me hace falta, al final le voy a sacar partido a la mochila de mi hermana.

Me tengo que pillar hoy también los billetes, que no se me olvide.

CHAVALAS, QUE ME VOY A LANZAROTE, ¡QUÉ FUERTE!

22

Comida con la mujer más guapa de la isla

Al día siguiente amanezco con el armonioso sonido de los gritos de mi madre rebanándome el tímpano.

—¡Aday Carrera Martín! ¡No te vuelvo a llamar, son las tres de la tarde! ¡Levántate ahora mismo!

Todo esto evidentemente acompañado del sonido de la persiana abriéndose como si de una taladradora de obra se tratase.

—¡Mamá, que no abras la puta ventana!

—¡Que te levantes! ¡Ya!

—¿Casi las tres de la tarde? ¡Pero si es la una y media!

—Te has perdido toda la mañana por estar durmiendo; lobo de noche, perro de día.

—Exacto, déjame perrear. Es mi día libre, quiero descansar.

—Y yo quiero que aproveches tu vida, que luego estos años pasan y te das cuenta de que no hiciste nada.

—¿Y qué quieres que haga?

—Lo que sea. Prepárame algo rico de comer.

—Qué morro tienes.

—¡Mueve! ¡El! ¡Culo! ¡Ya!

—Que sí, pesada.

A regañadientes me giro sobre mi propio cuerpo, salto de la cama y me dirijo al baño para meterme en la ducha. Qué bien sienta una ducha tonta después de una noche de fiesta. Me encantaría deciros que soy esa persona que cuando vuelve de fiesta, antes de meterse en la cama, pasa por la ducha, pero mentir no es mi estilo. Sudado y cerdo, me meto entre las sábanas sin pestañear; el olor ya lo gestiono al día siguiente.

—¡Cuando hagas la cama, cambia las sábanas y pon esas a lavar, chiquito hedor que echan!

—¡Sin faltar, ma!

A veces siento que me oye pensar.

Ya limpito y presentable, bajo a la cocina, abro el frigo y está pelado.

—¿Qué se supone que quieres que te cocine con esto?

—No lo sé. Sorpréndeme, el chef eres tú.

—Mamá, los chefs tienen ingredientes.

—Tómatelo como un reto, como si estuvieras en *MasterChef* y tuvieras una prueba de eliminación.

—Págame los cien mil euros que se lleva el que gana y lo hago.

—Ay, Aday, deja de quejarte ya y haz lo que sea.

—Oye, qué borde amaneció la princesa.

—Si es que solo sabes quejarte.

—Ya no me quejo más, tranquila.

—Voy a hacer unos recados y a comprar el pan, cuando vuelva quiero la comida hecha.

—Sí, señora.

¿Por qué uno se pelea tanto con las personas con las que vive? Jamás sabré. Me pongo musiquita de fondo para inspirarme, esta

vez el ganador es Juan Luis Guerra, e investigo por los armarios y el frigo.

Me decanto por descongelar algo de pollo, usar las verduras que quedaban y hacer un risotto resultón. Cuando no sepan qué hacer en casa, un risotto siempre es buena opción. El arroz con cosas siempre funciona, en cualquiera de sus formas.

—Qué bien huele, ¿no?

—Pariste a un hijo competente.

—¿Qué has hecho?

—Risotto de pollo y verduras.

—Qué bueno. ¿Cuánto le queda?

—Diez minutos.

—Estupendo, voy a abrir una botella de vino blanco.

—¿Celebramos algo?

—Que mi hijo tiene trabajo y me hace feliz comer con él.

—Sobre todo, si es él quien cocina, ¿no?

—Definitivamente, a una le gusta que la cuiden.

—Qué malcriada te tengo.

—Qué valor, lo que tiene que oír una. Toda la vida dándotelo todo y, porque me hagas un día de comer, me llamas malcriada. Mucho morro, eso es lo que tú tienes.

Comemos con *La ruleta de la suerte* de fondo, comentamos por encima qué tal nos va a ambos en nuestros respectivos trabajos, ella recoge la mesa, yo friego la loza.

—Como ahora eres experto, no quiero ser yo la que te quite la oportunidad de pulir tu trabajo, cariño.

—Mamá, como me vuelvas a vacilar, te tiro la vajilla al suelo.

—Pues a ver en qué plato cenas esta noche, mi niño.

—Anda, tira, vete a descansar un rato.

—Deseo concedido.

Me da un beso rápido en la mejilla y la veo irse hacia el sofá a dormir la siesta... Perdón, mamá, tienes razón, me corrijo: a «descansar la vista» un rato. Termino de limpiar la cocina, subo a mi habitación y pillo mi móvil. La verdad es que soy un tío bastante pasota con el tema del teléfono, desde que me he levantado solo lo he cogido para ver la hora. Tengo varios mensajes de Juanma.

Friegaplatos, vamos a ir a Playa Bastián, ¿te apuntas?

Oyeeeeee, ¿me lees?

¿Sigues durmiendo, cabrón? Que son las tres de la tarde y tú no tienes resaca.

Bueno, tiramos para allá. Si te animas, te vemos por allí. Te mando ubicación.

Que no beba no quiere decir que no tenga resaca, que yo también trasnoché, míster musculitos. Tiro para allá, ahora los veo.

Jamás me lee.

23

Jamás hice unas maletas tan feliz



En mi defensa diré que pocas maletas he hecho en mi vida, pero sé que estas son muy, pero que muy, especiales.

Tengo tantas ganas de vivir ahora mismo. Sé que no va a ser fácil, que me voy a agobiar enseguida, que en cuanto lleve dos días trabajando voy a querer llorar y volverme a mi casa, pero dejadme fantasear con que el resto de mi vida va a ser emocionante y alejada de la luz de un flexo.

Ya lo he preparado todo. El curso de entretenimiento infantil está hecho y los vuelos cogidos. Arranco el día 1 de mayo y me he pillado el vuelo el 29 de abril para tener un par de días de adaptación.

Ahora me estoy dedicando a ver en bucle en YouTube vídeos de profesoras de infantil o monitoras de tiempo libre que te dicen cómo gestionar grupos de niños nuevos por primera vez. Qué útil es Internet. Además, mis conversaciones con ChatGPT van viento en popa, le pregunto por absolutamente todo.

Buenos días, ChatGPT. ¿Qué no puede faltar en mi maleta si me voy a vivir a Lanzarote cuatro meses?

¡Buenos días! Qué emocionante que te vayas a vivir a Lanzarote. Teniendo en cuenta que vas a estar allí cuatro meses, aquí tienes una lista de cosas que no pueden faltar en tu maleta.

Y me hace un pedazo de lista PERFECTA con las cosas imprescindibles que me tengo que llevar y en las que jamás hubiera pensado, como una batería portátil para no quedarme con el móvil muerto un día tonto fuera de casa, bolsas de plástico para poder meter el bikini cuando salga de la playa o una buena cámara porque me recomienda tener recuerdos de este viaje inolvidable. (¿Escuchará ChatGPT a Bad Bunny?) Me bajo al estudio fotográfico que hay en mi calle y me pillo una cámara desechable como las que tenía cuando era pequeña y me iba de excursión. Llamadme milenial, lo soy, pero qué chulas van a ser las veintisiete fotos que cuidadosamente dispararé en Lanzarote. He decidido que, cada vez que viaje, me compraré una, la usaré durante lo que dure y al terminar la llevaré a revelar. Romantizar la vida de una es lo menos que se puede hacer, ahora solo me falta viajar.

Voy a empezar un trabajo nuevo, para lo que me tengo que mudar de ciudad, y es entreteniendo a grupos de niños de entre seis y doce años. Tengo experiencia prácticamente nula. Cuando era joven cuidaba de niños, pero hace más de quince años que lo dejé. ¿Algún consejo?

¡Qué genial que empieces un trabajo tan divertido! Aunque no tengas mucha experiencia reciente, la verdad es que cuidar y entretener a niños es algo que, con el enfoque adecuado, puede resultar muy natural. Aquí tienes algunos consejos para empezar con buen pie:

1. Entiende a tu audiencia.
2. Establece reglas claras desde el principio.
3. Sé dinámico y enérgico.
4. Sé flexible y paciente.

5. Usa el humor.

6. Ofrece actividades variadas (manualidades, juegos de equipo, cuentos, teatro...).

7. Haz que se sientan especiales.

8. Conoce sus intereses.

9. Mantén la seguridad como prioridad.

10. Prepárate para momentos complicados. Algunos niños pueden volverse inquietos o difíciles de manejar en ciertos momentos. En lugar de frustrarte, procura redirigir su energía a algo positivo o calmante, como un juego tranquilo o una actividad creativa. Al final, lo más importante es que disfrutes de la experiencia y te mantengas auténtica. ¡Los niños aprecian la sinceridad y la energía positiva! ¡Mucho éxito en tu nuevo trabajo! Estoy seguro de que lo harás genial.

Chati, eres el mejor, gracias por confiar en mí más de lo que yo lo hago, tus palabras me resultan preocupantemente tranquilizadoras. ¿Con cuánto tiempo tengo que llegar al aeropuerto para asegurarme de no perder un vuelo si tengo que facturar una maleta?

Lo ideal es llegar al aeropuerto con suficiente antelación para que todo el proceso de *check-in*, control de seguridad y embarque no sea estresante, en especial si vas a facturar una maleta. Te recomendaría llegar dos horas antes de la salida del vuelo. Es siempre mejor tener un poco de tiempo extra y evitar la ansiedad de llegar justa.

Cómo me conoce Chati, ¿eh? Ya prevé hasta mi ansiedad. Es sencillamente el mejor. Ya no uso Google para absolutamente nada: mi nueva y eterna fuente de conocimiento es Chati y jamás podría renunciar a él después de haberlo conocido. (Me siento un poco como Fiti de *Los Serrano* sentado en la barra del bar llamando «chati» a toda mujer que se presentara por la zona. Qué gran serie. Echo de menos empezar el día sabiendo que esa noche van a dar tu serie favorita en la televisión y que la verás con toda tu familia en el salón. Ostras, chicas, estoy demasiado milenial en este capítulo, no sé qué me está pasando, perdón, de verdad.)

La próxima vez que os escriba será desde el avión, deseadme suerte.

(Eres la mejor, por si nadie te lo ha dicho hoy.)

24

Vamos a la playa, a mí me gusta bailar



Llego a Playa Bastián, que está a unos diez minutos a paso lento caminando desde el hotel. No es mi favorita de la isla ni de lejos, pero tampoco está mal. Mide unos cuatrocientos metros; es chiquita, pero resultona. Muy tranquila y acogedora, si me preguntan. Tardo poco en localizarlos, porque no hay mucha gente y porque a la pelirroja brasileña se la ve casi desde cualquier punto de la isla, qué mujer.

—¡Buenas tardes, locos!

—Vaya horas te marcas, ¿no? Un poco más y llegas de noche.

—Un friegaplatos nunca llega tarde, Juan Manuel, ni pronto. Llega justo cuando se lo propone.

—Menudo pedazo de friki —contesta Gabriella.

—Lo mismo digo. Si reconoces la frase es porque sabes de dónde viene, ¿no, señorita?

—Uh, el gordito te lo ha explicado —apostilla Juanma.

—¿Gordito?, pero ¿qué tiene, cinco años? —le contesta ella.

—Hombre, no lo voy a llamar gordo, eso está feo.

—Si está feo es porque piensas que estar gordo es algo malo. Si lo tomas como un adjetivo calificativo puramente descriptivo, no tiene por qué sentirse como un insulto.

—Ay, Gabi, no me rayes ya con tus movidas, que eres muy pesada.

—Y tú, muy merluzo, que ya no hay excusas para ser gilipollas en el siglo XXI.

—Merluzo y todo, veo que te adaptas bien al país.

—Sí, me está enseñando tu madre cada rincón.

—No hables de mi madre.

—No seas un gilipollas de manual.

—Chicos, chicos, ya está. No pasa nada porque me llame gordito, no me molesta, llevo oyéndolo toda mi vida.

—¿Ves, lista? Que te metes donde nadie te llama.

—Bueno, ya vale, los dos, que siempre estáis igual —sentencia Sergio—. ¿Qué tal, rey, has aprovechado la mañana?

—Sí, la verdad. He estado comiendo con mi madre y recogiendo un poco la casa.

—¿Tienes complejo de Cenicienta?

—Juanma, un comentario de hetero básico más y te vas a tomar por culo, te lo advierto.

—*Sorry*, Serg, mala noche.

—¿María?

—María.

—¿Por qué no lo dejáis ya? —Ana entrando en la conversación.

—Porque no es tan fácil, pero no quiero hablar de eso. Venga, vamos al agua.

—Id tirando, yo voy a acomodarme por aquí, que tengo que colocar las cosas y eso.

Veo cómo se van a bañar todos menos Gabi y aprovecho para extender la toalla, ponerme crema solar y montar la sombrilla y la silla que he traído de casa.

—¿Tú no te bañas?

—Nah, la sangre brasileña es como la de los lagartos, nos gusta estar al sol. Perdona si te ha molestado que saltara así, Juanma es bastante insoportable a veces, sobre todo últimamente.

—No te preocupes, de verdad que no me molesta lo de gordito.

—Pues me alegro. Yo, si fuera tú, le habría partido los dientes.

—No quiero ser indiscreto, pero a ti no creo que nadie en la faz de la tierra te llamara gordita jamás.

—Cómo se nota que eres un tío.

—¿Por?

—Porque, siendo una mujer, con que peses cinco kilos de más ya alguien te señala que tienes que bajar de peso seguro.

—Pero es porque la gente es gilipollas.

—Tu colega es esa gente.

—¿Te ha llamado gorda?

—No tal cual, pero sí que me ha dicho que a ver si voy a alguna de sus clases para ponerme fuerte.

—Pero ¿eso es malo?

—Eso indica que para él estoy fofa.

—Chos, creo, ¿eh? Igual le estás dando tú una vuelta de tuerca de más.

—Hombres.

Se levanta y se va al mar. Yo me quedo sentado bajo la sombrilla mirando cómo su culo se dirige a la orilla. Si eso es un culo fofo, que baje Dios y lo vea. No sé si será cosa de pelirrojas, de brasileñas o solo cosa suya, pero la chavala intensa es un rato.

Me quedo mirando cómo están todos dentro del agua hablando, en círculo. Se ríen y parece que Sergio está contando algo con todo lujo de detalles. Debe de ser algo muy gracioso.

Algún día yo también iré al agua.

Hoy no será ese día.

25

Volare, oh, oh



Somos tan pequeños y nos creemos tan importantes. Disculpad la intensidad, serán las alturas, el hecho de ver cómo poco a poco todo se hace diminuto, cómo cambia la perspectiva, cómo cada vez todo es más insignificante cuanto más alto vuelas.

Ojalá ser siempre capaces de ver la vida así, como con vista de pájaro, desde lejos, con distancia. Cuando bajas a tierra y sientes la desazón, el dolor... Todo parece tan real, tan cercano. ¿Por qué no somos siempre capaces de alejarnos y verlo todo un poco menos nítido, más desenfocado, menos claro?

No ha sido cuestión de subirme al avión y que ya me dé todo exactamente igual, pero sí que es verdad que no puedo evitar preguntarme por qué tanto sufrimiento, por qué tanta lucha, por qué tan cabezona. ¿Qué pasa si no lo logro? ¿Cuál es el problema si no lo consigo? Pues que habrá otra alternativa, que siempre las hay. Los años hincando los codos no han ido a la basura: he aprendido, me he formado, he estudiado cosas que de normal nadie sabe.

Hay dos frases que se repiten en bucle en mi cabeza.

Una me la dijo mi abuela, sacada de una historia o de un cuento o algo así. Dice que había un rey que estaba en guerra y se veía incapaz de acabar con el conflicto. Esto se lo estaba comiendo por dentro, pues su pueblo estaba muriendo y no era capaz de dar con la solución. Fue a visitar al más sabio del reino y este le dio un papel, pero le advirtió que solo podía leerlo cuando no pudiera más, cuando sintiera que se iba a dar por vencido para siempre. Llegó el momento más tenso, en el campo de batalla, y, viéndose rodeado de sus compatriotas heridos o muertos, cuando iba a tirar la toalla, sacó el papel del bolsillo, lo desdobló y leyó «Esto también pasará». Cogió aire y continuó. Años después, con la guerra ya finalizada, en medio de una celebración en la que estaban todos sus seres queridos, en la que sonaba música, corría la bebida y abundaba la comida, volvió a coger el papel en medio de uno de los mejores festines que había disfrutado jamás y volvió a leerlo: «Esto también pasará». Y es que es así, todo pasa, lo bueno y lo malo. Nada es eterno. (La historia creo que la he escrito fatal y probablemente mi abuela me quiera matar ahora mismo, pero no pasa nada, abu, te quiero.)

La otra frase la saqué de un libro de Enrique Aparicio que se llama *La mancha* (recomendación cultural increíble, de nada) y es «Todo es peor pensarlo que pasarlo». Intento repetírmela en esos momentos de bucle mental en los que lo veo todo oscuro o negro; no siempre ayuda, pero algo alivia.

Por si a ti te pueden servir, cualquiera de las dos, aquí las tienes.

Me gustan los aviones; siento que mezclan a personas muy distintas y el personal siempre es simpático. Ojalá pudiera coger vuelos más a menudo. En este se nota ambiente festivo, apuesto a que casi todo el mundo va de vacaciones. Yo siento que estoy yéndome de vacaciones, aunque en realidad voy a currar.

¿Por qué me hace tan feliz algo así? Tengo treinta y dos años y voy a trabajar con niños de veinte cuidando niños. Cómo de aburrida será mi vida para que esto sea lo más salvaje que he vivido en la última década.

Tengo ganas de empezar, de conocer gente, de ir a la playa, de visitar los lugares que me hicieron feliz, de recorrer las calles del pueblo cuyo nombre llevo, de no pensar, de no pararme a reflexionar sobre mi futuro, de dejar de lado el dolor de pecho que me acecha tras cada esquina.

Quiero jugar a no ser yo, pues nadie me conoce, nadie sabe quién soy. Puedo fingir que soy como mi madre o mi hermana. Que solo soy una chica simpática, graciosa, rebelde.

A quién quiero engañar, me iba a durar eso a mí dos días. Pero, bueno, me siento segura, con ganas.

—Señoras y señores, les habla el comandante. Nos encontramos en la fase final de nuestro vuelo con destino a Lanzarote y en breves minutos aterrizaremos en el aeropuerto César Manrique.

»En tierra nos espera una temperatura agradable de 28 °C, con un cielo despejado y una ligera brisa, condiciones perfectas para disfrutar de esta preciosa isla.

»Les pedimos que aseguren sus cinturones, coloquen el respaldo de sus asientos en posición vertical y guarden sus dispositivos electrónicos hasta que hayamos llegado a la puerta de desembarque.

»En nombre de toda la tripulación y de Binter, les agradezco que hayan volado con nosotros hoy. Ha sido un placer tenerlos a bordo y esperamos verlos de nuevo en futuros vuelos.

»Disfruten de su estancia en Lanzarote o buen viaje si continúan a otro destino. ¡Gracias y hasta pronto!

26

¿Por qué no entro en el agua si soy un chico isleño?

No me gusta. O sea, sí. Me gusta, el mar me gusta, no me gusta lo que supone meterse en el mar. No me siento cómodo quitándome la camiseta. Ya no es solo porque estoy gordo, que lo estoy, es que también tengo estrías, demasiadas estrías, y eso no mola nada. Mi peso..., bueno, digamos que ha sido variante dependiendo de la época en la que me conocieras.

Cuando era adolescente estaba gordo, más que ahora, pero antes de llegar a la universidad bajé muchísimo peso. Conseguí el cuerpo que quería, bueno, el peso que quería, el cuerpo que quería se me quedó lejos, porque abdominales marcados no he llegado a tener jamás, pero estaba contento, me veía guapete.

La gente me empezó a tratar distinto; fue la mejor época de mi vida, ahora que lo pienso. Estaba bueno y encima siempre he sido y seré el tío más simpático que conocerán jamás, lo tenía todo. Los chavales me tomaban más en serio, ya no solo era el gordo graciosete; además, parecía que mis opiniones valían. Las tías

también me miraban distinto; de repente era... ¿deseable? O al menos no absolutamente horroroso.

(Ay, joder, que me está costando elegir palabras para escribir esto, perdonen si no me expreso bien.)

Después llegó todo el rollo de tener que estudiar, me metí en una ingeniería y, bueno, digamos que no era lo mío. Suspendí, hice a mi madre gastarse todo el dinero que no tenía, ella con dos trabajos y yo fingiendo que estudiaba algo cuando en realidad me pasaba las horas jugando al *Counter Strike* en casa. Me sentía mal por no estudiar, pero no quería estudiar porque no me gustaba nada de la carrera y no quería decirlo porque sabía que oiría lo que llevan toda la vida repitiéndome.

«Nunca te gusta nada, Aday», «No hay quien te entienda, Aday», «Mucho empezar cosas, pero nada de terminarlas», «Qué niñato eres», «Mediocre», «Fracasado».

Las tres últimas, en realidad, nunca me las ha dicho nadie, pero las piensan todos.

Los kilos volvieron, no todos, pero sí muchos. No estoy en mi peor momento, pero tampoco en el mejor.

No sé por qué estoy escribiendo esto.

El caso es que no me gusta quitarme la camiseta, no me gusta que vean mis estrías, no me gusta que me observen, no me gusta ver cómo clavan sus miradas en mi cuerpo, que la gente se cree que no me doy cuenta, pero no soy gilipollas. Que probablemente, por otro lado, a la gente se la sude mi vida, pero yo cómodo pues no estoy, así que no entro en el mar y sufrimiento que me ahorro.

Pero tampoco es algo que me martirice o que no me deje dormir por las noches. Si quisiera bajar de peso, lo haría, pero ahora mismo no puedo o no quiero. O yo qué sé.

Perdonen por la chapa.

Corto y cambio.

27

Nueva vida, nueva Yaiza



Bajo del avión y me recoge un *transfer* que pone el hotel. Por si alguien no lo sabe, los *transfers*, al parecer, son como minibuses que se encargan de hacer viajes aeropuerto-hotel, hotel-aeropuerto, en bucle. Suena a que es el típico servicio que únicamente ofrecen a los huéspedes y, cuando me dijeron que yo podría usarlo también, ya pensé que mi nuevo curro iba a ser genial.

Me monto con varias familias y una pareja de novios monísimos; de verdad que son los dos para comérselos, se miran todo el rato tan enamorados... Mi apuesta es que van de luna de miel. Encima son superagradables con los niños que se les han sentado detrás y están todo el tiempo dándoles patadas en los asientos. Estoy segura de que, si no fuera porque todo el mundo va a pegarse las vacaciones de su vida, el ambiente sería distinto. ¿Quién sonríe cuando tiene a un niño detrás pateando su asiento? Alguien con, por lo menos, un «todo incluido» en una isla paradisíaca.

Ahí están los dos, mirando por la ventanilla, riéndose, señalando cada vez que se ve el mar, haciendo bromas a los niños de atrás,

que seguramente serán de los que tendré que encargarme yo; tienen pinta de bichos, juraría que son hermanos. Qué monos. Hoy todo me parece genial, menuda petarda estoy hecha.

Ojalá pudiera hacerme amiga de estos dos chicos, deben de tener mi edad más o menos. Bueno, qué coño. Nueva vida, nueva Yaiza, a la mierda todo.

—Chicos, perdonad que os interrumpa, ¿venís de vacaciones?

—Sí, *amore*. Después del añito que llevábamos nos merecíamos un poco de playa y silencio. ¿Y tú? ¿Solo *trip*? —me dice el moreno.

—Ay, tía, qué envidia. Siempre he querido hacerme uno de esos, pero yo soy un cuadro, me perdería nada más bajar del avión —ahora habla el pelirrojo.

—Qué va, qué va. Vengo a trabajar a la isla, voy a hacer de monitora en el hotel.

—Pero ¿qué me dices?

—¡¿Te vas a marcar un *Mamma Mia!*?!

Se terminan las frases el uno al otro, me los como.

—No, por Dios. Espero no tirarme a tres desconocidos y quedarme embarazada sin saber quién es el padre.

Se están riendo los dos. Estoy siendo graciosa. Chicas, soy graciosa, qué fuerte.

—Ay, nena, una cana al aire de vez en cuando, que eso sienta divinamente —dice el moreno.

—Voy a echar más horas que un reloj en el hotel, no creo que me dé tiempo a tener nada con nadie.

—Ay, cariño, eso viene cuando uno menos se lo espera —interviene el pelirrojo.

—¿Vosotros lleváis mucho tiempo juntos?

—Cinco años con la tontería. La petarda esta no me suelta —habla de nuevo el pelirrojo.

—Oye, guapa, que te lanzaste tú primero.

—Es que ¿cómo iba a dejar escapar a semejante bombón?

Y se besan, qué envidia.

—Oye, qué monos sois, basta de comer delante del hambriento.

—Que no, tonta. Ya verás como acabas el verano con un morenazo de la isla.

—O morenaza, que no sabemos qué te gusta —corrige el pelirrojo al moreno.

—Morenazo, morenazo.

—Bueno, un pipazo con una amiga tampoco viene mal de vez en cuando, ¿eh? —suelta el pelirrojo.

—Yo no me cierro puertas, que venga lo que tenga que venir.

—Uh, dilo, tata, así me gusta, la bisexualidad es el futuro.

—¡Jorge, que hay niños!

El pelirrojo se llama Jorge, me lo apunto.

—Claro, por eso lo digo, para que me oigan y aprendan.

—¡Es que no tienes remedio, ¿eh?!

—Bésame y calla.

Y se besan, intensamente, otra vez. No voy a repetir que qué envidia, pero qué envidia.

28

Nuevo día en las cocinas, nuevo logro desbloqueado

—Conque eres la novia de Juanma...

—Sí, ya me ha contado que sois colegas. Gracias por la bronca.

—¿Qué bronca?

—Que al parecer le tengo que pasar un parte de la gente con la que trabajo y yo no me había enterado.

—Ah, sí, le comenté que estoy echándote una mano.

—Sí, por lo que sea, me han informado —dice de manera irónica María.

—¿No estáis bien o qué?

—No es nuestro mejor momento.

—¿Quieres hablar?

—Quiero trabajar.

Joder con María, menudos humos se trae hoy.

Me dedico a hacer lo mío; hay cosas que ya controlo y cada vez necesito preguntarle menos.

Saco toda la loza del lavavajillas que acaba de terminar y coloco los montones de platos según el tamaño: boles por un lado, platos

llanos chiquitos por otro, platos llanos grandes por otro, platos hondos en otro..., y los llevo al otro extremo de la cocina para que los cojan los cocineros cuando los necesiten. Cada vez que pasamos por detrás de alguien, tenemos que decir «Detrás», para que, si ese alguien se gira, no se estampe contigo y, cuando nos movemos por alguna esquina de la cocina, tenemos que decir «Esquina» por lo mismo.

No sabéis la de veces al día que oigo esas dos palabras. En realidad, las oigo como de fondo, porque es como que ya no se les presta atención, son como el ruido de las campanas extractoras, está ahí y forma parte del ambiente, pero no reparas en él hasta que se apagan, tu cerebro suspira y lo oyes pensar «Qué alivio, con Dios».

Hago tres viajes, y al cuarto... la lío. Llevo una montaña de platos encima de mí, giro la esquina, no digo «Esquina», un compañero se da la vuelta, nos chocamos y... ¡¡¡BADABUMPUMPUM!!! Os podéis imaginar el desastre.

—¿Quién ha sido?

—Yo, chef, perdón.

—¿Qué has hecho?

—No he avisado de que estaba en la esquina, ha sido culpa mía.

—¿Cómo te llamabas?

—Aday.

—Ah, ¿tú eres el que sale de fiesta los días libres?

—Eh... Bueno, sí, salí anteayer.

—Vete.

—¿Que me vaya?

—Sí, fuera de mis cocinas.

—Pero me quedan todavía dos horas.

—He dicho que fuera de mis cocinas.

—Pero ¿a dónde voy?

—¿Pretendes que te lo diga yo?

—Pero ¿estoy despedido?

—Todavía no, llevas un aviso; al tercero, estás fuera. Te recomiendo que, si quieres trabajar aquí, te centres, descanses y te tomes la vida en serio. Mis cocinas no son para gente que prefiere beber en lugar de dormir. Mañana te quiero aquí a las cinco de la mañana. Quiero hornos, fogones, frigoríficos y cámaras relucientes para antes de las siete.

—¿De la mañana?

—¿Tú qué crees?

—Sí, chef.

—María, te quedas con su parte.

Creo que hacía años que no me sentía así de mal, tengo la misma sensación de cuando era chico y había hecho algo que a mi madre no le hacía ni puta gracia. La diferencia es que ahora no tengo siete años, tengo treinta y cuatro. Tengo ganas de... ¿llorar? No, de romper algo o a alguien.

—De puta madre, Aday. Muchas gracias.

—María, no me jodas.

—No haber salido.

—Lo que me faltaba, cállate un mes.

—Te callas tú, niñato. Mira este.

29

¿Alguien leía la revista Súper Pop? Pues tierra, trágame



Llegamos en nada al hotel; creía que tardaríamos algo más, pero no han sido ni veinte minutos. Jorge y Pedro (así se llama el otro chico) son estupendos. Me han pedido el Instagram, pero les he dicho que no tengo y eso ha levantado un intenso debate sobre si soy una moderna de pueblo o una ermitaña de ciudad. Creo que no soy ninguna de las dos, solo que las redes sociales me despiertan cosas malitas y me hacen perder mucho tiempo, así que hace cinco años salí de ahí y creo que pocas decisiones más acertadas he tomado en mi vida.

Cuando bajo del autobús el señor conductor me saca mis dos maletas gigantes. Que nadie me juzgue, me vengo aquí cuatro meses y, aunque la ropa de verano ocupe menos, necesito mucha.

Como puedo arrastro ambas maletas, la mochila, el bolso de mano, el libro que me estoy leyendo (*La amiga estupenda*, de Elena Ferrante. Me maravilla que una novela no gire en torno al amor, sino

a la amistad entre dos mujeres. Me está resultando tan crudo como adictivo), la cámara desechable y las gafas de sol. ¿Algo más?

Sonrío y me quedo contemplando el edificio gigantesco que se levanta ante mí. La sensación de humedad está por todas partes y, no sé, qué feliz estoy siendo ahora mismo.

Me quedo varios segundos observando sin más y siento que esta tiene que ser mi primera foto, con las maletas en la puerta del hotel.

Llega el momento de pedirle a alguien que me la haga.

Qué vergüenza, igual no es tan necesaria.

Estoy un rato mirando a todo el mundo y todo el mundo me parece una mala opción. Se van a pensar que soy idiota. ¿Quién se hace una foto en la puerta de un hotel con el equipaje? Nadie.

Igual es que un poco idiota sí que soy, no le voy a pedir a nadie esto.

Aunque realmente sí que quiero la foto: es el principio de la aventura, qué lástima no tener este momento capturado para siempre, ¿no?

A la mierda, nueva vida, nueva Yaiza.

Veo a un chico alto salir por la puerta giratoria y no me lo pienso dos veces.

—Perdona, ¿me podrías hacer una foto?

—No tengo el día, déjame en paz.

—Ay, perdón, no quería molestar.

Sabía que no se lo tendría que haber pedido, es que soy gilipollas. ¿Quién me creo molestando a la gente? Si me ven mis jefes, quienesquiera que sean, aquí molestando a los clientes del hotel para una foto..., encima con una cámara de estas que son una mierda —a saber si luego se ve algo—, es que soy tonta perdida, para qué he dicho nada.

Empiezo a cogerlo todo para irme, se me caen las gafas de sol al suelo, me agacho y se me cae al suelo el gorrito amarillo que llevo puesto, de puta madre.

—Oye, perdona, dame la cámara, que te la hago.

—¿Eh? —Me giro con el culo en pompa mientras intento ahora coger el gorrito con la mano en la que ya llevo las gafas.

—Que me des la cámara, que te hago la foto, que he sido un gilipollas, perdón.

—No, no, no, no. No te preocupes, la gilipollas soy yo, que en realidad no quiero la foto, era una chorrada.

¿Por qué es tan difícil coger dos cosas con una mano, Señor mío? Y, más importante, ¿por qué ha vuelto el chico? ¿Por qué no se ha ido? Que se vaya. No quiero la foto. Qué agobio. Ahora se me cae el bolso entero con todo lo que llevo dentro, de puta madre. ¿POR QUÉ CADA VEZ QUE COJO UNA COSA SE ME CAE OTRA? ¿QUÉ SOY, IMBÉCIL?

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—Que no me cuesta nada hacértela, de verdad.

—Era una tontería.

—Vale, pero era una tontería que querías. Trae, espera, que te ayudo.

Me coge las gafas del suelo (sí, se me han vuelto a caer) y me sostiene el bolso mientras me pongo el gorrito de nuevo. Me quedo mirándolo bien, ¡qué alto es! Ayuda, que alguien le diga que se vaya.

—En serio, no quiero la foto, no te preocupes.

—No me estoy preocupando, me estoy ocupando. Dame la cámara.

—Tú te estás ocupando, yo me estoy agobiando. Venga, toma, vamos a acabar rápido con esto.

—Ya me puedes posar, guapa.

S.O.S. NO SÉ POSAR. NO SOY FOTOGÉNICA. ¿POR QUÉ ME HE COMPRADO ESTA CÁMARA DE MIERDA?

—La verdad es que en realidad no quiero la foto.

—Como sigas así, te hago una sesión entera.

CHICAS, ESTOY ROJA COMO UN TOMATE. ¿POR QUÉ NO DEJA DE HABLARME ESTE TÍO? ASUMO QUE ESTÁ SIENDO SIMPÁTICO, PERO YO SOLO QUIERO QUE LA TIERRA ME TRAGUE. QUE SE VAYA YA, SOCORRO.

—Mi niña, ¿estás bien?

—¿«Tu niña»?

—Perdóname, cosa de canario. Venga, sonríeme.

—Tienes que girar la tuerca.

—¿Eh?

—En la cámara, que tienes que darle a la ruedecita para poder hacer la foto.

—¡Anda! ¡De estas tuve yo una en mi comunión! —Procede a girar la rueda—. ¡Venga, sonríe!

OJALÁ ESTUVIERAIS VIENDO «MI SONRISA», PARECE QUE ME VOY A CAGAR ENCIMA.

Flash.

—Toma, anda. Muy guapa.

—Gracias.

—Cuánta maleta, ¿viaje largo?

—Sí.

—Pues disfruta de la isla, es la mejor del mundo.

—Gracias.

Vale, chicas, se va, se está yendo, se aleja. Con Dios. Ojalá no lo vuelva a ver nunca.

30

Día libre, supongo

Qué tierna. Le acabo de hacer una foto a una muchacha que poco más y se muere, parecía que iba a estallar, estaba roja como un tomate, la pobre.

Casi hace que se me olvide que tengo una vida de mierda; parecía que estaba teniendo un día peor que el mío.

Pues nada, tarde libre, chicas. Primer *strike* en el curro, ni que lo hubiera hecho a posta, también os lo digo.

Menudas gilipollas, la chef y la idiota de María. No me extraña que Juanma esté hasta los cojones de ella.

A tomar por culo, ya me he calentado otra vez. Pido perdón por adelantado, se viene fuego volcánico saliendo de estos deditos en tres, dos, uno...

Si pretenden que no salga de fiesta, están flipando. Es que, uf, me enervo. ¿Qué cojones tendrá que ver que saliera ANTEAYER de fiesta con que hoy se me caiga una puta montaña de platos? Ni que hubiera venido de empalme al jodido trabajo.

Me monto en el coche y dejo que suene el aleatorio; no estoy para pensar en música.

¿Y la imbécil de María? ¿De qué cojones va? «De puta madre, Aday. Muchas gracias.» Si la cojo, la caneo. La estúpida esta.

No voy a escribir todo lo que estoy pensando porque les asusto, pero estoy hasta los cojones. Por esto no me gusta trabajar, porque la gente es imbécil.

¿Desde cuándo en un trabajo tienes que dar explicaciones de tu vida personal? ¿Qué más les dará a ellas lo que yo haga con MI tiempo libre? Veo que nadie exageraba con lo del curro en las cocinas. ¿Cuánto tiempo voy a durar en este trabajo? Ni idea, pero, por lo que sea, parece que poco.

No, es que igual el que dimite soy yo y a tomar por culo.

No pienso ir a limpiar la mierda que está incrustada en todos los malditos electrodomésticos que hay en esa cocina de dos kilómetros cuadrados, ese no es mi trabajo. No pienso hacer horas extra de gratis, vamos, ni de coña, antes muerto.

Es que, si las fuera a hacer, que no las pienso hacer, para que esté todo listo a las siete de la mañana, ¿a qué hora tendría que empezar? ¿A las tres? Y creo que ni así. No pienso ponerme el despertador a las dos de la madrugada por algo que NO ES CULPA MÍA.

O sea, sí, es culpa mía porque no he dicho la gilipollez esa de «Esquina». Se me ha pasado, ¿vale? Soy humano. Eso no es motivo de absolutamente nada. No pienso rayarme por esa tontería. No voy a ir a limpiar nada, porque no es mi responsabilidad y punto.

Que no, que paso, antes voy a Recursos Humanos y denuncio la situación. A ver la tonta esta quién se cree que es, ¿Dabiz Muñoz? Pues no, guapa, eres una pringada que trabaja de jefa de cocina en un hotel para guiris en Lanzarote, así que te me relajas.

Y punto.

31

La habitación de Pin y Pon era más grande que la mía

Dios mío, qué vergüenza más grande. ¿En qué momento ha pasado todo esto? ¿Por qué extraño motivo de repente me ha parecido buena idea pedirle a un desconocido una foto en la puerta de un hotel con todo el equipaje? ¿Qué soy, tonta? ¿Me gusta ser tonta?

Acabo de hablar con la chica de recepción, que me ha dado la bienvenida al hotel y me ha llevado hasta la que será mi habitación para luego marcharse.

No me preguntéis si es maja o no, porque aún estoy pensando en el ridículo que he hecho. He tirado al suelo cada objeto que llevaba encima, chicas; solo me ha faltado que se me cayeran también las bragas.

Se acabaron la vida y la Yaiza nuevas, volvemos a ser la de siempre, la Yaiza vieja, la antigua, la de antes, la que no habla con desconocidos y no hace el ridículo delante de nadie. Rectificar es de sabios y una retirada a tiempo es una victoria, y ahora mismo no me

sale ningún refrán más, pero cualquiera que se pueda aplicar a este contexto será bienvenido.

La habitación es pequeña, muy pequeña, pero no está mal, supongo.

Dispone de una cama de noventa, una miniventana en todo lo alto que permite que entre un poco de luz natural —para estar en la planta baja del hotel podría ser peor—, un escritorio minúsculo con una mininevera debajo, un armario de dos puertas decente y un baño con lo indispensable: una ducha enana, un lavamanos, un armarito y el váter.

Aquí al parecer todo es mini. Los productos que me he traído para mi *skincare routine* no caben ni de lejos, eso ya os lo puedo ir adelantando.

Me pongo música de Amaia de fondo; la primera que salta es *Bienvenidos al show*; el aleatorio intuye cosas.

Empiezo a deshacer las maletas, a ver si se me pasa de una vez el sofoco. Probablemente muchas de vosotras me estaréis juzgando y pensando que no es para tanto; pues bien, para mí sí es para tanto. Puede que os parezca una petarda; apuntaos al club de fans encabezado por mi madre y mi hermana.

Odio hacer el ridículo, no sé gestionarlo y no pretendo aprender.

¿Y a dónde me he venido? A un hotel a hacer musicales delante de personas, personas adultas, porque, si fuera solo delante de los niños, pues tira que te va, pero no, los espectáculos son para todos los públicos, mira qué bien. Esto ha sido una idea increíble, una idea buenísima, la mejor idea que he tenido en toda mi vida, vaya. Qué lista soy, qué bien me caigo, qué buenas decisiones tomo siempre. Soy la mejor.

Conforme lo voy colocando todo, me voy relajando. No sé si será Amaia o el hacer algo metódico y automático, pero parece que el

bochorno se me va pasando.

Cuando termino y ya lo tengo todo perfectamente ordenado, abro el portátil, que he dejado en el escritorio; me siento en la incómoda silla, y hago videollamada con mi familia.

—¿QUÉ TAL? ¿QUÉ TAL? ¿QUÉ TAL? ¿CÓMO ESTÁS? ¿HAS CONOCIDO YA A ALGUIEN? CUÉNTAME TODO.

—Nuria, por Dios, relájate, no llevo aquí ni dos horas.

—¿Esa es tu habitación? Se ve muy pequeña, ¿no?

—Mamá, está bien, me sobra. Es... práctica.

—A ver, enséñamela bien.

—¿Cómo quieres que te la enseñe bien? ¿Me aparto?

—No, mujer, eso solo no: coge el portátil, le das la vuelta y me la vas enseñando.

—Mamá, no fastidies.

—Venga, tata, va. No seas pejiguera, *room tour*.

—Ay, Señor mío.

Me pongo de pie y paseo por la habitación con el portátil en las manos; prefiero no imaginar lo ridícula que tengo que parecer desde fuera. Les muestro los quince metros cuadrados que debe de medir esto y me vuelvo a sentar.

—¿Ya? —pregunta mi madre.

—¿Qué más quieres?

—¿No tenéis cocina?

—Fuera, en común con el resto de los trabajadores, pero no es una cocina como tal, es como un área de descanso con microondas y eso.

—¿Y no te puedes guisar?

—Mamá, tengo la comida incluida y, de todas formas, ¿acaso sé yo guisar?

—Pues tenía la esperanza de que aprendieras. No has cogido una olla nunca y, cuando te independices, a ver qué comes.

—No tengo otra cosa que hacer yo ahora que ponerme a aprender de cocina.

—Venga, ya vale de cosas aburridas. ¿Has conocido a alguien o todavía no? —interrumpe mi hermana.

—Nuria, ¿a quién se supone que quieres que conozca? Que aún no he salido de la habitación.

—Pero alguien te habrá tenido que atender al llegar, ¿no?

—Una chica de recepción.

—¿Era maja?

—Pues supongo, Nuria. No lo sé, sin más.

—Qué aburrida eres.

—Y pretendo seguir siéndolo.

—Confiaba en que salieras de tu concha este verano.

—¿Qué concha? ¿Qué dices?

—Esa de siesa que tienes.

—A ver, las dos. No voy a aprender a cocinar y no voy a empezar a ser simpática. Haceos a la idea: he venido a trabajar, no a ser una nueva persona.

—No me das nada de contenido, Yaiza, qué tía más decepcionante.

—Nuria, cállate un mes.

—Pues, si no hay nada interesante, me voy.

—Eso, vete.

Mi hermana procede a desaparecer de la pantalla e intuyo que se ha largado a su cuarto a seguir deslizando el dedo por TikTok como si la aplicación no tuviera fin.

—Hija, ya sabes que, si en algún momento estás mal y quieres volver, no hay ningún problema. Esto lo haces por placer, no por

obligación.

—Lo sé, mamá, pero quiero ponerme a prueba y ganar dinero, creo que lo necesito.

—Y por eso estoy muy orgullosa de ti. Tómate el tiempo que necesites y coge fuerzas para después.

—Fuerzas, ¿para qué?

—Para cuando vuelvas a estudiar.

—Mamá, no empieces ya, ¿eh? Me he ido esta mañana y ya me estás agobiando; no sé si voy a volver a la oposición.

—Hija, no se te puede decir nada, de verdad. Anda, anda y no digas tonterías. Unos meses de playa y desconexión, y luego vuelves como nueva y con las pilas cargadas.

—Vale, mamá. Sí, te dejo, que estoy cansada. Voy a ver si me echo un rato.

—Eso, descansa, cariño, que hoy has madrugado mucho. A la noche hablamos.

—Adiós, mami. Dale un beso al papá cuando llegue.

—De tu parte.

Cierro el ordenador y me quedo quieta durante dos minutos, mirando a la nada.

No quiero recargar pilas, quiero desenchufarme.

32

Miramos, pero no juzgamos



Me está sonando el despertador. Son las dos de la madrugada, me llamo Aday y soy un perfecto gilipollas, encantado, un placer.

Buenos días tengan ustedes. «Días», dice, el tonto de los cojones. Buenas madrugadas, más bien.

¿Estoy yendo a trabajar a las dos de la mañana cuando mi curro empieza a las siete? Efectivamente. ¿Soy imbécil? Lo soy, ¿y qué?

No iba a ir, les prometo que no lo iba a hacer, pero luego lo he pensado dos veces y es que paso de decirle a todo el mundo que me han echado ya, así que, bueno, no pasa nada, un día es un día.

Eso sí, no pienso dejar de salir. Es mi vida, y con ella hago lo que me da la gana. No pienso darle explicaciones a nadie ni cortarme de vivir porque haya gente amargada en el mundo.

Cojo el coche, llego al hotel, aparco; la soledad y la oscuridad me reciben. Doy las buenas noches a las dos chicas que hay en la recepción con cara de sueño y me voy directo a las cocinas mientras no dejo de pensar en que realmente estoy yendo a limpiar a las tres

de la mañana algo que no me corresponde limpiar a mí. Mi monólogo interno ahora mismo está siendo canelita en rama.

Me quito mi ropa, me pongo el uniforme, abro las dos puertas que dan acceso a las cocinas, enciendo la luz y se despliega ante mí una cocina que sin gente luce incluso más grande. Respiro hondo y me pongo manos a la obra. Concienzudamente, con el quitagrasas en una mano y un cepillo en la otra, emprendo la tarea.

Se va a cagar la puta Cersei Lannister, voy a dejar esto como los chorros del oro. (Si ustedes también pensaban que era chorros de loro, no están solas, me acabo de enterar de que no se dice así yo también.)

33

Son las cinco de la mañana y he dormido todo



¿En qué momento me he despertado a las cinco de la madrugada de la siesta? Nadie lo sabe. Pediría perdón, pero no me apetece, me lo merezco.

Pero, claro, a ver qué hago yo ahora a las cinco de la mañana con todo ordenado y sin nada en lo que ocuparme. Me pongo una meditación guiada y, cuando termino, me doy una ducha, me hago mi *morning routine*, sin que falte la buena crema solar, que estamos en Lanzarote, me pongo unos vaqueros, unas Converse, una camiseta básica, me cojo mi bolso con todo lo que me he traído de valor y me lanzo a investigar el hotel.

Con suerte hasta puedo irme a alguna playa cercana a ver el amanecer. Uf, Dios mío, sí, me encanta esa idea. A ver si puedo hacerme con algo de desayuno y me voy a ver salir el sol, planazo entre los planazos, ¡viva!

Me pierdo un par de veces, pero finalmente lo consigo, llego a la recepción y me encuentro con otras personas distintas a las que había ayer por la tarde; ¿cuánta gente trabajará en este hotel?

—Hola, buenas. Soy Yaiza Juan, empiezo a trabajar aquí mañana. ¿Sabéis de algún sitio que esté abierto para pillar algo de comer?

—A estas horas, complicado, hasta las siete y media no se sirve desayuno, pero baja a las cocinas y coge alguna fruta. Espera, que te acompaño.

—Ay, perfecto, con eso será suficiente, mil gracias.

No será suficiente, creo que han pasado veinticuatro horas desde la última vez que comí, me apetece zamparme medio frigorífico, pero no es, literalmente, ni mi primer día, así que toca sonreír y fingir que con un platanito me basta.

Caminamos durante no sé cuantísimo rato, este hotel es enorme; intento quedarme con cada paso que damos para luego, cuando tenga que volver a deshacer el camino.

—Aquí es, Yaiza. Al final de la cocina, al lado de las ventanas, hay siempre piezas de fruta, coge lo que quieras.

—Perfecto, ¡mil gracias!

—¡De nada! Nos vemos.

—Sí, sí, nos vemos.

Qué majo, el chico. Muy mono.

Entro en la cocina. Huele limpio, a muy limpio. Qué bien, me encanta el olor a limpio, es de mis olores favoritos del mundo. Lo pienso y me alivia: si la cocina del hotel está así de limpia, es que es un buen hotel; quizá no la he liado tanto viniendo aquí.

Desde lejos detecto las cajas de fruta, más que nada porque todo lo que se ve es metálico menos los colores chillones del fondo.

Me acerco y descubro que hay una caja entera repleta de plátanos de Canarias, otra de naranjas, otra de manzanas verdes, otra de manzanas rojas, otra de cerezas, otra de kiwis... Dios mío, creo que solamente había visto tanta fruta junta en un Mercadona.

¿Qué quiero? Qué buena pinta tiene todo. El chico de recepción me ha dicho que pille lo que quiera, puedo coger algo de más y llevármelo a la habitación, tener fruta a mano siempre es bien.

Abro el bolso y tengo hueco, así que manos a la obra. Cojo tres plátanos, dos manzanas de cada color, un par de naranjas, unas cuantas mandarinas, un mango...

—¿Te quieres echar también una sandía?

—¡AAAAAAH! ¡Dios mío, qué susto! ¡Creía que estaba sola!

—Se nota.

—¡Me han dicho que podía coger lo que quisiera!

—Sí, mujer, pero tampoco como para montarte una frutería.

—Y tú, ¿quién eres? —No me lo creo, es el chico de ayer, me doy cuenta antes de terminar de formular la pregunta.

—Aday, el cocinero, un placer.

—¿Y por qué no estás cocinando?

—Porque aún no ha empezado mi turno, pero me gusta venir un par de horas antes para mentalizarme y organizarme bien.

—Ah, vale, bueno, pues un placer, me voy.

—¿Eres la chica de la cámara desechable?

—Eh... No.

—¿No?

—Bueno, sí.

—¿Sí?

—Sí y no. Depende.

—¿De qué depende?

—De si eres el chico que me hizo la foto.

—Lo soy, ¿quieres otra?

—Otra, ¿qué?

—Otra foto.

—Te queda bien el uniforme.

—¿Cómo?

—Nada.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Me voy.

—¿Quieres que te prepare algo de desayuno?

—No.

—¿Seguro? Por la cantidad de fruta que has cogido diría que tienes hambre.

—Es para la habitación.

—¿Los huéspedes no tenéis fruta disponible como a todas horas en todas partes?

—Sí, pero yo quiero más.

—Ah, que quieres más...

—Sí, siempre quiero más.

—Interesante.

—Mira, ya. Adiós.

—No me has dicho tu nombre.

—No tengo.

—Pues un placer, chica sin nombre.

¿QUÉ ACABA DE PASAR? ME VOY A COMPRARME UN VUELO DE VUELTA A LA PENÍNSULA. CHAO.

34

Miramos, juzgamos y nos descojonamos



Acaba de entrar en las cocinas, mientras estoy limpiando la cámara de frío, la chica de ayer, la que me pidió una foto con una cámara de esas antiguas.

Qué chavala, ¿cómo habrá llegado hasta aquí? Si esto está a tomar por culo de todo.

La tía, que no me ha dicho ni cómo se llama, menuda sinvergüenza. Cuando acabe el turno me meto en Tinder, a ver si la encuentro.

Parece de esas graciosas que no saben que son graciosas, pero solo por existir ya tienen gracia. Se agobia mucho.

Le habría preparado un señor sándwich si no hubiera salido corriendo como alma que lleva el diablo. Tiene que estar fuerte, también te digo, moverte a esa velocidad con siete kilos de fruta en el bolso...

Lo que hace la gente con pasta por ahorrar, ¿eh? Ya lo decía mi madre, que los ricos no son ricos porque ganen mucho, es porque

gastan poco. Un poco más y se vuelca la caja de las mandarinas dentro.

Habrá venido con la familia o algo así, por eso necesitaba tanta munición.

Bueno, trabajo terminado y me sobra media hora antes de que empiece a llegar la gentuza.

Voy a aprovechar el medio y a hacerme un desayuno en condiciones, que aquí hay materia prima de la buena.

Empiezo a mirar por la despensa y mi mente se pone a trabajar de inmediato, va a mil por hora; qué cantidad de opciones, qué maravilla. Me siento en el supermercado de El Corte Inglés que tienen en *MasterChef*. En menos de dos minutos ya he decidido: se vienen unas buenas tostadas francesas, una dulce y otra salada. Oh, sí.

Corto un par de rebanadas gruesas de pan brioche, preparo una mezcla de huevos con un poco de nata, sal y algo de azúcar, y las sumerjo. Añado ralladura de limón, un toque de canela y una pizca de nuez moscada para darle profundidad al sabor. En una sartén antiadherente, derrito mantequilla clarificada y doro el pan brioche hasta que quede crujiente por fuera, pero suave por dentro. Sobre una tostada, coloco un huevo poché con la yema líquida, espolvoreo con sal en escamas, pimienta y hierbas frescas (perejil y eneldo). En la otra tostada, un coulis rápido de frutos rojos (caliento en una sartén frambuesas y arándanos con un poco de azúcar y limón) y una cucharada de mascarpone batido con miel.

Todo esto lo tengo listo en menos de quince minutos, limpio todo para que, si llega alguien, no me pille con las manos en la masa, y me meto en la despensa a comerme mi creación.

No es por nada, chicas, pero soy un partidazo. Qué bueno está todo, la madre que me parió.

—¿Quién está en mis cocinas?
—Yo, chef. Aday.
Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda.
—¿A qué huele?
—A mi desayuno, chef.
—¿Qué te has hecho?
—Tostadas francesas, una con huevo y otra con mermelada.
—¿Frutos rojos?
—Frambuesas y arándanos.
—Buena elección.
—Gracias, chef.
—¿Has limpiado todo?
—Sí, chef.
—Termina, recoge y a tu puesto.
—Sí, chef.
—¿Aday?
—¿Sí, chef?
—No salgas más de fiesta.
—No, chef.
¿No me ha escupido? No me ha escupido.

35

No sé ni dónde estoy, ayuda



No quiero ni medio comentario, ni media risa. Mi hermana se estaría descojonando de mí hasta el año que viene. Me ha pillado robando fruta, chicas. Que llevo en el bolso por lo menos quince piezas.

Chati, ¿puede una persona morirse de vergüenza?

No, no es posible morir literalmente de vergüenza, pero la sensación de vergüenza extrema puede provocar reacciones físicas y emocionales muy intensas que resultan abrumadoras. Por ejemplo, cuando una persona siente vergüenza, el cuerpo puede experimentar: aumento del ritmo cardíaco, sudoración, enrojecimiento de la piel o sensación de presión en el pecho. Es más una cuestión de sentir que te quieres morir del bochorno que una amenaza física real. Lo bueno es que la vergüenza, aunque intensa, es temporal y no suele tener consecuencias duraderas si se maneja de forma adecuada.

¿Por qué me alivia DE VERDAD leer a ChatGPT? ¿Estoy bien de la azotea? Me empiezo a preocupar en serio, lo estoy empezando a ver como a un gurú o algo así.

Si él dice que es temporal, es temporal. Ahora bien, tengo todos los síntomas que dice el muy desgraciado; no falla una, el tío.

Chicas, en serio que no sé dónde estoy, ¿qué es esto? ¿Por qué este hotel es tan grande? Creo que llevo andando más de veinte minutos y no estoy llegando a ninguna parte. Me estoy agobiando. Encima Google Maps no sirve, porque no tiene un plano del hotel, está todo puesto como un único edificio mastodóntico de color gris y no veo a nadie por aquí, ¿dónde está la gente?

Sigo caminando durante más de diez minutos y doy con una chica que va vestida con un uniforme como oriental.

—Oye, perdona, ¿sabes dónde estoy?

—Sí, en la zona del *spa* del hotel, ¿a dónde quiere ir?

—Ah, ¿que también hay *spa*?

—Sí, claro. ¿Le gustaría reservar un tratamiento o un masaje?

—No creo que me lo pudiera permitir, soy trabajadora del hotel, no huésped.

—Ah, coño, y yo aquí haciéndome la estirada. ¿Qué te pasa, chocho? ¿Te has perdido? ¿Primer día?

—Sí, pero no creo que en una semana sepa muy bien cómo moverme por aquí tampoco.

—Nada, nada, al final lo pillas. ¿A dónde quieres ir?

—A la recepción, por favor.

—Pues mira, tira ese pasillo recto hasta el final, ahí hay un ascensor, te subes a la planta cero, tiras a la derecha todo recto, luego izquierda y llegas. Los pasillos son largos, tú sigue hasta el final en los dos antes de girar, no desistas.

—Vale, perfecto. Mil gracias, de verdad.

—De nada, perla, todas hemos pasado por esto. No te preocupes. ¿A qué departamento vas?

—Animación.

—Ay, qué divertido. Sois los que mejor se lo montan. Te veré cuando hagamos el sorteo en la piscina.

—¿El sorteo? ¿Qué sorteo?

—Todos los días sacamos una camilla a la piscina y los monitores organizáis un sorteo de un masaje de veinte minutos; el cliente al que le toca se lleva el masaje gratis.

—¿Y se lo dais ahí, delante de todo el mundo?

—Sí, claro, nena.

—¿Y no les da vergüenza?

—Pero qué vergüenza ni qué vergüenza: ¿un masaje gratis estando de vacaciones?, se matan por llevárselo.

—Bueno, pues nada, nos volveremos a ver, entonces. ¿En la piscina?

—En la grande.

—Ah, que hay varias.

—Unas cuantas, cariño.

—Genial, voy a ver si soy capaz de llegar a donde me has dicho.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no, no hace falta. Me apaño, tengo buena retentiva.

—Pues eso te va a venir estupendamente aquí, porque tela.

—Eso espero. Por cierto, un placer, me llamo Yaiza.

—Yo soy Sara. Dame dos besos, hija.

—¡Hasta luego, Sara! ¡Encantada!

—¡Hasta luego, chocho! ¡Y mucha suerte en tu primer día!

¿La gente de Andalucía, cuando sale de Andalucía, no siente que todo el mundo que no es de Andalucía es borde? Qué gusto de mujer, de verdad.

(Sara, espero que seas de Andalucía, diría por tu acento que así es; si no, no me mates, porfa, eres genial y ojalá seamos amigas.)

36

¿Alguien ha puesto droguita de la felicidad en los conductos de ventilación de las cocinas del hotel?

Ya me había visto con el segundo *strike* y a horas de estar en el paro, bueno, paro de qué, si no llevo aquí nada de tiempo, no creo que me corresponda paro aún, pero no, nada de eso.

Cuando he oído a la chef hablar en mitad de un bocado de deliciosa *French toast* ya me he visto de patitas en la calle, pero al parecer no le molesta que haya cocinado aquí, qué bien. Me lo he pasado como un niño chico, también os diré. Ojalá yo tuviera en mi casa tantos ingredientes y tantos juguetes de cocina de tanta calidad.

El día pintaba que iba a ser una mierda, pero, entre la ladrona de fruta y que creo que he sumado puntos con la chef, ni tan mal, a ver si va a ser verdad eso de que, a quien madruga, Dios le ayuda. También te digo, lo de levantarme a las dos de la mañana no se va a repetir y, sí, te estoy hablando a ti, señor Dios, si es que existes. Con las seis de la madrugada cuando tenga turno de mañana, vas que

chutas, y espero que te marques una ayudita como lo de hoy a diario. Gracias y un placer.

María ni me ha mirado desde que ha llegado; ni me ha dado los buenos días ni nada. Entiendo que espera que sea yo el que se acerque a decirle algo, pero está flipando en colores, con lo borde que fue ayer... Encima de que me echan la bronca, me expulsan de las cocinas y me dan casi un ultimátum, la idiota se pica porque le toca quitar dos lavavajillas y medio, lo que me faltaba. Si es tonta, es tonta y punto.

—María, perdón por lo de ayer, te comiste mi curro y no era tu responsabilidad, lo siento.

—...

—...

—¿Me acabas de pedir perdón?

—¿Sí?

—Ah, vale. Pues disculpas aceptadas. No pasa nada, le podría pasar a cualquiera, lleva más cuidado a la próxima.

—Lo haré.

—¿Has venido a limpiar?

—A las tres menos cuarto de la mañana ya estaba aquí.

—Bien hecho, creía que no vendrías.

—¿Por?

—Porque eres un hombre siguiendo órdenes de una mujer.

—¿Y?

—Que no a todos se os da bien hacer eso.

—Bueno, yo qué sé, es mi curro y es mi jefa. Si la he liado, la he liado.

—Sí, sí, me parece genial. Has mejorado mucho.

—¿Refuerzo positivo y todo?

—De vez en cuando no viene mal. Aprender a diferenciar isla de península te ha costado, pero con persistencia lo has conseguido. Enhorabuena, campeón.

—Eres una idiota.

—Tú no te quedas muy atrás.

¿Qué está pasando hoy? ¿María está haciendo bromas y se está riendo? Dios, retiro lo dicho, pienso madrugar muchísimo todos los días, hasta cuando tenga turno de tarde.

37

El agua salada lo cura todo



He conseguido llegar a mi habitación, me siento una *pro* de la orientación. En cuanto he aparecido en la recepción, he sentido un alivio alucinante, de ahí hasta la zona de los trabajadores ha sido como coser y cantar.

Ya he llenado mi frigo de fruta (no voy a insistir más en la vergüenza ajena que deberías estar sintiendo ante este hecho, de nada), me voy a coger una sudadera, un bikini, una toalla, la crema solar, un par de mandarinas y me voy a la playa, que Chati me ha dicho que hay una aquí, a cinco minutos del hotel. Si me doy prisa aún llego al amanecer.

Justo cuando pongo un pie en la arena, comienza a sonar *Exoplaneta*, de Arde Bogotá, en mis auriculares y me transporta a un lugar en el que siento que no he estado antes, y, no, no hablo solamente de lo terrenal. Hay canciones que creo que están hechas para que las escuches en un lugar concreto en un momento exacto, y creo que ahora mismo eso es lo que me está pasando. Escúchala y lo entenderás.

Creo que justo así me encuentro ahora, vacía. Sin saber qué he hecho, qué estoy haciendo. No sé hacia dónde quiero ir, me agobio si lo pienso, pero en algún momento me tendré que parar a pensar, ¿no?

Empieza a dolerme el pecho, mi corazón se acelera, me cuesta un poco más respirar... Bueno, pues ya estoy llorando. He aguantado un día entero, ni tan mal. Sentada bajo una sombrilla de paja, con una toalla en la arena, que está superfría, ¿quién se supone que soy?

El sol aparece tímido, perezoso, como si no tuviera ganas de despertar. Comienza a manchar el cielo de tonos rojizos, me arranco los auriculares y ahora es al mar a quien escucho. Me recojo el pelo y me lo meto bajo la capucha de la sudadera, me abrazo las piernas con fuerza y me permito llorar tranquila, mientras amanece y las olas me susurran que no todo es tan horrible.

Siento que lo necesito, que me lo merezco. Sé que puedo sonar a loca, a poco cabal, pero el mar me acuna, me canta, me cuida, me entiende, no me juzga. Sabe que me siento una fracasada, aunque sabe que no lo soy. Sabe que ahora mismo no me entiendo, pero que lo haré. Sabe que no tengo ni idea de qué quiero hacer con mi vida, pero también confía en que lo descubriré.

El mar soy yo.

Me quito la sudadera y los vaqueros, me quedo con mi bikini morado (mi favorito por y para siempre), cojo las gafas de bucear y, temblando, me dirijo a la orilla cuando el sol ya está a punto de salir del todo. Dejo que las olas que llegan me acaricien la punta de los pies, y toda la piel de mi cuerpo está erizada porque el frío la pone alerta, pero se siente bien.

Se siente bien estar viva. Se siente bien sentir. Agarrarte a las sensaciones físicas. Poco a poco me voy metiendo mar adentro, y con cada centímetro que se moja de mi cuerpo me arrepiento un

poco más de la decisión de estar bañándome a las siete de la mañana, pero no puedo parar, no puedo evitar querer sentir más mar, sentirme rodeada de agua en cada poro.

Cuento hasta tres y me sumerjo. La sensación de notar cómo mi pelo pasa de seco a mojado es un regalo, sentir que de repente es liviano y pasa a ser etéreo, que flota contigo.

Qué suerte tengo de estar viva.

Vuelvo a la superficie y contemplo el amanecer más bonito que he visto hasta la fecha, el sol al ras del mar, confundiendo su forma con su reflejo en el agua, regalándome sus primeros rayos. Me quedo unos segundos mirando, me pongo las gafas de bucear, unas enormes, de las que cubren también la nariz y vienen con el tubo para poder hacer esnórquel, me zambullo bajo el agua y finjo que la tierra no existe, que soy un pez más, que soy una sirena. Cuando era pequeña me encantaba jugar a que era una sirena.

El mundo marino se abre ante mí y durante unos minutos no existe nada más, solo el silencio ensordecedor del fondo del mar. Quizá sea la droga cerebral de sentir que estoy viviendo sola un momento que se intuye casi mágico, pero me da la sensación de que los peces nadan conmigo, se enredan entre mis piernas y, aunque ni siquiera me rozan, me acompañan, organizados, como a mí me gusta.

Salgo del agua pasadas las ocho con toda la piel arrugada, me envuelvo en la toalla y sonrío, me hago un selfi y lo mando por el grupo familiar.

Buenos y salados días, familia. Os echo de menos. Gracias por aguantarme y apoyarme siempre, soy muy afortunada de teneros.

Tata, pásate el porro que te hayas fumado para escribir eso a las nueve de la mañana, una hora

menos en Canarias.

Me río en voz alta. No hay quien la aguante.

38

¿Sabéis qué se me da genial además de cocinar? Cotillear



Esa mañana va sobre ruedas y prácticamente no tengo que pedir ayuda; el tema de la limpieza ya se me está dando increíble. Les he cogido el truco a los lavavajillas, al funcionamiento de la cocina, a las necesidades de los compañeros. Soy capaz de adelantarme a cualquier cosa que necesiten antes de que me la pidan. ¿Acaso a Aday Carrera se le da bien trabajar y nadie supo verlo hasta ahora? Es probable.

Ya ha terminado mi turno y, aunque haya sido un buen día, estoy que me caigo al suelo de sueño, demasiadas horas despierto y con demasiado curro encima. No sabéis las ganas que tengo de llegar a casa, tirarme en la cama y morir de forma lenta y placentera. Esto ando pensando mientras me ato las zapatillas y veo a María entrar en los vestuarios del personal.

—¿Te apetece ir a tomar algo?

—¿Me estás hablando a mí?

—¿Acaso hay alguien más aquí?

—Eh... Pues sí, claro, vamos a tomar algo.

—¿Tienes coche?

—Efectivamente.

—Pues venga, vamos al pueblo.

Nos montamos los dos en mi coche, aún no entiendo muy bien qué está pasando, y me dice que tire al charco de San Ginés, que vayamos a alguna terraza a por una cerveza.

—No me he visto venir que me dijeras de ir a tomar algo.

—Creo que necesito socializar con alguien.

—¿Y yo soy «alguien»?

—No estás del todo mal. Perdona si soy una borde en el curro. Me importa mucho la opinión de la chef, que te pusiera a mi cargo fue un avance increíble en mi carrera y quiero hacerlo bien.

—¿Cuánto tiempo llevas en la mili?

—Este verano hago dos años. Entré como ayudante de cocina y hace seis meses me nombró *garde manger*. Estoy supercontenta.

—María, no hablo francés, ¿qué cojones es eso?

—Oye, ya llevas casi tres semanas aquí, ¿eh? Esa excusa no te sirve una mierda.

—Mi niña, yo solo sé que te veo cortar lechuga todo el rato.

—Eh, tú, que no corto solo lechuga, cabrón, hago más cosas, pero, bueno, sí, me encargo de las preparaciones frías. Las ensaladas, los embutidos, los aperitivos...

—¿Y tu objetivo es llegar a...?

—*Sous-chef*. —Se queda mirándome de forma divertida, esperando a que la insulte, supongo.

—María, que dejes el puto francés, ¿de qué vas?

—Ay, que me meo, qué gracioso eres.

—Uy, sí. Qué gracioso, el nuevo, que no sabe hablar francés.

—Básicamente es ser la segunda de cocina.

—¿Y no era más fácil decirlo así desde el principio?

—Sí, pero me gusta cuando te agobias porque no sabes algo y lo tienes que preguntar.

—Eres mala, ¿eh?

—Solo un poco.

—¿Y qué responsabilidades tiene una segunda de cocina?

—Asistir al jefe de cocina, o jefa, que en este caso es Mónica, además de supervisar todas las operaciones diarias que se tienen que hacer y cubrir al chef principal cuando no está. Es un curro tanto operativo como administrativo.

—Conque Mónica, ¿eh...?

—Nunca dice su nombre.

—Menuda chorrada.

—Es increíble.

—No me parece para tanto, sinceramente.

—Aday, no hables de cosas que no entiendes, amor, que quedas fatal. Es literalmente de lo mejorcito que hay en España, pero nunca ha querido salir de la isla y eso le ha cortado bastante las alas. Si se montara un restaurante en Madrid, tendría, por lo menos, dos soles Repsol, pero ese camino no le interesa. Una carta de recomendación suya y un currículum en el que ponga que has sido su segunda, y se te abren las puertas de todas las cocinas de restaurantes con estrellas Michelin de España.

—¿Tan famosa es?

—Dentro del mundillo en nuestro país, sí.

—Pero ¿en plan que la conocen Pepe y Jordi?

—¿Quiénes son Pepe y Jordi? ¿Los de *MasterChef*?

—Sí.

—Joder, cabrón, pues claro.

—¿En serio?

—Ay, Aday..., cuánto te queda por aprender...

En estas llegamos al pueblo, aparcamos y nos sentamos en una mesita junto al charco. Qué preciosidad de rincones tiene Lanzarote, de verdad se los digo.

—¿Y tú? ¿De verdad quieres ser cocinero?

—Pues supongo que sí, pero no hablo francés y no entiendo tanto como tú. Yo solo me lo paso bien en la cocina, probando sabores nuevos y experimentando con cosas que teóricamente no pegan, pero que en mi cabeza funcionan.

—Eso ya es un avance, pero te recomiendo que te lo tomes más en serio. A la chef le gusta la gente que curra. Intenta llegar siempre con tiempo y practicar, eso le mola.

—Justo esta mañana lo he hecho. Cuando he terminado de limpiar me he preparado un desayuno, me ha pillado y no me ha dicho nada.

—¿Te ha preguntado por alguna elaboración?

—Por el coulis que me he hecho.

—¡Ves como sí hablas francés!

—No me jodas, María, me sé esa palabra porque la he oído en el Canal Cocina doscientas veces.

—Bueno, pues esta mañana has sumado puntos, te informo.

—Algo he notado. ¿Tú siempre has querido dedicarte a esto?

—Desde que tengo uso de razón.

—¿Y estás aquí en Lanzarote?

—Supongo que no por mucho tiempo, me vine por amor, ya tú sabes.

—¿Juanma?

—Juanma.

—¿Cómo estáis?

—¿Vamos a hablar de esto?

—Hombre, no me has traído hasta aquí para hablar del tiempo, ¿no?

—Te he hecho traerme aquí porque necesito despejarme y hablar con alguien en persona que no sea él de vez en cuando.

—¿Echas de menos Barcelona?

—¿Sabes que soy catalana?

—Me lo dijo Juanma.

—Ah, claro, que sois *amigos* —remarca la última palabra.

—María, salimos un día por ahí; yo a eso «amistad» no lo llamo.

—Sí, echo de menos Barcelona cada día que pasa. Me encanta Lanzarote, ¿eh? Creo que es el lugar más bonito del mundo, pero extraño a mi gente y no sé si la he cagado viniéndome aquí.

—Pero a nivel laboral estás guay, ¿no?

—Supongo que sí. He aprendido muchísimo y he crecido mucho más rápido como cocinera de lo que podría haber alcanzado en un restaurante de alta cocina en la península, pero, no sé, a veces doy muchas vueltas a las cosas.

—Meri, todo lo que hacemos es por algo. Si te viniste aquí es porque en su momento lo sentías.

—Puto Juanma.

—¿Qué os pasa?

—Que nos enamoramos en verano.

—¿Y?

—Pues que los veranos se acaban y alargarlos durante el resto del año no funciona igual de bien.

—Menuda mierda.

—Pues sí. Pero, bueno, lo estamos intentando hacer lo mejor que sabemos. Sé que gran parte de la culpa la tengo yo. Pretendo que sea una persona que no es y ese es el problema, que igual estoy con alguien que no es lo que yo esperaba y aun así no tengo los ovarios

de dejarlo porque lo quiero con toda mi alma, aunque sepa que es un desastre y que solo sabe mirarse el ombligo. Supongo que es estupendo como es, pero está cargando con el peso de mis expectativas y eso no es del todo justo.

—Joder, qué profunda.

—Palabras de mi psicóloga.

—¿Vas al psicólogo?

—¿Tú no?

—Qué va, nunca lo he necesitado.

—... —Me mira en silencio y se empieza a descojonar en mi cara.

—Oye, no te rías de mí.

—No, no. No me río de ti, me río contigo.

—Y una mierda.

—Pero ¿cómo no vas a haber necesitado nunca psicólogo, cabrón?

—¡Oye! Porque yo estoy divinamente, chula.

—¿Nunca has tenido una época de bajón en la que no has sabido cómo gestionar tu existencia?

—Pues sí, pero al final me he apañado sin pagarle a nadie treinta euros la hora.

—Treinta, dice. De sesenta ya no baja ninguno.

—Pues mejor me lo pones.

—Yo sin la terapia no sabría vivir, es de los pocos lujos que me permito. Me mantiene cuerda.

—¿Y qué te dice tu psicóloga?

—En realidad, habla poco, a casi todas las conclusiones llego yo.

—¡¿Y por hacer eso te cobra sesenta pavos?!

—Setenta, la mía.

—Vamos, no me jodas.

—Un chollazo, ¿eh? Nah, es coña, los pago bien a gusto.

—Yo si te parece te cobro la mitad y te dejo llegar también a las conclusiones que tú quieras.

—Qué imbécil eres.

—Solo un poco.

—No me caes del todo mal.

—Qué honor. Pero cuéntame qué te pasa con míster musculitos, que me has dejado a medias.

—Pues en realidad todo y nada. Vine aquí para hacer la temporada de hace dos veranos, nos liamos y vivimos un intenso amor fugaz. Después me volví a Barcelona y me estuvo insistiendo con que me mudara, que aquí seríamos los dos superfelices y blablablá. Le hice caso porque una es tonta de remate. Él aquí tiene toda su vida, yo no. Cuando llegué me quedé a vivir en el hotel, pero nos fuimos a vivir juntos hace un año y medio, yo estoy más sola que la una y él no deja de hacer las cosas que ya hacía antes de que yo estuviera aquí. Cada vez que vuelvo a casa, estoy sola. Él me dice que haga vida con él fuera, pero yo llego muerta y, si no descanso, no rindo. Así que, nada, siempre la misma eterna pelea. Él no sabe estar quieto en casa y a mí no me apetece salir, nos lo echamos mutuamente en cara y santas pascuas. Bueno, ahora ni eso, ahora parece que somos dos desconocidos que conviven en silencio. Montarte una vida de cero conociendo a una única persona es jodido.

—Ños, menudo panorama.

—Ya te digo.

39

Última noche antes de mi nueva vida



Llego a mi habitación pasadas las nueve de la noche, estoy muerta. Me he tirado la mañana entera en la playa, leyendo, escuchando música y dormitando; aun así, me noto tan cansada...

Por la tarde me he ido a dar un paseo por el hotel. Me he recorrido casi todas las instalaciones, quiero ubicarme bien antes de empezar mañana. Ya he investigado dónde está cada cosa que creo que me puede hacer falta, así que ya sé dónde comemos los trabajadores, dónde tengo que estar mañana a las nueve en punto, dónde están todas las piscinas, el escenario, la discoteca *light*, el gimnasio, dónde se dan las clases de salsa y bachata, el yoga... Creo que este complejo hotelero es de los más grandes del mundo; va en serio, hay hasta carritos de golf para recorrerlo.

Según mi móvil he caminado más de quince kilómetros hoy y no he salido de aquí, con eso os lo digo todo.

He hecho videollamada con mi familia, les he contado lo enorme que es todo y he notado cómo morían de envidia lentamente.

—Ojalá algún día nosotros podamos ir de vacaciones a un sitio así.

—Cuando me saque la oposición, con mi primer sueldo os traigo.

—Entonces ¿ya tienes claro que vuelves a estudiar? ¡Qué bien, hija!

—Era una forma de hablar, mamá. Lo he dicho sin pensar, por la costumbre.

—Bueno, las buenas costumbres tienen que cuidarse.

Me meto en la ducha y uso cada producto que ha viajado conmigo en la maleta; me dejo la mascarilla bien de tiempo puesta en el pelo, que con toda la sal y el sol se me ha quedado seco como una pasa.

Cuando salgo de la ducha me doy cuenta de que me he quemado, y eso que me he estado echando crema cada media hora, pero, claro, esta piel que solo ha visto la luz del flexo en los últimos años no está acostumbrada a pasarse al sol cual lagarto casi una jornada laboral entera.

Cuando termino y ya huelo como la princesa que soy, me planteo seriamente meterme en la cama, pero llevo sin comer nada decente casi dos días y no puede ser. Así que, con todo el dolor de mi corazón, me enfundo unos *shorts* vaqueros, una camiseta blanca que deja un hombro al aire, las Converse y, con el pelo mojado y suelto, salgo hacia el comedor de empleados a ver si consigo algo nutritivo y que esté rico.

Tardo unos quince minutos en llegar, pero lo hago orgullosa porque no me he perdido ni una sola vez. Daremos las gracias a haber heredado la orientación de mi señor padre.

Llego y veo que, de las diez mesas, en las que caben más o menos unas quince personas, hay solo una entera vacía y me dirijo a ella como alma que lleva el diablo. En todas las demás hay grupos

de entre tres y cinco personas; me está dando fuerte la ansiedad social y siento que todo el mundo me mira.

Me recuerdo a mí misma lo que me decía la psicóloga e intento pensar firmemente que no todo lo que me diga mi cerebro tiene por qué ser verdad. Nadie me está mirando, a toda esta gente le doy exactamente igual. Saco mi móvil y me refugio en él. Abro WhatsApp y deslizo como si me interesara algo de lo que escriben en los grupos. En estos momentos es cuando echo de menos Instagram. Levanto la cabeza del teléfono e intento entender cómo funciona este sitio... ¿Viene alguien a preguntarme o tengo que ir yo a por la comida? No parece un bufet, pero tampoco hay ninguna carta con un menú o algo parecido.

Recorro cada rincón de la estancia y no veo ninguna señal que me indique qué tengo que hacer, así que vuelvo a mi móvil. Odio estas situaciones, aquí es donde envidio a mi madre o a mi hermana; ellas ya se habrían acercado a alguien para preguntar qué tienen que hacer, pero yo, con las dos experiencias locas que he vivido hablando a desconocidos, voy más que servida para la próxima década.

Qué bien huele, qué hambre. La gente está comiendo, eso quiere decir que comida hay. La pregunta es dónde y cómo se consigue.

—Hola, ¿eres nueva?

Una pelirroja se acaba de acercar a mi mesa. Tiene acento raro, no sé identificarlo, pero apuesto a que española no es.

—Eh, sí. Empiezo mañana.

—Gabriella, un placer. ¿Te quieres sentar con nosotros?

—¿Quiénes sois «vosotros»?

—Los de aquella mesa. No mordemos ni nada.

—Vale, sí. Voy, muchas gracias por molestarte.

Me levanto dispuesta a seguirla.

—He notado que eres nueva desde la otra punta y, bueno, creo que necesitas una mano.

—La necesito de verdad. ¿Cómo has sabido que soy nueva?

—Porque pareces un cangrejo desubicado en mitad de la playa —me suelta entre risas.

—Así es como me siento, definitivamente. —Ya me he reído. Qué maja, y qué guapa.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta echando a andar.

—Yaiza —respondo imitándola.

—Pero no eres canaria, ¿no?

—No, no, qué va.

—Pues tienes un nombre muy de aquí. Hay muchísimas Yaizas por la zona.

—Sí, lo sé. Mis padres me lo pusieron por el pueblo.

—Mira, te presento: Ana, Sergio, Juanma y Errico.

—Un placer, chicos. Soy Yaiza.

—¿A qué departamento vienes? —me pregunta el moreno de ojos verdes, Sergio, creo que es, si no lo he entendido mal.

—Animación.

—¡Joder, sí! ¡Lo sabía! ¡Me debéis diez pavos! —grita uno de los otros dos.

No me he quedado con su nombre, pero tiene unos bíceps con los que podría ahogar a cualquiera.

—¿Habéis apostado acerca de en qué departamento estaba?

—Efectivamente, y he ganado yo porque soy invencible en este juego.

—¿Los demás qué habéis dicho?

—*Amore*, tienes toda la pinta de fisioterapeuta —dice Sergio, y tomo nota mental de que es gay seguro.

—Ni de coña, yo creía que ibas a hostelería; te pega muchísimo poner cubatas —interviene la pelirroja que ha venido a mi mesa, Gabriella.

—En mi cabeza tenía sentido que fueras DJ, no me preguntes por qué —me comenta la chica negra, que, si no me equivoco, se llama Ana.

—Cuánta imaginación tenéis, ¿eh? Yo DJ, me meo. ¿Y tú? ¿Qué has dicho? —le pregunto al único chico que no ha hablado todavía y que, de hecho, me parece bastante mono.

—Yo no he dicho nada, no he participado.

Este tampoco es español, anoto. Del nombre no me acuerdo, pero era raro.

—Pues vengo a animación, ya lo siento. ¿Vosotros en qué departamento estáis?

—Animación también —contesta Ana.

—¿Todos?

—Todos.

—¿Me recuerdas tu nombre? —le pido al cachas.

—Juanma.

—¿Y tú eras?

—Errico. —Italiano, cien por cien.

—Vosotros Ana, Gabriella y Sergio.

—¡Muy bien, sí, señora!

—Intentaré no olvidarme.

—Del mío seguro que no te olvidas —me dice Juanma.

—¡Cállate ya, fantasma! —le contesta Gabriella.

Nota mental: Juanma es un flipado; Gabriella me cae genial.

—¿Quieres cenar? —me pregunta precisamente ella.

—Sí, por favor, pero no sé cómo hacerlo. ¿Tengo que ir a buscar la cena a alguna parte?

—Te acercas a esa puerta, le dices al de cocina qué quieres y tu nombre. Cuando lo tengan listo, te llamarán.

—¿Esa puerta da a las cocinas?

—Sí, señorita.

—¿Y tengo que entrar sí o sí?

—Sí, señorita.

—¿Y hablar con el cocinero?

—Sí, señorita.

Qué bien, chicas. Esto es genial, va de bien en mejor. Como me encuentre al cocinero de esta mañana, puedo desfallecer en ese mismo instante. No creo que trabaje tantas horas al día, ¿no? Decidme que no, por favor.

—Tampoco tengo tanta hambre.

—No seas tonta, mujer, que aquí está todo buenísimo. Hoy puedes elegir entre crema de calabacín con crujiente de jamón o ensalada campera, de primero; pechuga de pollo a la plancha con mostaza y miel o merluza al horno con alioli suave, de segundo, y de postre flan casero o yogur con fruta fresca y miel —me explica Ana. Creo que también me cae bien, parece muy mona.

—¿Recomendaciones? ¿Está todo rico?

—Aquí la cocina no falla. Cuando vuelvo a casa de vacaciones la echo de menos y todo, fíjate, pero, si quieres ir a tiro fijo, la crema, el pescado y el flan. Todos los días nos suben el menú del día a la web del hotel en el apartado de los trabajadores. Mañana supongo que en la reunión de iniciación te darán las claves de acceso.

—Pues maravilloso, qué nivel, ¿no? Y me pediré eso mismo, me gusta todo, la verdad.

—Entonces acércate allí y pides.

—Vale, voy.

Que no esté el cocinero de esta mañana, por favor. Que no esté el cocinero de esta mañana, por favor. Que no esté el cocinero de esta mañana, por favor.

Abro las puertas y me encuentro con un caos organizado estupendo. No sé cuánta gente vestida de blanco está recorriendo esa cocina arriba y abajo, y me quedo embobada viendo cómo todos trabajan y hablan a la vez. Y quizá, solo quizá, viendo si lo veo, solo para que no me vea él a mí.

—¡Crema lista!

—¡Ensalada hecha!

—¡Esquina!

—¿Dónde están los contramuslos de pollo?

—¡Detrás!

—Necesito el eneldo para ayer, ¿quién está con el maldito eneldo?

—Yo, chef.

Todo el mundo está hablando al mismo tiempo, no sé cómo se enteran.

—¿Y tú qué quieres? —me pregunta un hombre de unos sesenta años.

—¿De qué?

—De cenar, hija, de cenar, que no tengo todo el día.

—Ah, perdón. La crema, la merluza y el flan.

—No queda merluza.

—Pues pollo.

—Nombre.

—Yaiza.

—Ahora te llamo.

—Vale, muchísimas gracias.

Vuelvo a la mesa con los chicos, aliviada porque el cocinero ese no está o, si está, no lo he visto. Tampoco es que lo haya buscado

con ahínco ni nada de eso, pero a simple vista no estaba. Que tampoco es que me importe, no lo quería ver. Qué vergüenza. Ojalá no lo vuelva a ver, de hecho.

—¿En qué hoteles has estado antes? —Ana interrumpe mis pensamientos.

—En ninguno, este es mi primer trabajo.

—¿En serio? —pregunta Sergio.

—Super en serio.

—Pues prepárate para la guerra, querida. Te has venido a la brigada superior directamente —suelta Gabriella.

—Oye, no me asustéis.

—No es que te queramos asustar, es que aquí hay más niños que soldados en la batalla y, sin experiencia previa, a ver cómo te apañas, pero no te preocupes, pequeña, estaremos pendientes de ti.

—Juanma, tío, qué asco. ¿Acabas de llamar a la nueva «pequeña»?

—Pelirroja, cállate.

—No empecéis otra vez, por favor. —Errico dice esto, todo el mundo se queda mirándolo y en silencio; creo que no suele participar en las conversaciones, eso o le tienen mucho respeto, no lo tengo claro.

—¡Yaiza! —me llama el señor de la cocina.

—Sí, voy.

Me pongo de pie y cojo la bandeja que me ofrece el hombre. Joder, sí que tiene buena pinta esto, huele que alucinas. Sabía que tenía hambre, pero, una vez con la comida delante, siento que necesito devorar. No lo hago, porque una es gorda y le da vergüenza lo que piensen de ella. Me siento a la mesa y me pongo a comer como si no tuviera hambre y la comida no me interesase mientras los escucho hablar.

Les digo que me adelanten algo de lo que haré mañana y creo que me arrepiento casi al instante.

Me cuentan que tenemos que aprendernos de memoria *speeches* (discursos, pero ellos usan esa palabra, así que yo también) en español, alemán, inglés y francés. Les digo que yo no hablo todos esos idiomas y me dicen que ellos tampoco, pero que te estudias cómo se dicen, los sueltas y fuera.

—¿Y si un niño alemán me pregunta algo? ¿Cómo se supone que me comunico con él?

—Con gestos. Los chavales se hacen entender que flipas, la movida viene si algún padre te pide explicaciones —me contesta Sergio.

—Y ahí, ¿qué hago?

—Habla en inglés, casi todo el mundo habla inglés —me indica Ana.

—¿Y si es francés? Los franceses no hablan inglés y mi francés lo tengo superoxidado. —Superoxidado lo poco que sé, pero eso me lo callo.

—Pues le sacas brillo, *amore*. A malas siempre puedes llevarlos a Óscar, pero te recomiendo no usar mucho ese comodín. —Sergio de nuevo.

—¿Y quién es Óscar?

—Mi *panita*, nuestro jefe —dice Juanma—. Es también de gimnasio como yo, buen tío.

—Pero ¿entonces tú eres de animación o de gimnasio?

—De los dos. Yo hago de todo, mi niña, pero me encargo más de los adultos que de los niños. Doy las clases de salsa, de bachata, de aquagym...

—Pero yo eso no lo tengo que hacer, ¿no?

—Sí y no. Las clases las da él, pero las coreografías las hacemos todos, en plan por detrás —me explica Gabriella.

—Pero yo no me sé ninguna coreografía.

—Por eso tienes la formación mañana. Tú tranquila, que te lo enseñan todo superbién y tienes quince días enteros para pillarlo. Luego, además, siempre vamos de dos en dos, así que te podrán con cualquiera de nosotros y te vamos a cubrir, no te preocupes. —Ana.

—No se me da bien no preocuparme.

—Siempre ponen a un nuevo con un veterano, así que no te rayes. —Gabriella.

—Qué buena está esta comida, por Dios.

—Te lo hemos dicho.

Me despido de todos cuando acabo y vuelvo a mi habitación. Se han esperado hasta que he terminado de comer. Estoy medio feliz, medio preocupada, medio con ansiedad.

Si estos son mis compañeros, me han caído genial, pero ojalá me pongan de pareja con Ana, con Gabriella o con Sergio. Con los otros dos, no quiero. Uno no se calla y el otro no habla.

Voy a tener que hablar idiomas que no hablo, hacer coreografías en piscinas y no sé bailar, musicales, juegos infantiles y clases de zumba. Todo genial. Todo dentro de mi zona de confort. Qué alegría, qué alboroto.

Que yo soy abogada, por el amor de Cristo. Deseadme suerte.

Para mi sorpresa, me quedo dormida nada más rozar la cama; al parecer la ansiedad hoy me va a dar tregua. Y menos mal.

40

Llamadme Linguini, pienso ser el mejor cocinero y encima en francés

Por si hay alguna despistada por aquí, Linguini es el cocinero de la película *Ratatouille*; no la rata, el pelirrojo.

María y yo estuvimos charlando durante más de dos horas. Me habló de su familia, de sus sueños de cocinera. Quiere acabar currando en el ABaC, pero para entrar ahí dentro necesita ser segunda de cocina durante más de un año aquí y tener la carta de recomendación de Miss Mónica Chef.

No me preguntéis por qué, pero tengo bastante claro que lo conseguirá..., aunque me da pena que lo deje con Juanma. Sé que puede parecer un poco gilipollas, pero creo de corazón que es buen chaval, lo que pasa es que muchas veces no sabe por dónde le sopla el viento.

Hoy he vuelto a madrugar; no tanto como ayer, pero sí. Me he puesto el despertador a las cinco de la mañana, a ver si con suerte tengo algo más de una hora para practicar. Anoche estuve mirando platos que siempre he querido preparar en Internet y en libros de

recetas que tengo por casa. Me he preparado un documento con todas las recetas que quiero hacer algún día, a ver si sumo puntos en las cocinas, y eso le da algo de vuelo a la Meri también.

Me cae bien, definitivamente.

Después de darle muchas vueltas, me he decidido por empezar con un magret de pato con reducción de naranja y puré de boniato. Qué bien suena, ¿eh? Mejor sabrá.

Llego a las cocinas, enciendo luces y me pongo manos a la obra. En primer lugar, con un cuchillo afilado, hago cortes en forma de rejilla en la grasa (sin llegar a la carne). Con esto, según he leído, conseguiré que la grasa se derrita de manera uniforme al cocerla. Le echo sal y pimienta por ambos lados, sin miedo, queremos que esto sepa para chuparse los dedos; caliento una sartén (sin aceite) a fuego medio. Coloco el magret con la grasa hacia abajo y la cuezo unos diez minutos, dejando que la grasa se derrita lentamente... Esto ya huele que alimenta. Le doy la vuelta a la carne y por ese lado la dejo solo tres minutos, que no quiero que se quede como un ladrillo. Lo saco del fuego, lo cubro con papel de aluminio y lo dejo reposar mientras preparo los acompañamientos.

Pelo los boniatos, los corto en trozos grandes y los cuezo en agua con sal hasta que están muy tiernos, que el tenedor los atreviese como si nada. Cuando ya están así, los meto en el pasapurés, les pongo bien de mantequilla, nata, sal, pimienta, queso azul y una pizca de nuez moscada. Remuevo bien hasta que me queda un puré suave. La textura no me termina de convencer, así que le echo un poco más de nata.

Para la reducción de naranja, en un cacito pequeño, vierto el zumo de cuatro naranjas, miel y vinagre balsámico. Lo caliento a fuego medio hasta que reduce a la mitad y tiene una textura ligeramente espesa. Estoy salivando.

Ya para emplatar, hago filetes finos en diagonal para que luzca jugoso, coloco una porción de puré de boniato en el centro del plato y lo aplano un poco, pero no demasiado, no quiero que pierda textura, acomodo las láminas de magret encima y añado un cordón de reducción de naranja. Después decoro con hojas de rúcula y unas virutas de naranja confitada.

Cojo un buen trozo de pan y... Dios santo, madre del amor hermoso, alabado sea el Señor, que baje Jesucristo a probar esto. La madre que me parió, tremendo plato que me acabo de marcar en una hora.

—¿Quién hay?

—Aday, chef.

—¿Qué has hecho hoy?

—Magret de pato con reducción de naranja y puré de boniato.

—No está mal para un *amateur*.

—Au, chef, eso de *amateur* ha dolido. ¿Lo quiere probar?

—¿Quieres que lo pruebe?

—Sería todo un honor.

—¿Estás seguro?

—Sí, chef.

Con el tenedor coge una tira del magret, le aparta la reducción de naranja, lo observa y lo vuelve a dejar sobre el plato.

—Esto está incomible.

—¿Cómo?

—Lo que has oído.

—¿Por qué, chef?

—El punto de cocción.

—¿Qué le pasa?

—Que no es correcto.

—Pero si está buenísimo...

Me mira de una manera que no sé cómo describir, pero hace que me trague mis palabras y cambie de rumbo radicalmente.

—Perdón, chef. ¿Cómo podría hacerlo mejor, chef?

—Así vas bien. Lo más importante del magret es que se vea rosado. El tuyo no está rosado, se ha pasado de tiempo de cocción. A la próxima te haces con un termómetro, lo introduces en la carne, te aseguras de que llegue a 57-60 °C en el interior y, cuando alcance esa temperatura, ni un solo grado más, sabrás que está listo.

—Sí, chef.

—Recoge todo esto, lo quiero impoluto.

—Sí, chef.

Li mis impirtinti is qui si vii risidi.

41

Me siento como Mulán cuando entra en el campamento para prepararse para la guerra



Me suena el despertador a las siete de la mañana; tengo que haber terminado de desayunar a las ocho y media, porque a las nueve empiezo con la formación. Nos han citado en el escenario principal; solo le pido al universo, por favor, que no empecemos con clases de baile o con un ensayo de algún musical.

Me ducho, me vuelvo a lavar el pelo (pido perdón a la Pachamama, pero es mi primer día y, aunque me lo lavé anoche, quiero estar impecable) y me pongo ropa cómoda, pero intentando ir lo más mona posible. Unas mallas negras, un *top* del mismo color y una sobrecamisa blanca; en los pies, las zapatillas de deporte.

Me maquillo lo básico (ni que supiera algo de maquillaje que no fuera básico, también os digo), un poco de máscara de pestañas y corrector de ojeras; por lo que sea, colorete no necesito. Parezco una gamba, qué mal. Evidentemente me embadurno de crema solar de pies a cabeza.

Última mirada al espejo... Mejor no me miro más, hoy no tengo el día para no tener el día. Llego al desayuno y ahí están las chicas sentadas, así que me acerco a ellas como quien no quiere la cosa.

—Qué madrugadora, esta es de las nuestras —le dice Ana a Gabriella.

—No quería llegar tarde el primer día.

—Hombre, con sesenta minutos para desayunar yo creo que vas sobrada. —Gabriella entre risas.

—¿Nerviosa? —me pregunta Ana.

—Atacada, no voy a saber trabajar.

—Anda, tía, no digas tonterías. Los primeros días igual se te hacen un poco duros, porque son muy exigentes físicamente, pero tú piensa que nadie nace sabiendo, estás aquí para aprender.

—Soy exigente conmigo misma desde que tenía tres años y me empeñé en saber leer antes siquiera de aprenderme bien el abecedario.

—Pues corta el rollo, que estamos en Canarias; aquí las cosas se toman con calma. —Gabriella.

—Ay, de verdad, gracias, chicas, ojalá me pongan de pareja con alguna de vosotras.

—Se lo diremos a Óscar, que tenemos mano. Tú por eso no te preocupes.

—Gracias, Gabriella, de verdad.

—Puedes llamarme Gabi.

—Pues gracias, Gabi. Por cierto, ¿de dónde eres?

—Adivina.

—¿Portugal?

—Casi, de Brasil.

—Oye, ni tan mal.

—No, no. Buen tiro a la diana.

El desayuno está muy bueno, aunque tampoco es nada del otro mundo. Me pido unas tostadas con tomate y jamón serrano, un bol de yogur con fruta y un zumo de naranja recién exprimido. Creo que en toda mi vida no he desayunado tanto y tan bien; me conformo con poco, siempre he sido más de café americano con prisas justo antes de salir de casa.

Cuando terminamos, nos dirigimos al escenario donde va a empezar la formación y vemos al que asumo que es Óscar subido encima; Errico, Sergio y Juanma lo acompañan.

—Tú quédate aquí abajo con los nuevos, nosotras subimos. Suerte, cariño. —Ana es un sol.

—Gracias, chicas. No os riais de mí si hago mucho el ridículo.

—No te preocupes, bebé, de eso se encargará Sergio. Te recordará todo lo que hagas mal hasta el fin de tus días —dice Gabi riéndose por lo bajini.

—Genial, me dejáis supertranquila entonces.

No sé ni por dónde empezar... Somos veinte nuevos, doce chicas y ocho chicos. No me salen las cuentas: si vamos cada nuevo con un veterano y veteranos son cinco... Todos, evidentemente, son más jóvenes que yo. Hay dos hermanas gemelas de las que podría pasar por su madre, tal cual. Todos están delgados menos yo, y otra chica que está aún más gorda. Para mí no suele ser un problema, pero, cuando estoy insegura, es lo primero que mi cerebro decide remarcar, porque él es así, simpático. He avanzado con la psicóloga, pero digamos que no estoy precisamente en la cima del amor propio.

Si ya tenía miedo de por sí, ahora tengo más. ¿Y si no estoy a la altura físicamente? ¿Y si todos son buenísimos bailarines y yo no doy ni una? ¿Y si empiezo a sudar y todos me miran? ¿Y si me quedo sin

respiración a los dos minutos y todos se ríen de mí? Qué bien, al parecer mi cabeza está de vuelta en el instituto, ¡lo que yo quería!

—Chicos, chicas. Bienvenidas al hotel Costa Teguise. Mi nombre es Óscar. Hablaré en femenino porque la mayoría sois chicas; si alguien tiene cualquier preferencia sobre pronombres que no sean evidentes o que este pobre carca no sepa intuir, me lo podéis comunicar. —Oh, guau, más cien puntos para Óscar, jamás hubiera dicho que podría ser... así... de majo, a veces los prejuicios engañan. Está fortísimo y definitivamente luce *gym bro*—. Vamos a tener quince días de formación. Ahora mismo sois veinte, pero después de la quincena os quedaréis solo cinco en este hotel. Alguna se irá por su propio pie y es probable que alguna otra no esté a la altura de lo que demandamos. No es un trabajo difícil, pero sí es un trabajo exigente. En caso de que nadie se quiera marchar y todas paséis el período de prueba, que no cunda el pánico. Somos una cadena de hoteles, si no os quedáis en este, os mandaremos a otro de los que tenemos en las islas; las condiciones son exactamente las mismas en todos, los edificios son muy parecidos y mis compañeros del resto de los hoteles son casi tan majos como yo, así que estaréis igual de bien.

No me quiero ir de Lanzarote, si me dan un hotel distinto me vuelvo al pueblo, ya os lo voy adelantando.

—En estas dos semanas haremos el proceso de formación. Prepararemos las coreografías de las clases que se dan al aire libre, los *shows* musicales, las actividades infantiles, tendremos clases de idiomas y, sobre todo, lo pasaremos genial. Bienvenidas al hotel Costa Teguise. Estaremos trabajando, pero desde la experiencia os puedo decir que este puede que ser uno de los mejores veranos de vuestra vida. ¡Vamos allá!

Todos aplaudimos y reímos ante el discurso. Sus palabras realmente tienen un efecto calmante en mí, todo está bien, la gente es maja, es verano y soy casi joven. Va a salir todo de lujo.

—Empezaremos con la clase de zumba. Este es mi compañero Juanma, será él quien os enseñe las coreografías. Intentad retener los pasos que os enseñe y seguirle el ritmo. Ahí tenéis botellas de agua por si necesitáis hidrataros. Esta clase durará entre dos y tres horas, dependiendo de lo bien que lo hagáis. Cuando terminéis, que ya nos estará pegando fuerte el sol en el cogote, nos iremos al aula magna para dar clase de idiomas. Yo estaré por aquí observando, ignoradme en la medida de lo posible.

Genial, zumba, lo que yo quería. Confiemos en que el devedé de Batuka Junior que quemé de pequeña haga su trabajo ahora que lo necesito. Deseadme suerte.

42

Es oficial: no quiero fregar más platos



El pato estaba buenísimo, esta señora es una perfeccionista, pero no pasa nada, yo tomo nota en la libreta de cosas que no me importan una mierda y listo, mañana va a madrugar su padre en bicicleta.

El día pasa sin pena ni gloria. No quiero colocar más loza, estoy bastante harto y siento que podría hacer mucho más. A medida que van pasando las horas me voy calentando.

—María, quiero dejar de fregar. ¿Qué le digo a la Lannister para que me deje, aunque sea, cortar lechuga como tú?

—No te queda a ti ni nada, guapo.

—Me ha cogido ya cariño, chulita. Si se lo pido, me dejará. Aunque sea lavar verduras. Lo que sea, estoy harto de llevar platos para arriba y para abajo.

—Aday, ni de coña te va a dejar ya tocar productos. Has entrado como limpieza, no como pinche.

—Pero ya llevo aquí tres semanas y tengo un gran potencial.

—Eso será según tu criterio, tienes que demostrar muchísimo más antes de dar cualquier otro paso.

—¿Y eso cómo lo hago?

—Haciendo que te sobre tiempo.

—Que me sobre tiempo, ¿de qué?

—De tus tareas. Cuando te sobra tiempo, puedes hacer más cosas. Con eso demuestras que tienes interés y a Mónica es lo que le gusta.

—Si me sobra tiempo de cualquier cosa, siempre hay una cosa más que hacer. Es una puta cocina, María, aquí nunca se termina de limpiar.

—Si quieres, puedes.

—Venga ya, vete con el discurso de sueño americano a otra parte.

—Tú mismo.

—Le voy a hablar.

—No te lo recomiendo.

—Me da igual.

—Como he dicho, tú mismo.

Me pongo a secar platos y observo desde lejos. Todo el mundo está haciendo cosas interesantes y yo soy la última mierda. Me niego. Allá voy.

—¿Puedo hablar con usted, chef?

—Ahora mismo no.

—Es solo comentarle una cosa.

—He dicho que ahora mismo no, a María.

—Quiero dejar de limpiar, quiero pasar a ser pinche.

—Demuéstrame que estás preparado.

—¿Y cómo hago eso?

—No lo sé, pero molestándome en mitad de un servicio seguro que no.

Odio a las mujeres. Soy machista. Es oficial.

—Te lo dije.

—Cállate un mes.

—...

—No te rías, que te estoy viendo.

—Acabas de llegar, Aday. Te queda mucho por aprender.

—Paso de aprender más sobre limpiar, quiero ser cocinero.

—Es que, si ni siquiera haces bien lo tuyo, no sé cómo pretendes subir al próximo escalón.

—¿Perdón? Si soy el mejor friegaplatos que has visto en tu vida.

—Cari, he visto muchísimos friegaplatos en mi vida y estás lejos de ser el mejor, créeme.

—¿Qué me falta?

—Perfeccionar.

—¿El qué?

—Las manchas, los brillos, el orden, la técnica y la rapidez.

—Cómeme los cataplines.

—Uy, cataplines y todo, qué agresivo. Yo solo quiero ayudarte, querido. Si me haces caso, en un mes subes a pinche, pero tienes que doblar la marcha.

—Paso.

—¿Eso que oigo es un lavavajillas que ha terminado?

—*Mimimimimi*.

—Anda, mueve el culo.

—Sí, chefcita. Cada día estás más flipada, que lo sepas.

—Yo puedo permitírmelo, mi niño. —Dice el «mi niño» con especial retintín.

—Cada día te odio más, mi niña —lo repito con su mismo tono.

43

La mili era menos dura que esto seguro



La clase ha durado tres horas y cuarto, creo que me voy a desmayar.

No sé bailar, os lo tengo que anunciar con sinceridad; teníamos sospechas, pero ya es oficial. Soy la señora mayor que va a clase de zumba de los vídeos de TikTok que lo hace todo, pero al revés.

Si alguna vez sospeché que era probable que tuviera algo de dislexia, hoy lo puedo confirmar, la tengo. También tengo la teoría de que soy arrítmica y no me lo han mencionado en mi vida.

Eso sí, he sudado como si no hubiera un mañana, pero no me he podido preocupar de estar traumada porque estaba demasiado ocupada intentando no parecer un pez fuera del agua. Qué bien todo.

—¿Cómo de mal lo he hecho? —le pregunto a Sergio cuando viene con una botellita de agua con cara de «la necesitas».

—Amor, igual no es tu fuerte, pero no ha sido tan horrible.

—Sergio, me van a echar, no paso el período de prueba ni de broma.

—No digas tonterías, que no solo miran que se te dé bien coger las coreos a la primera. Luego van mandando a cada uno con su fuerte, así que relájate.

—No me relajo nada, me va a tocar volverme al pueblo y yo no contaba con eso; como esto no me salga bien, me tiro por el balcón.

—Cariño, el *balconing*, para los guiris. No seas tan tremendista, aún tienes mucho tiempo para mejorar.

—¿Has visto al resto de las chicas? Si parecen bailarinas.

—Es que muchas lo son.

—¿En serio? —le digo entre quejidos.

—Aquí casi todos son actores o bailarines a los que no les sale curro en Madrid y se vienen a sacarse una pasta durante el verano para poder sobrevivir en la capital durante el invierno. Yo era uno de ellos, pretendía ser parte del cuerpo de baile de Nathy Peluso, pero ya me he dado por vencido. La rutina en la isla es infinitamente mejor que en la capital, y la calidad de vida ya ni te la menciono, uno tiene que saber cuándo rendirse.

—Me da pena que digas eso, pero, si ahora estás mejor, me alegro muchísimo, de corazón. Yo ya me voy a ir cogiendo hora en el SEPE.

—No sé qué paro te van a dar a ti con quince días de formación.

—Genial, tú súbeme los ánimos.

—Si yo lo hago por ti, cari —me dice riéndose. Creo que nadie aquí me toma en serio—. No te rayes, de verdad, que verás que luego hay otras actividades que se te dan mejor.

—¿Tan mal lo he hecho?

—Que no, créeme. Solo que no has sido la mejor porque no es tu fuerte, pero que estamos en un hotel, amor, esto tampoco es que sea un concierto de Lola Índigo en el Bernabéu. Ana es un cuadro bailando y ya lleva aquí cinco años currando.

—¿En serio?

—En serio. Venga, vamos con la de idiomas, que seguro que eso te sube la moral.

Cruzamos medio hotel para entrar en un edificio en el que aún no había estado, es superimponente. Gigantes columnas de mármol rosa por todas partes. Los cinco veteranos se marchan prometiéndome que volverán a buscarme para ir luego a comer todos juntos. Los nuevos nos quedamos con Óscar —quien va todo el rato con una libreta apuntando cosas y me pone histérica no saber qué escribe— y la chica que nos da la clase de idiomas.

Aquí sí que me apaño bastante bien, todo hay que decirlo, no solamente lo malo. Los *speeches* que nos dan son todos introducciones a las actividades que se hacen cada día en distintos idiomas, bastante básicos. Es muy sencillo y todo lo que tiene que ver con estudiar no se me da del todo mal.

Al tener nociones de francés y pilotar bien el inglés, esos dos se me hacen muy fáciles. El alemán, para mi sorpresa, no es un desastre, la chica me dice que suena bastante bien; de hecho, me pregunta si había tomado clases antes y le digo que no, pero que algo había leído sobre la lengua cuando era adolescente.

—Pues tienes facilidad para los idiomas.

—Muchas gracias.

—Ponte con esos dos chicos, que no saben ni presentarse en inglés, y échales una mano con la pronunciación.

—Sí, claro.

Así que, bueno, útil me siento ayudando a dos chavales de veinte y veintiún años a pronunciar decentemente el inglés, pero no avanzamos demasiado. Al final termino escribiéndoles tal cual como se lee en su libreta para ver si se apañan.

Jelou guerls and bois, jau ar yu duin? Ar yu javing fan? Ai joup yes, bicos jier in Costa Teguise Hotel wi wil jaf ich dei mor fan. Mai naim is XXX. And tuday wi will du a superfan activity. Guater balun war!

No sabéis lo que me cuesta escribir eso, no es tarea sencilla pensar en cómo se pronuncia y transcribirlo, os lo juro. Y, si a mí me sangran los ojos, a vosotras también. Soy una chica TAN considerada, no os podréis quejar, ¿eh?

Haciéndolo así se medio apañan. Me divierto mucho, para qué os voy a engañar, unas buenas risas caen. Son bastante graciosos, los chavales. Me cuentan que son amigos y que vienen de Valencia juntos para pegarse el verano de su vida mientras hacen algo de dinero; estos dos van a por todas.

Salimos de allí después de dos horas y media, que se me pasan volando, sonriendo.

—Ahora, sí, ¿eh, perra? —me dice Sergio en cuanto me ve con una sonrisa de oreja a oreja.

—Estudiar, definitivamente, se me da mejor que bailar.

—Pues seguro que con eso sumas puntos, aquí es más importante ser resolutivo que buen bailarín. Venga, a comer, que hay que coger fuerzas para la tarde.

—¿Qué haremos por la tarde?

—Ensayar el musical *El rey león*.

—Genial, ya me quiero morir otra vez.

Nos dirigimos hasta el restaurante de los trabajadores todos juntos. Hoy hay para elegir lentejas con chorizo y comino o timbal de arroz con verduras salteadas y huevo a baja temperatura; carne mechada al estilo canario con papas arrugás o bacalao a la vizcaína; arroz con leche, fruta o brownie casero.

—A ver, que levanten la mano los que quieran lentejas. —Gabi organizando el cotarro, se nota que le sale natural. Va apuntando en

un papel las manos alzadas—. ¿Arroz? Muy bien. De segundo, ¿quién quiere carne?, ¿quién pescado? Para el postre recomiendo el brownie, pero sois libres de tener mal gusto. ¡Arriba las manos del brownie! ¿Fruta? ¿Arroz con leche? Estupendo.

Se va dentro de la cocina y pasa la comanda. Nos comenta que nos llamarán como los de animación y tendremos que ir todos a coger una bandeja cada uno.

Chicas, creo que me lo estoy pasando bien... Me acaba de venir el pensamiento intrusivo, mientras veo cómo todo el mundo habla animado y sonriendo, de tener claro que algún día echaré esto de menos y no llevo aquí ni tres días. Tengo el cuerpo y la cabeza hechos polvo ya, pero en plan bien.

—¡Los de animación, en fila y ordenados! Cogéis la bandeja que sea y luego en la mesa hacéis los cambios que tengáis que hacer. Rapidito y sin alborotar —dice el hombre de sesenta años que trabajaba cogiendo comandas.

—Joaquín, que son nuevos, hombre, no te pongas tan chungo —le pincha Juanma.

—Chaval, a estos hay que ponerlos rectos desde el primer día, que, si no, luego se te suben a las barbas.

Nos ponemos los veinticinco ordenados y vamos uno a uno entrando y saliendo. Yo estoy al final con los veteranos, los nuevos están ya haciendo piña entre sí; creo que cuadro poco con ellos, al final la diferencia de edad entre unos y otros es de unos cinco o seis años por lo menos.

Quedan tres compañeros delante de mí en la fila antes de que llegue mi turno y me pongo a observar la cocina. De verdad que es hipnótico ver cómo trabajan de ordenados y caóticos a la vez. Paseo la vista por todo el lugar sin intención de ver a nadie en particular...

Mierda. Está ahí. El chico cocinero. Mierda.

Vale, no pasa nada, él no te ha visto y no te va a ver. Más que nada porque lleva encima una montaña de cincuenta platos que no sé cómo no se le está cayendo; ya tiene que estar fuerte, madre mía.

Yo miro al suelo, si miro al suelo no lo veo y él no me ve.

—Niña, ¿me oyes?

—¿Perdón?

—¡Qué cojas la bandeja, que no te enteras!

—Ay, sí, perdón.

—Joaquín, tampoco hace falta que le grites, pobrecita —lo riñe Gabriella.

Gabi y Joaquín están hablando, pero no los puedo oír porque después del grito el cocinero ha dirigido su vista hacia aquí y me está mirando. Chicas, me está mirando. Viene para acá. Está viniendo, se está acercando mientras sonríe. ¿Qué hace? ¿Qué hace? ¿Qué hace?

—Hola, pelirroja. ¿Qué haces por aquí?

Qué pringada que soy, estaba mirando a Gabi, que la tengo detrás, no a mí. Bueno, menos mal, no quiero que me mire; qué más me da que me mire, no lo conozco de nada, probablemente ni se acuerde de mí.

—Hombre, Aday, ¿estás en turno de mañana? —le dice la brasileña.

—Eso parece. ¿Y esta es...? —le pregunta él mirándome a mí.

—Yaiza, es nueva.

—Ah, que entonces sí que tiene nombre.

¡AH! Sí se acuerda. Lo miro desafiante, con una ceja levantada. (No sé por qué, socorro.)

—No, no tengo.

—¿Qué me estoy perdiendo? —interrumpe Gabi.

—Nada, la peninsular esta, que tiene un nombre muy bonito.

—¡Aday, lavavajillas, ya! —le grita una chica que está al fondo.

—Perdonad, chicas, no pueden vivir sin mí. Un placer, Yaiza. —Remarca mi nombre—. Gabi, ¿te veo luego?

—Sí, te avisamos, que esta noche tenemos la fiesta de bienvenida.

Se va hacia dentro y yo voy hacia fuera porque Gabi me agarra del brazo.

—¿Se puede saber qué ha sido eso?

—¿El qué?

—Yaiza, no te hagas la tonta.

—No me hago la tonta, no sé de qué me hablas.

—¿De qué os conocéis?

—De nada, si nos acabamos de presentar y llegué literalmente aquí hace dos días.

—Vale, genial, no me cuentes el salseo, ya me enteraré yo por ahí.

—Que no hay nada, de verdad. Solo que..., bueno, el otro día, puede que me pillara cogiendo fruta de la cocina.

—¿Y? Podemos coger lo que queramos, los trabajadores tenemos permiso.

—Lo sé, pero me puse nerviosa, porque creía que no había nadie, salió él, me asusté y llevaba como quince piezas de fruta distintas y me vaciló y ya está.

—Ah... O sea, que te gusta Aday. Parece buen chaval.

—Gabi, tengo treinta y dos años, lo he visto dos veces en mi vida. No, no me gusta. Encima... Aday, qué nombre más feo.

—Ya, ya... Justificando tu respuesta y todo, clara señal de que te mola. Se viene un verano interesante.

—No sabemos ni si me voy a quedar en este hotel; es más, no sabemos ni si voy a pasar el período de prueba.

—Por lo que sea, presiento que sí.

—Calla y come.

—Joder con la timidita, ya va cogiendo confianza.

—Perdón, exceso de seguridad, lo siento.

—No, no, me gusta. Si te sale mal con Aday, yo te hago hueco en mi cama.

—Gabi, para.

—No te pongas roja, que es broma..., solo si tú quieres.

En este hotel no hay nadie bien de la cabeza.

44

Habrá que salir de fiesta

Ya sabéis que a mí no me gusta nada y me apetece menos, pero, si una brasileña pelirroja te invita, pues habrá que ir, ¿no? Guiño, guiño.

—Meri, esta noche salimos.

—¿Qué dices tú?

—Que esta noche nos vamos por ahí, con los de animación. Es la fiesta de bienvenida de los nuevos.

—No hay suficiente dinero en el mundo para que yo me vaya de fiesta con niñatos que vienen a bailar los Cantajuego a un hotel.

—Eh, un poco de respeto a los Cantajuego, que son grandes profesionales. Juanma viene seguro.

—Juanma siempre va.

—¿Y tú te quedas sola en casa?

—Ahí radican nuestros problemas. Enhorabuena, corazón, veo que poco a poco lo vas pillando.

—Pues mejor me lo pones, seguro que esto os da un poquillo de sal.

—La sal es lo que tengo que echar yo a esta ensalada. Venga, céntrate, que así no llegas a pinche.

—Ya no quiero ser pinche.

—Ah, ¿ya no?

—No, paso. Hay que trabajar mucho y a mí me gusta la ley del mínimo esfuerzo.

—Pues me parece estupendo, qué quieres que te diga, pero, como Cersei nos vuelva a oír hablar, te quedas directamente sin trabajar, ahí sí que vas a hacer el mínimo esfuerzo.

—Vámonos de fiesta.

—Que no me voy de fiesta con cuatro niñatos.

—Tú no te vas con cuatro niñatos, te vienes conmigo.

—No me caes tan bien.

—Porque no me das la oportunidad, sabes que voy a ser tu canario favorito.

—Está el listón por los suelos, eso no es muy difícil.

—La difícil es lo que tú te estás haciendo, si lo estás deseando. Nos vamos pronto a casa, te lo prometo. Además, yo no bebo y tengo coche, cuando tú quieras, nos piramos.

—Aday, eres muy pesado, ¿para qué quieres que vaya yo? Si tú te llevas divinamente con los de animación, ve solo.

—Porque todo el rato se meten con los de cocina, necesito refuerzos. No puedo librar esta batalla yo solo, tenemos que restaurar nuestro honor.

—Nuestro honor está donde se merece, en el lugar de la gente que trabaja de verdad, tiene una vida adulta y no vive en un erasmus eterno.

—María, una noche, por favor. Tienes veinticinco años, un poco de sal a la vida, venga.

—Estás muy pesado con la sal, de verdad, y gracias por el piropo, sabes perfectamente que veinticinco no tengo, pero buen intento, ha funcionado un poco.

—Si sales esta noche, te bajo a veintitrés.

—¡Aday! ¡María! ¡Un susurro más y estáis los dos rascando la grasa de los hornos con un cepillo de dientes hasta mañana! —La madre de Joffrey ha hablado.

—¡Sí, chef! —decimos los dos a la vez.

Y acto seguido nos callamos. María vuelve a sus putas lechugas, y yo, a mis putos platos. Sé que puedo ir solo, de hecho, es que voy a ir solo, pero sería mejor llevar a alguien de apoyo moral, que ellos tienen todos confianza y trabajan juntos y cada vez que hacen bromas internas yo estoy *fuerísima* y, además, María me cae genial.

—¿Nos volvemos a casa en cuanto yo te diga? ¿Lo prometes? —me dice ella de la nada.

—Lo juro.

—Venga, pues me apunto, pero no se lo digas a Juanma.

—Soy una tumba.

—Los de animación me odian; como me dejes sola, te rajo el cuello.

—Hermanitos siameses, vamos a ser.

—¡Aday! ¡María! ¡No os lo vuelvo a decir!

—¡Sí, chef!

45

Odio salir de fiesta



O sea, no, no lo odio. Si pienso en todas las veces que me he quedado sin salir por la maldita oposición, me entran ganas de llorar, pero eso era algo que me dolía cuando era más joven, ahora ya tengo una edad y soy feliz viéndome un *true crime* tirada en la cama con una bolsa de palomitas; no tengo ninguna necesidad de trasnochar después de haber hecho un paupérrimo intento de ser una especie de Nala de *El rey león* con escoliosis y reuma.

—¿Puedes, por favor, volver a hacer el rugido? —me dice Sergio casi sin poder respirar del ataque de risa que está teniendo a mi costa.

—No, Sergio, no puedo hacer el puto rugido más veces, déjame en paz —contesto yo también riéndome, aunque no quiero, pero me contagia, el muy asqueroso.

—Dios mío, me ahogo, es que no puedo ni coger aire, qué bueno ha sido.

—¿Podéis dejar de reíros de mí?

—Uf, Yaiza, mira que ha pasado gente por aquí cada verano, pero lo tuyo ha sido increíble, te pongo un diez, de verdad —me dice Gabi mientras se limpia las lágrimas de los ojos.

—Tía, estás llorando de la risa, es que no me parece ni medio bien, mira qué lagrimones.

—Como Óscar no te ponga como poco de hiena, esta será una gran pérdida para el hotel —comenta Ana.

—¿Tú también? ¿En serio?

—Hermana, que conste que yo te entiendo y te apoyo, soy la peor del equipo con diferencia, pero jamás imaginé que alguien pudiera hacerlo peor que yo.

—No les hagas caso, pequeña, no has estado tan mal. —Juanma me pasa el brazo por encima de los hombros; se me hace raro que un chico como él tenga este tipo de contacto con una chica como yo y me siento un poco mal porque no me hace sentir mal; de hecho, se siente muy bien.

—Gracias, Juanma, menos mal que en este equipo hay alguien decente.

La cena ha sido superagradable y la comida ha estado increíble, como siempre. Han estado imitando mi manera de interpretar cada cosa que he hecho en el primer (y desgraciadamente no último) ensayo de *El rey león* cada diez minutos y, cada vez que uno lo ha hecho, toda la mesa ha estallado en carcajadas. Errico incluido. Yo incluida. Si no puedes con tu enemigo, únete a él. Llevo con los veteranos solo un día y siento que tengo más confianza con ellos que con gente que ha estudiado conmigo toda la carrera, qué sensación más extraña. Y qué bonita.

Nos despedimos a la salida del restaurante. Me han dicho que me duche y que vaya a la habitación de Ana, que al parecer nos vamos a arreglar las tres allí. Gabi, ella y yo. En dos horas tenemos que

estar en la sala común de los trabajadores (que no es donde comemos, al parecer es otro sitio como con sofás, televisión y cosas así para pasar el rato), que vamos a beber algo allí y después nos vamos de fiesta.

Con suerte consigo escaparme de vuelta a la habitación antes de llegar a la discoteca.

No me miréis así, voy a ir; solo me apetece quejarme un poquito, ya empezáis a intuir cómo soy.

46

Get ready with tu canario favorito



Nada más terminar el turno me voy volando a casa; dejo a María en la suya antes, eso sí. Viven a diez minutos del hotel, así que me pilla de paso.

—Ma, hoy no me esperes despierta.

—Aday, ¿no te dijo el otro día la jefa que no salieras?

—Sí, y he decidido ignorar su consejo.

—Pues no me parece bien. Si no te lo tomas en serio, ¿cómo vas a llegar a ser cocinero?

—No me rayes la cabeza, mamita linda, es la fiesta de bienvenida.

—Ya llevas casi un mes trabajando en el hotel, ¿qué bienvenida ni qué ocho cuartos?

—La de los nuevos.

—Tú ya no eres nuevo.

—Pero tendré que darles la bienvenida, ¿no? No vayan a quedarse sin conocer a un canario como Dios manda.

—No tienes remedio.

—Y tú me quieres así.

—Desgraciadamente.

Me hago un sándwich de ternera con mayonesa trufada y queso gruyer, por supuesto le preparo otro a la doña para que deje de rezar por mi futuro en voz baja, pero alta al mismo tiempo para que la oiga.

—Con lo bien que cocinas, no sé cómo no te han ascendido ya.

—Yo tampoco lo sé, ma. Mañana te vienes conmigo y hablas con la chef.

—¿A qué hora entras mañana?

—Madre, era broma. No te vas a venir a hablar con mi jefa.

—Hijo, si sirve de algo, yo lo hago.

—Gracias por el ofrecimiento, pero no es necesario, salí del colegio hace ya muchos años.

Me he puesto una bermuda vaquera y una camisa blanca, ropa con la que me siento cómodo y bastante guapete, para qué nos vamos a engañar. Me echo mi perfume de confianza y salgo de nuevo hacia casa de María; esta vez la banda sonora la patrocinan Alizzz y Amaia con *Sexo en la playa*, este temazo nunca falla. Le escribo un mensaje de WhatsApp cuando estoy delante de su casa.

Cenicienta, tiene su carruaje en la puerta.

Sube al palacio, anda, que te invito a la primera copa.

Pero si yo no bebo.

Pues me acompañas mientras bebo yo, no quiero ir ahí sin haber tomado algo antes.

¿A Juanma le parece bien que suba?

Aday, ¿me estás vacilando?

Perdón, perdón. No sé si me molaría que mi novia bebiera sola en casa con otro tío.

—Ay, Dios mío, la masculinidad frágil. Mueve el culo y sube a mi puta casa, 3.º D.

Sí, señora.

Subo a su piso y me encuentro con una María lista para arrasar. Sabía que era guapa, pero no me la imaginaba... Si con el uniforme ya está impresionante, así, vestida para salir de fiesta, me deja sin palabras.

—Joder con la chefcita.

—¿Te gusta?

—Estás muy guapa.

—Genial, esa es la reacción que quiero.

—¿Qué quieres, recuperar a Juanma?

—Quiero que vea lo que se va a perder como siga así.

—Según mi radar de masculinidad frágil, como tú dices, lo vas a conseguir.

Nos bebemos una copa en su terraza, ella un gin-tonic, yo un té helado que ha preparado y que está asquerosamente delicioso. No me pregunten qué le ha echado, porque la muy perra no me lo quiere decir. Además, se está fumando el segundo cigarrillo.

—No sabía que fumabas.

—Solo cuando salgo.

—Eso dicen todos los que empiezan a fumar.

—No, no, te lo digo en serio. Llevo así desde que tengo veinte, solo fumo cuando me bebo alguna copa, y eso no pasa casi nunca, pero hoy lo necesito.

—No te juzgo.

—Agradecida.

Hablamos de curro, de recetas, de Barcelona y de Lanzarote. Le prometo que algún día la invitaré a casa a comer con mi madre y que le voy a cocinar algo que será uno de los mejores platos que haya probado en su vida. Ella se ríe.

—Cariño, he comido en infinidad de restaurantes increíbles.

—¿Y?

—Nada, nada. Yo me fío.

—Como para no fiarte, soy el mejor cocinero que has conocido en tu vida.

—La audacia de los hombres es una cosa...

—De los hombres, no, chata. Esto es producción propia.

—Ejem...

Bajamos al coche y llegamos al hotel pasadas las doce. Se supone que esto empezaba a las diez, así que ni tan mal, lo bueno se hace esperar. (Dios sabe que esto es gracias a María, porque, si por mi hubiera sido, a menos cuarto ya hubiéramos estado en el sitio.)

47

Una vez más: todo es peor pensarlo que pasarlo



ChatGPT me ha dicho:

> Ve con un propósito claro, no tienes que quedarte toda la noche ni ser el alma de la fiesta, pero asistir un rato puede ayudarte a mostrar interés y generar conexión con tus compañeros. Piensa en ello como una inversión social en tu entorno laboral. Define un tiempo límite: por ejemplo, decide quedarte una o dos horas. Esto te dará una salida clara si no te sientes cómoda. Objetivo sencillo: habla con al menos dos o tres personas con las que quieras construir una mejor relación, no tienes por qué hablar con todo el mundo. No tienes que cambiar quién eres ni esforzarte demasiado. Sé amable, sonríe y muéstrate interesada en las conversaciones. Con una buena actitud, hasta las interacciones cortas suman puntos. Piensa que no necesitas impresionar, solo dar una señal de que estás abierta a formar parte del grupo.

Cuando os digo que es mi nuevo mejor amigo, no estoy de broma.

He optado por ponerme una falda corta de volantes blanca con un *top* de tirantes del mismo color. ¿Voy cómoda? No del todo, siento que me ajusta mucho y que en cualquier momento se me va a ver el

culo, pero he decidido ir guapa para causar una gran primera impresión. Aunque la primera impresión ha sido esta mañana deleitando a la multitud con mi gran talento para el baile y, la segunda, esta tarde con mi brutal interpretación, y eso ya no se va a poder cambiar, pero me entendéis.

Ana y Gabi me han dicho que estoy guapísima, Ana me ha maquillado y estoy... increíble, la verdad. Sin ser yo de tirarme piropos creo que realmente pocas veces he estado así de guapa. Como nunca me pongo nada que no sea máscara de pestañas, corrector de ojeras y colorete, pues no estoy acostumbrada a verme tan producida, pero definitivamente me gusta. Me ha puesto de todo en la cara; me encantaría deciros qué productos, pero es que no tengo ni idea. Solo sé que tengo la cara como superjugosa, apetece darme un bocado en el moflete, así os lo digo.

Llegamos a la sala donde están todos y creo que somos las últimas en aparecer. La gente ya va con copas en la mano, está sonando *He llorado*, de Juan Magán, y lo tomo como una señal porque me encanta esa canción.

Miro a mi alrededor y el cocinero no está, así que decididamente las últimas no somos; no es que me importe, es que este mediodía ha dicho que vendría, sin más.

Han preparado varios juegos y se ve cómo varios están intentando meter un rotulador que llevan colgado de un hilo entre las piernas dentro de un vaso. Todo el mundo se lo está pasando en grande, creo que he hecho bien en venir.

Yo no me animo a jugar, porque una cosa es acceder a venir, otra muy diferente ser el centro de atención. Vamos poco a poco, queridas.

La noche avanza y, con dos ginebras rosas con Sprite en el cuerpo, una ya está más suelta. Sergio es de manera definitiva gay y

encantador.

—¿Con cuál de esos dos dices que me lío esta noche?

—El moreno es graciosísimo, he estado esta mañana con él en la formación de idiomas.

—Pero entonces voy a perder mi oportunidad con el otro más rubito y lo he visto esta mañana sin camiseta.

—A ver, está más bueno, pero el otro es más salao.

—Yai, amor, no quiero precisamente que me cuente chistes.

—Pues entonces para qué me preguntas, si ya lo sabes.

—¿Y si me los hago a los dos?

—¡Sergio! ¡Que son amigos!

—Pues mejor me lo pones, así somos amiguitos los tres. Es que, míralos, tan monos ahí viendo cuál de los dos hace más flexiones. Qué machos.

—Claro, eso, ¿tú sabes sin son gais? Porque pinta no tienen.

—Amor, ni que a mí eso me importara.

—Hombre, pues, si te los quieres tirar, digo yo que algo importará. Igual a ti no, pero a ellos seguro que sí.

—Ay, querida, cuánto te queda por aprender de los hombres. Ninguno es del todo hetero hasta que se demuestre lo contrario.

—Eres lo peor.

—Y me encanta serlo.

Juanma se acerca a donde estamos con dos copas en la mano.

—Para la princesa Puerto de Indias con Sprite —me dice.

—¿Te has acordado de lo que bebo? Qué lindo.

—Sí, pero porque bebes lo mismo que yo, que no te engañe el heterito —contesta Sergio.

—¿No se supone que ninguno es hetero hasta que se demuestre lo contrario?

—Hombre, claro. Este es mínimo bisexual, pero aún no se ha dado cuenta.

—Qué ganas me tienes, ¿eh, Sergito? A ti te he traído lo mismo, príncipe.

—Ya sabes que, cuando quieras, te hago un favor, mi rey.

Juanma se ríe en respuesta y se gira para mirarme.

—Venga, chica de la península, vamos a bailar.

¿Juanma quiere bailar conmigo? ¿Qué?

—Ni de coña, yo no sé bailar, ya lo has visto esta mañana.

—Bueno, pues yo te enseño.

—No, gracias, estoy bien aquí, en el rincón de las serpientes.

—Venga, va. Que soy muy buen profesor, ya verás qué pronto aprendes.

No sé si es el calor, el verano, la isla o probablemente la ginebra, que, aunque sea de color rosa, no sube menos, pero he accedido. Comienza a sonar *La bachata*, de Manuel Turizo, y Juanma empieza a darme una especie de clase. Más fácil que hacer de leona en la sabana es, eso desde luego.

Me intenta dar una vuelta y acabo casi cayéndome, no sin antes haberlo pisado, pero bien. Al parecer está acostumbrado y se ríe, yo también. Sergio grita desde el fondo.

—¡Terelu, vas muy bien! ¡Vas muy bien, Terelu!

Este chico es un meme andante, me hace muchísima gracia. En mitad del baile entran dos personas en la sala; Juanma se pone serio de golpe y se queda mirando a la puerta. Me giro y veo la causa de su cambio de actitud, lo cual no me extraña porque, guau, la pedazo de mujer que acaba de entrar. No sé si puedo hacer justicia describiéndola. Lleva un vestido negro superajustado y muy corto, le sienta como un guante; tiene el pelo negro y liso, muy corto, muy brillante, a lo Victoria Beckham; unos tacones que yo no

me he puesto ni me pondré en la vida y un escotazo que quita el aliento a cualquiera.

—¿Quién es esa? —le pregunto a Juanma.

—Mi novia.

—¿Tienes novia?

—Eso creo.

—¿Y no vas a saludarla?

—Después. Baila conmigo.

Seguimos con la bachata, pero ya no es divertido, porque el tío no me está haciendo ni caso, solo la mira a ella. No me extraña, pero no entiendo nada. Ella y el chico con el que ha venido van donde están Sergio y Gabi. Me fijo, con ella al lado él me había pasado desapercibido. El chico es el cocinero, genial. Y yo aquí haciendo el pato mareado con el cachas que ni me mira.

—Juanma, ¿por qué no paramos?

—Porque me apetece seguir bailando contigo.

—Pero es que no estás bailando conmigo, estás fingiendo que te mueves al ritmo de la música mientras miras a tu novia.

—Es que no sé qué coño hace aquí.

—¿No trabaja en el hotel?

—Pues claro.

—¿Entonces?

—Ella nunca viene a estas cosas.

—Bueno, pues le habrá apetecido hoy, ¿no?

—Eso es lo que me extraña, menudo hijo de puta.

—¿Quién?

—El gordo.

—Oye, idiota, no te pases. ¿Qué pasa porque esté gordo?

—No es un insulto, es un adjetivo.

—Pues ha sonado a insulto, no a adjetivo.

—Menudo gilipollas.

—Pero ¿qué ha hecho?

—Traerla aquí.

—¿Y no quieres que esté aquí?

—Supongo que sí... Siempre le digo que se apunte y nunca viene, y ahora se planta aquí con el gilipollas este.

—Serán amigos o algo así.

—Si el friegaplatos no lleva aquí ni un mes.

—Oye, para ya de faltar, es cocinero, no friegaplatos.

—Mis cojones treinta y tres. Solo llena y vacía el puto lavavajillas.

—Bueno, sea como sea, me estoy sintiendo incómoda. ¿Podemos parar?

—Lo que quieras.

Y, sin decirme nada más, se pira a la otra punta y me deja sola en mitad de la pista. No entiendo nada.

48

Si estalla una guerra mundial, yo voy en el bando que haya elegido María, sea el que sea

La tensión está en el ambiente, mi gente. Desde que hemos entrado esto parece un duelo entre Juanma y María; no paran de desafiarse con la mirada y ni se han acercado el uno al otro. Si no los conociera y me dijeran que son novios desde hace tiempo, no los creería.

La verdad es que ha sido un poco chocante entrar y verlo de risas en medio de la pista con la ladrona de fruta, yo tampoco me lo esperaba, pero María menos.

—Menudo hijo de puta, a esto se dedica cuando está de fiesta.

—Meri, solo están bailando.

—Aday, lo conozco de sobra. Me sé perfectamente sus tácticas para ligar, no me toques los ovarios.

—¿Eh?, no te he traído aquí para esto, así que corta el rollo. Si quieres, lo ignoramos o nos piramos a cualquier otro sitio, pero no vamos a dejar que nos reviente la noche.

—Perdón, es que me enerva, el muy desgraciado.

—Si tienes algún problema, habla con él, no tienen quince años ninguno de los dos.

—Yo no tengo ningún problema.

—Pues genial entonces, quita esa cara de estar oliendo mierda y vamos a divertirnos.

—Pues me parece muy bien, ¿bailamos?

—María, no me jodas.

Me coge de la mano y me lleva justo a donde estaban la ladrona y Juanma hace dos minutos. Está sonando *La carretera*, de Prince Royce; se ve que solo suenan bachatas aquí.

—María, sé perfectamente lo que estás haciendo.

—¿Bailar con un amigo de fiesta?

—No seas mala.

—¿Yo?

Empiezo a bailar incómodo, sobre todo porque nos está mirando literalmente todo el mundo, pero se me pasa en cuanto noto que María no es ninguna inexperta y, claro, a uno le encanta un buen baile con una buena compañera que sepa moverse.

La tía se deja llevar alucinantemente alucinante, se desliza por la pista de baile como si no costara; qué gusto encontrar a alguien que te entienda así de bien sin haber bailado antes juntos. Lo damos todo, me divierto muchísimo. Cuando acaba la canción nos aplauden y jalean. Menos dos personas. Adivinen.

49

Dios reparte los talentos de forma superinjusta



No puedes tener ese cuerpo, esa cara cincelada por los dioses y encima bailar así de bien; es que es, sencillamente, injusto. En su defensa diré que el otro chico, Aday, creo recordar que se llamaba, también baila increíble; para no conocerse de nada parece que llevan siendo pareja de baile toda la vida.

No me extrañaría que estuviera pillado por ella también, pero qué feo bailar de este modo delante de Juanma cuando sabes que son pareja, ¿no? Menos diez puntos para el cocinero, o friegaplatos, ya no sé qué es.

Gabi me coge del brazo y me dice que vaya a jugar al *beerpong* con los veteranos; le digo que la acompaño, pero que yo no participo. No me gusta la cerveza y mucho menos deleitar con mi increíble puntería a gente que no conozco de prácticamente nada. Así que me quedo en un rincón animando cada vez que Gabi y Ana meten una pelota en un vaso y abucheando cuando lo hacen Sergio y Juanma. Errico está a mi vera, pero él ni se inmuta.

Llevamos un rato con el juego cuando veo con el rabillo del ojo que se acercan Aday y la chica nueva; bueno, nueva soy yo, qué morro tengo, pero ya me entendéis.

—Conque no eres una huésped, ¿eh, ladrona? —me dice él en cuanto está lo bastante cerca para no tener que gritar.

—Conque no eres cocinero, ¿eh, fotógrafo?

—¿Ya has estado investigando sobre mí?

—Más quisieras.

—¿Os conocéis? —pregunta Victoria Beckham a Aday tras dar un sorbo a su gin-tonic.

—Más o menos, hemos tenido un par de encuentros casuales —le responde él.

—Soy Yaiza. Un placer, bailas superbién —le digo directamente a ella.

—Gracias, tú tampoco lo haces mal —me responde.

—Lo hago peor que mal, mover el cuerpo no es mi fuerte.

—Seguro que con Juanma aprendes enseguida, es muy buen profesor. —Me lo dice con retintín.

—Me ha dicho que es tu novio.

—Ah, ¿sí? —Está realmente sorprendida.

—Sí, en cuanto has entrado por la puerta.

—Oh, creía que se había reservado esa información.

—Para nada. Desde que has puesto un pie aquí, no ha dejado de mirarte.

—No me había dado cuenta. —Lo dice de verdad.

—¿Ves, Meri? Para que luego digas —le comenta Aday.

—No le voy a dar un premio por decir que tiene novia cuando la tiene.

«Touché», pienso.

—Hombre, tampoco es eso, pero yo qué sé.

—Voy al baño, ahora vuelvo. —Da un último sorbo a su copa y se va.

Me quedo sola con el cocinero, o lo que sea que es. Qué bien huele, qué horror.

—Así que no eres una huésped millonaria, resulta que trabajas aquí —me dice.

—En efecto, millonaria, definitivamente, no soy.

—O sea, que me mentiste.

—Yo nunca te dije que fuera una huésped.

—Pero tampoco lo desmentiste.

—Omisión de la información en ese caso.

—¿Y te has informado de cuál es mi trabajo, señorita?

—Me lo han dicho sin preguntar, estaba defendiendo tu honor, listillo.

—¿Alguien ha faltado a mi honor?

—No quiero meter mierda, pero igual una conversación con Juanma no estaría de más. Puede, y solo puede, que esté un poco celoso de tu relación con su novia.

—¿De mí? ¿Con María? Este está flipando.

—Hombre, después de veros bailar, no me parece que esté tan loco.

—Las personas que vamos a clase de baile sabemos perfectamente que bailar con alguien no tiene por qué significar nada, lo que pasa es que la gente desde fuera no está acostumbrada a ver a dos personas de distinto sexo tocarse y que no tengan una relación o se gusten, pero es todo puro prejuicio.

—Ya, ya...

—¿Estás celosa tú también? —Hace esa pregunta mientras levanta una ceja.

Me hace gracia su cara, es mono.

—Pero ¿tú quién te crees que eres? Literalmente no te conozco de nada.

—¿Y por qué te estás riendo?

—Por lo descabellado que es lo que estás insinuando.

—Calvo sí que me estoy quedando poco a poco, ¿eh? La edad no perdona. —Y encima gracioso.

—Qué idiota eres.

—Dime algo que no sepa.

—Bailo fatal.

—Fíjate, eso no lo sabía.

—Se me da genial aportar datos a la gente.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Me lo apunto. Cuando haya algo que no sepa, te preguntaré.

—Asegúrate de querer saber la respuesta antes de formular la pregunta. —¿Estoy tonteando? Creo que estoy tonteando.

—Ay, Yaiza, Yaiza...

—Ay, Aday, Aday...

—Entonces ¿trabajas aquí?

—Estoy en período de formación.

—Bueno, eso es que trabajas aquí.

—Para nada. De hecho, tengo bastante claro que en quince días me echan.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque no sé bailar, no sé actuar y no sé moverme en un escenario, así, en general, y, al parecer, mi trabajo va en gran parte de eso.

—Pero eso se aprende.

—Pero no en quince días.

—Yo confío en ti.

—Tú no me conoces de nada.

—Todavía.

—Para.

—¿De qué?

—De ponerme nerviosa.

—¿Yo? Pero si no estoy haciendo nada. Solo estoy hablando con una chica preciosa en una fiesta.

—Aday. —Ahora soy yo la que levanta la ceja.

—Yaiza. —Repite ese mismo gesto.

—Mira, paso. No voy a ir de pobrecita que se hace la humilde.

—No, eso no te pega nada. Además, tú ya sabes que eres preciosa, negarlo sería una estupidez.

—Preciosa es María, señor lavavajillas. O Gabriella, o cualquiera de esas niñas bailarinas, puedes irte a bailar con ellas.

—Prefiero bailar contigo.

—Pero es que yo no bailo.

—Con Juanma has bailado.

—Porque es un pesado.

—Yo soy más pesado que Juanma.

—Bueno, mi cupo de bailes hoy está cubierto.

—¿Qué eres, Eloise Bridgerton?

—¿Ves *Los Bridgerton*?

—Por supuesto.

—¿Y no tienes novia?

—No.

—¿Y eres heterosexual?

—Hasta que se demuestre lo contrario, sí.

—Suenas como Sergio.

—¿Eso es un piropo?

Nos quedamos callados, no soy capaz de aguantarle la mirada y vuelvo la cara; noto que él me sigue mirando, pero yo no lo quiero mirar, simplemente miro al frente, como si la cosa no fuera conmigo.

—Entonces ¿no vas a bailar conmigo?

—No esta noche. Hay un partido de ping-pong superinteresante aquí delante.

—En ese caso me voy a buscar a María, que está tardando mucho.

—Me parece genial.

—Luego te veo.

—Eso será si sigo aquí.

—Oye, ladrona, te estás viniendo arriba.

—Me encanta estar arriba.

—¿Como España?

—Como España.

Quién es esta persona que está hablando y dónde está Yaiza.

—¡Chavales! ¡Que gane el mejor! —les dice a los demás.

—Esas somos claramente nosotras, amor —contesta Gabriella.

—¡Venga, Gabi, deja de fliparte y tira! —le contesta Juanma, que está picadísimo.

Veo cómo Aday se marcha. Qué espalda tiene, madre de Dios, ahí pueden aterrizar aviones. No me doy cuenta de que le estoy mirando tanto hasta que se gira y sus ojos se encuentran con los míos. Noto que me pongo roja como un tomate en cuestión de segundos; él se ríe, y aparto la mirada.

—Tía, sois un canteo —me dice Ana.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Fíjate que estaba rayado por si se estaba intentando tirar a mi novia, pero ya estoy más tranquilo —suelta Juanma.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque está claro que su objetivo no está dentro de las cocinas, está en el Kids Club —remata Sergio.

—Pues si lo que intentáis decir es que quiere algo conmigo, va listo.

—¿Y eso por qué? ¿No te gusta? —pregunta Ana.

—Ni lo he contemplado. No lo conozco de nada.

—Para echar un polvo no te tienes que saber su carta astral, ¿eh, bebé? —me suelta Sergio.

—Llevo aquí menos de tres días, no pienso tener nada con nadie; con aprender a coordinar mis brazos y mis piernas voy servida.

—¡Toma! ¡Jodeos! —Ana acaba de meter la bolita en el último vaso que quedaba con vida del lado de los chicos.

—La primera ronda en la disco la pagan los hombres —dice Gabi.

—Oye, a mí no me insultes —contesta Sergio.

—Pues el hombre y el maricón —replica ella.

—Mucho mejor —sentencia él.

50

A veces aguantar a gente borracha no es tarea sencilla



Llego al baño de las mujeres y, evidentemente, pasa algo. Llamo un par de veces antes de entrar, pero no obtengo respuesta. Abro despacio y veo que no hay nadie, así que me adentro.

—¿María?

—Vete.

Identifico que está en el tercer cubículo y me apoyo de espaldas en su puerta.

—No me puedo ir sin ti, somos gatos siameses, ¿te acuerdas?

—Si salgo de aquí es para irme a casa.

—Vámonos a casa, entonces.

—No, tú no. Tú te lo tienes que pasar bien.

—Yo me lo paso estupendamente contigo.

—¿Qué me pasa, Aday?

—Yo no lo sé, dímelo tú.

—Yo tampoco lo sé.

—Pues sal de ahí y vamos a averiguarlo los dos.

—Deja de ser tan mono. Eres un hombre, a mí no me engañas.

—No tengo ninguna intención de engañarte. Abre la puerta, sal de ese baño y vámonos a la playa, nos sentamos los dos ahí tranquilamente y ya está.

—¿Sin hablar?

—Si tú no quieres hablar, no hablamos.

—Pero acabamos de llegar, no llevamos aquí ni una hora.

—Bueno, igual es que no teníamos que haber venido.

—Pero tú querías venir.

—Yo quería venir contigo, he sido yo el que te ha arrastrado a esta situación.

—Voy a salir.

—Estupendo.

—Pero no te puedes reír.

—No lo voy a hacer.

Sale del baño y tiene la cara como si de la de un oso panda se tratase, con todo el rímel (creo que se dice así, no me matéis por ignorante, por favor y gracias) corrido de tanto llorar.

—Me parece tan fuerte que una mujer como tú llore por un tío.

—A mí también me parece fuerte, es que no lo entiendo.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—Porque lo quiero mucho y él también me quiere mucho. —Rompe a llorar como una niña pequeña; está hipando y todo, la pobre.

—Y entonces ¿cuál es el problema?

—Que no sabemos querernos bien.

—¿Por qué dices eso?

—Porque estoy sola, Aday. Él aquí lo tiene todo, yo aquí no tengo nada ni a nadie. Y lo agobio, no quiere pasar tiempo conmigo. Él necesita socializar, salir, estar todo el rato rodeado de gente, y yo no

soy así, a mí no me gusta salir, ni vivir eternamente conociendo a grupos de personas nuevas que cada vez que se acaba el verano se piran. Yo necesito estabilidad, necesito un novio que me quiera, que pase tiempo conmigo, que me escuche, pero sobre todo que me hable.

—¿Me estás diciendo que Juanma no habla? ¡Pero si no se calla!

—De verdad, no, nunca habla de verdad. Nunca sé qué le pasa, se lo guarda todo para dentro. Es un succionador de problemas; con la mierda esa de que él se gestiona solo, no suelta ni media prenda y estoy harta, estoy muy cansada de ir detrás, de maternarlo, de tener que arrancarle las palabras con sacacorchos. Que sí, que él va de guay, de divertido, de que no le pasa nada, pero sí le pasa, Aday. Le pasan muchas cosas, pero no las cuenta jamás y de repente hay días que explota de la nada y me pilla desprevenida y yo no entiendo ni media. Solo sé que estoy ahí, muerta del asco en casa, sin tener ninguna relación de verdad con nadie en esta puta isla de mierda —esto me duele oírlo—; que él quiere que me una a sus planes, pero no entiende que esos planes me tienen harta y que no me aportan nada.

—¿Y esto lo habéis hablado?

—Lo he hablado yo sola, porque él no dice nada. Solo acaba gritándome que no puede parar su vida por mí, que lo entiendo, yo tampoco puedo pretender que ignore a todo el mundo por pasar tiempo conmigo, pero, tío, ponte en mi situación. Me he venido aquí por él, sola. Porque él me lo pidió, porque él me prometió que aquí seríamos felices, que nuestra vida sería un eterno verano, que estoy hasta el coño de esa canción, odio al puto Miki Núñez.

Ale, hasta Miki Núñez ha pillado.

Nos quedamos unos segundos en silencio. No sé en qué momento, pero hemos acabado los dos sentados en el suelo del

baño.

—¿Soy mala?

—¿Por qué dices eso?

—Porque siento que solo miro por mí, que no me importa nadie, pero es que estoy sola, Aday, estoy muy sola.

—No, creo que eres una mujer con las cosas muy claras y necesitas a alguien que esté en la misma página que tú.

—¿Tú estás en la misma página que yo?

—Ni de lejos. Yo soy peor que Juanma.

—No lo parece.

—Pues fíate de mí, que lo soy.

—¿Soy guapa, Aday? —María de repente me está mirando con ojos de gata, pero teniéndolos como un panda; hasta así es sexy, la tía.

—Ya sabes que sí, ¿por qué me preguntas eso?

—Porque yo no me siento nada guapa. —Ahora vuelve a la niña pequeña.

—Pues lo eres. Mírate, si pareces una modelo. Una modelo que encima cocina increíble.

Se está acercando a mí más de la cuenta y yo me estoy empezando a poner nervioso.

—¿Me das un beso?

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser, Aday?

La tengo prácticamente encima, qué mujer.

—Pues con todo el dolor de mi corazón te voy a tener que decir que no.

—¿Lo ves?

Se aparta de golpe.

—No, María, no veo nada. No te beso porque tú no quieres que te bese, solo vas borracha y tienes ganas de emociones fuertes, pero no me quieres besar, no me quieres besar con tu novio a menos de veinte metros de aquí, realmente no quieres.

—¿No te gusto?

Vuelve a llorar, qué difícil me lo está poniendo.

—Madre mía, Meri, qué difícil me lo estás poniendo. Me gustas mucho, pero no de esa manera. Si alguno de mis amigos viera ahora mismo que un tío como yo está rechazando a una tía como tú, me estaría dando de palos hasta en el carnet de identidad. Eres increíble, de verdad, pero, no, esta noche no, así no.

—¿Y mañana?

—Mañana, si sigues pensando lo mismo, hablamos.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. —Parece que con esta respuesta se conforma—. ¿Se puede saber en qué momento te has puesto tan borracha? Llevamos aquí nada de tiempo.

—En casa, cuando has venido, ya me había bebido un par de chupitos y antes de salir me he bebido dos más.

—¿Más los dos gin-tonic?

—Más los dos gin-tonic.

—Ahora sí que me cuadra. ¿Te llevo a casa?

—No, quiero ese paseo por la playa, que voy demasiado pedo... Luego me tumbo en la cama, todo me da vueltas y no me gusta esa sensación, siempre acabo vomitando.

—Me parece correcto. Ven, anda. Agárrate a mí. —Me pongo de pie y la ayudo a levantarse; con los andamios que lleva por tacones no sé cómo no se mata.

Salimos del baño con su brazo enhebrado al mío. Nos vamos a ir hacia la salida, pero, antes de que eso pase, oigo a Juanma a

nuestra espalda.

—María, ¿a dónde vas?

—¡Vete a la mierda! —le grita ella. Esto se va a poner feo.

—Te lo estoy diciendo en serio, ¿a dónde coño vas?

—Juanma, va un poco pedo —le digo.

—¿Y pretendes llevártela de aquí borracha? ¿Tú? —Está agresivo, genial.

—Baja los humos, que solo estoy intentando ayudar —le contesto con la voz calmada.

—Si quieres, te digo yo lo que estás intentando, gordo de mierda, suéltala.

—¿Tú eres gilipollas o qué te pasa? ¡Ya quisieras tú ser la mitad de buena persona que él! —le grita María.

—Chicos, vamos a calmarnos, los tres, por favor. Estamos en el hotel, trabajamos aquí todos, así que relax.

—Suéltalo —le exige Juanma a ella, ignorándome por completo.

—Suéltalo, suéltalo, no lo puedo ya retener. —María le canta la canción de *Frozen*, sin soltarme, por supuesto. Esto está siendo para verlo.

—María, igual no es momento de ponerse a cantar —le digo a ella.

—Que no le hables a mi puta novia, que te reviento —me dice él a mí.

—Tú no vas a reventar a nadie, gilipollas —le dice ella.

—Vámonos de aquí —le contesta él.

—Yo contigo no voy a ninguna parte.

—María, te echo de menos. Vámonos de aquí, por favor.

—Ah, ¿que ahora quieres pasar tiempo conmigo?

—Sabes que siempre quiero, eres tú la que no se adapta una mierda a nada.

—Chicos, creo que yo no debería estar aquí —les digo yo.

Esto está siendo muy incómodo, mi gente.

—Pírate ya —me dice él.

—Quédate —me dice ella.

—María, por favor, escúchame, vamos a hablar —le dice Juanma.

—¿De qué?

—De nosotros.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Voy borracha.

—Yo también.

—Solo si vamos a la playa, quiero ir a la playa.

—Eso me parece muy buena idea. Vamos a la playa.

Ella se suelta de mi brazo, él la coge por encima del hombro, le da un beso en la sien y se empiezan a ir, juntos. Yo no sé qué se supone que debería hacer.

—María, tienes mi número, si en cualquier momento quieres que vaya a por ti y te lleve a casa, me llamas —le digo yo.

—¡Que no se va a ir contigo a ningún sitio, ¿te enteras?! —me contesta gritando él.

—¡Que no le hables así, idiota! ¡Sí, Aday, te llamo si necesito algo! ¡Gracias! ¡Y perdón!

—No te acuestes tarde, que mañana tenemos Cersei.

—¡Nos vemos al otro lado del muro!

Esta mujer cambia mucho de estado de ánimo, no sé quién podría seguirle el ritmo. Los dejo marcharse, aunque siento que igual no debería haberlo hecho. Él va mucho menos borracho que ella y al final es su novio, llevan ya mucho tiempo juntos, viven juntos, yo qué sé. ¿Qué les digo? ¿Que me quedo yo con ella? Encima es que,

si el otro se encabrita, me parte en cuatro, que, aunque yo haga más bulto que él, no me he pegado con nadie en mi vida.

Y ahora ¿qué hago yo? Ya no tengo ganas de fiesta. Me piro a casa, a ver si tengo suerte y sé encontrar el camino solo.

Justo cuando arranco a caminar, oigo que la puerta donde están los demás se abre; la música sale alta, está sonando *Chulo*, de Bad Gyal. Seguro que el resto se lo está pasando en grande, ¿y si me quedo? Me giro para volver dentro y resulta que quien sale es la bonita Yaiza.

—¿Vas al baño? —le pregunto.

—Eh..., sí.

—¿Me estás mintiendo?

—¿Por qué te iba a mentir?

—Porque te lo has pensado.

—Vale, igual un poco te estaba mintiendo. Iba a volver a mi habitación.

—¿Ya?

—Mañana entro a currar a las nueve, son las dos y antes tengo que hacer muchísimas cosas.

—¿Como cuáles?

—Como ducharme, recoger la habitación, hacerme la *skincare*, desayunar y repasar todo lo que hemos hecho hoy. Oye, ¿por qué te estoy dando explicaciones?

—¿Te acompaño a tu habitación?

—Sé volver solita, gracias.

—No lo decía con segundas intenciones, ¿eh?

—Ah, ¿no? ¿Y cuál es la primera?

—La primera, ¿qué?

—La primera intención. Si no lo dices con segundas es que hay una primera.

—Escoltar a una bella damisela hasta su alcoba, no le vaya a pasar nada de camino.

—Reitero que sé volver sola.

—¿Pues me escoltas tú a mí?

—¿A dónde?

—A la playa, creo que no sé llegar.

—¿Ahora?

—Siempre es buena hora para ir a la playa.

—No pienso bañarme desnuda contigo en plan locura adolescente.

—Dios me libre de meterme en el Atlántico ahora mismo, Yaiza.

—Entonces ¿a qué quieres ir?

—A dar un paseo.

—¿Y ya?

—Y ya.

—Déjame ir al baño y vamos.

—No tengo ninguna prisa.

Y la veo entrar justo de donde yo apenas acabo de salir.

51

Spy Kids no nos mete mano



Vale, estoy en el baño. Me acaba de proponer, un chico al que apenas conozco, dar un paseo por la playa a las dos de la madrugada. Voy un poco pedo. Mañana tengo que levantarme pronto, mucho. No he repasado las coreos que nos han enseñado hoy, porque no me han dejado tiempo; tampoco me he aprendido de memoria los *speeches* y mucho menos me he estudiado el guion de Nala. Lo responsable sería irme ahora mismo a la cama, despertarme a las seis y media, y hacerlo todo antes de las nueve. Me quedan cuatro horas y media de sueño, contando con que me duerma de inmediato, que es algo que evidentemente no va a pasar, pero con suerte en media hora estaré metida en la cama. Eso harían un total de... cuatro horas de sueño, genial. Me conozco, así no voy a rendir nada.

Por otro lado, la vida es una, es verano y quiero hacer cosas diferentes. Pensándolo bien nunca he dado un paseo de noche por la playa con un hombre; este baila bien, huele mejor y tiene una

espalda en la que me podría empadronar. Yaiza, vas borracha del todo, no un poco pedo.

Me miro en el espejo, estoy guapa todavía. Chicas, ¿qué hago? Ya sé lo que me vais a decir y tenéis razón, a la mierda.

Salgo por la puerta.

—¿Nos vamos?

—Por favor, usted guía.

Lo dirijo a la salida del hotel. Vamos caminando en silencio, pero de vez en cuando nos miramos y nos reímos; parecemos imbéciles, qué guapo me parece. Perdón, ya paro.

—¿No me vas a decir nada? —le pregunto.

—¿No me vas a decir nada tú a mí?

—¿Qué quieres que te diga?

—No lo sé, es a ti a la que le molesta el silencio.

—A mí no me molesta el silencio, ¿eh?

—Uy, ladrona y mentirosa.

—¡No me llames ladrona! Nada más lejos de la realidad.

—¿Cuántas mandarinas dices que te echaste al bolso?

—Pocas para todas las que hubiera cogido si no hubieras salido tú de la nada.

—Ah, que encima reconoces que hubieses robado más.

—Sin duda alguna. Son gratis y me dijeron que podía coger lo que quisiera.

—Un día te vienes con tiempo y te preparo un desayuno en condiciones.

—Pero entonces ¿eres cocinero o no lo eres? Que no me estoy enterando.

—Más o menos.

—Eso es ambiguo.

—Quiero serlo, aún no lo soy.

—¿Y qué tienes que hacer para conseguirlo?

—¿Sinceramente?

—Por favor.

—Trabajar más de lo que trabajo.

—¿Y por qué no lo estás haciendo?

—Porque no me gusta esforzarme más de la cuenta.

—¿Y eso es porque...?

—Porque no va con mi manera de vivir.

—Desarrolla tu respuesta.

—Pues que soy un tío feliz así, calmado, sin estrés. No me gusta sobrecargarme de trabajo ni de responsabilidades. Cada vez que lo he hecho, ha salido mal; me gusta más ser libre y que la gente no espere mucho de mí; luego tengo que llegar a las expectativas que se hacen los demás sin mi permiso sobre mi persona y nunca sé estar a la altura.

—... —No respondo nada porque me quedo reflexionando sobre lo que dice.

—¿Qué?

—Nada.

—Te estoy oyendo pensar.

—No, no, o sea, sí. No sé. Nunca había pensado que se podía vivir así.

—Así, ¿cómo?

—Sin querer más.

—¿Tú siempre quieres más?

—Creo que sí.

—¿Y te va bien?

—Para nada.

—¿Por?

—Porque nunca llego a las expectativas, como tú dices, pero no solo a las de la gente, ni siquiera a las mías.

—Eso es porque esperas mucho de ti, está bien.

—Es frustrante.

—¿En qué trabajas?

—Animación infantil.

—¿Se te dan bien los niños?

—Aún no lo tengo claro.

—¿Y te pillas ese curro?

—No es lo mío, digamos que he venido a... a resetear mi vida.

—¿No te gusta tu vida de antes?

—Para nada.

—¿Y por qué no la cambias?

—Porque no es tan fácil.

—Siempre es más fácil de lo que nos creemos.

—Lo dice el de la ley del mínimo esfuerzo.

—Es un estilo de vida bastante eficiente.

—Pues puede que sí, a mí me gusta más el modo agobio máximo.

—¿Por eso quieres madrugar sin apenas dormir para repasar algo que nadie espera que te sepas para mañana?

—Eso no lo sabemos.

—Pero lo podemos intuir.

—Si no lo hago ya, luego se acumula.

—¿Y?

—Y que no me gusta que se acumulen las cosas. Además, no soy ni de lejos la mejor y necesito este trabajo.

—Y si no lo consigues y te echan, ¿qué pasará?

—Lloraré.

—¿Y qué hay de malo en llorar?

—Nada, supongo.

—¿Entonces?

—No me gusta ser una fracasada.

—No hay nada de fracaso en no ser la mejor en todo.

—Según tú.

—Chos, madre mía con la animadora infantil. Se toma a los niños en serio.

—No son los niños... Es que... No sé, si no consigo esto, no sabré qué hacer y no me gusto cuando no sé qué hacer. No quiero volverme al pueblo con las manos vacías.

—No sé qué te espera en tu pueblo, pero no tienes pinta de ser una persona con las manos vacías.

—¿En qué te basas?

—En lo poquísimo que me has dejado conocer de ti.

—Pues eso, no tienes ni idea.

¿Por qué suena bien todo lo que dice y, más importante, por qué estoy sonriendo todo el rato?

—Todavía.

Me paro para mirarlo, le sonrío. Me sonríe, bajo la mirada y continuamos caminando en silencio un rato. Es cómodo, sorprendentemente.

—En dos minutos llegamos a la playa —le digo.

—Lo sé.

—Pensaba que no te sabías el camino.

—Este ya sí, lo que no sabía era salir del hotel.

—Es un poco lío, ¿verdad?

—Es que es enorme, pero tú te ubicas mejor que yo y acabas de aterrizar. Yo llevo aquí más de tres semanas y aún no sé ni llegar bien a las cocinas.

—Ese camino es fácil.

—Para ti, listilla. Por cierto, te he mentido, te lo tengo que confesar.

—¿En qué?

—En lo que vamos a ir a hacer a la playa.

—¿Cómo?

¿Qué dice este tío?

—No me pongas esa cara, que no te voy a hacer nada. Solo quiero asegurarme de que María está bien.

—¿María está en la playa?

—Con Juanma.

—Anda, ¿se han ido juntos?

—Sí, pero han tenido movida.

—¿Por?

—Cosas de pareja, no se entienden muy bien, creo yo, pero vamos, que iban los dos pedo y Juanma estaba un poco agresivo. Sé que no le va a hacer nada, pero prefiero asegurarme.

—Tener pareja es una cosa.

—No tengo ni idea, la verdad, nunca he tenido.

—¿Nunca?

—Nunca. ¿Y tú?

—Hace años, sí, pero me acabó dejando por agonías.

—¿Eres una agonías, ladronzuela?

—Digamos que me tomo la vida muy en serio, no como tú.

—Siempre estás a tiempo de cambiar.

—Y tú también.

—Y yo también.

Llegamos a la playa y desde fuera intentamos ubicar dónde están Juanma y María, pero no vemos ninguna señal de que estén cerca.

—¿Estarán en las sombrillas? —me pregunta.

—Desde aquí no lo podemos saber. ¿Nos acercamos?

—Es que no quiero que Juanma me vea.

—¿Por?

—Porque probablemente me pegue un guantazo y no me gusta la violencia.

—Qué exagerado, Juanma parece buen tío.

—Tú no has visto cómo me ha mirado hace un rato.

—A ver, sus razones tiene: si alguien bailara con mi pareja como has bailado tú con su novia...

—Qué poco te pega ser celosa.

—No son celos, es que yo no bailo así con nadie.

—Igual es que tú no bailas, así, en general. Es bailar, mi niña, no significa nada. Yo te he visto bailar con Juanma y no ha pasado nada.

—Pero yo no soy tu novia.

—Gran observación, pero, bueno, ya me entiendes. Igual es por ser canario, pero aquí todos bailamos con todos y no hay problema alguno.

—Puede ser.

—¿Son esos de ahí? —Baja el tono de voz de golpe.

—Creo que sí.

—¡Agáchate!

Me coge del brazo y me tira al suelo, detrás de un montón de hamacas que hay junto a las sombrillas; acabamos los dos a cuatro patas en la arena.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunto susurrando.

—Espiar sin ser vistos.

—Aday, tenemos ya una edad.

—Eso serás tú, yo soy un jovenzuelo aún.

—¿Cuántos años tienes?

—¿Cuántos me echas?

—Más de treinta.

—Treinta y cuatro.

—Entonces ¿qué dices de jovenzuelo?

—La edad va en el corazón.

—¿Qué pasa si grito ahora?

—Pues que te caneo.

—Acabas de decir que no te gusta la violencia.

—No me tientes, Yaicita.

—¿Yaicita? Qué nombre más feo.

—¿Prefieres «mi niña»?

Me está mirando... raro. Que deje de mirarme así. YA.

—Prefiero Yaiza.

—Qué aburrida.

—No serás el primero ni el último que lo piense.

—Levántate y mira si son ellos.

—¿Para qué?

—Para ver si están bien.

—Levántate tú.

—¡Que no quiero que me vean!

Este chico... Me levanto despacio y asomo los ojos por encima de la montaña de hamacas, estoy espiando a una pareja de adultos con más de treinta años, ¿qué está pasando con mi vida? Miro bien y, sí, definitivamente son ellos. Vuelvo a ponerme a gatas para comunicarle a mi compañero de misión entre susurros las novedades.

—Sí, son. Vámonos.

—¿Están bien?

—Más que bien.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Te puedes levantar y comprobarlo tú mismo, créeme que no te van a ver.

—¿Por?

Se levanta y yo me pongo de pie a su lado.

—Por esto. —Le señalo la bonita escena que se despliega ante nuestros ojos.

María sentada a horcajadas encima de Juanma, el cual está completamente tumbado en la arena. Ella tiene el vestido subido por encima de la cintura y se mueve... de manera suntuosa, podríamos decir.

—Joder, qué bien se lo montan algunos —dice Aday.

—Definitivamente, sí.

Nos quedamos mirando más tiempo del que me gustaría reconocer, hasta que míster Canarias interrumpe mis pensamientos.

—¿Qué miras tanto, Yaicita?

—Como si tú no hubieras mirado.

—No con tanto ahínco como tú. Se te van los ojitos, ¿eh?

Me giro para decirle cuatro cosas bien dichas, pero, cuando lo hago, está mucho más cerca de mí de lo que me esperaba, nos separan a duras penas unos centímetros. Me quedo callada, señalándole la cara con el dedo índice que pretendía acusarlo, pero que detiene su cometido a mitad de camino, con las palabras agolpadas en la punta de la lengua, mirándolo a los ojos, paralizada. Estamos muy muy cerca.

¿Por qué siento que no es la primera vez que nos miramos así? Sensaciones que no conozco empiezan a trepar por mi cuerpo, del centro de mi tripa hasta mi garganta, subiendo y bajando, un recorrido de hormigas incesante que me ahoga, pero de manera agradable, no sé muy bien cómo explicarlo.

De repente sus dedos rozan los míos, los de la mano que descansa en mi costado; una corriente eléctrica se sitúa justo en ese punto. ¿Qué tipo de brujería es esta?

Me aparta la mirada de los ojos para fijarla en mis labios, ¡me está mirando los labios! Me los humedezco, no sé por qué, ¿por qué está haciendo esto mi lengua? ¿Ahora me estoy mordiendo el labio inferior? ¿Puedo parar? Que alguien me pare.

Su otra mano sube hasta mi otra mano; ahora me toca, me está tocando de verdad, coge mi dedo índice, que estaba intentando señalarlo, y superdespacio lo esconde junto al resto de mis dedos, se está tomando su tiempo... ¿Por qué esto me está resultando tan sexy?, solo me está tocando un dedo, por Dios. Ahora me está acariciando la mano completa y, mientras, no deja de mirarme la boca. Auxilio.

Se acerca, se está acercando más, ¿me va a besar? ¿Lo quiero besar? ¿Qué cojones estamos haciendo? A la mierda, nos vamos a besar. Recorta los pocos centímetros que nos separan, ya puedo sentir su aliento colándose entre mis labios.

—¡Oye! ¡Vosotros dos! ¿Qué hacéis ahí?

Juanma grita desde el suelo, y nos apartamos corriendo, como si alguien nos hubiera pillado haciendo algo muy muy malo. Es que esto era muy malo, ¿no? ¿Qué cojones, Yaiza? ¿Qué haces?

—Nada, rey, comprobando que estáis vivos —le contesta Aday con la voz ahogada, y menos mal, porque yo no sé ni hablar.

—¿Y qué tal la comprobación? ¿Se os está dando bien? —le responde Juanma descojonándose.

—Divinamente. De hecho, ya nos vamos, porque está claro que mal no estáis. María, ¿tú bien?

—Yo estupenda, veo que tú también, ¿eh, campeón?

—¡Mañana te veo! —le dice Aday.

—¡Turno de tarde! —contesta ella entre risas.

—¡Turno de tarde! —repite él mientras empieza a caminar de vuelta al hotel.

Yo lo sigo sin pensar, creo que he puesto el automático.

—Oye, nueva, ¡adiós a ti también, ¿eh?! —me grita Juanma.

—¡Adiós, adiós! —le grito sin girarme ni a mirarlo.

¿Cómo se camina? Creo que no me acuerdo de caminar.

52

Es un secreto entre la playa, ella y yo, y María y Juan Manuel

¿Qué acaba de pasar ahí? No estoy entendiendo nada. Yo no soy así, yo no sé ser así, no se me da bien ser así, pero ha sido... ¿fácil? Es que no lo sé, me ha salido solo. Literalmente le he tocado el dedo y parecía que le estaba tocando el coño, ha sido como si le estuviera tocando el coño. Podría comerle el coño ahora mismo, también te digo. ¿Qué escribes, Aday? ¿Qué estás escribiendo? Cállate un mes.

Vamos los dos caminando deprisa, muy deprisa y en silencio. Llegamos a la puerta principal del hotel en menos de cinco minutos; de normal se tardan diez. Cuando estamos ahí, me giro, está justo detrás de mí y nos chocamos.

—Perdón, perdón —me dice.

—No, perdóname a mí.

—No pasa nada.

—No, no pasa nada de nada.

—No ha pasado nada.

—Nada de nada.

—Me voy.

—Te vas.

—Adiós.

—Adiós.

Y se va. La veo entrar por la puerta giratoria y no me espero a ver cómo termina de hacerlo. Me voy dando zancadas hasta mi coche. Monto y agarro el volante; necesito agarrar algo, sentir algo. Respiro rápido, varias veces. Me calmo, me tranquilizo. Tienes treinta y cuatro años, has estado a punto de besar a una chica, no pasa nada. No eres un adolescente, Aday Carrera.

Cojo el móvil, las tres menos cuarto de la mañana. ¿Tanto tiempo ha pasado? Se me han hecho diez minutos, pero han sido cuarenta y cinco. Tenemos un problema.

Arranco el motor, pongo Spotify en aleatorio. Empieza a sonar Carlos Sadness, *Qué electricidad*. Qué oportuno es el aleatorio cuando quiere, hijo de sus padres.

Conduzco mientras escucho la letra. Estoy fatal de la cabeza, no la conozco de nada. Por qué estoy sonriendo, quiero dejar de sonreír, me pongo serio, me estoy viniendo arriba. Apago la música, quiero silencio.

Aparco, entro en casa, me quito la ropa, me pongo el pijama y me meto en la cama.

¿Me he pasado? Me he pasado. No tendría que haberme acercado tanto, seguro que se ha sentido incómoda, soy un notas. Voy a escribirle un mensaje para pedirle disculpas. No tengo su número. Genial. Vale, no. No pasa nada, si ella hubiera querido, se habría apartado, ¿no? No se ha apartado ni un poco, se ha quedado ahí mirándome. De hecho, se ha pasado la lengua por los labios, se ha mordido el puto labio. Eso ha sido muy... estimulante. De piedra tampoco soy.

Qué guapa es, la madre que me parió.

53

Sin comentarios



No vamos a comentar absolutamente nada de lo que pasó anoche. Anoche, qué maja, hace tres malditas horas. He dormido menos de dos, pero no pasa nada, durante los exámenes he llegado a no dormir y he sido funcional. Puedo con todo, yo puedo con esto y más.

Me pongo en pie, abro la ventana, mientras se airea la habitación me ducho, me vuelvo a lavar el pelo y me pongo ropa de deporte. Hago la cama, ordeno y organizo todo. Cojo el móvil y me pongo el vídeo que grabé ayer mientras dábamos la clase de la mañana, intento retener los pasos y repetirlos. Me cuesta centrarme.

Por qué este señor no sale de mi cerebro. Lo odio. Sacudo la cabeza con fuerza, intentando sacarlo de ahí como sea. Vuelvo al baile. Venga, Yaiza, no puede ser tan difícil. Me tiro cuarenta minutos hasta que creo que más o menos lo tengo. Llamada entrante de mi madre, ahora no puedo cogerlo. Le cuelgo y pongo el móvil en «No molestar».

Saco los apuntes que tomé ayer en clase de idiomas, repaso todo; es fácil, en menos de quince minutos lo he memorizado bien. Mierda, es tarde, se me ha hecho tarde.

Bajo corriendo a ver si me da tiempo a desayunar algo mientras voy con el guion de *El rey león*, oficialmente se ha convertido en la película que más odio del mundo. Mientras me como un yogur con granola y miel, lo leo un par de veces. No me quedo contenta, pero la vida no me ha dado para más.

Llego al escenario, que es donde nos tenemos que encontrar hoy. Parece una procesión de zombis. Estamos todos menos los dos chicos con los que di ayer la clase de idiomas.

—¿Qué les has hecho? —Me pongo al lado de Sergio y le pregunto susurrando.

—Ojalá fuera culpa mía. Los pillé potando a las cinco de la mañana en los setos de detrás de la sala común.

—¿A los dos?

—A los dos.

—¿A la vez?

—A la vez. Por cierto, tremenda bomba de humo te marcaste, guapa. ¿Por qué estás tan guapa, desgraciada? ¿Qué tipo de cara es esa a estas horas?

—Llevo despierta desde las seis.

—¿Y a qué hora te acostaste?

—A las cuatro.

—Pero si te perdí de vista a las dos, ¿dónde estabas?

—Estudiando.

—¿El qué?

—La coreografía de hoy y lo que dimos en la clase de después.

—¿A las dos de la mañana y borracha?

—No bebí tanto.

—Mínimo dos copas que yo te viera.

—Pues eso. Soy una persona aplicada.

—Ya veo, ya.

Óscar llega, sube al escenario y comienza a hablar.

—Espero que anoche lo pasarais bien en la fiesta de bienvenida que todos los años aconsejo no organizar y en la que todos los años ignoráis mis consejos. No pienso tener clemencia: quien tiene cuerpo para salir, tiene cuerpo para rendir al día siguiente. Así que, venga, os quiero a todos bien arriba. Empezamos repasando lo de ayer. Juanma, te encargas tú.

Juanma luce también asquerosamente bien, tiene la energía por las nubes. Yo pensaba que iba a estar hecho una mierda, pero veo que no.

La primera parte de la clase se me hace muy sencilla, es repasar lo anterior y eso lo tengo casi perfecto. Veo que Óscar me mira y apunta cosas en su libreta; odio que haga eso. La segunda parte... eso ya no se me da nada bien y vuelvo a parecer un calcetín abandonado dando vueltas en el programa de centrifugado de una lavadora industrial.

Odio bailar. No tengo retentiva corporal (no sé si eso existe; a partir de ahora, sí). Es que soy incapaz de dar dos pasos seguidos sin equivocarme.

La mañana pasa, llega la hora de la comida y voy tranquila; ayer dijeron los dos cocinitas que tenían horario de tarde, así que territorio libre.

Me pillo una ensalada de pasta, albóndigas con arroz blanco y un plátano, que se note que estamos en Canarias. Llevo toda la mañana en tensión esperando a que Juanma me haga algún comentario, pero no sucede y qué alivio. Lo último que quiero es que empiece a haber rumores por aquí de algo que no es.

No es y no va a ser, porque yo tengo que estar centrada, dormir mis horas y conseguir este maldito puesto de trabajo, aunque, pensándolo bien, ojalá me manden a Tenerife o a Gran Canaria o a El Hierro o a La Gomera o a cualquier isla en la que no viva un canario gigantesco de casi dos metros con pinta de ser un puto oso amoroso. Por favor y gracias.

54

A la luz del día todo se ve mucho más claro

Me despierta mi madre, cómo no, a mediodía. Hoy entro a las cinco de la tarde. Adoro este horario, aunque salga a las dos de la mañana; soy ave nocturna, yo por las mañanas no funciono igual de bien. Además, la tarde es *superchill*, estoy prácticamente solo en las cocinas colocando todo lo que han desastrado los del turno de mañana, es hasta mindfulness, como diría mi señora madre.

Lo de ayer pasó ayer, y ojalá vuelva a pasar hoy o mañana o la semana que viene, pero sin prisas, con la calma, mi gente. La chica es guapa, es simpática, me encanta cuando se sonroja, es educada y me pone cachondo; no sé si ese es el orden exacto de prioridad de cuánto me importa cada cosa, pero ahí lo dejo.

Esto no significa nada, soy adulto, sé gestionar estas situaciones, el mundo no se va a acabar porque me guste una chica. Si puedo coincidir con ella, bien. Si no, pues no pasa nada. Está todo en su sitio. Estamos bien, mi peñita.

Preparo algo rápido de comer, pero antes le mando un mensajito a María para comprobar que está viva, y me confirma que sí, pero

que con resaca; papeo y tiro para el hotel.

Creo que ya domino mi territorio. Sé dónde va todo, cómo se pone todo y me lo tomo con calma. Termino cada vez más rápido sin esforzarme más, buena señal. Antes de que empiece la partida de la noche saco brillo a los cubiertos, me he quedado sin tareas que hacer y esto me parece buena idea.

La primera en llegar, como siempre, es la chef. Me ve sacar brillo y me lanza una mirada de aprobación, pero no dice nada. María es la siguiente en aparecer por la puerta. Se la ve..., cómo decirlo con cariño..., un poco... demacradita, pero me sonríe de oreja a oreja.

—¿Qué tal anoche, bribón? Que te vi ahí... muy cerquita de la nueva.

—Muy bien, querida María. ¿Qué tal tú con tu novio al que gritaste delante de mí y luego lo cabalgaste en mitad de una playa pública?

—No del todo mal. Hacía tiempo que no nos tocábamos, y con pasión aún menos, gracias por avivar la llama.

—¿Yo?

—Sí, tú. Juanma, cuando se pone celoso, es muy fogoso... Me pone un poco, te confesaré.

—Vaya par de tóxicos.

—Nada nuevo en el horizonte.

—Pero ¿habéis hablado?

—Por supuesto que no, ¿para qué hablar cuando puedes retozar en la arena junto al mar?

—Lo estáis haciendo genial.

—Como siempre. Pero no te escaquees, donjuán. ¿Qué tal con la chica esa?, ¿cómo se llamaba?

—Yaiza.

—Muy canario.

—Lo sé, me encanta ese nombre. Mi madre y yo vivíamos en Yaiza cuando yo era pequeño. Adoro ese pueblo, los mejores recuerdos de mi vida son ahí. Luego ya nos mudamos, llegó la adolescencia y todo se empezó a ir a la mierda.

—Todo son señales.

—Eso parece.

—¿Te gusta?

—Pues no tengo ni idea, María de la O. La acabo de conocer, pero no me disgusta, eso desde luego.

—Si quieres, le digo a Juanma para que eche leña al fuego.

—No, gracias, prefiero fluir y que las cosas pasen si tienen que pasar. Tú y tu querido novio os podéis centrar en vuestra relación, no necesito ninguna celestina ni ningún celestino, gracias por el ofrecimiento.

—Qué aburrido eres.

—No me pienso sentir ofendido.

Y el día termina de pasar, sin pena ni gloria.

Estoy atento a la hora de la cena, cuando entra Gabs con la comanda, por si casualmente doña ladrona se pasa a recoger su bandeja y casualmente le puedo decir algo, pero no tengo esa suerte. No sé dónde se ha metido, pero por las cocinas no se ha pasado.

55

No he ido a cenar porque no tengo hambre



Además, tengo un montón de fruta en la habitación todavía y, si no me la como, se va a poner mala y nadie quiere eso. Hoy hemos hecho un montón de cosas y tengo muchísimo que estudiar. Estoy supercansada, no sé cómo será luego, cuando empiece el trabajo de verdad, si el nivel de exigencia bajará, pero durante la formación esto es muy, pero que muy, exigente.

Y yo, todo lo que tiene que ver con estudiar, genial. Lo que tiene que ver con el lenguaje corporal... pues ya peor. Pero no pasa nada, chicas. No pasa absolutamente nada, porque, de toda la vida, lo que se me ha dado mal, dedicándole tiempo, se me ha acabado dando decente. Así que no pasa nada de nada, le dedicaremos muchísimas horas a mover el cuerpo y listo. Soy capaz, por mis ovarios que lo soy.

Videollamada entrante de mi padre. Descuelgo y me lo encuentro con las gafas de ver de cerca en la punta de la nariz, con el plano desde abajo, luciendo papada a todo lo que da. Mi padre es tan padre...

—Hombre, la desaparecida en combate, que, si no te llamo yo, tú ni flores.

—Papi, no he tenido nada de tiempo. Solo llevo aquí cuatro días y cada vez que he hablado con mamá tú no estabas.

—Pero ¿yo soy tu madre?

—Evidentemente no.

—Pues entonces yo también me merezco alguna llamada, ¿no?

—Padre, acabo de llegar aquí, no te me piques.

—Ya, ya... Venga, cuéntame qué tal todo.

Y se lo cuento todo. Bueno, casi todo. Le digo lo que me está costando, lo difícil que se me hace todo en algunos momentos, también lo guais que son mis compañeros y cómo le quitan peso a todo, lo buenas bailarinas que son todas las que han entrado conmigo y lo desubicada que me siento. No sabía que tenía tantas cosas sin decir guardadas dentro, pero con mi padre es siempre muy fácil hablar. Él no te interrumpe, él solo calla, asiente y toma nota.

—Yaiza, lo estás haciendo muy bien, tú eres muy trabajadora. En lo que te veas floja, le pones más ganas. Sacaste las mejores notas de todo el instituto y tienes la carrera de Derecho; eso no se te puede hacer tan difícil, hija.

—Esto no tiene nada que ver con estudiar, papá.

—Lo vas a hacer bien, cariño. Confío en ti.

Amo cuando me dice esto; tengo muchísima suerte, lo sé.

—Gracias, papi. Ojalá yo confiara también.

—Solo tienes que ganar seguridad.

—Lo sé, lo sé.

—Pues venga, ponte las pilas y vete a dormir pronto, que tú rindes más por las mañanas.

—Sí, sí, ahora me comeré alguna fruta y me acuesto ya.

—Cómete también algún Danone, que el lácteo viene muy bien.

—Sí, papá. Buenas noches, dales un beso a las rubias.

—De tu parte.

Volveré a bajar a cenar algún día, os lo prometo, pero no esta semana. No sé, o más bien no quiero, gestionar eso ahora, que sé que no pasa nada, pero no me apetece y ya está. No estoy justificándome ni nada, solo me apetece escribirlo para convencerme a mí misma.

No sé gustar, quiero decir, no sé cómo comportarme cuando le gusto a alguien, que en realidad no sé si le gusto, pero creo que sí porque ayer claramente, después de analizarlo de manera objetiva, me intentó besar. Que un hombre me intente besar a mí es más difícil que ver una estrella fugaz en el centro de Madrid a plena luz del día.

Me pongo nerviosa y saca de mí cosas que detesto, me vuelvo insegura, aunque me halaga y me gusta, pero ahora tengo muchas cosas en la cabeza y esto no es algo que quiera o sepa gestionar. Necesito este trabajo y lo necesito de verdad. Así que, de momento, no hay Aday a la vista.

No puedo fingir ser alguien que no soy y quien ahora mismo soy, de manera inteligente y eficaz, decide apartar a este ser humano al que no conoce de nada de su camino para centrarse en no ser la persona más ridícula de la clase de zumba en su nuevo trabajo.

56

Me está evitando y se cree que no me doy cuenta

Una semana entera sin bajar a cenar que lleva la muchacha, con sus siete noches, una a una. Es fuerte, ¿eh? Que no seré yo quien la juzgue, pero la indirecta desde luego que la he pillado.

Y podrán estar pensando «Ay, el flipado este, que se cree el centro del mundo, a lo mejor la chica nunca cena». Mi gente, he estado investigando con arte y disimulo, paso a paso, qué onda hay en la formación esta de animadores y, después de todo lo que hacen, es imposible que no tenga hambre nunca.

He tenido ideas, he tenido oportunidades, he podido forzar la máquina, pero no. No la conozco tanto y no quiero ser un maldito pesado, aunque me apetezca.

Podría haber conseguido su número de teléfono, podría haberme acercado a la zona de las habitaciones, podría haberle pedido a cualquiera de estos que le dijera algo de mi parte, pero está claro que no quiere saber nada de mí, así que nos estamos quietecitos y a otra cosa, mariposa.

¿Me hiere el ego? Ni lo sé ni me importa; si ella pasa, yo también.

Hoy vuelvo al turno de mañana. Como ahora casualmente no quiera desayunar y no quiera comer, pues, no sé, llámenme loco, pero un poco sí me voy a preocupar, porque tampoco es que le hiciera nada del otro mundo, ¿no?

A ver si me pasé de la raya y ahora tengo que ir a pedir disculpas o algo.

¿Será eso? ¿Le pido perdón?

Llego a las cocinas del hotel dos minutos antes de que empiece mi turno. A primera hora tengo poco que hacer porque aún no hay nada sucio, así que siempre comienzo por la reposición. Veo lo que vamos a preparar durante el día, me fijo en qué falta, voy a la despensa o a la cámara frigorífica a cogerlo y lo coloco como me enseñó María.

Aquí son unos maniáticos del orden, todo está dispuesto de la misma forma siempre, etiquetado a conciencia por colores dependiendo del tipo de alimento que sea; están todos cucú, si a mí me preguntan.

Todos los recipientes son transparentes, se puede ver perfectamente qué hay dentro, pero, no, hay que perder el tiempo en cortar cintas de colores con un cúter cada mañana para etiquetar la lechuga como «Lechuga» cuando salta a la vista que ahí hay lechugas, eso es un imprescindible.

Cuando estoy ordenando los tubérculos, la chef me llama y eso nunca es buena señal. Me acerco hasta la estación en la que está (por si alguien no lo sabe, la cocina profesional se divide en «estaciones» y en cada una se hace una cosa; el encargado de cada estación es el responsable de lo que en ella pasa), la encuentro salseando una carne que no identifico bien y, sin llegar a mirarme en ningún momento, me dice:

—¿Por qué has dejado de venir por las mañanas?

—Hoy he llegado puntual, no sé a qué se refiere, chef.

—¿Por qué no vienes antes de tu hora a practicar?

—Ah... eso... Eh, bueno, no sé, tampoco creo que llegue a conseguir mucho así, son solo un par de horas.

—Ese par de horas son las que pueden hacer la diferencia. No te lo voy a volver a decir, si quieres crecer en la cocina y pasar a pinche, demuéstramelo.

—No sé si realmente quiero eso, chef.

—Puedes volver a tu puesto de trabajo.

—¿Cree que debería venir antes y seguir practicando?

—Puedes volver a tu puesto de trabajo.

—La estoy cagando, ¿verdad?

—He dicho que puedes volver a tu puesto de trabajo.

—Perfecto, chef.

Ale, ya me ha rayado. ¿Ahora quiere que venga por las mañanas? ¿A qué? ¿A hacer recetas sencillamente estupendas y que me las critique? ¿Alguien aquí entiende a las mujeres? ¿Qué narices les pasa a todas? Están fatal.

Corto y cambio.

57

Jack Sparrow, who?



He mejorado, he mejorado muchísimo. ¿Lo suficiente? Ni de broma. Me lo estoy tomando casi más en serio que las oposiciones, con eso os lo digo todo. La diferencia es que el mundo judicial me apasiona y esto me resulta de todo menos apasionante.

Bueno, siendo justa, depende de qué parte del curro. Todo lo que hemos estado viendo de actividades infantiles me chifla, de verdad creo que se me puede dar decente, pero ¿lo que tiene que ver con cantar, bailar y actuar? No queráis saber.

Lo bueno es que Óscar ya ha desistido de darme un papel protagónico; de momento soy «Hiena III» y porque no existe «Árbol de la sabana V», porque, si no, sería eso. Me siento mucho más cómoda como hiena, porque al menos llevo máscara y nadie me puede reconocer.

Es que encima el musical es *superpro*, ¿eh?, para ser lo que es, un musical de hotel. Pero el vestuario, la puesta en escena... De verdad que tiene una calidad tocha y al final somos diez encima del escenario, no creo que sea moco de pavo.

Nos quedan cinco días de formación y espero, con todo mi corazón, que me dejen quedarme a trabajar aquí, ya me da igual en qué isla, pero, por favor, que no me lleven de vuelta al pueblo, es todo lo que pido.

Esta mañana estoy de buen humor porque es el primer día que voy a tener formación con niños. Voy a ir al Kids Club con Sergio y Ana, que durante la temporada baja están como dupla (así llaman a las parejas de trabajo). Prácticamente solo voy a mirar, pero lo estoy deseando, la verdad.

Luego, por la tarde, tengo ensayo de musical; eso no me hace tan feliz, pero no voy a adelantarme, que me encanta vivir en el futuro.

Me encuentro con ellos en el desayuno. Llego con el pelo mojado y después de estar ya dos horas despierta repasando todo lo del día anterior.

—Qué asco me da que estés tan guapa por la mañana, zorra —me dice Sergio.

—Buenos días para ti también, amor. Hoy va a ser un gran día.

—¿Encima positiva? —me dice Ana.

—Estoy deseando veros currar con los chavales. Me he traído una libreta para ir tomando apuntes.

—Amor, vamos a hacer la búsqueda del tesoro, no sé qué apuntes vas a tomar —me replica ella.

—Pues apuntes de todo: de cómo trabajáis, de cómo se comportan los niños, de cada paso que haya que dar en la actividad...

—Chocho, frena ahí. Déjate la libreta, los apuntes y todo lo que estás diciendo, que me estás poniendo histérico y no son ni las nueve de la mañana. Son niños: quieren que juegues, que te diviertas y los entretengas. La mecánica del juego es supersencilla. Tienen un mapa, les damos pistas y se deben orientar por el hotel,

lo cual es muy sencillo porque es para niños, así que no te tomes esto como un examen, porque no lo es. Vente, disfruta y pásatelo teta; si tú te diviertes, ellos se divierten, es tan fácil como eso —dice Sergio.

—Me parece todo genial, pero la libreta me la llevo igualmente.

—No la soporto —le comenta a Ana.

—Déjala, en cuanto lleve tres días, ya verás como la libreta estará en la basura —le contesta ella.

—Qué poco me conocéis —finalizo yo.

Cuando ya hemos terminado de desayunar nos dirigimos al Kids Club. La actividad La búsqueda del tesoro de Teguise empieza a las diez y media de la mañana; nosotros a las nueve y media ya estamos allí. Sergio me odia por querer ir con tanta antelación, pero necesito entender bien cómo va todo.

La presentación del juego en español, inglés, francés y alemán me la sé de memoria, la tengo estudiada desde hace cuatro días; no es complicada, pero no sé cómo se prepara el juego. Ana, con más paciencia que Sergio, me explica todos los materiales que necesitamos, cómo se suele desarrollar el juego y qué tipo de niños hay, que, al parecer, casi siempre son los mismos. Sergio se encarga de frenar a los que lo quieren hacer todo; Ana, de prestar atención a los que no quieren participar.

A las diez menos diez ya me lo han explicado todo dos veces.

—Ale, *amore*, ahora cuarenta minutos que tenemos de sobra, qué bien —me ataca Sergio.

—¡Oye, tú! ¿Puedes intentar entenderme un mínimo? Estoy nerviosa.

—Si yo te entiendo, pero es que llevo aquí cinco años trabajando y nunca jamás he visto a nadie que se tome esto tan en serio,

chocho. Que son niños, por Dios, que esto es un hotel de una isla, que nadie te va a poner nota, ni que estuvieras opositando, hija mía.

Me quedo parada ante la palabra, aunque no sé por qué, ni que fuera la primera vez que la oigo, pero de repente tengo como muchas ganas de llorar.

—Amor, ¿todo bien? —me pregunta Ana.

—Sí, sí, perdón. No sé qué me ha pasado. Sé que soy un poco intensa a veces con el tema perfección, pero necesito este trabajo.

—Yaiza, eres la mejor trabajadora que ha pasado por aquí y aún no te he visto trabajar; real que nunca nadie se ha tomado esto tan en serio como tú. Relájate y disfruta, son niños, se te va a dar de locos, solo tienes que pasártelo bien. ¿Quieres decirnos los *speeches* del juego de hoy y así vemos qué tal lo haces? —me dice Sergio.

—Sí, quiero.

Allá que voy. Me pongo de pie y lo digo del tirón en los cuatro idiomas. Después de cantar temas completos palabra por palabra sobre el registro de la propiedad, esto se hace como coser y cantar.

—Qué hija de puta eres, te lo sabes mejor que yo. ¿Te has aprendido cada palabra, tía? —pregunta Ana.

—Sí, claro. ¿No había que hacer eso?

—A ver, reina mora, es un aproximado, no lo tienes que saber perfecto, es como coger la idea y luego hacerla tuya —me responde Sergio.

—Pero Óscar dijo...

—Ni Óscar se sabe los guiones a pies juntillas, me dejas muerta —me interrumpe Sergio.

—Bueno, pues da igual, yo sí, voy más segura si me lo sé bien.

Los minutos pasan y los primeros niños llegan diez minutos antes. Yo intento mantenerme en segundo plano, pero no me dejan. Ana

me arranca la libreta de las manos, me dice que deje de apuntar y empiece a vivir.

Así que, en contra de mi voluntad, me acerco a dar la bienvenida a los niños con ella. Es tan dulce, la tía, tiene un algo que no sé cómo describir, pero hace que los críos se sientan seguros.

Sergio, por su parte, tiene una vitalidad desbordante, que en estos diez días que llevo aquí no había visto antes. Va chocando manos, haciendo reír a cada crío que entra, pone caras divertidas, los hace saltar para limpiar energías... Me estoy quedando de piedra.

Cuando es la hora en punto, los disponen a todos sentados en semicírculo en el suelo. Ana se sienta con ellos, Sergio se pone en pie en el centro y no sé en qué momento se gira y tiene un parche en el ojo. Suelta los *speeches* en español, inglés y alemán (no hay ningún niño francés hoy), con una soltura y un arte que no me veo venir. No sigue el guion para nada, él lo hace suyo, infinitamente más entretenido y divertido. No los dice completos en cada idioma y va traduciendo cada frase para que todos se vayan enterando; utiliza mucho el lenguaje corporal, de tal modo que, si hubiera aquí un niño que solo hablara chino, creo que podría entender a la perfección qué está contando Sergio ahora mismo.

—¡Atención, atención, pequeños corsarios! ¡Ha llegado el capitán más temido de los siete mares! Yo soy el temible Sergio Barbanegra y vengo en busca de una tripulación valiente, rápida y astuta..., ¡porque hay un tesoro escondido en este hotel y necesitamos encontrarlo antes de que caiga en manos enemigas! Pero, ¡cuidado!, no será fácil. Este hotel oculta muchos misterios y leyendas. Cuenta la leyenda que, hace mucho tiempo, un viejo pirata dejó su tesoro aquí, entre pasillos, piscinas y rincones secretos. Pero solo aquellos que sigan las pistas, resuelvan los acertijos y superen las pruebas

podrán llegar hasta él. ¡Yo necesito valientes marineros que me ayuden a encontrarlo! ¿Quién se atreve a unirse a mi tripulación?

Literalmente todos los niños, como locos, gritan «yo», «me» o «ich», dependiendo del idioma, mientras se ponen de pie. Estoy alucinando. De hecho, yo misma grito que yo también quiero unirme a la tripulación; me dejo llevar por la energía que se ha desatado aquí, creo que soy una niña más.

—¡Así me gusta! Ahora, escuchad bien. Para convertirnos en auténticos piratas, debemos seguir unas reglas: trabajaremos en equipo, nunca nos separaremos de los piratas adultos. Yo soy Sergio Barbanegra, ella es Ana, la Asaltamares y ella, Yaiza, la Atracapuertos. Siempre tendréis que ir con alguno de nosotros, porque somos los únicos que conocemos los secretos del gran capitán Teguise y podremos ayudaros en vuestra misión. Además, usaremos nuestra inteligencia y, sobre todo, ¡nos lo pasaremos en grande! Si logramos superar todas las pruebas, el tesoro será nuestro. Pero, ¡ojo!, hay trampas, desafíos y algún que otro enemigo acechando... ¡Hora de zarpar! Primera pista, marineros: donde el agua brilla como el oro y los piratas se refrescan después de una batalla, si bien olas del mar no hay, un recipiente gigante las provocará... ¡Allí empieza nuestra aventura!

—¡¡¡En la piscina del cubo!!! —grita un niño como si le fuera la vida en ello.

—¡Pues allá que vamos, marineros! Escoged a una pirata adulta o a mí mismo y no os separéis, ¡comienza la aventura!

Para mi sorpresa, dos niñas pequeñas vienen corriendo a donde estoy y me dan la mano. Ya está, creo que me puedo morir de amor aquí mismo. Les pregunto que cómo se llaman y me dicen que Elsa y María Luisa; son amigas y han venido con sus padres de vacaciones.

Las tres juntas vamos con el grupo y las niñas me preguntan que por qué soy la Atracapuertos. Yo no sé qué decirles, me quedo unos segundos paralizada y de repente decido apagar mi cerebro y ser un poco Sergio. Pongo voz de pirata y les cuento que soy la corsaria más temida de los siete mares, que todos conocen mi nombre porque, cada vez que llego a un puerto, me llevo el oro y los vestidos más bonitos que encuentro en los barcos atracados en él.

Me paso toda la mañana con ellas, no se separan de mí en ningún momento, Sergio y Ana me miran y me sonríen cada poco. Interactuamos con el resto cada vez que llegamos a un lugar en el que tenemos que buscar una pista; la historia avanza y no puedo hacer otra cosa que admirar profundamente a mis compañeros.

Cuando llegamos al tesoro, nos encontramos con un cofre que tiene parches piratas para todos, monedas de chocolate y pulseras de bolas que Sergio informa de que provienen de las sirenas del fondo del mar, que siempre dan buena suerte.

Cuando termina la actividad, los padres recogen a los niños, nos dan las gracias y oigo cómo Elsa y María Luisa les cuentan lo divertido que ha sido, lo bien que se lo han pasado y que de mayores quieren atracar puertos como Yaiza.

¿Alguien me puede bajar los pies a la tierra? Juraría que me he embarcado en un sueño, marineras.

58

Menudo día de mierda

Es que no tengo mucho más que decir, menudo día de mierda. Así, clarito. Tampoco es que esté pasando nada malo, pero me aburro, me aburro soberanamente. Mi trabajo es muy monótono, la cocina es muy estresante, la jefa me ha rayado el cerebro y María no me hace ni caso.

Hoy es uno de esos turnos en los que solo miras el reloj con la esperanza de que las horas pasen cuanto antes, pero parece que el tiempo va marcha atrás.

Llega la hora de la comida de los trabajadores y la cocina es un absoluto caos, siempre es el peor momento del día. Hay que servir a huéspedes y trabajadores a la vez, se entremezclan los que preparan el «menú de familia» (ese que comemos todos los que curramos aquí) con las recetas para los clientes del hotel.

Todos los días es lo mismo, todos los días se agobia el personal de la cocina al completo cuando llegan esta hora y la hora de la cena. Hoy será que estoy hasta las narices, pero quiero matar a la

mitad de la plantilla. Todo el mundo está gritando, todo el mundo está pidiéndome cosas, y yo solo quiero asesinar.

—¡Tenedores!

—¡¿Dónde cojones están los platos llanos rayados?!

—¡Plato al suelo, limpieza aquí!

—¡Necesito trapo!

—Limpieza, ¿dónde puñetas está limpieza?

Me llamo Aday, de verdad que no es tan difícil, pero aquí todo dios me llama «limpieza».

Respiro hondo, recuerdo mi nombre al imbécil de turno, no me oye ni le importa un carajo lo que le he dicho, sigo con mi vida.

En medio del caos entra Gabi a pedir la comanda de los animadores, me grita algo y levanto la mano para saludarla, pero hoy no tengo ganas de mamoneo.

Cuando lo tienen todo preparado los trabajadores van viniendo uno a uno a llevarse la bandeja; yo voy hacia allí para recoger las anteriores y meterlas en el lavavajillas. ¿Quién entra justo por la puerta cuando estoy de camino? Efectivamente, Yaiza.

Intercambiamos miradas medio segundo, pero enseguida la aparto, hoy no es el día, sigo andando como si nada. Cojo las bandejas y me voy en dirección contraria. Me da la sensación de tener su mirada clavada en el cogote, pero no me giro. Solo quiero que pasen las horas y terminar cuanto antes para irme a casa.

Qué mierda los días de mierda.

59

Foco, Yaiza, tienes que tener foco



Me ha ignorado deliberadamente. Tal cual. Nos hemos mirado y ha seguido hacia delante como si nada. No esperaba yo una conversación de dos horas ni nada por el estilo, pero qué menos que una sonrisa, un «¿Qué tal estás?», un «Cuánto tiempo sin verte». Pues no, nada de nada.

Me ha dejado hasta mal cuerpo, con lo bien que estaba yendo el día.

Que sé perfectamente que lo he estado evitando un poco, pero yo qué sé. Él eso no lo sabe, porque no nos conocemos de nada y tampoco creo que esté pendiente de mi existencia.

Bueno, ya está. Hay que ser sincera y objetiva, yo no he hecho nada por prestarle atención, más bien todo lo contrario, así que no me puede sorprender que él tampoco.

Hoy me he pedido de primero salmorejo con huevo duro y jamón; de segundo, cherne (es un pescado de aquí, de la isla, que está increíble) con verduras y papas, y de postre, macedonia de fruta. Todo espectacular, como siempre.

¿Habrá cocinado algo de esto Aday? ¿Cocinará él así de bien?

¿Y a ti qué más te da eso, Yaiza? Tienes que hacer de Hiena III en menos de una hora, céntrate y pon el foco donde tiene que estar.

—¿Lista para ser Donna Sheridan? —me pregunta Gabi.

—¿Perdona? —le contesto.

—Que si estás *ready* para *Mamma Mia!*

—Me estoy perdiendo, Gabs, ¿qué dices?

—Que hoy empezamos los ensayos de *Mamma Mia!*

—...

—¿Yaiza?

—¿No hacemos siempre *El rey león*?

—¡Qué va! Son cuatro musicales, los vamos variando cada semana, para que la gente que viene un mes entero no tenga que ver siempre lo mismo.

—¿Me lo estás diciendo de verdad?

—Yaiza, te estás poniendo blanca.

—Creo que odio los musicales.

—Oye, que es divertido. Cuando le coges el truco, se pasa bien.

—¿Cuáles más hay?

—Aparte de *El rey león* y *Mamma Mia!*, *Grease* y *The Greatest Showman*.

—La última no sé ni cuál es.

—Va de un circo.

—Genial, acrobacias también. ¿Tú crees que puedo pedirle a Óscar no estar en los musicales?

—No, cariño, no puedes. Aquí tenemos que estar todos en el escenario, aunque sea para hacer bulto. Si ve que no llegas, pues te dará personajes secundarios.

—Voy al baño un momento, ahora vuelvo.

¿Acabo de potar todo lo que he comido? Efectivamente. Purgada y lista para la acción. Viva la ansiedad.

Mamma Mia!, vamos allá.

60

Los días de mierda no siempre son de mierda todo el día

Termino mi turno. Han sido ocho horas, pero siento que han pasado diecisiete. Me voy a cambiar, me pongo la ropa que llevaba esta mañana, me echo algo de colonia (salgo de las cocinas oliendo a pescado frito todos los días) y me dirijo a la salida cuando, de la nada, la puerta se abre y me da en toda la cara.

—¡Hostia, tío, lo siento!

—Juanma, cabrón, lo que me faltaba hoy... ¿Qué coño haces aquí?

—Quería dejarle una sorpresa a María en la taquilla.

—¿Y para eso tienes que abrir la puerta como si fueras un puto titán?

—Perdóname, chacho, creía que no había nadie. Ella sale dentro de dos horas, ¿no?

—Sí, yo salgo antes porque entro antes.

—Ah, vale, pues lo siento, de verdad.

—No pasa nada.

—¿Te acompaño a la enfermería?

—Qué va, qué va. Está todo bien, ni sangro. Bueno, me piro.

—Mi niño, espera un momento... que te quería pedir disculpas por lo del otro día. Me puse un poco celoso y dije cosas de mierda.

—No pasa nada, es comprensible, no te rayes. Por mi parte, todo arreglado.

—Gracias por cuidar de María, le viene bien tener un amigo en la isla.

—De nada. Ella es la que me cuida a mí siempre en el curro, es una tía de puta madre.

—Sí que lo es. ¿Para dónde vas?

—Al coche.

—Te acompaño.

—¿Tú no curras?

—Sí, están ahora con los ensayos del musical, me estoy escaqueando un poco.

—¿También hacéis musicales?

—También. Encima soy el único que está bueno, así que soy el protagonista en todos.

—Qué humilde eres.

—No lo digo en plan ventaja, ¿eh?, estoy hasta la polla. ¿Quieres pasarte a vernos un rato o prefieres pirarte a casa?

—¿Puedo ir?

—Claro, eres trabajador del hotel, no hay problema.

—Venga, va, pues me apunto un rato, a ver si, viendo tu vida de mierda, la mía me parece menos mala.

—Qué cabrón eres.

Y entre risas nos vamos al escenario, que aún no había visto aunque llevo aquí más de un mes. Este hotel es infinito.

61

No pienso dar las gracias a nadie por dejarme cantar canciones



Bueno, al menos esto va de gente en una isla, no de animales en África, digo yo que algo mejor se me dará.

Óscar ya ha pillado mi rollo y directamente ni me contempla para ser protagonista. Me ha puesto a hacer de Rosie, la amiga de la madre que es divertida; no la glamurosa, la otra. Es el que más me pega, dentro de que no me pega nada ningún papel.

Empezamos montando la canción principal. Esto es un cuadro y no sé ni por dónde me sopla el viento. Encima Sergio no me quita ojo ni dos segundos; qué desgraciado es, de verdad.

—¿Puedes dejar de mirarme? Eres un pesado.

—Es que, si te quito ojo medio segundo, me pierdo algo épico seguro.

—Eres un imbécil.

—Es difícil bailar tan mal, ¿eh?

—Que te den.

—Dios te oiga.

Estoy sudando como si no hubiera un mañana. Intento seguir a una niña de veinte años a la que han puesto a hacer de Donna. Le explican la coreografía UNA vez y ya se la sabe. Parece la hermana de la chavala a la que le han dado el papel de Sophie, no su madre. Qué asco le tengo al mundo de las artes escénicas, todas juntas.

—Yaiza, cariño, te he dado el papel de la amiga graciosa, no te esfuerces en hacerlo perfecto, si no te sale no pasa nada, hace gracia desde fuera.

—Genial, Óscar, gracias por el detalle, ser la más ridícula del escenario es justo lo que quería.

—Venga, va, empezamos desde arriba.

Allá que vamos las tres. Menos mal que la que hace de la otra amiga de Donna es Ana, a la que tampoco se le da bien, pero, con tantos años de experiencia, pues no lo hace tan mal... Gracia no tiene mucha, pero los pasos los clava. Voy tarde, descoordinada, con la cara roja, respirando como si llevara un mes en apnea, mirando todo el rato de reojo a la de al lado. Yo lo quiero intentar, pero de verdad que para esto no he nacido, a mí que me dejen cuidando a niños todo el rato y ya está.

Cuando termina el tema y oficialmente no he dado ni una oigo a alguien aplaudir donde se supone que está el público. Es Juanma y no está solo, genial.

—¡Madre mía, chicas! ¡Lo tenéis perfecto, mañana ya se puede estrenar esto! —nos grita el muy desgraciado, yo hago oídos sordos.

¿Aday ha visto todo esto? Por favor, señor Dios, espero que no.

—Nos tomamos cinco minutos y volvemos —indica Óscar.

Bajo del escenario con ganas de matar a cualquier ser humano que haya cerca; no sé si estoy más cansada, más frustrada o más avergonzada, es difícil decidir.

Me cojo mi botella de agua, me la bebo casi entera de una y pillo mi libreta para intentar apuntar los pasos de la coreografía, pero no me acuerdo de la mitad y me desespero.

—¿Haces todo este ejercicio y no cenas nunca?

Mierda, Aday.

—Como habrás visto, no se me da del todo bien, necesito echarle horas extra y solo tengo las de la noche disponibles.

—No lo haces tan mal.

—Aday, no me jodas, ¿eh?

Me giro para mirarlo. Qué guapo está, mierda.

—Te lo digo en serio, aunque, si necesitas ayuda, yo te puedo echar una mano.

—Es verdad, que encima bailas bien.

—¿«Encima»?

—Hombre, cocinas a nivel profesional, eres simpático y encima bailas bien.

—Y, a pesar de todo eso, has decidido ignorarme y evitarme.

—Yo no he hecho tal cosa.

—Si hice algo que te molestó o que estuviera fuera de lugar la otra noche, lo siento.

—¿Qué dices?

—No sé si te hice sentir incómoda. Si así fue, perdón, no era mi intención.

—Que no, que no. Aday, te juro que para nada. Soy yo, que soy una rayada, tú... Tú lo hiciste todo bien, me divertí mucho, de verdad.

—Yo también, pero al no haberte visto el pelo durante una semana entera después... pues me ha hecho pensar que no estuviste del todo cómoda.

—No, no, no. Para nada, te aseguro que no. Es que son muchas cosas. Este curro está pudiendo conmigo y quiero este trabajo, lo necesito. Ya te lo conté, tengo que poner todo de mi parte para conseguirlo.

—Bueno, pues, si necesitas clases de baile, yo puedo ayudarte.

—Genial, si las necesito, te aviso.

—¿Hoy puedes?

—Que si hoy puedo, ¿qué?

—Quedar para bailar.

—Eh... Para bailar, ¿qué?

—Lo que tú quieras.

—Tengo que aprender coreografías de zumba y lo de hoy de *Mamma Mia!* Créeme que no tiene nada que ver con la bachata que hiciste el otro día con María.

—¡Beatriz, Ana y Yaiza, al escenario! —grita Óscar.

—Me tengo que ir, vete de aquí ya.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que me veas ensayar esta mierda.

—Es muy divertido.

—Pues no quiero que te diviertas a mi costa, vete.

—¿Nos vemos esta noche?

—No.

—Pues no me voy.

—Vete.

—Si nos vemos esta noche.

Lo quiero matar, lo voy a matar de hecho. Pero ¿de qué va?

—Vale, a las nueve.

—¿Dónde?

—En la puerta del hotel.

—¿Me pongo guapo?

—¡Vamos a bailar zumba y nada más!

—¡Yaiza, por favor! —vuelve a gritar Óscar.

—¡Subiendo! —le contesto—. ¡Vete de aquí, ya!

—A las nueve te veo, Yaicita.

—Te odio.

Para sorpresa de los presentes, yo incluida, ahora me está saliendo todo mucho mejor. ¿Por qué será?

62

Tambor, tambor, tambor de mi madre tierra



Mi primera cita, guau. Mi primera cita del verano va a ser con una niña de la península para enseñarle a bailar zumba. Me lo cuentan en cualquier momento de mi vida y no las creo, a veces la realidad supera la ficción.

No baila mal, ¿eh? Me refiero a Yaiza. Y no lo digo porque me parezca... atractiva. Lo digo porque es verdad, lo que le pasa es que baila con la cabeza en lugar de con el cuerpo, la ves pensar en lugar de sentir. Además, busca todo el rato hacerlo perfecto y así, con lo latino, no funciona, no fluye.

Sé que hemos quedado para hacer deporte, pero un poquito guapo me he puesto, no las voy a engañar. Llevo una bermuda blanca de lino y camiseta básica negra. He añadido también un collar blanco de esos que venden en los tenderetes de los hippies; es como de cosas del mar, y como estoy moreno me queda humildemente increíble.

Voy conduciendo y escuchando *La despedida*, del maestro Daddy Yankee, cantándola a todo pulmón; para lo mal que empezó el día,

la noche pinta bien; estoy feliz, mi gente.

Llego al hotel, aparco y voy hacia la puerta principal. Llego dos minutos tarde, pero seguro que la señorita tarda más.

—Llegas dos minutos tarde.

—¿Desde cuándo las mujeres son puntuales?

—¿Desde cuándo los hombres generalizan sobre las mujeres?

—*Touché*. Estás guapa, ¿eh?

—Aday, voy con ropa de deporte.

—¿Y?

La palabra igual no era «guapa», queridas lectoras. Está... (no saben lo que me cuesta elegir palabras para que no piensen que soy un baboso asqueroso) impresionante. Lleva unas mallas negras cortas, estilo ciclista, muy, pero que muy, ajustadas, y un *top* de deporte negro también, también muy ajustado y también muy corto y también con mucho escote y también dejándome un poco sin respiración. Soy adulto, soy funcional, puedo mirarla a los ojos, yo sé que puedo, tengo que poder. Lleva el pelo liso recogido en una coleta y dos mechoncitos fuera que le caen por delante de los ojos. Esta también se ha puesto guapa a cosa hecha, ¿eh? Ese pelo no es casual, a mí no me engaña.

—¿Se puede saber en qué piensas?

—En la bonita noche que hace. ¿Vamos a tomar algo?

—No, señorito, no. Has venido a ayudarme y me vas a ayudar. En dos horas necesito saberme tres canciones de memoria y hacerlas bien.

—Sí, capitana. ¿Dónde vamos a ensayar?

—Tú conoces el hotel mejor que yo.

—Lo dudo bastante.

—Ay, Dios mío... a mi habitación no.

—¡Oye, tú! ¡No estaba pensando en tu habitación!

—Por si acaso.

—Pero ¿quién se cree usted que soy yo?

—Hombre, después del escáner que me has hecho cuando me has visto... me espero cualquier cosa.

—No lo digas como si no te hubiera gustado.

—No lo he hecho.

—O sea, que te ha gustado.

—Tampoco he dicho eso.

—Me confundes.

—Me alegro.

—¿Vamos a la playa?

—Ni de broma, habrá gente seguro, qué vergüenza.

—¿Gimnasio?

—Igual.

—Pues vamos detrás de algún edificio, digo yo que algo vacío encontraremos.

—Pero que no haya habitaciones cerca, que no quiero molestar.

—Cuánto pide, la señorita.

—Más debería pedir.

—¿Profesor particular gratuito a las nueve de la noche donde usted manda?

—Venga, anda, vamos.

Empezamos a recorrer el hotel en busca y captura del lugar perfecto, y no tardamos mucho en encontrarlo. La llevo por la zona de las piscinas; una vez que salimos hacia la playa privada, rodeándola por la parte trasera, hay un hueco entre el edificio y la valla. Ahí nos ponemos los dos.

—Este sitio es perfecto, Aday.

—De nada, señorita exigente.

—Vale, te cuento. Me tengo que aprender las canciones *Madre tierra*, *Con calma* y *Vente pa'ca.*

—Temazos todas.

—Dímelo cuando hayamos terminado dentro de dos horas.

—No creo que sea tan difícil.

—No me conoces lo suficiente, entonces.

—Venga, ¿tienes la coreo?

—En papel y en vídeo. Tengo a estos grabados haciéndola y me he escrito los pasos aquí.

Me alcanza una libreta y sencillamente me quedo boquiabierto. De verdad ha escrito paso a paso con sus palabras cada maldito movimiento, ha dibujado al lado muñecos con posturas y flechas demasiado rectas para creerme que no están hechas con una regla.

—¿Cuánto tiempo te ha llevado hacer esto?

—Nada, cinco minutos.

—No te creo.

—Es así.

—Estás fatal de la chola.

—¿Eso no lo intuías ya?

—No tanto.

—Vale, déjame ver el vídeo, que seguro que lo entiendo mejor.

—Faltón.

—Que no, que no, tus apuntes están genial, pero es que no sé qué quiere decir «izquierda, izquierda, culo, mano, cadera, cadera».

—Eso es esto.

Y procede a enseñármelo. Mientras piensa va ejecutando un paso a la izquierda, luego otro, mueve el culo (muy bien, por cierto), levanta la mano y da dos golpes de cadera a izquierda y a derecha.

—Lo haces genial, solo tienes que pensar menos.

—Si no pienso, ¿cómo pretendes que me lo sepa?

—Sintiendo la música.

—No hay música.

—En tu cabeza sí la había.

—No la había.

—¿Y por qué lo has hecho al ritmo entonces?

—...

—¿Te has quedado sin palabras?

—Te odio. Sí que había música.

—Siempre hay música.

Y se queda mirándome, a los ojos, más segundos de los que una persona humana puede soportar, como si tuviera ganas de gritarme cuatro cosas, pero se las estuviera callando todas. Qué sexy es, la madre que me parió.

—No me mires así.

—No te estoy mirando de ninguna manera, señorita.

—Odio que tengas razón.

—Y yo odio que seas una cabezota.

—Aún no has visto nada.

—Pues quiero verlo todo.

—Para.

—¿De qué?

—De ponerme nerviosa.

—¿Te pongo nerviosa, Yaicita?

—No me llames así.

—¿Por qué no?

No me pregunten por qué, porque no he sido yo, ha sido mi cuerpo que se ha movido solo; antes de que me diera cuenta estaba cerca de ella, muy cerca, con mis manos en sus caderas, yo mirando hacia abajo, ella mirando hacia arriba. Qué guapa es.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Aday?

—Quitarte los nervios.

—Pues te está saliendo al revés.

—Ah, ¿sí?

Retiro una mano de su cadera, la llevo hacia su cara y le escondo uno de los mechones que le caen sobre la cara detrás de la oreja. Cuando paso la mano por detrás de esta la noto erizarse, toma aire y cierro los ojos. Podría besarla ahora mismo. Me acerco a su oreja y le susurro:

—Tenemos una clase de zumba por delante.

Ella se aparta de golpe, pone sus manos en mi pecho y me empuja hacia atrás.

—Eh... Sí, sí. La zumba. Vamos.

63

Si al final hasta me va a gustar bailar



Sin comentarios.

Aday está mirando el vídeo de Juanma y el resto bailando, superconcentrado. Estamos fingiendo que no acaba de cogerme por las caderas y de esconderme un mechón de pelo detrás de la oreja. Yo me tengo que concentrar, yo me puedo concentrar. Está muy sexy concentrado, chicas. En plan mucho.

Bloquea el móvil y me mira.

—Lo tengo.

—¿El qué tienes?

—El baile.

—¿Entero?

—Claro que entero, si se repite todo el rato.

—Ya, seguro. Venga, listillo, hazlo.

—Si te lo clavo a la primera, ¿después nos vamos a cenar?

—Mañana trabajo.

—Yo también.

—Pero tú no tienes sentido de la responsabilidad.

—Y tú tienes demasiado.

—Venga, va, acepto, chulo. No quiero ni un solo fallo.

—Ponme la canción.

—Te la pongo.

Le doy a la flecha de comenzar el vídeo, yo tengo que mirarlo porque no me lo sé. Empieza a sonar *Madre tierra*, de Chayanne, y, sencillamente, alucino. Se la sabe. Se la sabe de verdad y con gracia y todo. Baila mientras me mira y se ríe. Lo odio.

—La cena la pagas tú —me dice.

—Estoy flipando, lo has visto una vez.

—Lo he visto dos.

—Me da igual. Yo lo he visto siete y solo me sé el estribillo.

—Venga, ponte aquí, a mi lado. Que te lo explico fácil.

Me lo empieza a explicar para tontos, me siento tonta, pero es sorprendentemente efectivo. Hace que los movimientos del baile tengan sentido con la canción; es como copiar, pero no estoy copiando.

—Vale, Yaicita, lo tienes, ahora solo tienes que quitar la cara de culo que pones.

—Oye, maldito, no te pases, ¡¿cómo que cara de culo?!

—Pones cara de pensar todo el rato en qué viene después.

—Y dale con la mula al trigo.

—¿Qué acabas de decir?

—Que eres un pesado. Tendré que pensar; si no, ¿cómo voy a bailar?

—Con el corazón.

—Tú fumas.

—Ni fumo, ni bebo. Soy un chico sano.

—Chico sano, con el corazón no se baila.

—Déjame el móvil.

—¿Para qué?

—Déjame el móvil, pesada, que tienes que saberlo todo.

—A mí no me llames pesada, ¿eh?

—¿Trauma infantil?

—Trauma el que te voy a dejar yo en el cogote.

—¿Un presagio?

—¡Vale, ya! ¡Toma el móvil!

—Así me gusta, obediente.

—Al final te pego.

—¿La lengua?

—¡Aday!

—Perdón, perdón.

—Ven aquí.

—Aquí, ¿dónde?

—Delante de mí.

Me acerco, no sé muy bien por qué y a qué obedezco, sin ser yo muy de obedecer a señores. Cuando estoy plantada delante, mirándolo desafiante, me vuelve a agarrar por las caderas.

—¿Se puede saber qué haces?

—Pasa las manos por encima de mis hombros.

—¿Para qué?

—Para que aprendas a dejarte llevar.

—Tú estás fatal de la cabeza.

—Y tú me estás haciendo caso.

De repente comienza a sonar un tema que no conozco. Después me entero de que se llama *La carretera*, de Prince Royce.

—Aday, que no sé bailar.

—Yaiza, que me mires a los ojos y te dejes llevar.

Cuando comienza la letra de la canción, él empieza a moverme, pero soy yo la que se mueve; no sé cómo explicarlo, solo estamos

haciendo el paso básico de la bachata, pero parece fácil. Seguimos mirándonos, bailamos a la vez, no sé por qué estoy sabiendo bailar.

—¿Ves como sí sabes?

—Me voy a tropezar en dos segundos.

—Esta canción es muy lenta; si te dejas llevar, no te tropiezas.

—Yo no sé dejarme llevar.

—Eso habrá que verlo.

De pronto sube las manos a mi espalda, comienza a moverme y yo me muevo; no sé muy bien cómo funciona esto, parece brujería. Mi cuerpo sigue el movimiento de sus manos; me encantaría explicaros los pasos que damos, pero no tengo ni idea de baile; nada loco, solo el movimiento básico de la bachata, pero ya no es básico, ahora me mueve por el espacio, hacia un lado, hacia otro, hacia delante, hacia atrás, me da alguna vuelta...

—No dejes de mirarme.

—Si te miro, no sé dónde piso.

—Es que no tienes que saberlo. Mírame.

Y lo miro, lo miro todo lo que dura la canción. No le quito los ojos de encima. Sé que debería tener el pulso acelerado, que debería estar nerviosa, pero nada de eso. Es fácil, es sencillo, es... agradable. Me echa la cabeza hacia atrás, no sé si es él o soy yo, pero, tras hacer un arco con mi espalda y subirme luego con fuerza hacia arriba, me quedo pegada a su pecho, con la respiración acelerada, cerca, muy cerca de él. Y no sé por qué, pero lo acaricio, la palma de mi mano se pasea por sus mejillas, sintiendo cada pelo de su barba, despacio.

—Está suave.

—Me la he arreglado para ti.

—Pues te ha quedado preciosa.

—Qué guapa estás cuando bajas la guardia.

—No te acostumbres.

64

Mesa para dos



Después de bailar la bachata y demostrarle que sí puede bailar sin pensar, ensayamos las otras dos canciones. Tardamos un poco, pero antes de las once ya se sabe las tres perfectas.

—Venga, ahora tú sola.

—Ahora yo sola, ¿el qué?

—La canción. Báilala sola.

—Tú estás flipando.

—¿Por qué?

—Porque no pienso bailar mientras me miras.

—Yaiza, vas a tener que hacerlo delante de decenas de personas, tienes que ir haciéndote a la idea.

—Hoy no va a ser ese día.

—Venga, va, dame el gusto.

—Que ni de coña.

—Oye, ya que no me pagas las clases particulares...

—Aday, en serio, no me hagas esto.

Se pone roja como un tomate, le da vergüenza, pero vergüenza de la buena; qué linda es, de verdad que no la soporto.

—Vale, pero a cenar sí que vamos.

—Es tarde.

—No me importa.

—A mí sí.

—Pero a mí no y de alguna manera me tendrás que pagar.

—¿Volveremos antes de la una?

—Te lo prometo.

Vamos al coche, nos montamos y, antes de arrancar, la miro.

—Te queda bien.

—¿El qué?

—Estar en mi coche.

—¿Sois así todos los canarios o solo tú?

—Solo yo, mi niña.

—Sinvergüenza.

Arrancamos y le digo que el sitio al que vamos está a menos de diez minutos para que la señorita no vuelva tarde a casa. Se me ha venido a la cabeza enseguida, el Villa Toledo es perfecto. Está cerca, enfrente del mar y calidad-precio increíble; además, así puede probar la comida típica de Lanzarote.

—Coge mi móvil.

—Lo cojo.

—Desbloquea.

—Me pide PIN.

—2912.

—¿Qué es?

—El cumpleaños de mi madre.

—...

—¿Qué pasa?

—Nada, no pasa absolutamente nada.

—Abre el Spotify.

—Hecho.

—Ahora ponme una canción con la que estés obsesionada.

—No me jodas, Aday, yo qué sé.

—Venga, pues una que te guste mucho.

—Se me da fatal la música.

—Esto no es un examen, muchacha.

—Déjame pensar.

—Estamos a siete minutos y ya llevamos dos. No pienses, la primera que se te venga a la cabeza.

—Va a ser una mierda.

—Me da igual.

—Vale.

Entro un poco en cortocircuito, pero luego me acuerdo de la canción que me salió el otro día en aleatorio que me gustó bastante. *He comprado*, de Ganges.

—No la conocía.

—Yo tampoco, me salió el otro día en la lista de recomendaciones que te hace Spotify.

—Me gusta.

—Es chulísima.

Seguimos el trayecto en silencio, disfrutando de la canción. Irá de dura, pero esta chica es una romántica diga lo que diga.

Aparcamos, salimos y pido mesa para dos que esté cerca del mar; a estas horas está prácticamente vacío, porque los guiris ya se han ido a dormir. La camarera nos acompaña a nuestro sitio y nos sentamos uno frente al otro.

No voy a volver a decir lo guapa que es, pero lo dejo por escrito por si aún hay alguien que no se ha enterado.

Nos traen la carta. Yaiza mira al mar y siento que está muy lejos de aquí.

—Tierra llamando a peninsular, ¿estás ahí?

—Perdóname.

—No pasa nada.

—Es el mar, que me pone intensa.

—No serás la primera ni la última. ¿En qué pensabas?

—En que ojalá viviera siempre cerca del mar.

—¿Eres de interior?

—Efectivamente.

—Qué putada.

—Totalmente.

—¿Hay algo que no te guste?

—No, señorito, me gusta todo.

—¿Todo, todo?

—Todo, todo.

—Más cien puntos.

—¿Confías en mí?

—Depende de para qué.

—Para pedir la cena.

—Ah, sí, para eso cien por cien, me dejo llevar.

—Perfecto.

Cuando viene la camarera le pido una biscuit de foie con manzana verde y compota de fresas, unas croquetas de calamar y chocos en su tinta, una ensalada de tomate, aceitunas negras, anchoas, aguacate, palmitos, queso de Lanzarote y orégano y un solomillo de atún fresco al caramelo, todo para compartir.

—¿Bebes vino?

—Blanco.

—Pues a ella le pones una copita de vino blanco. ¿Tienes algún malvasía dulce?

—El de La Grieta —me contesta la camarera.

—Ese es perfecto. Para mí un mango piña.

—Genial, chicos. Que disfruten —nos dice antes de irse.

—¿Qué es un mango piña? ¿Un cóctel?

—No, mujer, es un Nestea.

—¿Nestea de mango y piña?

—Está delicioso.

—Si lo sé, me pido eso, seguro que me gusta más que el vino.

—Te dejaré probar del mío. El vino es de la isla, yo no lo he probado, pero dicen que es increíble.

—Yo tampoco sé de vinos, me lo pido para hacerme la chula.

65

Que alguien me pellizque, no entiendo nada de lo que estoy viviendo



Creo que pocas veces en mi vida he probado comida que estuviera tan absolutamente espectacular; es que no tengo ni palabras. Plato a plato que vamos devorando, me va explicando cosas sobre sabores, mezclas, texturas... Descubro que existe el «umami», que mezclar dulce con salado no es un sacrilegio y que jugar con la despensa es su pasión desde niño.

Le enseñó a cocinar su abuela, la madre de su madre. Desde que era pequeño se subía en una banqueta a su lado y se limitaba a mirarla; con el tiempo la mujer le dejó empezar a hacer alguna tarea, hasta que finalmente se convirtió en el chef oficial de las ensaladas; cada vez que iba a casa de su abuela la ensalada la hacía él. Ella le daba ingredientes y él iba combinándolos como mejor creía ese día. Su abuela nunca jamás le dijo que ni una sola ensalada estuviera mala e hizo cientos.

La mujer falleció cuando él tenía dieciséis, y lo recuerda como el peor momento de su vida. Se encerró en su habitación, se dedicó a

jugar a los videojuegos y a comer todo lo que se le ponía por delante; solo le hacía feliz la comida, pero ni siquiera la saboreaba.

Siempre ha tenido miedo a dedicarse de manera profesional al mundo de la cocina porque no sabe si es tan bueno como él se cree; teme no estar a la altura, decepcionar al resto y decepcionarse a sí mismo. Creo que todo eso de la ley del mínimo esfuerzo que promulga no es más que una máscara que esconde el terror a no ser lo bastante bueno en algo.

Me cuenta que jamás ha tenido novia, pero que le encanta el formato amor de verano. Que se divierte, se lo pasa en grande y luego si te he visto no me acuerdo. Nunca se ha visto en una relación porque nunca ha conocido a nadie con quien realmente haya conectado tanto como para ponerse modo compromiso. Me cuenta que cree que el amor de película no está hecho para él.

Me habla de su madre, de cómo siempre ha tenido dos trabajos para mantenerlos, que su padre desapareció cuando él era un niño y jamás ha vuelto a saber de él. Me dice que su madre es la persona más importante de su vida, que la quiere, la respeta y sin ella no sabría vivir. Que si hoy por hoy está metido en una cocina es por ella, porque siempre espera más de él, tiene pánico a decepcionarla.

Me cuenta que en el trabajo ya le han dado la fórmula secreta para pasar a pinche; que si termina antes, llega antes o saca tiempo de donde sea y empieza a demostrar que realmente quiere, le darán la oportunidad, pero tiene miedo, una vez más; aunque lo diga entre bromas, como si fuera un chiste, tiene miedo, se le ve en los ojos.

Lo cojo de la mano y lo miro; no sé por qué tenemos tanta confianza sin apenas haber compartido tiempo; yo no toco a nadie, yo no soy de contacto, pero con él me sale, me nace, me apetece.

—Aday, inténtalo.

—Yaiza, no quiero.

—Sí que quieres, lo estás deseando. Tu boca dice una cosa, pero tus ojos me cuentan otra.

—¿Y si no estoy a la altura?

—¿A la altura de quién?

—De las circunstancias.

—Eso no lo sabremos hasta que no te pongas a prueba. Soy malísima dando discursos motivacionales, se me da fatal el soporte emocional, pero, no sé, escuchándote hablar de tu abuela, de tu pasión por la cocina, de lo bien que te lo pasas mezclando alimentos y usando esos términos que no entiendo..., creo que como mínimo deberías intentarlo, te lo debes.

—No sé, Yaiza, no me gustan las responsabilidades.

—No lo veas como una responsabilidad, míralo como un juego, como un reto. No te lo tomes a lo adulto, juégalo como un niño.

—No creo que eso funcione así.

—No creo que tengas nada que perder.

—¿Y tú?

—¿Y yo?

—¿Cuál es tu historia?

—Yo no tengo de eso.

—¿A qué te dedicas?

—Soy animadora infantil.

—¿A qué te dedicas, de verdad?

—Soy abogada.

—No me jodas, lo sabía.

—¿Sabías que era abogada?

—No, justo eso no, pero sabía que tenías un trabajo de lista.

—No ejerzo como abogada, Aday, y no es un trabajo de lista, es un trabajo de persona constante.

—Dile a un tonto constante que se saque Derecho, a ver cuánto tarda.

—Pues el tiempo que sea, pero se la acaba sacando.

—Tenía muy claro que no eras animadora infantil.

—Y eso, ¿por qué?

—Porque te mueves distinto al resto, eres como... elegante, utilizas palabras de remilgada y eres como... como estirada.

—Vaya, hombre, qué bonito todo lo que me dices, esta noche me voy a ir a dormir supercontenta.

—No lo he dicho como algo malo, a mí me gusta.

—Aday...

—¿Qué?

—Que no me digas eso.

—¿Que me gustas?

—Sí.

—¿Por qué no?

—Porque no me conoces.

—Pero te intuyo y todo lo que intuyo me encanta.

—...

—¿Qué te pasa?

—Que esto no me viene bien.

—¿El qué?

—Conocerte, que me digas que te gusto.

—¿Por qué no?

—Porque es mi primer trabajo, no sé hacerlo bien, necesito pasar el período de prueba y tú... me distraes.

—Pero si apenas nos hemos visto.

—Lo sé y ha sido a conciencia.

—Lo sabía, ¿me estabas evitando?

—Un poco.

—¿Por qué?

—Porque me llamas la atención y eso es peligroso.

—Soy un buenazo, Yaiza. No sé dónde ves el peligro.

—En tus ojos.

Se queda callado, mirándome, me he pasado de intensa. Genial. Bueno, de perdidos al río.

—No sé qué te veo, pero es la primera vez en mi vida que me apetece más estar con alguien que desarrollarme profesionalmente, y eso no puede ser.

—O sea, que estos ojitos te tienen encandilada.

—No, es un conjuro marino seguro. ¿Me has hecho brujería canaria?

—¿Tú también tienes la sensación de que nos conocemos de antes?

—Desde el día de la fruta.

—Yo desde el momento foto.

—¿Qué dices? Si casi ni nos miramos.

—Lo sé, pero me iba a ir y, cuando estaba a punto de hacerlo, no sé, sentí algo, como una fuerza superior que me dijo «Date la vuelta, habla con ella otra vez» y, como soy el rey de los impulsos, pues eso hice.

—Estás fatal de la cabeza.

—Habló la que no quiere quedar con alguien que le gusta porque prefiere repasar coreografías de zumba.

—No he dicho que me gustes, he dicho que me llamas la atención.

—Has dicho que ves el peligro en mis ojos.

—Eso no se te va a olvidar, ¿eh?

—En toda mi santa vida, Yaicita, probablemente sea lo más bonito que me han dicho nunca.

—Pues no te acostumbres, porque yo estas cosas no las suelo decir, será el vino este o yo qué sé.

—Ahora échale la culpa al vino.

—¿Aday?

—¿Sí?

—Me lo he pasado increíble, creo que esta ha sido una de las mejores noches de toda mi vida y, desgraciadamente, no estoy exagerando, pero no puedo continuar con esto, no ahora.

—¿Perdón?

—Necesito centrarme en la formación, seguir dándolo todo hasta que me confirmen que me quedo, no puedo volver a casa ahora.

—¿Por qué siempre dices eso?

—Porque lo siento, no estoy preparada para no conseguir esto, me destrozaría.

—Pero ¿qué hay en tu pueblo?

—Nada.

—¿Entonces?

—Entonces le tengo miedo a la nada. Te he dicho que soy abogada, pero es mentira, solo tengo la carrera de Derecho. Me he presentado tres veces a las oposiciones a jueza y las tres veces he suspendido. Tengo más de treinta años y no tengo vida laboral, carrera que pueda ejercer o algo que, sencillamente, se me dé bien. Necesito pensar, alejarme de mi casa, tomarme un tiempo para decidir qué quiero hacer con mi vida y luego ya volver a enfrentarme a mi realidad.

—Yaiza, ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Eres mucho más que tu trabajo.

—Aday, para.

—Yo paro, pero es verdad. Eres una chica divertida, inteligente, risueña, graciosa, buena persona... Que ejerzas o no ejerzas de lo que sea que quieres ejercer no cambia nada. Eres estupenda así tal cual, no necesitas nada más. Y no llores, porque, como llores, lloro yo también.

—Es que... Uf, es tan difícil esto, Aday. No sé ni por dónde me viene el viento, siempre he tenido claro cada paso de mi vida, siempre he sabido qué era lo siguiente, y ahora me encuentro así, sin fuerzas para seguir, pero también sin fuerzas para darme por vencida, no sé nada.

—No tienes que saberlo ya.

—Si me quiero volver a presentar, debería sentarme en la silla del escritorio cuanto antes.

—Cuanto antes lo que tienes que hacer es vivir, experimentar, dejar que te dé el sol, bañarte en el mar, jugar con niños y bailar zumba sin pensar, eso es lo que tienes que hacer.

—Por eso necesito este trabajo.

—Por eso lo vas a conseguir.

—No estoy tan segura de eso.

—¿Qué necesitas para lograrlo?

—Echarle muchas horas de formación extra a la formación oficial y no distraerme.

—¿Y qué te distrae?

—Tú.

—A mí no me has visto casi.

—Pero me encantaría verte más.

—Vale, pues si yo soy el problema, yo soy también la solución. ¿Cuánto te queda de formación?

—Una semana más.

—Vale, pues hasta la semana que viene no nos vemos.

—¿En serio?

—En serio, pero ve a comer, que te prometo que no te hablaré; ni siquiera te voy a mirar, de hecho.

—No, hombre, mirarme sí puedes mirarme.

—Ah, ¿quieres que te mire?

—Es posible.

—En ese caso, si coincidimos, te miraré, pero esta semana estoy de mañanas, así que nos veremos a mediodía.

—¿Y no vamos a hablar?

—No, nada de nada. Hasta que pase el proceso de formación.

—¿Y si luego me mandan a otra isla?

—Pues iré a verte en ferri en mi día libre.

—¿Por qué eres tan mono?

—Porque me miras bonito y eso no suele pasarme.

66

Qué mal se me da utilizar la cabezay no el estómago

Volvemos al hotel en coche, en silencio, y elijo la canción *Capaz*, de Alleh y Yorghaki.

Parece que vamos de camino a un funeral e intento cambiar el *mood* que llevamos los dos, así que me pongo a cantar, primero en voz baja y luego ya me voy viniendo arriba. Ella se anima y mientras sonríe tararea lo poco que conoce.

¿Por qué mierdas será tan responsable?, la odio. Podríamos irnos ahora mismo a bailar, aunque fuera en la parte de atrás del hotel, pero ni siquiera lo propongo; esto es importante para ella y, si Yaiza cree que la solución es centrarse y olvidar el resto del mundo, por poco que me guste, me tocará respetarla.

Aparcamos y bajamos, parece que ahora estamos más contentos; vamos caminando hacia la entrada principal.

—Entonces ¿una semana sin vernos? —me dice.

—Una semana sin hablarnos, vernos nos vamos a ver; tienes prohibido dejar de comer por no verme la carita.

—Cuando acabemos, ¿me cocinarás?

—Será un placer.

—¿Vas a intentar subir a pinche?

—Lo pensaré.

—No quiero presionar, pero piensa en dirección al sí, ¿vale?

—Vale...

—Aday, has nacido para esto, se te ve en la pasión con la que hablas de ello. Inténtalo, haz recetas que te diviertan, con las que te lo pases bien.

—¿Y si luego la sargento coronel les saca pegas?

—Pues las anotas y las corriges; nadie nace sabiendo, tú tienes la suerte de tener a alguien que te enseñe y te muestre el camino correcto.

—Odio que me digan cosas que no quiero oír.

—Pero ya no eres un niño pequeño, eres un adulto funcional capaz de aceptar críticas constructivas para mejorar.

—Eso no lo tengo tan claro.

—Intenta no pensar que cuando te dicen algo malo es personal, porque no lo es, es objetivo y es para que mejores. Ya verás como todo va mucho mejor.

—Lo intentaré.

—¿De verdad?

—De verdad. Mañana me vuelvo a levantar a las putas cinco de la mañana.

—...

—No sonrías así.

—Así ¿cómo?

—Da igual.

«Así como la mujer más guapa que he visto en toda mi puta vida, Yaiza», pero eso no se lo vamos a decir, porque no queremos lucir locos de la cabeza.

—Estoy orgullosa de ti.

—Pero si ni he empezado aún.

—En tu cabeza, sí.

—Bueno, señorita orgullosa, ya hemos llegado a la puerta del palacio.

—Me lo he pasado muy bien, Aday, de verdad. Gracias por la cena, la charla y las clases particulares.

—Gracias a ti por saltarte tus principios por mi persona.

—No te acostumbres.

—Ojalá me dejes acostumbrarme.

—Buenas noches, chef.

—Buenas noches, jueza.

Nos damos un abrazo. Un abrazo de más de treinta segundos; me llega por el pecho, es perfecto. Siento que pocas veces antes he abrazado a alguien así. Me gustaría no soltarla, que se quedara aquí un ratito más, entre mis brazos.

Nos alejamos, nos sonreímos y veo cómo se va. Cuando está a mitad de camino de la puerta giratoria se da la vuelta, me mira y me sonríe.

Estoy perdido, chicas.

67

Nunca me había sentido así



Creo que estoy en una nube, ¿qué acaba de pasar?

Sé que podéis pensar que estoy exagerando, pero nunca he conocido a alguien así, que me guste, que yo le guste, que sea divertido, que me haga reír, que me escuche, que me entienda o al menos lo intente, que me respete, que acepte mis límites.

¿Quiero pasarme una semana entera sin verlo? No. Me encantaría que la noche de hoy hubiera sido eterna, pero el despertador suena en cinco horas y hay que seguir dando el callo.

Pienso en mi hermana, en cómo ella hubiera mandado a tomar por culo la formación, el hotel y las responsabilidades; en cómo se hubiera dejado llevar sin pedir perdón ni permiso; en cómo estaría viviendo ella esto. Somos tan, pero tan, diferentes. La envidio tanto, pero tanto.

A veces desearía ser un poco menos yo y un poco más como cualquier otra persona.

Creo que eso es lo que más me ha gustado de Aday, que no me ha juzgado. Estoy segura de que, si por él fuera, no habría aceptado

esta decisión, pero me ha respetado, ha respetado mis necesidades. Creía que no existían hombres así y, de hacerlo, jamás me habría imaginado que uno de ellos se fijaría en mí.

Me acuesto sonriendo, mañana va a ser un gran día.

68

Vamos a intentarlo, por primera vez, de verdad



Me suena el despertador a las cinco y cuarto de la mañana. A pesar de no haber dormido ni una mierda, me levanto con energía, me voy a comer el puto mundo. Cojo la libreta de mis recetas, me planto en la cocina del hotel a las seis en punto y me pongo manos a la obra.

Suprema de lubina con beurre blanc y esferas de guisantes. Llevo queriendo hacer putas esferas desde que vi el segundo programa de *MasterChef*; hoy es el día y me van a salir perfectas a la primera.

Empiezo por las esferificaciones: trituro los guisantes con el agua, los cuelo y añado el alginato de sodio (es que, claro, a ver quién cojones tiene esto en su cocina, te quiero decir). Mezclo bien y lo dejo reposar treinta minutos. En otro bol, disuelvo el cloruro de calcio (es fuerte esto, ¿eh?) en cien mililitros de agua. Con una jeringa (sí, tienen jeringas aquí) vierto pequeñas gotas de la mezcla de guisantes en el baño de cloruro. Dejo que se formen las esferas durante un minuto y enjuago en agua limpia. Olé mi ascendencia, que me han salido.

Con la lubina no me complico mucho. Es un producto increíble, así que simplemente llevo cuidado en tratarlo como se merece y poco más. Limpio el noble pez como si fuera yo un pescatero profesional; desde niño me he quedado embobado mirando a través del cristal que había en las carnicerías y pescaderías, creo que a base de mirar con atención he aprendido a hacerlo yo mismo. Llevo los lomos a una sartén, la dejo con el fuego alto unos minutos por la parte de la piel, para que se cueza a todo trapo y me deje la piel bien crujiente y morenita, por el otro lado la dejo apenas un minuto. Lubina *ready*.

Voy con la última elaboración. En un cazo reduzco vino blanco con chalota y vinagre, hasta que queda solo un tercio del líquido inicial. Retiro del fuego y añado mantequilla fría en cubos; me pongo a batir como un demente hasta que emulsiona. Cuelo la salsa y, mientras está caliente, monto el plato.

Coloco la lubina en el centro con la piel hacia arriba, añado la beurre blanc alrededor del pescado, pongo las esferas de guisantes con cuidado con una cuchara y decoro con unos cuantos brotes frescos y flores comestibles. Justo cuando termino, oigo la puerta de la cocina y grito:

—Chef, suprema de lubina con beurre blanc y esferas de guisantes.

—Suena bien, ¿quieres que pruebe?

—Por favor.

—Pero ¿te vas a enfadar como un niño pequeño?

—No, voy a tomar nota y a aprender, si es que hay algo mal, claro.

—Algo mal habrá, seguro.

—Qué poquita fe tiene en mí, chef.

—Anda, aparta.

Veo cómo con un tenedor se prepara un bocado perfecto; al menos se lo va a meter en la boca, ya es un paso, mi gente. Coge un poco de cada ingrediente, mastica y traga. Se lo ha tragado, se lo ha tragado, niñas. Ahora deja el tenedor sobre el plato y se va, yo me voy detrás de ella.

—Y bien, ¿chef? ¿Estaba perfecto?

—Las esferas no están bien, las proporciones de alginato y cloruro no son correctas; no explotan en boca, se deshacen.

—¿Y el pescado?

—No está mal.

—Me sirve. ¿Me dice las medidas que considera usted de alginato y cloruro, chef?

—Dos gramos de cada producto. ¿Cuánto has puesto tú?

—Lo he hecho a ojo.

—Para haberlo hecho a ojo, nada mal. Se acabó el ojo. De momento te quiero con una báscula midiendo cada paso; cuando aprendas, ya vuelves al ojímetro.

—Sí, chef.

—Aday, buen trabajo.

—Gracias, chef.

69

Hoy nadie se ha reído de mí en clase, vamos bien



Esta mañana me levanto con el tiempo justo para bajar a desayunar; hoy no es necesario repasar las coreografías ni aprender nada nuevo, ayer ya tuve a mi profesor particular enseñándome todo lo que tenía que aprender hoy.

Desayuno como una campeona, damos la clase de actividad física, repasamos las canciones que aprendí anoche y las hago todas perfectas; es más, las disfruto y me divierto; al parecer sí se puede bailar sin pensar, eso sí, cuando ya tengas el baile integrado en tu cabeza, si no, resulta sencillamente imposible.

Ahora estamos de camino al comedor y estoy nerviosa. No sé si lo veré en la cocina, pero me dijo ayer que sí, por lo que decido pensar que así será.

Cuando llegamos leemos el menú del día, hoy tenemos para elegir entre: sopa castellana o ensalada de pasta, de primero; pollo a la plancha con patatas panadera o pescado con verduras asadas, de segundo, y natillas o pieza de fruta. Gabi se pone en pie para

tomar nota de la comanda, todo el mundo elige su menú y, cuando va de camino a pedir a la cocina, me pongo en pie yo también.

—¿Qué haces?

—Hoy me apetece acompañarte.

—¿A pedir la comida?

—Sí.

—¿Y eso?

—No sé, siempre vas sola, así te hago compañía.

—Yaiza, son dos minutos. No te preocupes, de verdad, qué mona eres.

—Qué va, no me preocupo, solo me apetece pasar tiempo contigo.

—Es que te como esa cara de guapa que tienes.

—Cada día eres más española, ¿eh?

—Desde que me dieron la nacionalidad, soy imparable.

Llegamos las dos del brazo a la cocina, abrimos la puerta, nos plantamos delante de Joaquín y Gabi empieza con su perorata.

—Mira, Joaquín, hoy traigo compañía.

—Sabes que no me gusta que os metáis muchos en la cocina.

—Ay, qué *enfadorroso* que eres, somos solo dos.

—*Enfadorroso* no existe, será enfadica.

—Bueno, me has entendido perfectamente.

—Venga, pelirroja, dime qué queréis.

Yo los estoy escuchando a medias, porque no me interesa un pimiento lo que están diciendo, para qué nos vamos a engañar. Estoy en modo águila intentando captar a un conejito por el medio del monte.

Pero ni rastro de mi presa; son muchos en la cocina, aunque Aday no está entre ellos.

Me iba a decepcionar bastante, pero no me da tiempo, porque de repente, de lo que yo pensaba que era un armario, sale..., cubo y fregona en mano, con el semblante serio, concentrado. ¿Por qué un señor en uniforme de cocinero sucio y con material de limpieza me está pareciendo sexy? Nadie lo sabe.

Va directo a su objetivo (desconozco cuál es) hasta que María le chista y le señala con la cabeza hacia donde estoy yo; él se gira y nos miramos. Yo sonrío, bajo la vista y enseguida la alzo de nuevo para volver a verlo. Él me sonríe con todos los dientes, levanta la mano y me hace un gesto de negación moviendo el dedo índice a izquierda y derecha varias veces, sin dejar de sonreír. Me guiña un ojo, se da la vuelta, cruza la cocina y desaparece detrás de lo que juraría que es otro armario.

Suspiro y sonrío. Soy una petarda, chicas, ya lo siento. En mi defensa diré que no me he comportado así en la vida. ¿Qué ha sido ese gesto coquetón de bajar la vista y levantarla pestañeando como si pretendiera desatar un huracán con mis parpadeos? Madre mía, creo que estoy para que me encierren.

70

La semana más larga de mi vida

Pareciera que el tiempo va hacia atrás, mis niñas. Se me ha hecho la semana eterna. Me he levantado cada maldito día a las cinco de la mañana, cada día he preparado un plato distinto, la chef ha sacado pegas a todos y cada uno de ellos; asumo que me tiene envidia, no pasa nada, la entiendo, a mí me pasaría.

Os diría que lo mejor de cada día ha sido ver a Yaiza, que de hecho lo ha sido, pero también diré que todo está bastante bien en general, solo me faltan horas de sueño. Me divierto por las mañanas, María y yo cada día somos más cercanos, me cuenta siempre sus movidas con Juanma (tengo la teoría de que les quedan dos telediarios, por cierto), hemos quedado un par de veces a tomar algo después del curro y mi trabajo ya lo controlo a la perfección. Como esto me vaya mal me abro una cuenta de TikTok para dar trucos de limpieza, yo me veo futuro.

Ahora mismo estoy terminando de secar todos los platos a mano, es algo que nunca hago porque siempre se secan de manera natural, pero como soy un absoluto máquina ahora me sobra tiempo

y hago cualquier cosa para que nadie vea que me sobra y así no me mandan hacer otra cosa.

—Aday, ven.

—Ya mismo, chef. Detrás, detrás, esquina, detrás. ¿Sí, chef?

—¿Sabes cortar cebolla en juliana?

—Sí, chef.

—Pues quiero tres bandejas de cebolla morada en juliana para ayer.

—¿En serio, chef?

—¿No me has oído?

—Sí, chef. La quiero, chef. La quiero muchísimo, chef.

—¡María, María, que voy a cortar cebollas!

—¡Silencio, ya!

—Sí, chef. Perdón, chef. La quiero, chef.

Casi todos los compañeros levantan la cabeza y me sonríen mientras voy de camino a mi estación; tengo una estación, joder, qué fuerte, estoy que no me lo creo. Llego a donde está María y me mira mientras sonríe.

—Te lo dije, una semana demostrando qué quieres y la tienes en el bote.

—Me deja coger un cuchillo, María. Llevo aquí algo así como mes y medio, y por fin voy a tocar un cuchillo.

—Te lo mereces, Aday, te lo mereces. Venga, toma este, que es el mejor que tengo.

—Pero ese es tu cuchillo de todos los días.

—Ahora es nuestro.

No hace falta cortar cebollas para empezar a llorar.

—Aday, ¿te has emocionado?

—Es que estoy muy feliz.

—Dame un abrazo, anda.

—¡María, Aday! ¡O empezáis ya a trabajar o retiro orden! —grita la chef desde la otra punta de la cocina, de espaldas.

—¿Cómo es posible que nos vea si no nos mira? —le pregunto a María susurrando.

—¡Aday, ya! —me vuelve a decir la mejor chef que ha pisado el planeta tierra.

—¡Sí, chef! —le respondo.

María me da una miniclase sobre cómo se corta de la manera más eficiente posible; aunque yo crea que ya sé hacerlo, callo, miro y escucho, me llevo un par de truquitos que agradezco de regalo y empiezo con mi tarea.

Soy un ninja, chicas. Parece que llevo toda la vida cortando cebollas, he nacido para cortar cebollas, el sueño de mi vida siempre ha sido cortar putas cebollas.

71

Hoy es el día, rezad por mí



Esto es escatológico, pero ya tenemos algo de confianza: he cagado cinco veces y no es ni mediodía. Os diría que estoy más nerviosa que cuando me dieron las notas de la oposición, pero no sería justo mentiros. Estoy como un diez por ciento menos nerviosa, es decir, estoy un nueve sobre diez de nerviosa. Estoy atacada, chicas.

Como me digan que no me cogen, lloro. Lloro mucho, lloro muchísimo. Me vuelvo a la península sin haber vivido una mierda, solo dedicándome a estudiar, a repasar y a hacer el ridículo delante de personas a las que no conozco. Soy imbécil, debería haber aprovechado más. Siempre la misma historia; he estado aquí más de quince días y lo único que he hecho ha sido estar encerrada en la habitación sin haber vivido nada, soy una completa gilipollas.

Es mediodía, estamos de camino a comer. Cuando terminemos nos dirán quién se va, quién se queda y qué destino le toca a cada uno. En cuanto nos sentamos a la mesa, me pongo al lado de Juanma, a conciencia.

—Oye, Juanma, tú conoces bien a Óscar, ¿sabes si me dan el trabajo?

—Yaiza, por mucho que lo conozca, de estas cosas no hablamos.

—Eso es imposible.

—No sé nada, en serio.

—Que no te mienta, siempre tiene toda la información —nos interrumpe Sergio.

—No fastidies, ¿de verdad?

—No le hagas ni puto caso a la marica mala.

—Juanma, mírame a los ojos y dime que no sabes nada.

—No voy a hacer eso.

—Dios mío, sí que lo sabes...

—No lo sé todo.

—Pero ¿sí sabes qué va a pasar conmigo?

—No sé nada definitivo.

—Ay, Dios mío, Juanma, lo sabes, lo sabes de verdad y no me lo quieres decir para no hacerme daño, porque sabes que me va a echar y que no tengo nada que hacer.

—No sé nada, Yaiza. No sé nada, en serio.

—Eso es que sí sabes, en los ojos se ve que sí sabes.

—Yaiza, no insistas más.

—Genial, no tengo hambre, hoy no como.

—No digas tonterías.

—No son tonterías.

—Si esto es un intento de manipulación, no está funcionando.

—No es manipulación, son mis tripas decidiendo no ingerir nada porque saben que mañana están de vuelta en la península y prefieren no vomitar.

—Yaiza, pase lo que pase, el mundo no se va a acabar, ¿vale? —me dice Ana.

—A la mierda, todos sabéis que me voy, genial.

—Que no, tía, yo sí que no tengo ni puta idea, pero no te puedes poner así.

—Ni que supiera evitarlo o controlarlo.

—Pues respira, en menos de una hora ya sabrás lo que pasa —me dice Juanma.

¿La hora más larga de mi vida? Es posible.

La comida se me hace eterna, no sé ni qué me he pedido y tampoco me importa; sé que está mal tirar alimentos, pero me han obligado a pedir cuando yo sabía perfectamente que no me lo iba a comer, ni siquiera me molesto en remover nada con el tenedor. Me limito a quedarme sentada, mirando a la nada (y al reloj de mi móvil), viendo cómo los minutos no pasan y oyendo a mis compañeros decirme de vez en cuando que me tranquilice, que, pase lo que pase, todo va a estar bien.

Dejamos el comedor; hoy es el primer día de la semana que no he entrado a ver a Aday, pero es que estoy muy nerviosa y no puedo gestionar nada más.

Nos vamos al escenario. Óscar se sube, coge su megáfono (no sé si os había dado este dato antes, siempre va con un megáfono a lo profesora de la película *Lizzie Superstar*, la señorita Ungermeyer) y saca su maldita, asquerosa y putrefacta libreta. Empieza a dar un discurso de agradecimiento por nuestro esfuerzo, dedicación y constancia. Dice que hemos sido un gran grupo y que está muy orgulloso, que este es el año en el que menos gente no ha pasado el período de prueba, que la cadena de hoteles solo prescindirá de dos de nosotros.

Una soy yo, el otro u otra no tengo ni idea de quién puede ser.

—Ahora mismo voy a ir nombrando los distintos hoteles que tenemos y quién va a cada uno de ellos. Sé que muchas estáis muy

contentas con la formación en el Costa Teguise y que todas, o casi todas, os queréis quedar aquí, pero desde la experiencia de más de diez años que llevo formando gente en este establecimiento, quedaos tranquilas, en cuanto llevéis una semana en el nuevo destino, ya os habréis olvidado de nosotros y estaréis viviendo la vida a tope en vuestro nuevo hogar. Os pido mente abierta y que intentéis no sentir rechazo; de verdad, os prometo que no sirve de nada y que solo os hace perder una semana preciosa de adaptación a vuestro nuevo espacio de trabajo.

Bueno, me jodería irme a otro hotel, pero eso no está contemplado porque me voy a mi maravillosa casa otra vez, con mi portátil que funciona de pena a jugar a *Los Sims* siete meses seguidos mientras pienso en lo fracasada y mediocre que soy.

—Comenzamos. Hotel Costa Margaritas, en la isla de Gran Canaria: Alba, Lucía Arroyo, Paula, Unai y Lucas.

Las chicas saltan y se abrazan, Unai y Lucas se chocan la mano. Primer hotel al que no voy, me alivia saber que no voy a ese y me preocupa saber que no voy a ese.

—Hotel Fuerteventura Mar, en la isla de Fuerteventura: Marina, Lucía Buitrago, Helena y Guillermo.

Marina y Guillermo se abalanzan el uno encima del otro; aquí la gente no ha perdido el tiempo, no como yo. Cada vez más posibilidades de que sea una de las dos que se piran con una mano delante y otra detrás.

—Hotel Santa Catalina, en Las Palmas de Gran Canaria: Wendy, Dan, Alessandro y Giovanni.

Los guiris se saludan con la mano desde lejos; los dos que están sentados juntos se chocan la mano. Dicen que el Santa Catalina es el mejor hotel de todos; a mí me da igual, quiero quedarme aquí y eso no va a pasar.

—Hotel Costa Teguise, en Lanzarote, no sé si os suena.

No es momento para bromas, Óscar, te odio.

—Una vez más, para las personas que no hayáis conseguido pasar el proceso de selección: esto no significa nada, es solamente según nuestro criterio, no quiere decir que no seáis personas muy válidas y capaces.

Lo mato, ¿puede decir ya quién narices se queda?

—Hotel Costa Teguise, en Lanzarote: Teresa, Anabella, Germán y Yerai.

Lo sabía, lo sabía, lo sabía. A tomar por culo, mis lágrimas pelean por salir, me muero de vergüenza como me ponga a llorar aquí en medio. Qué asco de vida.

—Perdona, Óscar, falta alguien, ¿no? —dice una chica que se llama Cristina y que es tan maja como despistada, la pobre.

—¿Cómo?

—Que has dicho que son dos personas las que no pasan el proceso y quedamos tres sin nombrar.

—No puede ser.

—Que sí, mira: levantad la mano las personas que no tengáis destino aún.

Levantamos la mano la misma Cristina, una chica que se llama Beatriz y yo.

—A ver, un momento. Repaso todo y vais levantando la mano mientras os nombro. Hotel Costa Margaritas, en la isla de Gran Canaria: Alba, Lucía Arroyo, Paula, Unai y Lucas. Hotel Fuerteventura Mar, en la isla de Fuerteventura: Marina, Lucía Buitrago, Helena y Guillermo. Hotel Santa Catalina, en Las Palmas de Gran Canaria: Wendy, Dan, Alessandro y Giovanni. Hotel Costa Teguise, en Lanzarote: Teresa, Anabella, Yaiza, Germán y Yerai. ¿Quién faltaba?

Levanto la mano mientras lloro. A la mierda.

—Cierto, Yaiza. Perdóname y bienvenida a la familia. Cris, Bea, lo siento muchísimo. Podéis pasar por Recursos Humanos en cualquier momento del día para entregar vuestras credenciales y recoger el documento que indica que no pasáis el período de prueba, pero sí que cobráis las prácticas que habéis hecho con nosotros. El resto, igual: menos los que os quedáis aquí, todos a Recursos Humanos a que os informen de vuestro nuevo destino y os expliquen cuándo cogéis los ferris.

No puedo dejar de llorar. Me están abrazando todos los veteranos, Teresa, Anabella, Germán y Yerai. Están a mi alrededor saltando y gritando «TE-GUI-SE, TE-GUI-SE, TE-GUI-SE».

Lo he conseguido, chicas, después de tanto tiempo por fin algo sale bien: me quedo en Lanzarote tres meses y medio más.

Me contagio del entusiasmo de mis compañeros y lo celebro yo también. Cuando terminamos de gritar como gallinas poseídas, respiro un poco, bebo agua y lo veo. Aday me está sonriendo con orgullo desde el final del patio de sillas, no me lo pienso y voy corriendo hacia él gritando.

—¡Lo he conseguido, Aday! ¡Lo he conseguido!

—Lo sabíamos todos menos tú.

—¿En serio?

—Hace dos días Óscar se lo dijo a Juanma y nos pidió que nadie te dijera nada.

Cuando llego a él lo abrazo como si fuera un amigo de toda la vida, se siente natural. Me da un beso en el pelo y me susurra:

—Sabía que lo conseguirías.

—Gracias por respetar mi espacio.

—Me ha venido muy bien, así también me he centrado yo; hoy me han dejado cortar cebollas.

—¿Me lo estás diciendo de verdad?

—Te lo prometo.

—¿Vamos a celebrarlo?

—¿Tú, Yaiza, me estás diciendo a mí, Aday, que hagamos algo que no sea estudiar?

—Efectivamente, señorito, enséñame tu isla.

—Eso está más que hecho, señorita.

72

Ojitos de turista



Son las cinco, yo he terminado mi turno y a ella le han dado la tarde libre. Me ha pedido que le enseñe la isla; después de siete días viéndola solamente pasar por la cocina dos minutos, por fin voy a poder disfrutar de la compañía de la chica más guapa que me ha hecho caso en mi vida (joder, qué triste).

Estoy nervioso, no sé a dónde llevarla, así de repente me he quedado sin ideas. Se me ocurre que vayamos a visitar Yaiza, pero igual me pongo nostálgico y no es el momento, demasiados fantasmas del pasado paseando por esas calles. Igual estaría bien llevarla al Mirador del Río a que vea La Graciosa, a tomarnos un café allí, y luego vamos viendo... Está a media hora, no me parece mal plan.

—¿A dónde vamos a ir? —me pregunta cuando nos dirigimos al aparcamiento a coger el coche.

—Es sorpresa, no quieras saber tanto.

—Odio las sorpresas.

—Pues a mí me encantan.

—¿Prepararlas o recibirlas?

—Ambas cosas.

—Pues a mí se me dan fatal las dos, me gusta saber qué es lo que va a pasar.

—Pues conmigo ya puedes ir cambiando el chip.

—Mejor me dices a dónde vamos y te digo si me apetece.

—No, mi niña, eso no va a funcionar así. Además, te lleve a donde te lleve, te va a gustar, Lanzarote es preciosa.

—Lo es, por eso elegí este destino.

—¿Has estado antes?

—Dos veces, el día de mi concepción y luego cuando era una niña; mis padres nos trajeron a mi hermana y a mí de vacaciones.

—¿Naciste en Lanzarote?

—No, mis padres tuvieron relaciones en Lanzarote y de esas relaciones salí yo.

—¿Has utilizado el término «relaciones» en serio?

—Totalmente en serio.

—La señora abogada utiliza vocablos muy enrevesados.

—No hablo así por ser abogada, ¿eh, listillo?

—Permítame dudarlo, su alteza.

—Deja de vacilarme. Y se dice su señoría.

—Chos, su señoría, me gusta. ¿Quiere llevarme a juicio, su señoría?

—Eres muy tonto.

—Y tú, muy guapa.

—Sí, sobre todo hoy, que no he dormido una mierda, llevo el pelo fatal y voy con unos *shorts* y un *top* básico.

—Yaicita, creo que no eres consciente de la energía que transmites.

—¿Cómo que energía? ¿También eres místico?

—No sabes cuánto.

—¿Y qué te dice la magia ancestral?

—Que desde que te vi por primera vez supe que naciste en esta isla.

—Y dale, yo no he nacido en esta isla, me concibieron aquí.

—¿En Yaiza?

—Eso no era muy difícil de adivinar, listillo, no te hagas el brujo interesante ahora.

—¿Sabes que yo soy de Yaiza?

—¿Vives allí? ¡¿Vamos a ir a Yaiza?!

—Ya no, me mudé con mi madre cuando nos abandonó mi padre y, no, hoy no vamos a ir a Yaiza.

—¿Y a dónde vamos a ir?

—Deja de investigar, ladrona, no vas a sonsacarme nada.

—Te odio.

—Lo dudo.

Entre risas llegamos al coche. Tenemos media hora por delante, pues en lugar de llevarla directamente al mirador he decidido hacer una corta parada en uno de mis pueblos favoritos de la isla. Órzola. Desde ahí se coge el ferri para ir a pasar el día a La Graciosa.

Bajamos del coche y damos un paseo por el puerto, vemos las distintas casitas, los gatos callejeros, a los turistas subiendo y bajando de los barcos.

—Me encanta que las casitas sean así.

—Así ¿cómo?

—Blancas y con las ventanas y puertas verdes.

—¿Sabes que a esa tonalidad de verde se le llama «verde Lanzarote»?

—¿En Canarias?

—En el mundo entero.

—Dios mío, Aday, eres tan flipado.

—¿No me crees?

—Por supuesto que no. Soy española y no he oído nunca eso del «verde Lanzarote». No creo que un holandés o un nicaragüense lo conozca.

—Que tú seas una inculta no es culpa mía.

—Eres un idiota.

—Pues gracias a este idiota no harás el ridículo cuando alguien te diga «¿Me pasas el rotulador verde Lanzarote?».

—Estoy segura de que eso es algo que me va a pasar.

—Cuenta con ello.

Cuando estamos llegando al final del puerto me pregunta si me puede hacer una foto con su cámara desechable.

—¿Crees que esto es algo de lo que te gustará acordarte?

—Es poco probable, pero hay que gastar el carrete de alguna forma.

—Eres una estúpida.

—Y a ti te encanta que te tiren piropos.

—No me regalas nada los oídos, ¿eh?

—No soy ese tipo de chica.

—¿Y qué tipo de chica eres?

—De las que te piden que te pongas ahí, me mires y sonrías.

Ejecuto todo, evidentemente. Un simple mortal no puede decirle que no a su señoría. A cambio, negocio que me deje hacerle una foto a ella delante de una puerta verde Lanzarote para que nunca se le olvide el mejor color del mundo.

No puedo ver la foto en el momento, pero estoy seguro de que sale radiante; le hago decir «verde Lanzarote» antes de disparar y le entra la risa; es muy bonita cuando ríe.

Volvemos al coche y subimos al Mirador del Río. Yo pago mi entrada, que tiene un precio irrisorio por ser de la isla, y ella paga como diez veces más.

—Me acaba de parecer tan injusto eso.

—Es lo que tiene ser una guiri; disfrutar de nuestro paraíso no os va a salir gratis a los que venís de visita, mi niña.

No me contesta a la pulla y me parece extraño, la señorita no deja nunca puntada sin hilo (sueno como mi madre, Dios mío). Me giro y ya entiendo qué pasa. Yo estoy acostumbrado a la isla, he estado aquí en más de diez ocasiones; cada vez que alguien viene a visitar Lanzarote no puedo dejar que se marche de aquí sin ver estas vistas, pero verla mirar... No me voy a poner imbécil, pero os podéis imaginar.

Se queda callada y yo decido no interrumpirla. Contempla cada detalle que tiene delante, es un regalo para los ojos. Desde aquí se ve la isla de La Graciosa como desde ningún otro lugar, hay una cristalera enorme que te permite observarla a la distancia perfecta; encima hemos tenido una suerte increíble, porque no hay ni un ápice de niebla.

Se queda más de diez minutos mirando, sin decir nada. Yo la miro mirar. Que alguien mire así mi tierra... es que, no sé, me llena el corazoncito (estoy de un petardo hoy... perdón).

—¿Vienes mucho aquí?

—No tanto como debería.

—Es precioso.

—Lo sé, por eso te he traído, sabía que te gustaría.

—¿Podemos salir fuera?

—Por supuesto.

Salimos del edificio y recorremos cada rincón; la tía no se deja ni medio centímetro del lugar por investigar. Cuando se queda

satisfecha, saca la cámara y dispara una foto al paisaje.

—Voy a querer una copia de ese carrete, lo sabes, ¿no?

—Este carrete va a ser mío, mío y solamente mío, lo sabes, ¿no?

—No creo que seas capaz de hacerme eso.

—Créeme que lo soy. Si quieres ver las fotos, te tocará venirte a la península.

—Eso no está hecho para mí.

—¿Ni siquiera para visitarme?

—Igual te enamoras y te quedas a vivir aquí para siempre.

—Aday, tú alucinas en colores, ¿no?

—Te enamoras de la isla, no de mí, idiota.

—Cuando llegue septiembre estoy cogiendo un avión de vuelta seguro, no soy tan valiente como para cambiar de forma radical mi vida.

—En Lanzarote también tenemos abogadas, ¿sabes?

—Quiero ser jueza, Aday. ¿Hay jueces aquí?

—Pues la verdad es que no tengo ni idea, la experta en la materia eres tú, lo debería saber su señoría.

—Pues no tengo ni idea y no me interesa, no sabría vivir tan lejos de mi familia.

—¿Pretendes quedarte a vivir siempre en tu pueblo?

—No, pretendo vivir en Madrid, pero está a dos horas de mi pueblo en AVE.

—Encima Madrid, la jungla de asfalto, Dios me libre.

—Madrid es genial.

—No para mí.

—Eso es posible.

—¿Has terminado de admirar las vistas desde aquí? ¿Nos tomamos un café en el bar de dentro?

—¿Cafeína a estas horas? ¿Tú eres loco?

—Pues te pides un mango piña.

—Eso me gusta más.

Estamos aquí más de una hora hablando; me explica (aunque entre ustedes y yo les confieso que no termino de entenderlo todo) de qué va el que quiere que sea su trabajo; ser jueza no es fácil, algo me imaginaba, pero cuando entra en detalles... Preferiría la muerte antes que dedicarme a algo así; sin embargo, ella lo cuenta con tanta pasión que parece hasta interesante. Ni siquiera me entero muy bien de todo lo que dice, pero es hipnótica.

Quiere trabajar en el Ministerio de Justicia que hay en la calle San Bernardo, le encantaría vivir cerca de la plaza Conde Duque, dice que está enamorada de la biblioteca que hay ahí y que me tiene que llevar al bar de desayunos que hace esquina, que no ha probado un sitio mejor en todo Madrid, que sueña con ir caminando de casa al trabajo con un termo de café en la mano, que desde siempre ha estado enamorada de la capital, pero que desde que visitó el Ministerio de Justicia no se ha imaginado su vida de otra manera.

Es raro verla contar esa vida de maletín y corbata, oírla hablar de términos que no entiendo sobre leyes, cantar temas y no sé qué más, mientras mira al mar despeinada, con ropa de deporte y las mejillas quemadas.

—¿De verdad crees que esa vida te haría feliz?

—No me imagino ninguna otra.

—¿Y la que tienes ahora? ¿Sol, playa, bailes, carreteras volcánicas, canarios guapísimos y supersimpáticos que te llevan a lugares increíbles?

—Esto no está nada mal, pero con el tiempo se me haría insostenible, soy una chica de ciudad.

Au.

73

Podría acostumbrarme a esto



No para siempre, o quizá sí, tampoco quiero pensarlo, ni reflexionarlo, quiero vivirlo, me está gustando vivir, me gusta quién soy cuando estoy con Aday. Es como que no estoy... ¿preocupada? Estoy ahí sin más, en el presente. Es raro, me siento rara. Estar tranquila y en paz no me pega, pero se siente bien. Definitivamente, sí, se siente increíble.

Estamos volviendo al coche después de haber tomado un Nestea mango piña, que es mi nueva bebida favorita; no entiendo por qué no tenemos esto en la península, sinceramente. Las vistas son increíbles, podría haberme pasado horas callada mirando al horizonte, pero la conversación ha resultado ser más interesante que el silencio.

He hablado prácticamente yo sola, o la conversación al menos ha girado en torno a mí; no estoy acostumbrada a eso, a charlar con alguien sobre mis sueños, mis aspiraciones, mis temores... Me he sentido bien, me ha hecho reconectar con por qué me quiero dedicar

a la magistratura, por qué he invertido tanto tiempo en estudiar para conseguirlo.

Quiero desterrar, o al menos reducir, el machismo presente en la administración judicial; son tantos los casos que he visto, analizado y estudiado sobre la violencia machista que han sido tan injustos, que, aunque sea solo con un pequeño granito de arena, quiero contribuir a acabar con ello.

El sector judicial es difícil para una mujer. Bueno, en realidad es difícil ser una mujer, así, en general, pero en el ambiente de las togas ni te cuento. Además, todo el mundo pone en entredicho tus opiniones, tus juicios, tu línea de investigación. Lo que tú digas vale la mitad, en caso de que se te escuche, y lo que diga cualquier otro compañero que sea hombre, por mediocre que sea, se tiene siempre en cuenta, aunque se acabe desechando.

Es cierto que las cosas están cambiando, que muchas son las compañeras que han marcado camino antes para que ahora nosotras sepamos por dónde pisar, pero aún queda mucho, muchísimo, por hacer.

De todos modos eso ahora no importa, importa que estoy en el coche montada con un canario que me está haciendo sonreír cada dos minutos mientras suena *Playa*, de Varry Brava; adoro esta canción. Ya estamos de vuelta al hotel, llego justo para cenar, ducharme e irme a dormir temprano. Mañana es oficialmente mi primer día de trabajo y estoy que me muero de ganas; hoy todo está bien, todo está más que bien.

Aparca, bajamos, me acompaña hasta la entrada, nos damos un abrazo, nos quedamos mirándonos unos segundos, nos entra la risa tonta a los dos, me da un beso en la frente y me dice:

—Anda, vete ya, que, si no, no dejaré que te vayas en toda la noche.

—¿Eso es una amenaza?

—Depende de si te da miedo.

—No te tengo nada de miedo, Aday Carrera.

—Yo a ti sí, Yaiza Juan.

—¿Desde cuándo te sabes mi apellido?

—Tengo mis fuentes.

—Eso es un poco *creepy*.

—Jamás dije que no lo fuera.

—Venga, vete.

—No, vete tú.

—Siempre me voy yo.

—¿Nos vamos los dos?

—¿A la vez?

—A la vez.

Me da otro beso en la frente (esto no lo llevo nada bien, por si alguien se lo pregunta) y ambos empezamos a caminar en direcciones opuestas, nos giramos cada dos pasos para ver si el otro también se está yendo y cada vez que cruzamos miradas nos descojonamos los dos. Somos absolutamente idiotas y parece que tenemos quince años en lugar de haber pasado la treintena.

Qué mono es, chicas. La hostia va a ser preciosa.

Voy directa al comedor, me encuentro con que todos —los nuevos y los veteranos— están sentados a la misma mesa; me coloco entre Ana y Juanma, enfrente tengo a Gabi y a Sergio; Errico está presidiendo la mesa a su bola, como siempre.

—¿Dónde has estado, eh, bribona? —me pregunta Sergio.

—En ningún sitio concreto.

—¿Ha empezado ya el amor de verano? —me dice Gabi.

—No, no hay ni un ápice de amor. Somos solamente dos personas que se llevan bien y se hacen reír.

—Dicen que hacer reír es la forma más directa de llegar al corazón —aporta Ana.

—¿Eso no era la comida? —suelta Juanma.

—Bueno, el chaval es gracioso y cocinero, elija el camino que elija tendrá a nuestra Yaicita loca —le contesta Ana.

—Otra igual, que no me llaméis Yaicita, que no tengo cuatro años.

—¿Él también te llama Yaicita? ¿Y dices que no tenéis nada? —suelta Juanma descojonándose en mi cara.

—¿Qué tendrá que ver? Me llama así porque le gusta picarme.

—Amor, os vais a follar tan fuerte... —Sergio, evidentemente.

—Dios mío, qué bruto eres. Si no nos hemos dado ni un beso, tener relaciones es algo que ni me planteo.

—¡¿Ni un beso?! ¡¿Y cuántas citas dices que lleváis?! —exclama Gabi.

—Que no son citas, son quedadas de amigos que se llevan bien.

—¿Puedes dejar de mentirnos a la cara, Yaiza? —pregunta Juanma.

—Que no os estoy mintiendo.

—Mírame a los ojos y dime que no te gusta Aday —me suelta Sergio.

Le miro a los ojos, me pongo superseria y, cuando voy a decir la primera palabra, me pongo roja como un tomate y me entra la risa.

—¡Lo sabía! —dice Sergio.

—Estaba tan claro —suelta Juanma.

—Se viene sexo en la playa —añade Gabi.

—Lo sabía hasta yo —aporta Errico.

—¿Tú también, Errico? Entonces no tiene ya ningún sentido que lo oculte. Escuchadme todos bien: creo que sí, que es posible que Aday me guste un poquito, que me llame algo la atención, pero de momento somos amigos que se llevan guay. No nos hemos besado,

no hemos vuelto a quedar y yo mañana empiezo con mi trabajo, el cual pretendo tomarme muy en serio, así que no os vengáis arriba, que os conozco. No quiero comentarios, risitas o que volváis esto incómodo, porque ya me empezáis a conocer y no quiero convertirme en un tomate cada vez que lo veamos. Por favor y gracias.

—Yo no prometo nada —me contesta Juanma.

—¡Juan Manuel, para! —exclamo.

—No he dicho que vaya a interceder, solo digo que yo no prometo nada.

Maravilloso, ahora no quiero que se junten estos con Aday ni de broma.

74

El mejor pinche que vas a ver en tu vida

Ya han pasado dos semanas más. El ritmo que llevamos en cocinas no es ni medio normal, ha sido llegar la temporada alta y esto es un absoluto caos. La gente está más irascible que nunca, la cantidad de curro que tengo como limpieza no me permite hacer ninguna actividad que tenga que ver con la preparación de los alimentos, pero es que encima no me puedo quejar, porque, si yo estoy ocupado, lo de los de animación es algo completamente fuera de lugar.

Tienen turno partido, aunque más bien se podría decir que trabajan todo el día y que paran para comer y cenar. Por la mañana tienen actividades acuáticas con los niños; por las tardes, actividades sobre tierra, y por la noche hacen el musical que sea que está programado para ese día.

Apenas he podido ver a Yaiza, y con razón. Ella creía que la parte dura iba a ser la formación, pero estaba del todo equivocada. Tampoco tengo mucho tiempo de preocuparme por ella porque, ya les digo, aquí entre los fogones no está siendo mucho más fácil.

Ahora mismo me encuentro vaciando dos lavavajillas mientras lleno un tercero; tengo pendiente recoger dos platos que se han caído al suelo y reponer toda la parte de las verduras. Antes de que llegara la invasión de los ingleses a nuestro hotel nunca había tenido que reponer durante un turno, con hacerlo antes de entrar era suficiente; ahora me encuentro con que falta de todo a todas horas y todo el mundo me llama a mí.

Me encantaría deciros que estoy harto, que he dado pasos de cangrejo y que, ahora que por fin lo había conseguido, no quiero limpiar, pero, sinceramente, no me da tiempo a pensar en nada. Esto es cuestión de ejecutar, ejecutar y ejecutar, llegar a casa como buenamente pueda y caer derrotado en la cama.

María dice que con el tiempo se hace callo y uno se acostumbra; yo no sé si será verdad, pero me parece, cuando menos, admirable.

Con Yaiza me he encontrado un par de veces —es aún más difícil coincidir cuando tengo turno de tarde— que he llegado con tiempo y hemos hablado unos minutos en su descanso; está agotada, pero se la ve feliz. Ella insiste en que lo suyo es el mundo de las leyes, pero yo la he podido ver de lejos con los niños y está en su salsa.

Qué asquerosa, tengo la teoría de que en realidad se le daría todo bien.

Hoy vuelvo al turno de mañana, así que con suerte esta noche me puedo venir al hotel y verlos en el musical. Es algo que he tenido que retrasar un montón de días, por horarios y algunos compromisos con mi madre, y me ha dolido. Ver a la señorita hacer de hiena, a Juanma, de Scar, y a Sergio, de Simba, es algo que no quiero perderme por nada del mundo.

Acaba de entrar la de Recursos Humanos a la cocina con una chica jovencita. A ellas se une Cersei.

—Aday, por favor, ¿puedes acercarte un momento? —me pregunta la mujer que me trajo a estas cocinas por primera vez.

—Chef, ¿puedo?

—Sí, Aday.

Me acerco a las tres, dejo mis tareas a medias y escucho con atención.

—Aday, esta es Miren. Va a entrar de refuerzo para limpieza. Mónica nos ha dicho que no das abasto y que necesitas ayuda.

—Oh, vaya, pues muchísimas gracias. Miren, un placer, soy Aday. —Me quedo un poco de piedra; es verdad que tengo mucho trabajo, pero lo saco todo a tiempo sin problema. Tengo compañeros que van mucho más agobiados que yo.

—Te encargarás de formarla. Te quiero encima de ella como María lo estuvo de ti.

—Sí, chef.

Miren y la de Recursos Humanos (no sé cómo se llama, pido perdón, pero es que ya me da vergüenza preguntarle) se van de las cocinas. La chef y yo nos quedamos solos, me quedo mirándola y ella a mí también. Me pongo nervioso y arranco a hablar, pero no me deja terminar la frase.

—Muchísimas gracias, chef. Prometo que la formaré lo mejor que sepa...

—Aday, está aquí para aprender a hacer tu trabajo, no para que trabaje contigo. La quiero lista en una semana. Tú pasarás a hacer de pinche.

—¿Cómo?

—¿No me has oído?

—Sí, chef. Pero ¿quiere que lo aprenda todo en una semana?

—¿No te ves capaz de enseñarla?

—Sí, chef.

—¿Prefieres quedarte en limpieza?
—No, chef.
—Pues pon sexta y date brío. Tienes siete días.
Por lo que más quiera el universo, que Miren sea espabilada.

75

Qué divertido es este trabajo, chicas, me lo estoy pasando bomba



Estoy agotada, muy agotada, sobre todo físicamente, pero sin duda se me dan genial los niños y los amo a todos. Esto es tan diferente a todo lo que me imaginaba... Quién me iba a decir a mí que algún día me atrevería a currar de algo así.

El trabajo es extenuante, echamos más horas que un reloj, casi todas al sol, pero no me importa. Mis padres me dicen que hacía tiempo que no me veían tan feliz, y es que, sinceramente, lo estoy.

No estoy pensando en nada, es tal el ritmo de curro que no tengo tiempo para hacerlo, simplemente paso horas rodeadas de críos que vienen a divertirse, de padres que quieren tenerlos un poco lejos y de compañeros que son perfectos, sin más.

Acabo de superar el mes aquí en Lanzarote, un par de semanas trabajando de verdad, y de pensar que me quedan todavía tres meses... Me entran ganas de llorar, pero no puedo hacerlo porque no tengo tiempo. Así que toca venirse arriba y seguir dándolo todo.

Lo que peor llevo es el tema de los musicales, pero creo que poco a poco también estoy haciendo callo en eso. El primer día casi me da un ataque de ansiedad real y mira que yo suelo saber regularme a la perfección. Cuando estaba a punto de salir a ese escenario solo podía pensar «Y si me voy ahora mismo, ¿qué pasa?» en bucle, sin parar; no se lo recomiendo a nadie.

Luego salí y me di cuenta de que el público son los niños con los que pasas el día y sus padres; además, en cuanto aparece cualquiera de nosotros, los oyes gritar «Es Juanma», «Esa es Yaiza», «Ese de ahí es el pirata de esta mañana» y cosas por el estilo. Nos miran con cariño y, más que un espectáculo de Gran Vía, es un poco Cantajuego.

Sin quitarle mérito a mis compañeros, ¿eh?, que los trajes, la producción y el curro que hay detrás tienen tela, pero, es cierto, el público que viene a vernos... pues no es público de musical, así como tal. Los niños se levantan, gritan, lloran; los adultos se van a por cerveza cada vez que les apetece, todos tienen conversaciones entre ellos durante el espectáculo...

Como encima yo tengo papeles supersecundarios, pues no llamo la atención y, después de las cuatro primeras veces, la quinta salí más relajada y me di cuenta de que me hacían el mismo caso que estando histérica, así que ahora me lo tomo con más calma.

Hoy nos toca *El rey león*, el cual me gusta infinitamente más que *Mamma Mia!* y que ningún otro porque, básicamente, llevo una máscara puesta y nadie me puede ver.

Estamos terminando de cenar, Aday estará ya en casa, porque hoy volvía al turno de mañana. Tenemos encuentros breves de vez en cuando; me aporta serotonina pura, me pongo nerviosa cuando lo veo y siempre tiene palabras bonitas para mí. De verdad, de corazón, que es un amor de chico.

Nos vamos a preparar para el *show*; me enfundo mi traje de hiena estando a veinticinco grados por la noche, preparada para sudarlo como si no hubiera un mañana. Mis compis comienzan con el musical, yo tardo bastante en aparecer en escena, hoy estoy más tranquila que nunca.

Oigo cómo Simba y Nala cantan *Voy a ser el rey león* y me preparo para salir. La escena del cementerio de elefantes es corta y divertida, tengo que reírme porque soy la hiena tonta y hacer dos chistes que tengo la teoría de que nunca entran, pero la gente se ríe, creo que de mí, no conmigo, pero ya he aprendido a disociarme de la realidad.

Piso el escenario más tranquila que ningún otro día desde que empecé, comienzo incluso a tener un amago de diversión con mis compañeros; sigo teniendo un palo metido en el culo, pero no pasa nada. El público no me presta atención, me sé a la perfección las frases y los movimientos, todo está bien.

Cuando llega mi momento estrella, en el que me río como si fuera yo un... no sé ni qué palabra usar, pero parezco, sencillamente, idiota. Lo tengo que hacer mirando a público, ¿y qué ven mis ojos en ese exacto momento? A Aday y a María, los dos descojonados señalando hacia el escenario.

Me quiero morir y siento que soy la persona más ridícula que hay sobre la faz de la tierra en un primer momento, pero luego pienso que me hace ilusión y que qué monos que hayan venido a vernos. Me relajo e intento hacerlo lo mejor que sé, que no es perfecto ni mucho menos, pero puedo decir orgullosa que es mi mejor función.

Terminamos y al salir mis compis me dan la enhorabuena, yo me pongo roja como un tomate y veo cómo Óscar viene hacia mí.

—Bueno, bueno, bueno... Si me lo llegan a decir la semana pasada, no me lo creo. Parece que hasta has disfrutado, ¿no?

—Bueno, disfrutar, disfruto con un mojito en la playa, pero no me lo he pasado mal del todo hoy.

—Cuanto más te sueltes y menos en serio te lo tomes, mejor te saldrá. Estás haciendo un muy buen trabajo, Yaiza.

—Gracias, Óscar. De verdad, ha sido un regalo que me dejaras trabajando en este hotel.

—No tenía más opción. Eras la protegida de toda la banda de desgraciados estos. Si te llego a echar o, peor, te mando a otro hotel... me comen.

—Son los mejores. Gracias, en serio.

—Venga, a seguir currando.

—Siempre.

Nos cambiamos rápido de ropa y salimos. A mí me ha hecho ilusión ver a Aday, pero nada comparado con lo contento que está Juanma porque haya venido María; dice que desde el primer verano no se acercaba por la zona.

Sale corriendo de la habitación que tenemos por camerino, la sube en brazos y se dan un beso de película. Qué envidia cochina.

Yo simplemente sonrío a Aday, de repente estoy vergonzosa; por qué este señorito me altera así los estados de ánimo, no entiendo nada.

—Gracias por venir a vernos.

—Ojalá podamos venir más a menudo, ha sido un regalo para los ojos.

—¡Oye, tampoco te pases de malo!

—No soy malo, pero es muy gracioso veros a todos en acción. Con lo cutre que es todo, hay momentos que hasta tocan el corazoncito.

—Hombre, Aday, tanto como tocar el corazoncito... Vale que te guste la chavalita, pero no te vengas tan arriba —dice María, y yo

me pongo roja al instante.

—¡Oye! ¡Tú! Pero ¿qué tienes que decir al respecto? ¡Tu novio es el protagonista y no te toca el corazoncito? —la increpa Juanma de broma.

—Amor, Scar no es el protagonista —le contesta ella.

—Eso es porque Disney le tuvo miedo al éxito —dice Aday.

—¡Dilo, tío! ¡Dilo! —le responde Juanma mientras se chocan los puños y se dan un abrazo con palmadas en la espalda.

María y yo nos quedamos mirando este arranque de testosterona que no terminamos de entender muy bien, ellos se quedan parados después, el silencio se alarga tres segundos y acabamos rompiendo todos en un ataque de risa.

—¡Eh, los divertidos! ¡Vamos a la playa un rato! ¿Os venís? —nos grita Gabi desde la otra punta.

Nosotros nos miramos, yo empiezo a pensar que debería irme a descansar, que mañana madrugo mucho, pero antes de que pueda decidirme Aday me dice:

—¿Te acompaño de vuelta al hotel?

—¿A mí?

—Querrás descansar para mañana estar fresca, que si no estás cansada y no rindes bien. Además, aún te tienes que duchar, hacerte la *skin routine* y todas esas cosas tuyas, ¿no? —me lo dice cargado de ironía.

—Pues no, listo. Me voy a ir a la playa.

—Anda, ¿sí? ¿Una chica responsable como tú no se va a ir a la cama antes de las doce?

—Puedo ir a la playa e irme a dormir antes de las doce, listillo.

—¿Qué vas a estar, solo quince minutos?

—Eh... Pues no lo sé, pero no me controles.

—Yo no te controlo. De hecho, te he dicho que te acompañaba de vuelta y todo.

—De forma irónica.

—Te hubiera acompañado de verdad. A disgusto, pero lo hubiera hecho.

—A disgusto, ¿por qué?

—Porque la noche es joven y prefiero que te vengas a la playa con tus nuevos amigos a pasar un buen rato.

—¿Te incluyes en mis nuevos amigos?

—Por supuesto que sí.

—Pues no te flipes tanto.

—¿No quieres ser mi amiga?

—No precisamente.

—Ah, ¿no? ¿Y qué quieres ser?

No sé en qué momento se ha acercado tanto a mí, para ser tan gigante se mueve muy silencioso; lo tengo prácticamente encima, las pulsaciones me van a doscientos por hora.

—Si os gustáis, *pos* liaros —dice Juanma.

—Totalmente de acuerdo —dice María.

Se chocan la mano y comienzan a caminar hacia la playa; nosotros somos conscientes de que están ahí justo cuando hablan, se nos había olvidado por completo que no estábamos solos, qué vergüenza.

Los seguimos a pocos pasos y nos vamos contando qué tal ha ido el día.

—Lo de los musicales no es tan horrible como lo pintabas. Pensaba que ibas a estar sufriendo todo el rato y te he visto a tope, ¿eh?

—En mi defensa diré que ha sido el mejor día desde que he empezado, pero de ahí a disfrutarlo...

—A ver, es una cosa más del curro, no tiene por qué ser todo divertido. Con que no te mueras en mitad de una escena, yo creo que vas bien.

—El día del estreno te prometo que tenía la sensación de que me iba a quedar en el sitio de verdad. Sensación de muerte inminente real.

—No eres apenas exagerada.

—Súbete tú a un escenario a que te mire todo el mundo mientras haces un *playback* cutre disfrazado de hiena de la sabana.

—Pero si ni siquiera se te ve la cara.

—Ya, pero ese es un dato que tu cabeza decide olvidar.

—Pues yo te he visto disfrutona.

—La verdad es que cada vez lo paso menos mal. Gracias por venir a verme, de verdad, significa mucho.

—Nah, no te preocupes, tampoco tenía nada mejor que hacer.

—¡Oye!

—Es broma. Sabes que podría pasarme el día entero mirándote.

—Eres tan zalamero...

—Te gusta tanto que lo sea...

—¿Tu día qué tal?

—Me han metido a una chica de prácticas para que la forme una semana.

—¡¿En serio?! Eso es superbuena noticia, ¿no?

—Lo es. El único problema es que yo he tardado casi dos meses en aprender cómo funciona el curro entero, y la chef pretende que esta muchacha funcione al ritmo normal en una semana.

—¿La ves espabilada?

—La he visto diez segundos, no sabría decirte.

—¿Y por qué tanta prisa?

—Porque Mónica quiere que pase a pinche.

—¡¿QUÉ?! ¡¿ME LO ESTÁS DICIENDO EN SERIO?! ¡¿Y NO ME LO HAS CONTADO NADA MÁS VERME?!

—Hablar de tu papel como hiena me ha parecido más oportuno.

—Aday, qué orgullosa estoy. En serio, enhorabuena.

De repente me encuentro con mis brazos rodeando su cintura y acurrucándome en su pecho, estoy orgullosa de verdad. Él me devuelve el abrazo y me da un beso en la cabeza; este gesto, con la tontería, se ha repetido varias veces y no me importaría que así siguiera eternamente, la verdad.

—Es en parte gracias a ti.

—¿A mí? ¡Tú estás flipando! ¡Esto lo has hecho tú solito!

—Pero decidí tomármelo más en serio después de la cena que compartimos. Siento que me diste alas, que confiaste, no sé.

—Estoy segura de que no soy ni la primera ni la última persona que confía en ti.

—La última no lo sé, pero la primera a la que oigo decirlo sí que lo eres.

Solo lo puedo mirar y sonreír. Abróchense los cinturones, se viene fuerte el viaje.

76

El verano es la mejor estación del año y de ahí no me saca nadie

Llegamos a la playa. Están todos bebiendo algo, jugando al Uno y riéndose muy fuerte; también se están peleando de lo lindo, he de decir. Los «más cuatro» no son cosa de tomarse a la ligera, hay personas cuyo nombre no diré que se toman el juego de cartas más en serio que su propio trabajo.

Yaiza y yo nos unimos en la siguiente partida. Los dos nos quedamos casi hasta el final porque ambos somos malísimos y todo el mundo se ríe de lo paquetes que somos, pero estar unidos en la podredumbre une mucho. Aun así, gano yo antes que ella, se queda contra Ana y la partida se hace eterna, nivel que se acaban rindiendo porque ninguna de los dos se descarta.

Cuando acaban se van todos corriendo al agua, Yaiza se quita la ropa y se queda con un bikini morado que... Ejem... Muy bonito, es un bikini muy bonito. La parte de arriba sobre todo, le sienta... muy muy bien. Pedazo de tetas que tiene, la muy desgraciada. De verdad, yo me quiero hacer el fino, pero es que me lo pone difícil.

—¿No vienes?

—¿A dónde?

—Al Mercadona, no te fastidia. ¡Pues al agua! ¿A dónde va a ser?

—No, yo mejor me quedo aquí esperando.

—¿Por qué?

—Nah, no me apetece. Ve tú, yo os espero aquí al salir.

—¿Te da miedo el agua?

—¡Qué va, me encanta el agua!

—¿Entonces?

—No me apetece.

—¿Es porque es de noche?

—¿Cómo?

—Que si te da miedo meterte en el agua y no saber qué hay debajo.

—¡Sí! ¡Eso es! Me da miedo el agua de noche.

—Vale, pues vamos a dar un paseo.

—¿Cómo?

—Que si no te gusta meterte al agua, vamos a dar un paseo por la orilla. ¿O eso también te da miedo?

—No, eso no. Pero tú báñate, que están todos dentro. Te veo cuando salgas.

—Los veo todos los días a todas horas. Prefiero estar contigo.

—¿Segura?

—Segurísima.

No voy a ponerme intenso, pero... chacho. No es justo que alguien sea tan guapa, tan lista, tan mona y tan atenta. (Y que encima tenga las tetas tan grandes. Perdón.)

Nos damos un paseo por la orilla de Playa Bastián, que ya sabéis que es muy pequeña, así que el paseo es corto, pero cuando llegamos justo a la otra punta se para y me mira.

—¿Nos bañamos aquí?

—¿Cómo?

—Que si nos metemos los dos en el agua aquí, solos.

—Yaiza... Ya te he dicho que no me gusta bañarme de noche.

—Estamos los dos solos, nadie va a mirar.

—No me importa que miren.

—Conmigo no tienes que mentir, no hace falta.

—No estoy mintiendo.

—Aday, he estado ahí.

—Ahí, ¿dónde?

—Sentada debajo de la sombrilla, asada de calor, con una camiseta puesta y tapándome las piernas con la toalla. Aquí no hay nadie, es un espacio seguro, vas a estar bien.

—Estás tú.

—Y yo no voy a pensar ni a juzgar nada. Me gusta tu cuerpo.

—No lo has visto.

—No necesito verlo.

—Entonces ¿cómo sabes que te gusta?

—Porque me gusta lo que hay dentro, así que no hay forma humana de que no me guste todo lo que veo por fuera.

—Yaiza...

—Aday...

—Pero no me mires.

—No te miro.

—Métete dentro y date la vuelta.

—Hecho.

La veo caminar, mar adentro, en bikini. También tiene tremendo culo, es fuerte lo suyo. La luna llena está en lo alto del cielo, se refleja en el mar. ¿Cómo no vas a entrar, Aday? ¿Cómo te vas a perder esto?

Respiro hondo, varias veces. Me planteo entrar en el mar con ropa.

No, te ha dicho que no pasa nada, que le gusta lo que ve, ella no te va a juzgar, ella no te va a señalar, va a estar todo bien. ¿Y si no le gusta? ¿Y si sale corriendo? ¿Y si cuando vea mi cuerpo desnudo todo esto que tenemos se rompe?

Respiro hondo. No pasa nada. A ver quién le explica a mi cabeza que no estoy delante de un león en medio de la selva, solo voy a entrar sin camiseta en el mar con una chica que me gusta. Está todo bien, no pasa nada. Inspira, espira.

Antes de empezar a desabrocharme el pantalón miro hacia donde está el resto; están lejos, pero no tanto. Están dentro del agua gritando, riendo y salpicando. No te ven, Aday. Desde allí no te ven. Miro a Yaiza, está de espaldas, medio agachada, solo se le ve el pelo negro mojado mientras ella mira hacia el horizonte. Qué linda es, no se ha girado.

Venga, ya está, no le voy a dar más vueltas, a tomar por culo, la vida es una. A toda prisa para no pensar más me desabrocho el pantalón, lo dejo sobre la arena, me arranco la camiseta y, en calzoncillos, empiezo a adentrarme en el agua. Cuando esta me pasa las rodillas soy consciente de que no sé cuándo fue la última vez que me bañé en el mar. Se siente bien, pero también mal. Hay una voz en mi cabeza que insiste en complicar las cosas.

Sigo entrando y, cuando el agua me pasa la cintura, ella se gira hacia mí. Tengo la tentación de sumergirme en el agua, de tapar todo lo que se ve, pero aguanto, no lo hago, sigo caminando en su dirección y ella únicamente me mira. No solo a los ojos, veo cómo su mirada me recorre la piel, los brazos, la tripa, el pecho... Siempre he tenido complejo con mi pecho, muchas veces me he mirado al

espejo y he visto unas tetas que están muy lejos de ser unos pectorales marcados, pero a ella no parece que le horroricen.

Vuelve a mis ojos, seria; sé que tiene las mejillas rojas, otra vez. Qué guapa está con el pelo mojado. Yo la miro también, no puedo apartar mis ojos de los suyos, no me perdería esto por nada del mundo. Mi cabeza se ha callado; no sé en qué momento ha sido, pero la voz ya no está.

Se pone de pie, el agua le llega justo por debajo del pecho... y qué pechos. No puedo evitar que los ojos se me vayan hacia ahí; me quedo mirando más tiempo del que debería, soy consciente, pero esas gotas de agua recorriendo su piel captan toda mi atención. Me paro a tres pasos de ella.

—Los ojos los tengo en la cara.

—Y qué bonitos son.

—¿Mis ojos?

—Y tus tetas.

—¿Te gustan mis tetas?

—Creo que me gusta todo de ti, Yaiza Juan.

—Pues aún no has visto casi nada.

—Estoy deseando que me lo enseñes.

—Acércate.

—¿Más?

—Más.

—¿No crees que ya estoy muy cerca?

—No lo suficiente.

—¿Y si te acercas tú?

—¿Quieres que me acerque yo?

—Sí.

Comienza a moverse, despacio; recorre el escaso metro que nos separa sin prisa ninguna, sin quitarme los ojos de encima. Yo la veo

acercarse y, a pesar de que es mucho más pequeña que yo, esta noche me parece inmensa. Poco a poco empiezo a doblar las rodillas, a sumergirme en el agua, quiero estar a su altura. Cuando llega frente a mí me pasa los brazos por encima del cuello y me acaricia la parte de atrás de la cabeza; un escalofrío recorre mi cuerpo al mismo tiempo que sus uñas recorren el nacimiento de mi pelo. No puedo contenerme y con un susurro le digo:

—Eres preciosa.

—Eso es porque tú no te has visto.

—¿Te parezco guapo?

—Probablemente seas el chico más guapo que he visto en mi vida.

Le miro la boca, no puedo aguantarme las ganas de besarla; mi mano sale del agua y con el pulgar recorro sus labios. La oigo coger aire y guardarlo dentro, me mira mirarla. Ejerzo un poco más de presión con el dedo y bajo su labio inferior. Cuando siento que no puedo aguantar ni un segundo más sin besar su boca ella se abalanza sobre mí, me rodea con sus piernas.

Yaiza Juan está a horcajadas encima de mí dentro del agua, en mis playas, con sus brazos sobre mis hombros, mis manos en sus caderas y no puedo aguantar ni un segundo más.

La beso. Nos besamos. No sé quién empieza el movimiento, pero es tan violento, tan necesario, que creo que hemos sido los dos al mismo tiempo. Nos devoramos. No sé dónde empieza su boca y dónde acaba la mía. Nuestras lenguas se entrelazan, parece que luchan por hacerse un hueco en la boca del otro, sus dientes muerden mi labio, mi boca se llena de su sabor, del sabor de la sal, del mar, de Lanzarote.

Su cuerpo está pegado al mío, sus tetas contra mi pecho, sus piernas rodeando mis caderas, mi polla palpitando contra su coño,

solo separados por sus bragas y mi calzoncillo, sus manos agarrando con fuerza mi cabeza, las mías viajando por su espalda, intentando pegarla todo lo que pueda a mí, que no se escape, que no se aleje ni medio centímetro.

Puedo decir, sin duda alguna, que está siendo el mejor primer beso que he dado en mis treinta y cuatro años de vida.

Ay, Yaiza, qué difícil me lo vas a poner.

77

Pues igual sí que me gusta un poco



Nos hemos besado. Nos hemos besado durante no sé cuantísimo tiempo, a oscuras, solo bajo la luz de la luna, dentro del agua, en pleno verano.

El resto se han ido hace rato; los hemos oído silbarnos, gritar, decir cosas del estilo «Cogeos un hotel», «Así lo hacen los canarios, orgulloso de ti, hermano», «Nos vamos, que lo vuestro va para largo» y creo que decenas de cosas más, pero yo tenía cosas más importantes que hacer que prestarles atención.

Desde que empezamos a besarnos no nos hemos separado ni un segundo más que para mirarnos, sonreír y volver a empezar. Hace tanto, pero tanto, tiempo que no besaba a nadie. Hace tanto, pero tanto tiempo que no me sentía así de... de deseada.

Se siente bien, se siente muy pero que muy bien.

Es por cómo me mira, por cómo me toca, por cómo me hace sentir. Le gusta mi cuerpo, lo veo en sus ojos, me desea (eso lo veo en otra cosa..., guiño, guiño), le gusto yo, entera. O al menos lo que conoce hasta ahora de mí.

Él es... tan grande, tan guapo, tan atento, tan tierno, tan divertido, tan intenso. No quiero volver a hablaros de su espalda, pero qué espalda. ¿Y el pecho? Dios mío, quién pudiera quedarse ahí a vivir para siempre.

Empezamos a salir del agua, ahora de repente estamos vergonzosos, después del magreo que nos acabamos de dar durante dos horas, creo que se me han quedado tatuadas sus manos en los pechos y en el culo. El niño no tiene la mano corta, precisamente. Qué manera de tocar, qué maravilla.

Se agacha a coger su ropa, comienzo a caminar y veo que él no viene detrás. Veo en su mente cómo se debate, se plantea vestirse mojado, no quiere que su cuerpo se vea. Me acerco y le doy la mano.

—¿Vamos? —le digo sonriendo antes de que siga pensando más.

—Vamos —me responde.

Caminamos los dos de vuelta a donde he dejado mis cosas, cogidos de la mano. Noto cómo él no va del todo cómodo; sé cómo se siente, pero lo está haciendo, es un paso gigante, así que sencillamente me hace feliz.

Llegamos al sitio, nos secamos y nos vestimos en silencio. Volvemos hasta la puerta del hotel y nos quedamos mirándonos como dos idiotas.

—Buenas noches, Aday.

—Buenas noches, Yaiza.

Voy a darme la vuelta para marcharme ya, pero me coge del brazo y tira de mí; acabo pegada a su cuerpo, otra vez, y antes de que me dé cuenta su lengua ya está acariciando la mía. No pienso quejarme ni un poquito. Nos besamos despacio, sin prisa, saboreando. Suelto el bolso y pongo las manos en su pecho, él las

pone en mi culo y me aprieta contra él. Cómo me gusta esta maldita sensación, no puedo más.

—¿Te veo mañana? —me pregunta.

—Trabajamos en el mismo sitio, no tienes más remedio.

—Al final me va a gustar trabajar y todo.

—Descansa, anda.

—Tú también.

Me da un besito en la punta de la nariz, suspiro y cojo mi bolso de nuevo, camino hacia la puerta del hotel y antes de entrar del todo me giro para mirarlo una vez más. De verdad que creo que es el chico más guapo que he visto en mi vida, qué sonrisa, señor.

78

Como alguien no me sujete los pies echo a volar

Soy un mar de sensaciones. Ha pasado una semana desde que nos besamos por primera vez y siento que hacía tiempo que no me sentía así de bien; de hecho, no sé si alguna vez en toda mi vida me he llegado a sentir así de bien, os lo tengo que confesar.

Soy consciente de que todo esto puede sonar a petardo enamoradizo, pero es que lo soy, qué le voy a hacer. Yaiza me hace sentir bonito, me hace sentir muy bonito. Siento que me lo merecía, que me lo merezco. No voy a decir que todas las cosas malas que tengo dentro se hayan esfumado, pero por lo menos sí me están dando un respiro.

Apenas tenemos tiempo para vernos, encuentros fugaces cuando acabo mi turno y ella aún no ha empezado las actividades de la tarde, un par de veces me he quedado a ver el musical y así hemos compartido un ratito de la noche cuando termina, pero, claro, uno se levanta a las cinco de la mañana y quedarme con ella hasta altas horas de la madrugada pues, por lo que sea, se complica. Necesito

dormir alguna hora, así que, por mucho que me duela, no puedo abusar de ese plan.

María está más emocionada que yo con nuestra historia. Vuelve a estar fatal con Juanma. Creo que, sencillamente, ellos son así. Van a rachas, amor desenfrenado con sexo salvaje y luego silencio con repulsión total, bien podría mi alma.

Aunque sí que es verdad que, por muy a favor que esté de la historia de romance veraniego que tenemos, la tía no para de hacer de pájaro de mal agüero. Por lo menos una vez al día me suelta eso de «Solo para el verano, Aday, no te líes más. Disfrútalo mientras esté aquí y luego puerta».

—Tú te crees que, porque a ti te haya salido mal, a todo el mundo le tiene que salir mal.

—No, eso no es así, pero meterte en una relación a distancia con una chica que conocerás como mucho de cuatro meses, de la cual no sabes nada más que lo bonito, no me parece lo más inteligente.

—María, de momento no tenemos nada serio y tú ya estás pensando en cuando se vaya. Dame un respiro, loca. Además, ¿de dónde te has sacado tú lo de la distancia?

—Porque ella no se va a venir a vivir a Lanzarote y tú no pintas nada en Madrid.

—¿Por qué dices eso si no tienes ni idea?

—Porque te escucho, cabrón. Ella tiene clarísimo su futuro con sus cosas de juececita y tú, en Madrid, te volverías loco.

—No odio tanto Madrid.

—Aday, por Dios... Si te gusta más esta isla que a un tonto un lápiz, parece que trabajas en la oficina de turismo.

—Tía, eres muy pesada.

—No te interesa lo que te digo, ¿eh?

—Me la pela lo que digas, sinceramente, María. Igual te vendría mejor cuidar de tu relación en lugar de meter tus narices en la mía.

—Solo te aconsejo, cariño. Tú haz lo que tengas que hacer, la hostia te la vas a dar tú.

—Pues ea, déjame darme la hostia cuando me toque y deja de recordarme cada puto día que va a llegar el momento en que se pire.

—Tranquilo, fiera, que no te voy a decir nada más.

—A ver si es verdad.

La podría estrangular cada vez que saca el tema y, creedme, lo hace muy a menudo.

Hoy es mi último día enseñando a Miren. ¿Creo que está preparada?, ni de broma. No es tan inútil como yo, eso por descontado, ella ha llegado con algo de experiencia, pero, aun así, una semana es poquísimo tiempo para entender todo el mecanismo de una cocina tan grande como esta.

Teóricamente mañana empiezo con mi curro de pinche, no sabéis las ganas que tengo de seguir creciendo, cada día de esta semana me he venido a practicar y ahora la chef ya me dice qué tengo que hacer el día siguiente, me deja libros de cocina y me recomienda páginas con las que poder formarme. Está siendo una época de dormir poco, estudiar mucho y sentir más, pero lo estoy llevando de puta madre.

—Aday, acércate.

—Sí, chef.

—Mañana empiezas como pinche.

—Lo sé, chef. Lo tengo en mente todo el tiempo, no se preocupe, que no se me olvida.

—¿La nueva está lista?

—Sí, chef.

—¿Sabes que, si la lía, vas a responder tú por ella, no?

—Sí, chef.

—Si crees que aún no está lista, dímelo y retrasamos el cambio una semana más.

—No, chef. No es necesario, la veo preparada.

—Perfecto. Vuelve a tu puesto.

Las mentiras piadosas no están del todo mal cuando al trabajo se refiere, ¿no?

Desde que sé que a partir de mañana empiezo de pinche tengo claro que me niego a seguir de limpieza un solo día más. Miren se apañará como buenamente pueda y, si le hace falta que le eche una mano durante el servicio, lo haré.

Dentro de cuarenta y ocho horas tengo día libre, y Yaiza, también. Ya tengo clarísimo el itinerario que vamos a hacer. La voy a recoger aquí a las seis de la mañana, sin desayunar, me la voy a llevar a ver el amanecer al Timanfaya (es uno de los volcanes más increíbles que tenemos en la isla; aunque seamos la isla de los mil volcanes, tenemos uno predilecto y es este), llevaré un picnic que me voy a currar como si no hubiera un mañana, con café caliente y todo, para desayunar allí. Después iremos a hacer la excursión de los Jameos del Agua, comeremos en un chiringuito de playa donde ponen una comida de puta madre y terminaremos viendo el atardecer en Famara (la playa más bonita que existe en el mundo entero; no hay artista que pase por ella y no salga de allí inspirado hasta la médula; no lo digo yo, lo dice la ciencia).

Quizá es un poco demasiado, pero no me importa, la verdad, yo voy con todo. Quiero que conozca Lanzarote como la ocasión lo merece, coincidir los dos está siendo imposible, así que, si con suerte vamos a tener un día a la semana para pasarlo juntos, voy a hacer que sean inolvidables todos y cada uno de ellos.

He dicho.

79

Estoy montando unas expectativas que están quedando divinas



Me pillo pensando más veces de las que me gustaría admitir que no me importaría vivir aquí. Me cuesta acordarme de la Yaiza abogada cada vez más, es como que mi mente decide bloquear esos recuerdos y fingir que esta es mi vida.

Pero no, sé que no, en lo más profundo de mi ser sé que no pertenezco a esta rutina. Me encanta confundirme a mí misma, fingir que soy alguien que en realidad no soy, pretender que soy esta chica dicharachera, simpática, que adora a los niños, amiga de sus amigos, la que siempre está para los demás y que juega a tontear con que el concepto del amor de verano existe de verdad, pero todos sabemos que no, que esto forma parte de la burbuja preciosa en la que me estoy metiendo; me lo tomo como un paréntesis en mi vida.

No escribo esto melancólica, viviendo el duelo antes de que llegue el momento, lo hago para recordarme mi realidad, la que de verdad

es mi vida. Además, lo sé, porque me conozco: yo aquí, así como estoy, no duraría ni un año sin volverme loca.

Cada día es una aventura, cada día pasa algo nuevo, te tienes que adaptar al cambio como si hubiera sido así desde el principio y no hay cosa que me desequilibre más.

Desde el inicio me dijeron que trabajaríamos de dos en dos y siempre con el mismo; me han cambiado de pareja ocho veces en veintiún días. Que los adoro a todos, ¿eh?, pero es que así no se puede.

Cada mañana hay grupos nuevos de niños, toca empezar desde el principio cada día y es... agotador. Encima les coges cariño y a los cuatro días se van, pero tampoco te puedes poner triste, porque te han llegado dieciséis nuevos y ellos tienen que notar que es el día más feliz de tu vida, que estás encantada de conocerlos y que lo que más te apetece en el mundo es jugar al aquabasket (deporte que monitorea Juanma, al que jugamos todos y que no se me da nada mal, he de decir).

Hoy Sergio me va a hacer cocapitanear La aventura del Timanfaya. Me he vestido de Lara Croft, versión gorda y cutre; no me veo para nada.

—Sergio, que yo así no salgo de la habitación.

—Yaiza, estás guapísima, no seas petarda.

—Pero ¿tú estás viendo estas piernas?

—Dos pedazo de jamones de Jabugo que quién pudiera meterles un buen mordisco. Estás buenísima.

—Eres gay.

—Por eso, tengo mejor gusto que el resto.

—Te gustan los hombres, eso es tener mal gusto.

—Tengo buen gusto para todo menos para el instinto sexual.

—Bueno, que sí, que no me marees, que yo así no salgo.

—Díselo a Óscar, a ver qué opina.

—Que me compre ropa de mi talla.

—¡ESA ES TU TALLA!

—A mí no me grites, ¿eh? Esto me está apretado.

—Eres una exploradora. Si fueras con ropa ancha, te engancharías en todas las ramas y te tropezarías con piedras. No sería práctico.

—¿Y por qué tú llevas esa camiseta de tirantes, que te llega el agujero de la axila hasta el ombligo? ¿Eso no se engancha con ramas?

—Eres muy pesada, de verdad. Vamos, que al final llegaremos tarde.

—No voy.

—Vale, no vengas. Me voy yo solo.

—Sergio, no, espera.

—¿Qué?

—¿Voy muy ridícula?

—Amor, mírame a los ojos. De verdad que no. Estás cañón, te lo digo en serio. Deberías vestirte más veces así.

Sin ir del todo convencida acabo cediendo; son niños, no creo que ninguno me diga nada.

—¡Exploradores y exploradoras! ¡Tenemos un problema! La leyenda dice que, hace mucho tiempo, el gran volcán de Timanfaya ocultó en su interior un tesoro mágico, una piedra de fuego con poderes ancestrales. Pero... ¡ha desaparecido! —les digo a los críos con la mejor de mis interpretaciones y en los diferentes idiomas.

—Si no la encontramos a tiempo... la isla podría perder su magia volcánica para siempre. ¿Queréis que eso pase? —les pregunta Sergio haciendo lo mismo.

—¡NOOOOOO! —gritan todos los niños al mismo tiempo.

—El espíritu de los antiguos guardianes nos ha dejado pistas por todo el hotel, pero solo los mejores exploradores podrán resolverlas —continúo yo.

—¿Estáis preparados para esta gran misión? —termina él.

—¡SÍÍÍÍÍÍÍ! —chillan todos a coro en los distintos idiomas.

Comienza el juego (que es igual que el de los piratas, pero cambiamos la temática para que los niños que se tiran aquí todo el mes no acaben hasta las narices) y cada vez me lo paso mejor; estoy más suelta, me da menos miedo hacer el ridículo.

Creo de verdad que cosas como este juego me están curtiendo; siento que ahora ponerme delante de un público, aunque sean todo personas estiradas del poder judicial, me va a costar mucho menos que antes de pasar por aquí.

Los niños de hoy son muy listos (muchos de ellos ya llevan aquí más de una semana y aprenden rápido) y la primera prueba, «el código de los volcanes», la resuelven superrápido. Nos vamos a una zona de jardín que hay y tienen que resolver un jeroglífico; para ello tienen que encontrar todas las pistas que están escondidas por los setos.

De ahí nos vamos corriendo a pasar «el puente de lava», que está en la parte de atrás de las cocinas. En el suelo dejamos preparados unos hula-hops y tienen que pasarlos sin pisar ninguno. Yo voy de la mano de Lorenz, un niño alemán de seis años que es un solete, pero muy torpe, pasando con él los aros, fingiendo que el suelo es lava y que lo único seguro es saltar de aro en aro, que en realidad son rocas volcánicas que nos mantienen con vida. Cuando estamos por el sexto aro se abren las puertas de la parte de atrás de las cocinas y, para sorpresa de nadie, ahí está Aday.

Sale con dos bolsas gigantes de basura. Va con una chica que lo sigue mucho más joven que él; por estatura podría parecer su hija,

pero creo que eso nos pasa un poco a todas. Le va hablando de cosas que no logro escuchar, entiendo que es la chica a la que tiene que formar antes de pasar a ser pinche.

Él no me ve, hasta que tira las dos bolsas detrás de la verja que hay, entiendo que detrás estarán los contenedores del hotel, y cuando vuelven, me mira. Yo le sonrío, pero él a mí no. Está serio, muy serio, no me quita ojo. Levanto los hombros para preguntarle qué le pasa, y él se limita a mirarme de arriba abajo y a ladear la cabeza mientras levanta una ceja. Cuando está más cerca, justo antes de volver a entrar en las cocinas, le leo los labios: «Mañana te pones eso».

Me queda claro, a Aday le gusta la Lara Croft gorda.

80

Hoy madrugar no duele nada

Son las cinco de la mañana y me he levantado para preparar todo lo que quiero que nos llevemos al volcán. En realidad me lo dejé casi todo listo anoche, solo me queda preparar el café porque, si no es recién hecho, no está calentito y no mola tanto meterlo en un termo, y dar un golpe de horno a un par de cositas para que parezca que están acabadas de hacer.

Lo meto todo en una mochila y salgo disparado al hotel; he quedado con ella a las seis en punto porque tardamos media hora en llegar al sitio. Sí, en Lanzarote todo está a media hora o a diez minutos.

Cuando la veo compruebo que me ha hecho caso, lleva la ropa de ayer. Madre del amor hermoso, a ver quién se concentra hoy en ver el sol salir y no mirarla a ella.

—¿No crees que voy a tener un poco de frío?

—Sí, pero no te preocupes, llevo un par de sudaderas aquí atrás.

Monta en el coche y me sonríe con carita de dormida.

—¿Muy cansada?

—Espero que el plan sea ir a una plantación de café y que nos lo inyecten en vena.

—Casi, pero no.

—Pues no prometo tener los ojos abiertos.

—Puedes dormir mientras llegamos.

—Ni de broma, qué vergüenza.

—¿Pones alguna canción?

—Pero tranquilita.

—Sí, sí, tranquilita.

Elige una de Rigoberta Bandini que nunca había escuchado y me resulta tan buena como sencilla.

—Me gusta, ¿cómo se llama?

Al ver que no me contesta me giro para mirarla y, efectivamente, se ha quedado frita. Me cuesta superar la tentación de verla dormir, pero cada vez que puedo le echo un ojo. *Si muriera mañana*, se llama la canción, por cierto.

Menos mal que no hay luz del día todavía y no se está perdiendo este camino en coche. Es una carretera rodeada de arena negra volcánica, un regalo para la vista, pero a estas horas no se ve nada.

Llegamos al sitio, aparco y, en cuanto nota que el motor se apaga, empieza a abrir los ojos y a taparse la cara con las manos.

—Qué vergüenza, me he dormido.

—Es que es muy temprano, no pasa nada.

—¿Dónde estamos? ¿En medio de la nada? Está todo superoscuro.

—Ahí está la gracia.

—¿Me estás intentando raptar, Aday Carrera?

—No me des ideas, Yaiza Juan.

Salimos del coche, abro el maletero, bajo el colchón hinchable que he traído, le dejo mi sudadera y empiezo a prepararlo todo. Ella

simplemente me mira hacer sin decir nada. Cuando termino, me giro y la veo con mi sudadera puesta, que le está gigante.

—¿Esto es de verdad?

—Totalmente.

—Pero ¿cuánto has tardado en prepararlo?

—Ayer tuve la tarde libre.

—¿Lo has hecho todo tú?

—Sí, señorita.

—Tú no estás bien de la cabeza.

—¿No te gusta?

—Ven aquí.

Me acerco a ella, me coge con las dos manos del cuello y me da el beso más tierno que me han dado nunca.

Sabe a «Muchas gracias» y eso es todo lo que necesito.

81

No me habían querido en mi vida



Entiendo que igual esto a cualquier persona que tenga o haya tenido una pareja funcional, detallista, atenta y cuidadosa no le parecerá nada del otro mundo, pero ¿a mí? Es que nunca nadie jamás ha hecho algo ni remotamente parecido por mí; de hecho, es como que me sobrepasa un poco. Te quiero decir, nos conocemos desde hace poco más de un mes y ha hecho este despliegue por mí.

Tengo delante un colchón hinchable, una lamparita portátil que lo ilumina todo, una manta y un mantel de suelo repleto de comida que parece deliciosa y que no dudo, ni siquiera un poco, que además lo está.

Croissants que se nota que son caseros y que están recién hechos, bagels de salmón y queso crema, minifocaccias que juraría que dentro llevan mortadela italiana, pesto y mozzarella, brochetas con fruta que se ven increíbles y llenan la mesa de color —llevan piña, uva, fresa y mandarina—, brownie de chocolate y dos termos, uno con café y otro con leche, ambos ardiendo.

¿Vosotras creéis que yo me merezco esto? Porque yo tengo clarísimo que no.

—Aday, te has pasado tres pueblos, no hacía falta tanto.

—Me apetecía. Este es un plan que siempre he querido hacer y no tenía con quién, así que has sido la afortunada.

—Pero yo no puedo devolverte esto, yo no sé ni hacer un sándwich mixto.

—Yaiza, no hago esto para que me lo devuelvas, lo hago porque me apetece y porque quiero pasar tiempo contigo. ¿Me he pasado mucho?

—No, o sea, sí... No sé, Aday. Me parece precioso y hasta tengo ganas de llorar, pero siento que no sé si voy a saber corresponder.

—Corresponder ¿a qué?

—A esto.

—Pero es que yo no quiero nada. Solo quiero que disfrutemos de una comida rica mientras sale el sol. Con tu compañía, para mí es más que suficiente.

—No merezco tanto.

—No, mereces más.

—Aday, no me conoces.

—Yaiza, deja de decir eso.

—Pero es que es verdad. Yo no sé qué esperas de mí, pero yo no soy así.

—Así ¿cómo?

—Así de detallista, de cuidadosa. Yo no sé cocinar, yo no sé dar sorpresas, yo no sé ser romántica.

—Es que yo no quiero eso. Yo quiero que sigamos conociéndonos, divirtiéndonos, sin expectativas.

—Qué presión.

—Si llego a saber que te iba a hacer sentir tan mal, nos hago unos bocatas de tortilla.

—No, no es eso... Me gusta, me gusta muchísimo. De verdad que nadie me ha cuidado nunca así.

—Entonces dame las gracias y ya está.

—¿Solo quieres eso?

—Con el beso de antes, de hecho, ya me bastaba.

—¿Quieres otro?

—Uno por cada cosa que he preparado.

—Eso son muchos besos.

—Hombre, si quieres estar a la altura... —me dice riéndose.

Yo le doy una palmada en el pecho.

—Eres idiota.

—Yo cuento... Uno, dos, tres... Cincuenta y siete besos.

—Aday, ahí no hay cincuenta y siete cosas.

—¿Cómo que no? Cada brocheta lleva cuatro piezas de fruta, me he quedado corto y todo.

—Cada brocheta cuenta por uno, no por cinco.

—¿Y eso quién lo decide?

—Yo, claramente.

—¿Y tú quién eres?

—La persona que te va a dar cincuenta y siete besos a lo largo del día.

—¿Puedo cobrarme ya el segundo?

—Por supuesto.

Nos volvemos a besar, durante muchos muchos minutos. Este beso cuenta, por lo menos, por tres o cuatro, pero no lo voy a decir en voz alta porque, si no, soy yo la que se pierde la oportunidad de besarlo más.

Cuando nos separamos y abrimos los ojos nos damos cuenta: los primeros rayos de sol empiezan a salir. Hago una foto con mi cámara desechable al desayuno con el amanecer de fondo. Si la sacara con el móvil podría ser perfectamente mi fondo de pantalla, pero a esta isla no he venido a mirar pantallas.

Nos ponemos en el colchón, él se sienta primero y yo me pongo entre sus piernas, me echo hacia atrás y me quedo acurrucada entre sus brazos, giro la ruedecita de nuevo y nos hago un selfi.

Cómo va a doler este carrete de fotos, pero hoy no vamos a pensar en eso.

—¿Te puedo dar el tercero?

—Déjame que me lo piense.

—Idiota.

Me agarra la cara y me besa.

¿Cómo hacer justicia con palabras al espectáculo que estoy viendo?

El sol apareciendo entre montañas de color negro azabache, un paisaje volcánico desplegándose ante mí con los primeros rayos del día, olor a café, a bollería recién hecha, apoyada en el pecho de un hombre al que apenas conozco, pero del que siento que ya lo sé todo.

El amor tiene cosas muy extrañas.

Igual soy un poco osada por llamarlo amor, pero creo que lo es. Dentro de todos los tipos distintos de amor que hay, este es uno de ellos. Fugaz, liviano, estacional, pero no por ello menos real.

82

¿Puede el día de hoy no terminar nunca? Por favor y gracias

Soy un intenso, chicas, soy consciente, pero es que tenía muchas ganas de vivir algo correspondido, pensad que nunca he tenido algo que sea mutuo y yo me vengo arriba enseguida. ¿Me he pasado? Pues puede ser, pero es que es lo que me ha salido y no tengo ganas de ir pensando en cortarme.

Además, que yo en la cocina me lío muy fácil y me lo paso bien. Aunque no tuviera este planazo montado habría hecho todo esto de buen gusto, no es precisamente un sacrificio, y verla comer todo lo que he preparado es un regalo para la vista.

Cuando terminamos de desayunar el sol está fuera, nos quedamos un momento acurrucados antes de irnos de aquí, o eso pensaba yo, hasta que veo que se ha vuelto a quedar dormida y... ¿cómo la voy a despertar?

A las diez de la mañana abre los ojos de nuevo, me pide perdón siete veces y yo me cobro siete besos por las molestias. Madre del

amor hermoso, qué moñas estoy siendo, no me reconozco ni un poco, la verdad.

Recogemos todo, nos montamos en el coche y nos dirigimos a los Jameos del Agua. Es un regalo para la vista, como casi todo lo que tenemos en la isla, en realidad.

Yaiza me ha dicho que ya estuvo aquí con sus padres cuando era pequeña, pero que está deseando volver a verlo porque en su recuerdo era espectacular y lo es.

Nos adentramos. Os diría que buscarais fotos en Google, pero no le hacen justicia, por buenas que sean. El lugar es sencillamente de película, en serio que no sé cómo lo hacen las que no han nacido aquí para poder fliparse de tener lugares parecidos en sus ciudades o pueblos.

Es una cueva en la que entras. Tiene un lago en el centro y entra la luz por la parte superior; la parte alta de la cueva se refleja en el lago y hace un efecto óptico increíble, como un círculo perfecto. Además, dentro del lago hay cangrejos ciegos; son cangrejos de color blanco que solo puedes encontrar aquí. La sensación que dan es que el agua es mágica. Los cangrejos albinos son los mejores y de ahí no me baja nadie.

Le hago una foto justo delante del lago, nos sentamos un ratito en la parte que hay al aire libre, aprovechamos bien la entrada y, cuando nos cansamos, salimos. Nos montamos en el coche y nos vamos a Famara. Íbamos a comer por ahí, pero aún estamos llenos y a la señorita le apetece playa.

Llegamos, sacamos el colchón, unas toallas y una sombrilla; en un momento tenemos un chiringuito montado que te cagas, ser un experto en ir a la playa y preparar el mejor *set up* que verás en tu vida es mi especialidad.

—Tú no haces nunca nada a medias, ¿verdad?

—Jamás. Más es más. Siempre.

—Yo que siempre vengo con una toalla y si eso...

—Tú no sabes nada de la vida.

—Hombre, la verdad es que así se va mejor.

—Necesitas a un hombre que te cuide.

—Necesito aprobar una oposición y poder ser una mujer libre e independiente que gane una pasta.

—Minucias.

—Sí, ¿no?

—Yo no tengo ningún problema con opositar a hombre florero, ¿eh? Si tú quieres mantenerme y cuidarme por el resto de mi vida, yo te tengo la comida lista a la hora que me pidas.

—¿Te vendrías a vivir a Madrid a que te mantuviera?

—No, no, no, no. Yo no he dicho eso.

—Ah, amigo, entonces no hagas promesas en vano.

—No son en vano. Si te montas aquí tu juzgado, yo me dedico a vivir de ser tu mantenido.

—¿Cuántos juicios crees que podríamos tener a la semana en Lanzarote?

—Chos, muchísimos. Aquí la gente está muy loca, ¿eh?

—Sí, sí. Se os nota, vivís la vida al límite.

—Deja esa ironía de lado, muchacha. Aquí somos gente muy peligrosa.

—Creo que no he oído ni una sola alarma de policía desde que llegué.

—Eso es porque no oyes bien. Somos los más malos del archipiélago.

—Mira cómo tiemblo.

—Deberías, chulita, deberías.

—Me encanta esta playa.

—No me extraña, eres una mujer con buen gusto.

—Aday, eres tan flipado...

—¿Cómo no voy a ser flipado con esta carita que tengo, tallada por los ángeles?

—Lo peor es que estoy de acuerdo contigo.

—Así me gusta, obediente, nunca poniendo en duda mis argumentos.

—¿Qué preferirías: no poder salir nunca de la isla o no poder volver a pisarla jamás?

—No salir.

—Dios mío, no te lo has pensado ni medio segundo.

—Es de las pocas cosas que tengo claras en la vida. Aquí no me falta de nada.

—Pero ¿no te apetece viajar? ¿Ver mundo? ¿Conocer a gente nueva?

—El mundo viene aquí, pequeña. He conocido a personas de todas partes sin salir de Lanzarote.

—¿Nunca has salido de la isla?

—Sí, mujer. He ido a la península un par de veces y una vez me llevó mi madre a Disney.

—Te pega tanto que te guste Disney...

—Me pega tanto tener buen criterio... ¿Cuál es tu película favorita de Disney?

—Creo que no tengo.

—Cállate el hocico, ¿cómo no vas a tener?

—No me interesan mucho los dibujos y el cine en general.

—Yaiza, no te gusta el cine, no te gusta la música... ¿Qué mierdas te gusta a ti?

—El Derecho Constitucional.

—Retiro lo del buen gusto, definitivamente.

—¡Oye! ¿Qué le hago? No es culpa mía que esas cosas no me interesen. Que yo una película te la veo si a ti te hace ilusión y eso, pero de mí no va a salir.

—¿Y qué haces cuando estás en casa aburrida y quieres desconectar?

—Jugar a *Los Sims* y ver documentales.

—Madre mía... Luego nos dices a los de Lanzarote, menudo desenfreno de vida que me llevas tú.

—¡Ya vale de juzgarme!

—Dime que por lo menos utilizas el truco del dinero para *Los Sims*.

—Hombre, claro, siempre. Si lo que más me gusta es construir casas, luego ya lo que es jugar como tal me da bastante igual.

—Eres tan desequilibrada.

—Lo dice el que no quiere trabajar.

—Yaiza, nadie quiere trabajar.

—Yo sí.

—Por eso estás desequilibrada.

—Venga, vamos al agua.

—Ve tú, yo te espero.

—Venga, va, que el otro día fuimos y te lo pasaste muy bien.

—Me lo pasé en grande, pero hoy no me apetece.

—Venga, vale, pues me voy yo. ¿Te importa?

—Para nada, yo aquí te espero.

83

La playa más bonita del mundo



Con la mano en el corazón y esperando que Aday no lea esto para que no se lo crea aún más: la playa de Famara es la más bonita del universo. Tiene como magia, no sé.

Me voy yo sola hacia el mar, llamo a mis padres y les digo dónde ando, me piden una foto y reproduzco una de cuando era pequeña, mi hermana hace un montaje con las dos y la verdad que no hemos cambiado tanto.

Vuelvo para dejar el móvil y luego regreso al agua con mis gafas de bucear, me sumerjo en las aguas cristalinas y nado con los pececillos; de verdad que la sensación de estar bajo el agua me da tanta, pero tanta, paz.

En una de las veces que levanto la cabeza para coger un poco de aire, ya que el tubo de buceo se bloquea si me hundo demasiado, me encuentro con un moreno de metro noventa acercándose a mi terreno; ha venido en bañador desde la orilla, él solito, qué orgullosa. Yo debo de lucir guapísima con las gafas empañadas, el

pelo pegado a la cara y boqueando como un pececillo, cada uno hace lo que puede con lo que tiene.

—Qué sexy eres, Yaiza Juan, pocas mujeres al alcance de tu belleza.

—Lo sé, es la genética. Vengo de una dinastía de mujeres preciosas —se lo digo mientras doy un golpe de melena con el que le mojo toda la cara y provoco su risa. Siempre me sorprende que alguien se ría conmigo, no estoy acostumbrada a ser graciosa, es guay.

—Ven aquí, morena.

—Voy allí, moreno.

Nadando a lo perrito porque una ante todo es sexy me acerco hasta él, lo rodeo con las piernas y le paso mis brazos por el cuello; al parecer ser un koala es mi postura favorita del verano.

—¿Quieres cobrarte otro beso?

—¿Te puedo quitar las gafas antes?

—¿Por qué? ¿No te gusto así?

—Hombre, te he visto más favorecida, la verdad.

—Bésame.

—No me lo digas dos veces.

Y nos besamos, pero es un beso de esos que saben a risa, porque básicamente mi nariz sigue tapada por las gafas y, si lo beso, pues no puedo respirar y el muy desgraciado lucha porque así sea.

—Al final verás que me ahogo.

—Qué divertida eres, maldita.

Creo que ese es el mejor piropo que alguien me podría decir, sinceramente. Me arranca las gafas de la cabeza y se las cuelga en la muñeca dándole dos vueltas a la goma sin soltarme (no sé aún cómo ha conseguido hacer eso, pero lo ha hecho). Me agarra el culo con las dos manos y mi cuerpo reacciona al instante; cojo una

bocanada de aire que suena a gemido y me pego aún más a su cuerpo.

Lo miro a los ojos y siento que mi cuerpo ahora mismo es fuego, aunque estemos rodeados de agua. Me acerco a su cuello, empiezo a darle besos cortos que alterno con pequeños bocados y lametones discretos.

—Yaiza, no vayas por ahí.

Creo que nunca lo había oído hablar así, parece que la voz le sale del centro del estómago. Es mucho más grave, más animal.

—Y, si no, ¿qué? —le susurro al oído después de morderle el lóbulo de la oreja.

Ya no vuelve a contestarme, al menos no con palabras, me agarra del pelo, me tira la cabeza hacia atrás, empieza a comerme la boca con desesperación; no me preguntéis dónde tiene las manos, porque no puedo sentir otra cosa que no sea su pene erecto embistiendo el centro de mi ser, a través de su bañador y el mío, aunque es como si realmente no estuviesen ahí. El roce de su erección contra mi clítoris me está volviendo loca.

Estamos en el mar, en un espacio público, me encantaría no ser así, pero no puedo evitar abrir los ojos y asegurarme de que no hay nadie demasiado cerca. Hoy es nuestro día de suerte, esta playa es demasiado grande, hay personas, pero desde donde están no nos pueden ver.

Así que vuelvo a cerrar los ojos y a dejarme llevar. Si alguien mira, que disfrute, yo qué sé, no conozco a nadie de aquí.

Vuelvo a su cuello, a gemir en su oído, quiero que sepa cuánto me gusta estar cerca de él. Cuando le susurro su nombre aleja unos centímetros su cadera de mí, yo me quejo para que sepa que no me ha gustado un pelo ese movimiento, pero, antes de que pueda decir nada, dos de sus dedos están acariciando mi clítoris por encima de

la braga de mi bikini. Ejerciendo presión, haciendo círculos, después subiendo y bajando, yo empiezo a deshacerme en su oreja.

—Más, Aday, quiero más.

—¿Qué quieres?

—Más.

Él empieza a aumentar el ritmo, yo quiero que aparte las bragas y su piel entre en contacto con la mía, pero no lo hace, sigue haciendo lo mismo, pero más rápido, más fuerte, más preciso. Noto cómo mis pezones llegan a su máximo esplendor, mi cuerpo se comienza a tensar, mis piernas lo rodean aún con más fuerza, mi abdomen se contrae y solo puedo gemir su nombre sin parar.

—Como sigas así, me voy a correr —acierto a decir, no sé muy bien cómo.

—Córrete mientras te toco, Yaiza.

En el momento en que oigo mi nombre dicho por él con esa voz, me diluyo en un orgasmo, empiezan a temblarme las piernas, mis ojos se quieren escapar de sus órbitas, mis uñas agarran el nacimiento de su pelo con ímpetu; el orgasmo sigue, parece infinito, no sé cómo soportar este placer, él no deja de tocarme, no deja de insistir, de estimularme, yo tengo que apartar su mano porque si no siento que voy a morir; unos segundos más de placer y poco a poco siento cómo va remitiendo.

Me deshago como un cuerpo inerte sobre él, me besa la sien y me abraza con fuerza.

—Qué bonito te corres —me dice al oído.

—Calla, que me muero de vergüenza.

84

Pues se ha quedado buen día, ¿no?



Vale, bien, a tomar por culo todo. Es algo que sabíamos, que intuíamos, pero, después de verla correrse, os lo puedo confirmar con los cojones de corbata: bien no estoy.

¿Es probable que en los próximos milenios no pueda pensar en otra cosa que en su voz gimiendo mi nombre? Lo es.

¿Os acordáis de que yo no podía entrar en el agua? Genial, pues ahora no puedo salir.

—Venga, Aday, sal.

—Como te sigas riendo así de mí, te tiro una chola a la cabeza, maldita.

—No me río de ti, me río contigo.

—Yaiza, para, así no puedo salir.

—Así ¿cómo? —me dice la desgraciada con una ceja levantada y sonriendo.

—¿Quieres que te haga un pictograma?

—Venga, va, sal.

—Vete tú, dame diez minutos y salgo.

—No, yo quiero salir contigo.

—Yaiza, tú eres el problema. Si no te vas tú, no se va ella.

—Ella ¿quién?

—Mi erección, Yaiza, mi puta erección. ¿Quieres que se lo grite a toda la playa?

—¡Pero si no te estoy tocando!

—Pero te estoy viendo.

—¿Y qué?

—Que te vayas, de verdad te lo pido, pírate.

—No quiero.

—Pues nada, hoy cenamos en el mar. Mira a ver si pescas algún atún o algo.

—...

—Deja de reírte, esto no es gracioso.

—Uf, de verdad, hoy estoy ganando años de vida con tanta risa.

—Pues yo los estoy perdiendo.

—¿Voy a por una toalla?

—Te lo llevo pidiendo quince minutos.

—Venga, ya voy.

—Vuela.

—Será nada.

—¡Yaiza!

—Perdón, perdón.

Se va descojonándose, la muy pécora, y fijaos si estoy mal que no sé si me gusta más cuando se corre o cuando se ríe. Qué asco me doy.

Cierro los ojos y empiezo a pensar en árboles; si pienso en árboles, se me baja, lo tengo comprobado. Naranjo, limonero, castaño, almendro, cactus. Los cactus me van genial también, me

imagino paseando por el jardín de los cactus. Así, muy bien. Vamos bien.

Estoy mejor, estoy mucho mejor, abro los ojos y me la veo trotando hacia mí con una toalla en la mano y esas dos pedazo de tetas que son como dos putísimos barcos subiendo y bajando; es que, claro, uno, así, no puede.

Respiro hondo y me concentro.

—¿Sales o no?

—Sí, salgo.

—Venga.

Le cojo la toalla, me la pongo alrededor de la cintura, consigo llegar hasta donde tenemos el campamento base, me tiro en el colchón boca abajo y la oigo reírse.

—Estás divertida tú hoy, ¿eh?

—Perdón, te prometo que quiero parar, pero es que no puedo.

—Me parece genial, tú pásatelo bien a mi costa.

—No es a tu costa, es contigo.

La tía se sienta sobre mi culo, abierta de piernas, y se echa hacia delante, apoya sus tetas en mi espalda y me dice al oído:

—¿Te ayudo con algo?

—Tú quieres que yo hoy me muera, ¿no?

—Date la vuelta y dímelo a la cara.

Me giro y se sienta sobre mi polla... La imagen de verla encima de mí, en bikini, mirándome desde arriba y mordiéndose el labio, es algo que recomiendo no saltarse en la vida a nadie, debería verse al menos una vez de manera obligatoria. Voy a escribir a los de la Moncloa, a ver si lo hacen ley.

La veo de repente mirar a izquierda y a derecha, no sé qué o a quién busca, pero estamos prácticamente solos; hay alguna persona

suelta, pero al ser tan pocos estamos dispersos. Se vuelve hacia mí, me mira de nuevo, coge mis manos y me las pone en sus tetas.

—Yaiza...

—¿Aday?

—¿Qué pretendes?

—Pasármelo bien, ¿tú?

—Te voy a matar.

—¿De placer?

Meto la mano por dentro de la parte de arriba de su bikini; es la primera vez que toco sus tetas sin tela de por medio y se siente bien, se siente asquerosamente bien. Ni confirmo ni desmiento que llevo queriendo hacer esto desde el primer día que la vi. Es que qué tetas, madre del amor hermoso.

Localizo sus pezones y los aprieto entre mis dedos, ella empieza a moverse hacia delante y hacia atrás sobre mí, mi polla tarda menos de tres segundos en responder a sus movimientos, apoya las manos sobre mi pecho y empieza a restregar su coño contra mi empalmada...

Pues genial, estamos haciendo *petting* en medio de la playa, joder con la señora jueza. Yo nos imaginaba a los dos abrazados viendo el atardecer y no aquí retozando encima de un colchón hinchable sobre la arena, pero no tengo ni media queja, su señoría.

—Yaiza, no he traído calzoncillos para cambiarme —le digo entre gemidos que no sé muy bien de dónde salen, con la respiración entrecortada, las manos en su culo y ayudándola a moverse hacia delante y hacia atrás.

—¿Y qué? —me susurra con los ojos cerrados, sin dejar de moverse, más bien todo lo contrario.

—Que, si sigues así, me voy a correr.

—¿Y qué?

—Que no quiero volver manchado y sin poder limpiarme ni tampoco mojado.

—Cállate.

—¿Que me calle?

—Sí, cállate, porque me voy a correr y me desconcentras.

¿Nos hemos corrido los dos con solo rozarnos? Así ha sido.

¿Ahora me toca ponerme los pantalones sin nada debajo porque menudo asco? También.

Qué divertido es todo, ¿no?

85

No sé quién es esta, pero no soy yo



Es como que de repente se ha despertado algo en mí que no sé qué es. ¿Me gusta el sexo? Sí. ¿Me gusta TANTO el sexo? Pues yo creía que no, pero ahora no puedo pensar en otra cosa.

Después de correrno los dos en la playa, volver al hotel y darme una ducha de agua fría, me masturbé, me masturbé como si no hubiera un mañana.

Y desde ese momento me he masturbado once veces más, en una semana. Voy a una media de uno con cincuenta y siete orgasmos al día, solo puedo pensar en las ganas que tengo de estar con él a solas, en una habitación, sin nadie cerca, pudiendo desatar toda la pasión que siento que llevo ahora mismo dentro, pero aún no ha sido posible y no sabemos si lo será.

Aquí en mi habitación él no puede entrar, hay cámaras de vigilancia y nos avisaron de forma muy contundente de cuán prohibido está meter a alguien en nuestros aposentos. Tengo muchas ganas de hacerlo con él, pero tengo también ganas de que no me echen del trabajo, juzgadme si queréis.

Él vive con su madre. ¿Tengo yo ganas de que esa buena mujer me oiga correrme o que, sencillamente, me vea? No, señoritas, no tengo ninguna intención. Así que así vamos, a golpe de masturbación todos los días.

Desde el día de Famara hemos hecho por vernos cada día, cuestión de minutos fugaces la mayoría, pero algo es algo. Cada vez que estamos solos la temperatura sube en cuestión de segundos, una de las veces que vino a verme en *The Greatest Showman* (no pienso comentar nada sobre el ridículo que hago ahí) acabamos los dos en el baño de «los camerinos»; tuve que hacerle... un favor. Él me había tocado a mí y yo a él aún no, y no puede ser porque no es justo (y porque me moría de ganas de sentirlo, la verdad).

¿Es idílico? No. ¿Parece que tenemos dieciséis años toqueteándonos por las esquinas? Puede ser.

En el curro va todo viento en popa, cada día estoy más segura, más suelta y más feliz, ya todos saben que Aday y yo estamos quedando y divirtiéndonos, a todo el mundo le parece genial y, si no fuera así, tampoco me importaría, la verdad.

Hoy estoy de pareja con Ana y toca disco *light*, básicamente bailar con los niños un par de horas, ponerles purpurina, perlitas, calcomanías y pintarles la cara si así lo desean. Es fuerte cómo las niñas de hoy en día, en lugar de pintarse de mariposa, quieren que parezca que van a Coachella.

Estoy en el descanso de después de la comida y me entra una videollamada de mi hermana.

—Bueno..., si está aquí la hija predilecta. Qué morena estás, cerda.

—Gracias, Nuria. Tú también estás muy guapa —le digo riéndome.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa de qué?

—¿Por qué te ríes?

—Porque me ha hecho gracia tu chiste.

—¿Qué chiste?

—Bueno, yo qué sé, lo que has dicho. Cuando me has llamado «cerda», te ha salido gracioso.

—Yaiza Juan Berná, escupe.

—Que escupa ¿el qué?

—Deja de hacerte la tonta. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué dices tú? Loca.

—¿Y por qué sonríes y estás guapa?

—Porque me encanta mi trabajo.

—Y una mierda, esa piel no es de trabajar.

—¿Qué piel, Nuria? ¿Qué dices?

—¿No me lo vas a contar?

—No tengo nada que contarte.

—Como no me lo cuentes, se lo digo a mamá.

—¿Qué es exactamente lo que le vas a decir a mamá?

—Que has conocido a alguien.

—He conocido a muchas personas, *amore*.

—*¡¿Amore?!* Pero ¡¿quién eres tú y dónde está mi hermana?!

—Me lo ha pegado Sergio.

—¿Quién es Sergio?

—¿Un amigo?

—¿Tu novio?

—Sergio es gay, Nuria.

—Ah, claro, por eso dice *amore*, tiene sentido.

—¿Tú cómo estás?

—No me líes, hasta que no me lo cuentes no pienso hablar de otra cosa.

—Es que no tengo nada que contarte.

—¿A quién has conocido?

—Qué pesada eres, de verdad.

—Desembucha, ¡ya!

—A ver, igual he conocido a alguien, pero no te vengas arriba.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Cuántos años tiene? ¿De dónde es?

—Dios mío, Nuria, qué intensa eres.

—¡Que me cuentes todo y te dejes de hacer la interesante!

—A ver, se llama Aday, es cocinero, tiene treinta y cuatro, y es de Lanzarote.

—¡Un canario! ¡Qué envidia cochina te tengo ahora mismo!

—Es tan mono...

—¿Cómo lo conociste?

—En la puerta del hotel, le pedí una foto.

—¡¿Es famoso?!

—¿Qué? No, idiota, le pedí que me hiciera una foto.

—Ah, coño. ¿Y te la hizo?

—Sí, claro.

—Luego me la pasas.

—Fue con la cámara desechable.

—Ay, no me digas eso, ahora la historia tiene mil puntos más.

—¿Por qué?

—Porque con la cámara desechable es más romántico.

—Estás fatal de la azotea.

—¿Y qué? ¿Cuánto lleváis?

—No llevamos nada porque no estamos juntos.

—Uf, cómo te odio cuando te pones puntillosa.

—No, claro, es que luego manipulas la información como quieres.

—¿Cuánto hace que os liasteis?

—Un tiempito, no te voy a engañar...

—¿Desde el principio?

—No, joé, pasó un mes, si no me equivoco.

—¿Y te lo has tirado ya?

—Nuria, no pienso contarte eso a ti.

—Eso es que no.

—Pero ¿qué dices?

—Dos semanas liándote con él y aún no te lo has follado... Qué pringada.

—No es tan fácil, ¿vale?

—¿Qué excusa me vas a poner? ¿Que trabajas mucho?

—¡Pues sí, lista!

—Eso cuéntaselo a mamá y a papá, conmigo no cuela.

—Eres tontísima, estoy literalmente todo el día trabajando, y él, también.

—Pues denunciad.

—¿Qué dices tú ahora?

—Si estáis trabajando todo el día, quiere decir que echáis más de cuarenta horas a la semana. Eso es denunciable.

—Tú eres muy lista, ¿no?

—Cuando te lo tires, ¿me llamarás?

—¡No!

—Pásame foto.

—No tengo.

—¿Cómo que no tienes?

—Nuria, no tengo redes, ¿cómo quieres que tenga fotos suyas?

—Pues se las haces tú.

—Se las he hecho, pero con la cámara.

—Qué analógica eres.

—Estoy desconectando de pantallas.

—Tata, te echo de menos.

—Y yo a ti, pequeña.

—Bueno, ya te queda menos para volver.

—La verdad es que el tiempo pasa muy deprisa.

—Voy a empezar a llevar la cuenta atrás.

—...

Me quedo callada y en mi cabeza empieza a repetirse en bucle «cuenta atrás».

¿Cómo es posible que ya hayan pasado seis semanas sin enterarme?

86

Pueden llamarme el rey de las verduras si así lo desean

Me he vuelto un máquina con el cuchillo en estas dos semanas que llevo en mi nuevo puesto. Corto las cebollas, los puerros, las calabazas, las papas y los hinojos a una velocidad que no sé cómo no me han llamado para la próxima de *Fast & Furious*.

Hoy es un día más en las cocinas y tengo a la chef más contenta que nunca, hasta me ha sonreído una vez cuando me ha visto echarle una mano a María porque hoy tiene la cabeza en la luna; hay días que la pobre viene hecha un trapo. No sé a qué espera para tomar las riendas de su vida, mandar a Juanma a tomar por culo y volverse a Barcelona.

Aunque de forma egoísta diré que eso no me viene del todo bien, no sé qué haría sin ella en estas cocinas; aquí todos son unos estirados y nadie habla, me aburro como una ostra si no tengo nada que hacer, menos mal que eso pasa poco.

Acabo de terminar de preparar toda la menestra que necesitaban y me acerco a donde está María porque hoy también va agobiada.

—¿Te echo una mano?

—Por favor.

—¿Qué hago?

—Echa en aquella fuente el mézclum de hojas y remueve bien. Dispón treinta y dos platos hondos de los de la franja amarilla y, cuando los tengas, echa unos ochenta gramos de la mezcla en cada uno.

—Sí, señorita.

—¿Cómo haces para acabar tan rápido?

—Metiendo sexta, últimamente estoy inspirado.

—Yo hubo una época que trabajaba así. Ahora Mónica estará deseando que me pire de aquí.

—La chef te adora, ¿qué dices?

—Lo sé, por eso no me ha echado aún, pero ya llevo dos toques de atención.

—¿Y se puede saber qué te pasa?

—Pues que tengo que tomar la decisión y no me atrevo.

—¿Y qué te dice tu psicóloga?

—Que la única que puede dar el paso soy yo.

—Te vuelvo a ofrecer mis servicios. Puedes pagarme a mí los setenta euros y te digo yo cosas más útiles.

—¿Qué me dirías tú?

—Que te vengas a cenar con nosotros.

—Vosotros ¿quiénes?

—Yaiza y yo.

—Ah, sí, genial, me encantaría. En cuanto acabe el turno, me pido un candelabro por Amazon.

—Eres una imbécil, ¿eh? Dile a Juanma que se venga, nos vamos los cuatro.

—¿En plan parejitas?

—Pues sí. Si al final no vas a decidir, lo mejor que puedes hacer es intentar estar lo menos mal posible con él. Igual despejaros y hacer un plan juntos os viene guay.

—Luego se lo comento, a ver qué le parece.

—Es Juanma, no te va a decir que no.

—¡Aday, María! —grita la chef desde atrás.

—Sí, chef —contestamos los dos al unísono.

Nos callamos y seguimos currando diligentes en silencio. Me han dejado salsear las ensaladas, mi carrera no tiene límite, chacho.

87

Sombra aquí, sombra allá

Les he dicho a Ana y a Gabi que me maquillen, hoy quiero estar espectacular. Con la tontería prácticamente no me arreglo, todo el día con ropa de deporte o bañador; hoy me apetece lucir despampanante.

He decidido que me voy a poner un vestido amarillo monísimo que pedí antes de venir. Ha estado colgado en el armario desde el día que llegué, pero hasta que no estuviera morena no pensaba ponérmelo porque, si no, iba a parecer un fantasma.

Creo que jamás he tenido este color y también creo que hacía años que no tenía la piel así de bien, ni un solo grano desde que llegué, chicas, llamadme afortunada. Lo que hace la sal del mar, ¿eh? Con lo grasa que tengo la piel, esta me la seca como si fuera yo una lagartija.

El pelo me lo he dejado mojado porque tengo muchísimo calor y así por lo menos me refresca la espalda. Voy a la habitación de Gabs y, cuando me ven llegar, solo recibo halagos; las adoro, son monísimas. Es que, la verdad, igual está mal que yo lo diga, pero si

tuviera que ser un vestido, creo que sería este. Es ajustado en el pecho y debajo de él se abre con vuelo, lleva un lazo en la espalda superbonito y supergrande, me llega por encima de la rodilla y me sienta increíble. No suelo yo echarme muchos piropos, pero es cierto que con esto estoy muy favorecida.

—Tía, con lo guapa que vas así, al natural, yo no me maquillaría casi —me dice Ana.

—Yo confío en vosotras, amores, hacedme lo que queráis.

—Yo lo que sí te haría es recogerte el pelo. Con esa melena de Rapunzel que me llevas, tapas la espalda y el lazo del vestido, y no lo merece —me dice Gabi.

—Uf... No sé yo si me voy a ver, ¿eh? Nunca me recojo el pelo.

—Confía en mí —me responde la brasileña.

Gabi me peina mientras Ana me maquilla, me siento como una especie de actriz de Hollywood.

—¿Sabéis que creo que nunca he hecho planes así con mis amigas? —les digo, pensativa.

—¿Arreglarte para salir? Si es lo mejor de la noche —comenta Gabi.

—Ya, me estoy dando cuenta. Con las oposiciones creo que me he perdido muchas cosas.

—¿Estás opositando? ¡No jodas! ¿A qué? —me pregunta Ana.

Mierda, es verdad, se me ha escapado; no es que no lo quiera contar, pero es que no lo quiero contar, siento que me tratarán diferente. Llamadme loca, no lo he dicho desde que entré porque no quiero sentirme juzgada (qué gran chiste).

—Tierra llamando a Yaiza —insiste Ana—. ¿Qué te pasa?

—Perdón. Estaba pensando.

—¿En qué? —pregunta Gabriella.

—En que no os quiero mentir. Estoy opositando a jueza, o sea, ahora mismo no, pero es a lo que me dedico.

Las caras de las dos... ojalá estuviera grabándolas, se les van a salir los ojos de las órbitas, les va a llegar la mandíbula al suelo.

—Pero. Qué. Me. Estás. Contando —dice Ana.

—No me tratéis distinto, por favor, soy la misma Yaiza de siempre.

—Pero ¿tú eres tonta? ¡Ahora molas incluso más, señora jueza! —me responde Gabs.

—¿No os parezco una aburrida estirada?

—Eso ya nos lo parecías, bebé —me chincha Ana.

—¡Oye, cerda!

—¡Uy! Cerda y todo, su excelencia se está sobrepasando. Quién la ha visto y quién la ve —me contesta entre risas.

—Os odio.

—Mírate en el espejo, anda, ya estás lista —me pide Gabi.

—¿Ya?

Me levanto de la silla del escritorio en la que me he sentado y me dirijo al baño, me miro en el espejo y me cuesta creer que la que me devuelve el reflejo sea yo. Nunca me había visto así de guapa y creo que no hablo solamente del físico.

—Estás despampanante, Aday se va a quedar prendado —dice Ana. Las tengo a las dos abrazándome por detrás y estamos las tres mirándonos en el espejo.

—Sí que es verdad, estás preciosa, porra. Qué lástima que no te gusten las mujeres —corona Gabriella.

—Yo no he dicho eso nunca.

—No me hagas *queerbaiting*, que eres más hetero que los hinchas del Real Madrid —me responde.

—Tú te reirás, pero a mí, si algún día me apetece con una mujer, no me pienso cortar ni un pelo.

—Anda, su majestad, váyase ya, que su canario la está esperando.

88

El amarillo es mi nuevo color favorito



Creo que es la primera vez desde que estoy quedando con esta muchacha que llega tarde y hoy es el peor día para eso; María y yo hemos decidido reservar en Kamezí, uno de los mejores restaurantes de la isla, y llegar tarde no estaría bonito. Además, para sorpresa de todas ustedes no está a treinta minutos del hotel, está a cuarenta y dos.

Me estoy empezando a desesperar un poco y comienzo a caminar por la puerta del hotel de arriba abajo; la cantidad de gente que entra y sale de aquí, Señor mío. ¿Cuántos huéspedes cabrán en este hotelazo? Por lo menos tres mil, y creo que me quedo corto.

Estoy a punto de entrar a buscarla cuando de repente aparece. Me quedo mirándola. Sin palabras. Creo que lo único que puede hacer justicia a la hora de describir lo preciosa que está sería «guau».

Se ha recogido el pelo en una trenza perfecta (qué bien les quedan las trenzas a las mujeres. Chicas, háganselas más, por favor y gracias), no sé qué se ha puesto en la cara, porque parece que

nada, pero algo lleva, así no está todos los días, que todos los días está guapa, pero ¿hoy?

—¿Qué te pasa a ti? —me dice, sonrojándose. Cómo me gusta cuando hace eso.

—Que creo que soy el hombre con más suerte del mundo.

—Calla, anda, tú también estás muy guapo.

Nos vamos al coche y la cojo por la espalda, ella a mí por la cintura.

—Perdón por llegar tarde.

—No pasa nada de nada, que nos esperen.

No me miren así, está muy guapa, no me puedo enfadar.

Llegamos y nos montamos; en cuanto salimos del hotel y cogemos la primera carretera no puedo resistirme y pongo la mano sobre su muslo; tiene las piernas tan morenas y brillantes que no puedo evitarlo.

Ella pone su mano sobre la mía y los cuarenta minutos se pasan volando. Entramos en el restaurante, Juanma y María ya están sentados.

—Vaya horitas, ¿eh? —dice María. Lo dice como de broma, pero yo sé que no está de broma.

—Han sido solo quince minutos, mujer —le contesto guiñándole un ojo.

—Es que ella come relojes, no os preocupéis —suelta Juanma, superserio.

María cambia radicalmente la cara de simpática y lo fulmina con la mirada.

Que Dios nos pille confesados.

La cena es bastante incómoda en muchas ocasiones. Yaiza y yo intentamos sacarla a flote como podemos, pero, cada vez que tienen la oportunidad, los cuchillos vuelan por encima del mantel; no de

manera literal, y menos mal, porque en alguna que otra ocasión creía que sí.

La comida está deliciosa, pero prácticamente me encuentro contando los minutos para que esto se acabe cuanto antes. Me cuesta entender cómo hay gente así, que no se corta ni un pelo en hacer que el resto estén incómodos. María es cañera, pero es que mi amigo tampoco se queda atrás, vaya dos.

La cena es espectacular, sobre todo el cherne, pero me da pena no disfrutarla como se merece. Intento tocar a Yaiza en la pierna por debajo de la mesa y darle algún que otro apretón, en menuda la he metido a la pobre; en mi defensa diré que no me esperaba que esto fuera así ni mucho menos.

Llega el postre. Hemos pedido «Papaya y naranja», que son raviolis de papaya caramelizados con torrija, sorbete de papaya, gelée de naranja y crema inglesa de azahar, y un «Paseo por Lanzarote», que viene a ser quesillo canario con perla de miel, buñuelo de batata y trufa de uva. El camarero nos ha dicho que era «un susurro de la isla volcánica». La presentación es espectacular, me apunto ambos en mi mente para reproducirlos algún día en las cocinas y enseñárselos a la chef.

—Menuda pinta tiene esto, ¿no? —dice Juanma.

—Pero si tú nunca comes dulce, ¿qué más te da? No seas bienqueda —le contesta María. Este ha sido el nivel de toda la cena, para que se hagan una idea.

—María, no me toques los cojones. Estoy intentando ser simpático y que no se note que estás desquiciada, pero me lo estás poniendo muy difícil.

—Ah, ¿que soy yo la que está desquiciada?

—No hay más que verte.

—No me tires de la lengua, Juan Manuel, que al final exploto.

—Ah, que aún no has explotado. Pues menos mal, hija.

—Eres un gilipollas, que te den por culo.

—Que te den a ti, no te jode.

—Mira, me voy.

—Eso, pírate, puta pesada.

Yaiza y yo estamos viendo esto como un partido de tenis; no hemos intervenido en toda la noche, no lo vamos a hacer ahora. María se levanta de golpe, tira la silla al suelo y se va como si fuera un elefante no sin antes decirle a Juanma, señalándolo con el dedo:

—Tú y yo hemos terminado. Vete a la mierda, desgraciado.

Nos quedamos los tres en silencio, nadie sabe qué decir.

—Perdonadla, chicos, está pasando por una época chunga —dice él.

—¿No vas a ir tras ella? —le pregunto.

—¿Debería? —me contesta mientras mira a Yaiza.

—Hombre, si quieres arreglar las cosas, yo no la dejaría irse así —le recomienda ella.

—Es que no sé si quiero arreglar una mierda. Estoy hasta las pelotas, la verdad.

Y el tío se pone a comer de los dos postres; a Yaiza y a mí parece que se nos ha quitado el apetito, pero él no tiene ningún problema.

—¿María tiene coche? —pregunto, aunque ya me sé la respuesta —. Porque, si está sola en la calle, igual es mejor que salgamos nosotros y la acerquemos a vuestra casa.

—No te rayes, tío. Se pedirá un taxi.

Me quedo en silencio, mordiéndome la lengua.

—¿Quieres que nos vayamos? —me pregunta Yaiza.

—Por favor —le respondo.

—De puta madre, idos vosotros también, que se piense que el malo de la película soy yo.

Solo le respondo que luego me diga a cuánto ha subido la cuenta para hacerle un bízum y nos vamos. María está fuera, sentada en el suelo, tiene los tacones quitados y está llorando, no puede ni respirar.

—Meri... —le digo cuando estamos cerca.

Se levanta en medio segundo y me abraza. Se me rompe el corazón.

Nos montamos los tres en el coche, hacemos el camino de vuelta en silencio, solo se oye cómo María se sorbe los mocos de vez en cuando y algún que otro sollozo que se le escapa.

Llegamos a su casa y ella abre la puerta y se baja mientras dice:

—Gracias, chicos, y perdonad por el espectáculo. Mañana nos vemos, Aday.

—Espera, que te acompaño al portal.

Me voy con ella y Yaiza se queda en el coche. Nos damos un abrazo más y ella vuelve a llorar desconsolada.

—María, sabes que no me gusta meterme donde no me llaman, pero no podéis seguir así. Tú no puedes seguir así.

—Lo sé.

—Haz algo, ¿vale?

—Vale.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Venga, vete, intenta salvar lo que queda de noche. Lo siento, de verdad.

—No te preocupes, con que tomes alguna decisión, me vale.

—Ojalá él fuera un poco más como tú.

—Si él fuera un poco más como yo, no estarías con él.

—Me gusta lo tóxico, ¿eh?

—Eso se puede cambiar.

—Ojalá.

Veo cómo se limpia la nariz con el brazo, tiene los ojos todos manchados de negro, qué poco se merece estar así con lo buena tía que es. Cuando veo que ya está dentro del edificio vuelvo al coche.

—Perdón —le digo nada más cerrar la puerta.

—Perdón, ¿tú? ¿Por qué?

—Por la noche de mierda que te he hecho vivir.

—Aday, no ha sido culpa tuya.

—¿Volveremos un día sin ellos? La comida estaba buenísima.

—Sí lo estaba, sí...

—¿Quieres dormir conmigo?

—Sabes que en mi habitación no te puedes quedar.

—Vente a casa.

—Está tu madre.

—Si a ti no te importa, a mí no me importa.

—Aday...

—Las habitaciones no están ni en la misma planta y, a estas horas, estará dormida.

—¿Y mañana por la mañana?

—Salimos cuando se vaya a por el pan.

—No sé yo...

—Déjame arreglar lo que queda de noche.

—Aday...

—Yaiza, ya llevamos así un mes y el tiempo vuela, por favor. No nos daremos cuenta y te tendrás que marchar.

Veo cómo esa frase se le clava como un puñal; no quería sacar esa carta porque es algo que hemos fingido que no va a pasar, pero va a pasar, por mucho que no lo hablemos.

—Vale.

—¿Sí?

—Sí, quiero aprovechar todo el tiempo que pueda contigo.

89

Ya sabéis lo que viene ahora, no os hagáis las disimuladas



Llegamos a la puerta de su casa; durante el trayecto hasta aquí ha parecido que el mal rollo seguía instalado, aunque por lo menos ha vuelto a poner su mano en mi pierna; poco se habla de lo sexy que es ese gesto tan tonto. Verlo conducir mientras te agarra el muslo... Cine.

Nos bajamos del coche y le digo que entre él primero para comprobar que su madre está dormida. Lo espero en la puerta rezando porque así sea. Tarda bastante más de lo que me imaginaba en volver y ya lo doy por perdido, seguro que está despierta y le está dando explicaciones para poder salir y llevarme de vuelta al hotel.

Aparece como diez minutos después con la respiración entrecortada y hablándome entre susurros.

—Pasa, no hay madres en la costa.

—¿Y por qué has tardado tanto?

—Estaba haciendo la cama y recogiendo un poco el cuarto.

—¡¿No tenías la cama hecha?!

—Hacer la cama es una pérdida de tiempo. Además, los expertos dicen que hay que dejarla sin hacer para que se airee y no haya bacterias.

—Eso es diez minutos, Aday, no todo el día.

—Por si acaso, yo me aseguro bien de que no haya ningún tipo de microbio en mi ecosistema. Lo hago por la salud pública.

—Eres un sinvergüenza.

—Un sinvergüenza al que llevas loco.

Se lanza contra mí y me pega a la pared de su portal; es tan brusco y sutil a la vez que siempre me pilla fuera de juego. Empieza a besarme con una pasión que... Bueno, ¿sería *too much* decir que me pongo cachonda en el instante uno? Espero que no, ya tenemos confianza.

Mientras me besa el escote, el cuello y los labios, me agarra el culo con las dos manos y me arrima a él; yo también paseo mis uñas por su cuello y creo que podríamos hacerlo aquí mismo.

Mientras tengo los ojos cerrados y mil sensaciones recorriendo cada centímetro de mi anatomía se separa de golpe, me coge de la mano y me mete en su casa. No puedo fijarme en nada porque todo está oscuro y vamos a toda pastilla, subimos unas escaleras, entramos en una habitación y cierra la puerta.

Entiendo que estamos en su cuarto, pero no puedo saberlo porque apenas hay luz, solamente la que se cuela de la luna por el ventanal que hay; es como el que sale en *Peter Pan*, tiene un poyete en el que te puedes sentar, como el que tenía Wendy para mirar la segunda estrella melancólica. Siempre he querido uno de esos, todas las chicas interesantes de las películas tienen uno.

Un momento, sí que hay luz, pero intermitente, la habitación se ilumina un poco y se vuelve a sumir en la oscuridad cada pocos

segundos.

—¿Qué es esa luz?

—Hay un faro justo enfrente de la ventana.

No puedo fijarme en mucho más porque el señorito ya se ha descalzado, me ha vuelto a coger de la mano y me lleva hasta su cama, se tumba y dándome un tirón me arrastra con él, me siento a horcajadas sobre su cuerpo, apoyo mis manos en su pecho y le digo en voz baja:

—Tranquilo, fiera, que tu madre estará abajo, pero, con el jaleo que estás haciendo, nos va a oír en cualquier momento.

—Que nos oiga. Tengo treinta y cuatro años y llevo esperando este momento desde el primer beso que te di. No pienso pensar en nadie que no seamos nosotros ahora mismo.

Se incorpora un poco, me coge con las dos manos del cuello y me tira hacia él; empezamos a besarnos con fuerza, con pasión, nuestras lenguas parece que están luchando a vida o muerte la una contra la otra y poco a poco, no sé cómo ni cuándo, el beso se hace más lento, más sentido, menos necesitado y más disfrutado.

Empiezo a contonearme sobre él, a sentir cada centímetro de su miembro entre mis piernas (qué difícil es contar estas cosas, me da vergüenza, pero todo sea por vosotras).

Parece que la noche de hoy va a ser larga.

—Aday, pon la alarma, mañana entro a las nueve.

—¿En serio? ¿Ahora?

—Y tan en serio, no puedo faltar al curro.

—Te odio.

Me quita de encima de un movimiento y se levanta, coge su móvil y veo cómo toquetea la pantalla.

—Alarma puesta.

—Así me gusta.

—Eres tan responsable que me da hasta rabia.
—Sabías perfectamente dónde te estabas metiendo.
—Y pretendo meterme hasta el fondo.
Nunca una pretensión sonó tan bien en mis oídos.

90

Qué bien follar



¿Cómo esta persona es capaz de pensar en la alarma, en el trabajo y en madrugar en un momento como este? No sé si la odio o la envidio, sinceramente.

Va a pasar, después de tanta espera, va a pasar.

Vuelvo a la cama, ella está tumbada y yo me pongo a su lado, nos miramos de costado y ella cuela una de sus piernas entre las mías. Me acaricia la cara, se acerca a mí y me besa, despacio, saboreando los restos de una cena que mejor no recordar.

Igual me estoy volviendo loco de tanta hormona paseando por mi cuerpo en estos momentos, pero siento que este beso significa algo más, que me quiere decir algo con él que con palabras no se atreve. Cuando se separa me deja sin aliento.

—Gracias por estar esta noche aquí conmigo —le digo.

—Gracias a ti por descubrirme partes de mí que ni siquiera conocía.

En lugar de responderle que me siento exactamente igual que ella, que he descubierto en este último mes que soy mucho más de

lo que creía, me incorporo, me pongo encima de ella y la beso.

La beso con fuerza, la beso con ganas, la beso como si tuviéramos todo el tiempo del mundo por delante, como si el verano fuera eterno. Ella enreda sus piernas en mis caderas y comienza a frotarse contra mi polla; llevo empalmado desde que estamos en el portal, así que su roce directo contra mí se siente a las mil maravillas, alivia un dolor que no sabía ni que estaba sintiendo, llena un vacío que no sabía que estaba ahí.

Me dice que me haga para atrás, la obedezco y me siento de rodillas, ella se incorpora también, me quita la camiseta, yo le quito el vestido por la cabeza y, en cuanto se queda en bragas y sujetador delante de mí... Mis ojos se convierten en puro fuego, me gusta todo de ella, pero uno tiene que tener debilidades.

—¿Las quieres ver?

—Desde el primer día que te vi.

Se echa hacia atrás y se separa de mí, pone distancia entre los dos, se pega al cabecero de la cama sentada sobre sus rodillas, como si fuera a ponerse a rezar en cualquier momento. Me mira como nunca me había mirado antes; quiere jugar, me está retando. Comienzo un movimiento para acercarme a ella, pero levanta la mano y me detiene.

—Ahora solo miras.

—Sí, su señoría.

Sonríe de medio lado y creo que nunca he visto a alguien tan asquerosamente sexy en toda mi putísima vida. Veo cómo se lleva las manos a la espalda, se desabrocha el sujetador sin ningún tipo de prisa, lo deja abierto en su espalda y entonces el dedo índice de la mano contraria a su hombro se dirige al tirante de la prenda. Con una parsimonia que me está encantando a la vez que desesperando,

recorre cada centímetro de la tela, acaba deslizando el tirante por su hombro y no puedo evitar que un gruñido salga de mi garganta.

Repite la operación con el otro, el sujetador sigue sobre sus tetas como por arte de magia, y yo no dejo de mirarlo fijamente, a ver si con la fuerza de mi mente consigo hacer que se caiga. Ella recorre toda la parte de encaje que está en la zona de arriba de la prenda con su maldito dedo y me mira, no deja de mirarme.

—¿Quieres ver más? —me dice.

No le contesto, únicamente levanto la vista de sus tetas a sus ojos y siento cómo atravieso su ser, nuestras miradas se conectan y, mientras no dejamos de mirarnos a los ojos, se quita el sujetador, un simple toque hace que se desprenda, pero yo no miro, no todavía, sus ojos tienen toda mi atención.

Se acerca la mano a la lengua y veo cómo se chupa la yema de los dedos, estos empiezan a dirigirse hacia abajo, yo me mantengo fuerte en su mirada. Comienza a acariciarse el pezón derecho, no soporto más y deslizo mi mirada a ese punto. Joder, joder, joder. Me cago en todo lo cagable, la madre que me parió. Qué vistas, qué regalo, qué pedazo de tetas.

Empieza a tocárselas, con las dos manos, lento, suave; las acaricia, con su propio tacto se van erizando, sus pezones se ponen duros y yo tengo la polla que me va a reventar en cualquier momento.

¿Ella juega? Yo también. Empiezo a tocarme, veo cómo ella no se lo espera y sus ojos dejan de estar en los míos; comienzo a hacerme una paja tras quitarme los pantalones mientras ella se estimula los pezones. ¿Cómo puedo sentirla tan cerca si está al otro lado de la cama?

—Sácatela.

—¿Quieres verla?

—Por favor.

La saco del calzoncillo y está en su máximo esplendor; no tengo un ejemplar descomunal, pero es de lo más funcional. Está roja, en carne viva, las venas parece que van a reventar en cualquier momento.

—Tócate mientras me miras —me dice.

—Hazlo tú también.

Cambia de postura y se sienta con las piernas abiertas después de bajarse las bragas hasta las rodillas. Yo veo el plato más exquisito que me voy a comer en mi vida, y mira que he probado muchos. No pienso dejar ni las migajas.

Empezamos a masturbarnos mirándonos, cada uno en una punta de la cama; veo cómo se toca y apunto cada pequeño detalle; quiero saber qué hace ella para luego saber qué hacer yo. Baja su mano hacia la entrada, recoge el flujo con la yema de los dedos y luego se toca el clítoris haciendo círculos.

Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás; está empapada, puedo verlo perfectamente desde aquí y, aunque este sea un espectáculo increíble, estoy cansado de ser espectador. Me echo hacia delante, agarro sus bragas y se las deslizo por las piernas, las tiro a la otra punta de la habitación, me cuelo entre sus piernas y la beso mientras la agarro del pelo; es inmensa y la quiero toda entera para mí.

Mi polla parece que se sabe el camino perfecto porque se coloca sin que la toque en su entrada; está caliente, está mojada, está preparada, pero yo soy un caballero y antes de recoger la cosecha primero hay que regarla.

Ella así, sentada, de piernas abiertas; yo me tumbo todo lo alto que soy, los pies me salen por la esquina de la cama, pego mi cara a

su coño y, antes de devorarla, la miro una última vez. No pienso dejar ni un ápice por probar.

Paseo mis labios por los suyos, apenas rozándolos, le beso los muslos y las ingles, intento acercarme cada vez más, pero muy despacio, quiero que se muera de ganas, quiero que sufra un poco; voy a su monte de Venus y lo recorro entero, beso a beso, voy bajando y cada vez que me acerco más a su clítoris la oigo gemir, hago el amago de volver a alejarme y cuando no se lo espera lamo de una sola vez desde su entrada hasta su centro, con toda la base de la lengua. Un gemido que suena a las puertas del cielo cuando se abren sale del centro de su ser... y ahora empieza el partido.

91

Creo que es la primera vez que no pienso mientras lo hago



No sé cuántas lenguas tiene este hombre, pero me niego a creer que hay una sola ahí abajo, cómo combina, cómo cambia, cómo alterna. Nunca me han comido así; ni parecido, vaya.

Me come con ganas, con desesperación, como si le fuera a faltar. Todos los hombres que se habían acercado ahí antes lo hacían con remilgo, como un trámite, como algo que había que hacer porque tocaba, y yo siempre he dicho sin ningún tipo de vergüenza que a mí no me gusta que me hagan sexo oral. Pues bien, al parecer es que nadie me lo había practicado como se debe hasta este preciso instante.

Tengo su cabeza entre las piernas, la agarro con las dos manos, la pego contra mí todo lo que puedo, su lengua no para de trabajar, arriba y abajo, sin descanso, mis piernas se tensan, sé que me voy a correr en cualquier momento, pero no quiero que sea ya, no todavía.

Lo echo hacia atrás y se queda mirándome como un perrito asustado.

—¿Lo estoy haciendo mal?

—Lo estás haciendo demasiado bien, no quiero acabar ya.

—La noche es larga, da tiempo a que acabes muchas veces. —Hace el amago de volver a la carga. Yo no sé con qué tipo de mujeres se ha acostado este hombre, pero yo, si termino una vez, no termino más.

—Espera, no. Quiero que... que me la metas.

—¿Ya?

—Ya.

Durante unos segundos duda, pero finalmente la alternativa lo convence. Veo cómo se levanta de la cama, va hacia la mesita, rebusca en el cajón, coge un preservativo, lo rasga, se lo pone y vuelve a mi lado. Menuda destreza tiene el señorito, ni medio minuto ha tardado en hacerlo todo.

—¿Cómo te apetece? —me pregunta.

—Como tú prefieras —le contesto.

—No, mujer, como te guste a ti.

—No, no, como te guste a ti. A mí creo que me va a gustar todo.

—Pues lo mismo digo.

—Pues no sé.

—Pues yo tampoco.

Nos quedamos los dos desnudos, mirándonos en silencio durante varios segundos, nos entra la risa porque somos dos pedazos de idiotas y nos besamos entre carcajadas, un beso torpe sin sentido porque hay más risa que intención de besar. Se pone encima de mí, yo abro las piernas y lo dejo acomodarse entre ellas, apoya sus manos a los lados de mi cabeza y nos quedamos mirándonos, aún con una sonrisa en los labios. En ese momento entra la luz por la ventana durante un par de segundos y nos miramos.

Siento que quiero decirle muchísimas cosas, pero no me sale ninguna, así que, después de unos segundos, lo beso. De forma natural, como si se supiera el camino, su pene se coloca en mi entrada.

—¿Lista? —me pregunta.

—Desde el momento en que te vi por primera vez —le respondo.

Despacio empieza a introducirse en mí, a encajar dentro de mí; le doy la bienvenida y me doy cuenta, de manera plenamente consciente por primera vez en mi vida, de lo increíble que es el sexo cuando lo haces con una persona con la que conectas de verdad.

92

No quiero volver a ir a trabajar nunca más

Ni a trabajar ni a nada, no quiero salir de esta habitación, no quiero dejar de estar con ella ni medio segundito. ¿Tóxico, yo? A mucha honra, muchachas.

El despertador suena a las siete y cuarenta y cinco de la mañana, creo que nos quedamos dormidos sobre las cinco, poco más de dos horas deberán bastar para sobrevivir al día de hoy. Apago la alarma a tientas y me giro para agarrar a la *lady* que anoche me hizo gozar a todo trapo, pero me encuentro la cama vacía.

Me incorporo de golpe, asustado; en menos de un segundo decenas de pensamientos acuden a mi mente. «¿Se ha ido? ¿He hecho algo que está mal? ¿No se ha sentido cómoda? ¿Esto no se va a repetir? ¿Dónde está? No tiene coche, ¿sabrá cómo funcionan las guaguas aquí?» Todo esto solo durante el instante que tardo en incorporarme y girar la cabeza para encontrármela sentada en el alféizar de la ventana; cómo es el cerebro, ¿eh?

Qué bonita queda en mi habitación, la muy desgraciada. Está en ropa interior, sentada sobre una pierna y con la otra colgando,

mirando al mar. La brisa le levanta el pelo; yo creía que las vistas desde mi habitación eran insuperables, pero me equivocaba.

—Buenos días, su señoría.

—Buenos días, chef.

Se gira y me mira, creo que no ha oído ni la alarma, tengo el tono ese del despertar suave; las que tienen el sonido ese de la bomba no sé cómo no han fallecido ya de un infarto de miocardio, la verdad.

Me levanto y voy junto a ella. Veo que entre sus piernas tiene una de mis libretas en las que apunto recetas, ideas y consejos que pillo de aquí y de allá, es un absoluto caos. La abrazo por la espalda, le doy un beso en la cabeza (me encanta besarla en el pelo, le huele asquerosamente bien) y me apoyo en su hombro.

—¿Has estado cotilleando mis apuntes?

—Efectivamente. Creo que he entendido tres palabras en total, y siendo muy generosa.

—Tampoco es para tanto, no son cosas tan complejas, exagerada.

—No, no. Si lo digo porque tienes una letra horrible —me dice, riéndose la muy asquerosa.

—¡Pero bueno! ¿Faltándome ya de buena mañana?

—Te voy a regalar unos cuadernillos Rubio, a ver si mejoramos la caligrafía.

—¿Pues sabes qué te voy a regalar yo a ti?

—Sorpréndeme.

La giro hacia mí, me coloco entre sus piernas, le agarro la cabeza con las manos y le doy un suave piquito. Cuando me echo hacia atrás y la miro de nuevo veo que está sonriendo igual que yo, menudo par de idiotas.

—Estos regalos me gustan mucho.

—Pues te voy a hacer otro más.

—Está generoso, el señorito, recién levantado.

—Solo cuando las noches son como la que me regalaste ayer.

—Si con ayer te refieres a hace dos horas...

—Eso. ¿Se puede saber qué haces ya despierta?

—No se me da bien dormir en casa ajena desde pequeña. Por ejemplo, cuando mis amigas hacían fiestas de pijama, lo pasaba fatal. No quería ir porque sabía que no iba a pegar ojo, pero tampoco quería no ir porque me lo iba a perder.

—¿Y qué hacías?

—No ir. Cuando no descanso, tengo un humor de perros.

—Cualquiera lo diría...

—Hoy es una excepción, no te acostumbres. ¿Y mi segundo regalo del día?

—¿Tienes la cámara desechable?

—En el bolso.

Me acerco, la cojo y vuelvo a la ventana.

—Mira hacia delante, como estabas antes de que te interrumpiera.

—¿Así?

—Eso es, muy bien. Ahora coge la libreta y finge que lees, hazte la interesante.

—Desde luego que tengo que fingir, no entiendo nada de lo que pone.

—A que no te hago la foto.

—Perdón, perdón.

Giro la ruedecita y «clic». Ella quizá no lo sepa, pero esa foto no solo está en su carrete, yo me la he guardado en la cabecita para volver a ella cada vez que quiera ser un poco feliz.

93

Que alguien pare el tiempo, por favor



Las semanas pasan volando y con ellas llega agosto. No lo estoy llevando nada bien, aunque, bueno, os miento, lo estoy llevando genial porque estoy fingiendo que no me doy cuenta y se me está dando increíble, la verdad.

Aunque no deja de haber por ahí una voz en sexto o séptimo plano que me recuerda que tengo que tomar decisiones, que el reloj ya está corriendo, que me quedan veintiún días para volver y, sí, la experiencia es chulísima, pero yo sigo sin saber qué quiero hacer con mi vida.

Quiero acercarme a Recursos Humanos para preguntar si me podrían ampliar también a septiembre o incluso a octubre; alargar por lo menos un mes mi estancia aquí suena asquerosamente lógico, pero, si me quiero volver a presentar a las oposiciones, tengo que dejar de jugar a ser una sirena de Mako que no tiene ninguna responsabilidad.

Hoy tengo el día libre; Ana y Gabi curran, Aday también. Tiene el turno de tarde, así que evidentemente anoche me fui a «dormir» a

su casa, terminamos de jugar al parchís a las cinco menos cuarto de la mañana y no he dormido nada. Me he planteado volver sola para no despertarlo porque él sí que duerme a pierna suelta, pero eso supondría bajar yo sola y me niego a encontrarme con su madre.

Me consta que la mujer sabe que existo. Como para no enterarse, también os diré. Yo intento ser discreta, pero su santo hijo no se corta un pelo en hacer el Circo del Sol por la habitación, con la de anoche son tropecientas las que he pasado allí y... telita con el acróbata, que esta mañana me ha penetrado mientras los dos estábamos asomados a su ventana. Es verdad que delante tiene una playa increíble en la que nunca hay nadie, viven en medio de la nada, pero yo qué sé, imagínate que sale su madre a coger el coche para irse a comprar el pan y me pilla ahí, como si fuera yo Bella dándole los buenos días a todo el pueblo desde el balcón (*La Bella y la Bestia* es mi película favorita por y para siempre).

Después del sexo increíble con las vistas insuperables (al parecer el riesgo me pone un poco; jamás lo habría dicho, pero aquí hemos venido a descubrirnos) me ha traído al hotel y aquí estoy ahora, en mi habitación, mirando a la nada debatiendo conmigo misma qué hago: ¿me echo a dormir? ¿Me voy a la playa y me doy un paseo? ¿Me acerco a Recursos Humanos?

La primera opción es para no obligarme a pensar en nada; una cuando duerme apaga el cerebro, es una maravilla, os lo recomiendo. La segunda debería ser la opción correcta, irme sola a dar un paseo y pararme a pensar de verdad qué quiero hacer con mi vida. La tercera... es la que más me apetece, pero sé que es de ser una irresponsable de narices, no me quiero ni imaginar cuando se lo diga a mis padres.

«Mamá, papá, que me quedo aquí en la playita un mes más.»

«Yaiza, no. Sabes que te tienes que poner a estudiar y te tienes que poner ya. Como lo sigas dejando pasar, vas a perder el ritmo. Cuando te sientes en la silla, ni te vas a acordar de cómo se estudia. El verano ha estado muy bien, te hemos apoyado en todo, pero también tienes que ser responsable y saber cuándo tienes que parar. Eres una muy mala hija, qué decepción.»

Esto último no me lo dirían jamás, pero a mí me encanta pensar que sí para martirizarme.

No le doy más vueltas, si me lo pienso, no lo hago, así que allá voy.

Me pongo un bikini amarillo, unas zapatillas para ir cómoda, un vestido playero, me preparo el bolso con lo necesario y en marcha.

Para variar un poco la ruta, esta vez no voy a Playa Bastián, me apetece caminar, así que pienso ir a donde me lleven mis pasos, sin rumbo. Estoy loquísima, quién me ha visto y quién me ve.

Salgo por la parte de atrás del hotel y al pasar la playa privada que tenemos me encuentro con una senda peatonal de ladrillo que está pegada al mar, ya tengo dirección.

Resisto el instinto de ponerme los auriculares y escuchar cualquier cosa que no sea mi cabeza; cada vez que estoy sola los utilizo y llega un punto en el que no sé si es porque me apetece escuchar música o porque no me apetece escucharme a mí.

Miro el mar, las olas, lo escucho con todos mis sentidos y en cuestión de segundos me pongo a llorar. Pues sí, al parecer sí que necesitaba esto.

Me siento en el primer banquito que me encuentro, el cual está bajo un par de palmeras, y lloro tranquila. Qué bien sienta la soledad escogida. Saco mi móvil y empiezo a escribir en notas (me encantaría ser una bohemia que escribe a papel y boli, pero soy doña pantallas, no nos vamos a engañar).

Sé lo que tengo que hacer, pero no quiero hacerlo.

Sé que esto no puede ser eterno, pero quiero mentirme y fingir que sí.

Soy plenamente consciente de que mi futuro no está aquí, pero mi presente sí.

Aquí tengo un trabajo que no odio, pero que no me llena.

Aquí tengo sueños, pero llevan fecha de caducidad.

Aquí tengo amor, pero no el de los míos.

No sé si me aferro a la isla por quién soy o por lo que tengo aquí.

Aquí todo es fácil, es sencillo, todo fluye. Pero esta no soy yo.

A mí las cosas no me salen fáciles, yo me esfuerzo por conseguirlas; para mí la vida no es sencilla, yo me la complico; a mí las cosas no me fluyen, yo las planifico.

Y no lo digo como algo malo, creo que soy así, que me gusta ser así.

Me gustan el orden, la organización, lo difícil, los retos.

No sé si me obligo a creer que soy así o de verdad lo soy; intento mirar al futuro y no me imagino una vida en esta isla, no me veo realizada trabajando aquí, viviendo aquí, siendo aquí.

Quiero ser jueza.

Pero me mata todo lo que ello conlleva ahora mismo.

Quiero ser jueza.

Lo he vuelto a escribir para ver si cambiaban mis sensaciones y no.

Lo quiero, lo quiero de verdad, es el trabajo de mi vida, son años de esfuerzo y dedicación porque, sencillamente, me apasiona.

Sé que el trabajo no lo es todo, me lo he demostrado viniendo aquí; podría vivir una vida alternativa completamente satisfactoria lejos del que siempre ha sido mi sueño, pero me estaría fallando a mí misma.

O eso creo.

Es todo tan difícil...

Y luego está él... Si no estuviera él, yo no estaría aquí, llorando frente al mar con el móvil en la mano. Tendría clarísimo que me vuelvo en tres semanas, que siento de nuevo mi culo en una silla y que lo hago con ganas, con garra, con determinación.

Pero ahora está él y antes no estaba.

Y no me puedo pedir sacarlo de la ecuación porque ahora forma parte de la fórmula.

Creo que dudo tanto y doy tantas vueltas por él. Si no hubiera Aday, no habría dudas. Si no hubiera Aday, no cabría la posibilidad de hablar con

Recursos Humanos. Si no hubiera Aday, no me plantearía existir aquí durante más tiempo del estrictamente necesario.

Me encanta la isla, pero me encanta para que sea una burbuja, un paréntesis existencial, un lugar al que regresar cuando me pierda, un espacio en el que saber que puedo parar todo para volver a encontrarme.

Pero esta isla ya no existe sin él, este lugar para mí ya no es Lanzarote, este pedazo de tierra ahora es el espacio en el que he aprendido qué es sentirse amada, sentir amor, atreverme a amar.

Sé que han sido unos pocos meses, que ha sido fugaz, que ha sido breve, pero ha sido tan real...

Creo que es la primera vez que escribo así, es la primera vez en mi vida que no hago una lista objetiva con pros y contras, es la primera vez que me paro a escuchar lo que siento y no lo que pienso.

Vuelvo a caminar, la respuesta correcta no la voy a encontrar hoy; de hecho, no creo siquiera que exista.

94

No todo puede ser siempre de color de rosa, ¿no?

Ayer salí a las dos de la mañana de trabajar, el turno de tarde-noche me mata; encima no hay posibilidad de que Yaiza se venga a dormir porque entra a las nueve de la mañana y, por muy kamikaze que yo quiera ser, ella tiene razón, tenemos que descansar algo.

El trabajo en las cocinas va de locos; cada día que pasa siento que soy un poquito mejor, la chef me ha dejado empezar a hacer salsas cuando me sobra algo de tiempo y estoy asquerosamente feliz; sigo practicando cada vez que puedo, allí y en casa, no va a haber quien me frene.

Llego al hotel y tengo la tentación de ir a ver a Yaiza, aunque sea de lejos; a estas horas estará seguro en la piscina con las clases de aquagym; es de las pocas veces que no la miro a ella y miro a los huéspedes, verlos a todos intentar seguir el ritmo dentro del agua... Parece que estoy viendo *Humor amarillo*, podría tirarme horas riéndome en silencio. Pero no lo hago, le tengo que dar su espacio y me tengo que dar mi espacio.

Llego a la taquilla, me cambio y paso a las cocinas. Antes de que pueda saludar a María (la cual está peor que nunca, directamente ha dejado de hablar, parece un alma en pena y yo ya no sé cómo animarla) me llama Mónica.

—Aday, aquí.

—Sí, chef, dígame.

—Vuelves a ascender.

—¿Cómo?

—En quince días eres *garde manger*.

—Pero ¿qué dice, chef? Ese es el puesto de María, tiene que haber una confusión.

—María ha presentado su dimisión. Deja las cocinas en quince días.

Me quedo de piedra, blanco como el papel, no me lo he visto venir ni un poco. Si consiguió remontar, o eso creía yo, el bache con Juanma después del Kamezí, no esperaba este desenlace. El ascenso me la pela, me la suda, me la trae al pairo, no lo quiero. Yo no quiero el trabajo de María, yo quiero trabajar con María.

—Aday, a tu puesto.

—Sí, chef.

Me alejo de allí sintiendo que camino hacia atrás, me acerco a donde está María y me pongo a cortar cebollas junto a ella.

—¿No me lo pensabas decir?

—No quiero que se haga real.

—¿A dónde te vas?

—A Barcelona, vuelvo a casa.

—¿Lo sabe Juanma?

—No.

—¿Se lo vas a decir?

—No.

—¿Cuándo te vas?

—El mismo día que se me acaba el contrato.

—¿Eso cuándo es?

—El 27 de agosto.

—Estamos a 12.

—Quince días, te lo ha dicho la chef.

Nos quedamos callados. Qué bien cortar cebollas, así no parece que lloro porque me siento un gilipollas.

—Perdón, María.

—Perdón, ¿tú? ¿Por qué?

—Porque no he estado para ti. Últimamente solo paso tiempo con Yaiza y aquí el ritmo es muy frenético. No me paro a hablar contigo, no he estado para ti, soy un amigo de mierda.

—Eh, eh, eh. Aday, para el carro. —Deja el cuchillo sobre la isla, se gira y nos miramos por primera vez desde que hemos empezado a hablar—. Esto no es culpa tuya, es una decisión que debería haber tomado hace mucho tiempo. Gracias a ti he encontrado el valor, al menos en parte. Has sido un gran apoyo.

—Gracias por enseñarme todo lo que sé.

—Es un honor que te quedes con mi puesto. Sé que estará siempre en buenas manos.

Ahora estamos llorando los dos, nos abrazamos y, por primera vez desde que pisé estas cocinas, la chef no nos dice nada. Al parecer hasta ella sabe que necesitábamos este abrazo.

Salgo de las cocinas, mal, muy mal. Solo quiero ver a Yaiza, abrazarme a ella y sentir que hay cosas que están bien. No he podido coger el móvil para avisarla durante el turno y sé perfectamente que a estas horas ella ya estará en su séptimo sueño, pero no puedo evitar ir hasta su ventana y llamarla.

Después de insistir por tercera vez y ser consciente de lo gilipollas que es despertar a alguien de madrugada para que te dé un abrazo, me doy la vuelta y me marcho. Cuando estoy a punto de doblar la esquina, veo que su ventana se abre.

—¿Yaiza?

—Aday, joder, qué susto. Creía que eras un ladrón.

—¿Un ladrón en este hotel iría a robarte a ti?

—Yo qué sé, son las dos de la mañana, la lógica no la tengo activada. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

—No, necesito un abrazo.

—Dame dos minutos y salgo.

Creía que era una forma de hablar, pero literalmente en menos de dos minutos está fuera conmigo. Sale en pijama, con el pelo revuelto y los ojos entrecerrados; a mí de repente el mundo ya no me parece tan feo.

—¿Qué le pasa al chiquitín? —me dice mientras abre los brazos y me invita a ir hacia ella.

—Mido casi medio metro más que tú.

—Pero eres un pequeño niño de todos modos.

Razón no le falta.

Nada más abrazarla me pongo a llorar, otra vez, qué vergüenza.

—Creo que es la primera vez que lloro a conciencia delante de alguien en mi vida adulta.

—Pues muy mal, llorar es sanísimo.

—Yo es que no lloro nunca y, al parecer, hoy he abierto el grifo y no hay quien lo cierre.

—¿Damos un paseo por la playa?

—Por favor.

Nos vamos caminando de la mano a Playa Bastián; para no haberla pisado en toda mi vida, últimamente no salgo de ahí. Nos

sentamos debajo de las sombrillas, justo donde estuvieron Juanma y María, donde casi nos besamos por primera vez.

—Este sitio me trae buenos recuerdos —le digo.

—A mí también. Qué vergüenza ese día, que casi me besaste.

—¿Te besé? ¡Como si tú no quisieras!

—Para nada, eras tú el que lo estaba deseando. Te tenía en el bote.

—Eso no lo voy a negar.

—No tendría sentido, tengo evidencias científicas.

—Ah, ¿sí? ¿Cuáles?

—La imagen en mi cerebro de ti, con los ojos cerrados, acercándote a mí, justo ahí, boqueando como un pececillo.

—Eres mala, ¿eh?

—Me jodió tanto que nos interrumpieran...

—Ya ves, qué hijos de puta.

—Bueno, ¿qué?, ¿me vas a contar qué te pasa?

—María se va.

—¿Cómo?

—Que sí, que ha dejado el curro y se pira en quince días.

—¿En serio?

—Y tan en serio. Me ha llamado la chef, me ha ofrecido su puesto y me lo ha contado.

—¡¿Vas a pasar a ser el de las ensaladas?!

—No es el de las ensaladas, es el de los fríos.

—Tú siempre dices que María es la de las ensaladas —replica entrecerrando los ojos. Está muy graciosa así.

—Eso es porque me meto con ella, pero es mucho más.

—¿No será que te las estás dando de interesante para impresionarme...?

—Para nada. Besar la boquita del futuro *garde manger* del Costa Teguise no es para nada interesante...

—Cómo me ha puesto eso, dilo otra vez.

—*Garde manger*.

—Ufff, bésame.

Superagresiva, me coge de los mofletes y me planta un beso con la boca abierta, girando la cara a izquierda y derecha superrápido; nos da un ataque de risa. Esta mujer me hace tan feliz... Qué asco.

—Eres tontísima.

—Me lo has pegado tú, yo no era así.

—Pues te queda muy natural, seguro que lo llevabas dentro.

—Qué bonito que me quede natural ser tonta.

—Es una cualidad que no cualquiera tiene...

—Entonces ¿estás triste porque se va María?

—Sí... Siento que no he estado ahí para ella, no la he apoyado lo suficiente, y quince días no es nada, pasan volando.

—Bueno, tendrás que ir acostumbrándote... Yo me voy en veinte.

—¿Cómo?

—Que me quedan veinte días aquí.

—¿Cómo que veinte días?

—Me voy el 1 de septiembre, Aday.

Me quedo callado, me separo de ella; estoy enfadado, siento que me está comenzando a hervir sangre.

—¿Qué te pasa?

—Nada, no es contigo, déjame un momento.

—No, no, dime qué te pasa.

—Nada, no había hecho las cuentas y me ha pillado desprevenido, pero se me pasará enseguida.

—Aday, ¿estás bien?

—No, no estoy bien. No estoy nada bien, Yaiza. Te he llamado porque quería desahogarme sobre María y ahora me sales tú con esta mierda. En septiembre no estaréis ninguna de las dos, ¿y qué cojones se supone que tengo que hacer yo, eh? ¿Quedarme aquí como si nada?

—Aday, sabías perfectamente que me iba.

—Pero no tan pronto. ¿No ibas a hablar con Recursos Humanos para ver si podías ampliar un mes más? Creía que por lo menos lo ibas a intentar. Me han dicho que en el hotel hay jaleo hasta octubre, contaba con que te quedaras aquí hasta entonces.

—Aday, tengo que volver a estudiar para la oposición.

—A tomar por culo la oposición, Yaiza, cojones. Aquí eres feliz, ¿no lo ves? Cada vez que hablas de estudiar te pones fatal. Lo has intentado tres veces y las tres no ha salido bien, ¿quién te dice que a la cuarta sí? Además, para que vuelva a salir plaza quedan años.

—Eso nunca se sabe, pueden salir en cualquier momento.

—No me jodas, Yaiza. Son tus palabras, no las mías.

—Aday, no me agobies.

—No te agobio, me agobio yo. Has tomado esta decisión tú sola, no me has tenido en cuenta, no me has preguntado. ¿Me vendes el cuento de que vas a pedir quedarte un mes más y de la nada me sueltas que te piras al acabar agosto?

—¿Te puedes tranquilizar? ¡Sabías perfectamente que estaría aquí cuatro meses desde el principio! No sé aún si voy a hablar con Recursos Humanos o no y, aunque lo hiciera, eso no significa nada. Se quedarán los veteranos, como antes de la temporada alta, y los demás a la calle. Nos contrataron para eso.

—Bueno, pues da igual. Puedes buscar trabajo en otro hotel o donde sea, en mi casa te puedes quedar.

—Pero ¿qué estás diciendo, Aday? ¿Te estás escuchando?

—¿Qué? ¿He dicho alguna locura?

—¿Pretendes que me vaya a vivir con tu madre?

—Y conmigo, con los dos.

—Tú estás flipando en colores.

—O miramos un piso y nos vamos los dos.

—Aday, nos llevamos liando algo así como dos meses. ¿Tú estás bien de la azotea?

—¿Ni siquiera te lo planteas?

—¿Que nos vayamos los dos a vivir solos? Por supuesto que no.

—De puta madre, pues que te vaya muy bien en tu puto pueblo.

—¿A dónde vas?

—A mi casa, con mi madre.

—¿Te vas a ir así?

—Exactamente igual que tú.

A tomar por culo.

95

No sé ni qué escribir



Cinco días. Cinco días han pasado desde que me dejó sola en la playa a las tres de la mañana y no me ha vuelto a dirigir la palabra. Podría arrancarle la cabeza de una ahora mismo, menos mal que soy una persona cabal y coherente.

Si tenía alguna duda, la he resuelto. Me vuelvo a la península, no pretendo tener una relación con alguien que gestiona sus problemas así, con la ley del hielo.

¿Qué se supone que esperaba? ¿Que le pidiera permiso? ¿Que le preguntara a él qué opinaba sobre MI futuro? ¿Que cambiara mi vida entera porque al señorito le apetece alargar temporada de verano? Es que estoy alucinada, de verdad.

Cinco días con sus cinco noches y nada, ni media palabra, ni media mirada. Nada. Silencio absoluto.

Estos días en el curro han sido una mierda, los niños están especialmente insoportables y a Sergio no hay quien lo aguante, o eso me parece al tenerlo de duplo.

Si pudiera, me hacía la maleta hoy mismo y me volvía, de verdad os lo digo.

Pero no pasa nada, está todo bien, son solo quince días. Si estos tres meses y medio se han pasado volando, no serán para tanto. He superado cosas infinitamente más difíciles que esto.

Videollamada entrante de mi hermana, qué pesada.

—¿Qué quieres ahora?

—Eeeeeeh, tranquila, fiera. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nuria, no tengo tiempo. ¿Qué quieres?

—Saber cómo está mi hermana.

—Tu hermana está de puta madre, viviendo el mejor momento de su vida. ¿Necesitas saber algo más o con eso te vale?

—¿Palabrotas y todo? ¿Tan jodida estás?

—Nuria, estoy bien, ya te lo he dicho.

—¿No me lo vas a contar?

—No tengo nada que contarte.

—¿Aday?

—Es un pedazo de idiota insufrible, asqueroso, nauseabundo, irritante y desagradable.

—Insultar con inteligencia es una cosa, ¿eh?

—Es un pedazo de gilipollas integral.

—¿Mejor?

—Mucho. Gracias.

—¿Qué ha hecho?

—Enfadarse porque me voy en quince días.

—Pero eso ya lo sabía, ¿no?

—Pues claro.

—¿Entonces?

—Pues eso me pregunto yo.

—¿Le ha pillado de susto?

—Es que no entiendo el susto. Sabe que me voy al acabar agosto desde que empezamos a hablar.

—¿Y por qué se enfada?

—Porque una vez le comenté que igual intentaba quedarme un mes más.

—¿Cómo?

—No lo sé, Nuria. Estaba en una nube, aquí todo iba genial y de pensar en volver y ponerme a estudiar hasta me daban arcadas, así que me planteé la idea de preguntar si podía ampliar el contrato.

—¿Lo quieres hacer?

—Ya no.

—¿Por qué no?

—Porque, si me quedaba, era por él, y él es idiota.

—Yaiza...

—¿Qué?

—¿Te apetece quedarte un mes más?

—No puedo.

—No te he preguntado si puedes, te he preguntado si te apetece.

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabes?

—Porque por una parte sí y por otra no.

—¿Te has hecho la lista de pros y contras?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque ya no hago listas.

—¿Me estás vacilando?

—No.

—Guau, sí que te ha cambiado la isla.

—¿Hacemos una?

—¿Lista de pros y contras?

—Sí.

—Dale, me encantan estas mierdas.

—Pros: estoy muy bien aquí, el trabajo de monitora no es el peor del mundo, mis compis de curro me caen genial, aquí siento que soy más divertida y espontánea, se come muy bien y estoy morena.

—¿Y ya?

—Y... y me apetece seguir con él.

—Ahora sí. ¿Contras?

—Sé que mi futuro no está aquí. Me apetece... Sé que en un mes me arrepentiré de haber dicho esto y me da vergüenza decirlo en voz alta, hasta pensarlo, pero me apetece volver a estudiar. Echo de menos mi rutina, mis bolis de colores pastel, mis resúmenes y mis fosforitos. Pienso en el escritorio ordenado, en los apuntes y... y me apetece.

—Estás tan loca.

—Lo sé.

—¿Qué más?

—Os echo de menos a vosotros. Siento que necesito volver a mi espacio. Esto es genial, pero en el tiempo es insostenible y...

—¿Y...?

—Y si no estuviera Aday jodiendo de por medio, ni se me ocurriría quedarme aquí más tiempo.

—Vale...

—¿Conclusiones?

—No tengo ni idea, Yaiza.

—Nuria... —le digo lloriqueando.

—Es que no sé, de verdad. Las dos opciones están bien. Yo te diría que te quedaras, pero si a ti no te apetece...

—Es que ni siquiera sé si me puedo quedar. Igual los de Recursos Humanos me mandan a paseo.

—Vale, pues hagamos una cosa.

—Ilumíname.

—Vas a Recursos Humanos y preguntas. Dices que es solo información, averiguas si cabe la posibilidad de alargar el contrato y, cuando tengas la respuesta, volvemos a hablar.

—¿Y si me dicen que sí?

—Si te dicen que sí y tú sientes que no, pues les dices que finalmente no y a tomar por culo.

—No suena del todo mal.

—Suena increíble.

—Gracias.

—De nada. ¿Me dejas tus sandalias marrones?

—Ni de coña.

—¡Yaiza! ¡Te acabo de ayudar!

—No te dejo zapatos, Nuria, te lo dije. Me los destrozas todos.

—Me los pienso poner igual.

—¡Nuria!

—Ya me cuentas qué te dicen los del contrato.

—¡Nuria, no me cojas las sandalias!

—¡Un beso, hermanita!

Y me cuelga, la tía.

Se las va a poner y me las va a romper y la querré matar, pero no pasa nada, este es el precio de tener una hermana pequeña con la cara más dura de toda España.

Al menos me ha dado un hilo del que tirar. Puedo preguntar, por preguntar no pierdo nada, una pregunta es algo inocente, algo casual, lo mismo me dicen que no y ahí se acaba el drama; yo por mi parte lo habré intentado, pero la vida no habrá querido.

96

La he cagado, soy consciente

Sé que lo que he hecho no es lo más adulto del mundo, pero no puedo evitar sentirme así. No quiero que se vaya, no puedo soportar la idea de saber que se va, que esto se acaba, que no se va a repetir. Aunque encontráramos la fórmula, una fórmula cualquiera que pudiera medio funcionar, esto que estamos viviendo no va a volver a suceder. ¿Los dos trabajando en el mismo sitio y disfrutando de cada hueco que tenemos para vernos? Eso se acabó, para siempre.

Y no me gusta, no me gusta una puta mierda. Seré un niñato, seré un gilipollas, seré un putísimo imbécil, pero no quiero aceptarlo y estoy en todo mi derecho.

Me gusta. Yaiza me gusta y me gusta de verdad. Quiero que se quede aquí a vivir, que nos vayamos los dos juntitos a vivir a una casita blanca enfrente del mar con la puerta y las ventanas pintadas de puto verde Lanzarote.

Sé que no es posible, lo he buscado, me he informado; hay un juzgado en Arrecife, pero ahí no se hace nada de lo que a ella le

interesa. Ella no podría desarrollarse laboralmente como siempre ha querido y quitarle eso es algo que no podría soportar. Sé que su vida no está en esta isla, pero me jode tanto...

Le quedan quince días aquí. Quince. Han pasado cinco y no nos hemos visto, como si el tiempo nos sobrase, pero no sé qué decirle, no sé de qué hablarle, no sé ni siquiera si quiero volver a verla; así es más fácil, no quiero seguir pillándome más para que luego se vaya y me quede yo aquí con una mano delante y otra detrás, sin ella, pero en los lugares que ahora son suyos.

Lo sé, lo sé. Sé que el tiempo todo lo cura y su puta madre, pero no me sirve eso ahora, ahora no quiero escuchar esas mierdas. Ahora solo quiero cagarme en todo lo cagable y odiar la vida por habernos hecho coincidir aquí, odiar el puto momento en el que me pidió una foto cargada de maletas con una cámara de mierda y yo, en lugar de irme a mi puta casa, me quedé, volví y le hice la foto. Odio la fruta. Odio la puta fruta. Ojalá no hubiera entrado nunca a estas putas cocinas.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa de qué?

—Parece que vas a asesinar a esas pobres lechugas.

—Perdón.

—Llevas unos días raros, ¿qué ha pasado?

—Que Yaiza se va. En quince días.

—Eso ya lo sabías, ¿no?

—Sí, sí lo sabía, María. Sí, lo puto sabía.

—¿Entonces?

—Que no quiero que se vaya.

—Lo mejor es que se vaya, Aday. Alargar lo inevitable no tiene sentido, créeme, lo sé por experiencia.

—Nosotros no somos vosotros.

—Aday, por lo menos yo aquí podía hacerme una carrera. Ella quiere ser jueza, ¿qué pinta en Lanzarote?

—Nada, lo sé.

—Entonces ¿por qué te enfadas así?

—Porque es injusto.

—La vida no es justa.

—Qué mierda, de verdad.

—Aprovecha los días que os quedan, llévatela a sitios bonitos, vívelo intenso y luego déjala ir.

—No sé si podré soportarlo.

—Claro que puedes, de amor nadie se muere.

—Igual yo soy la excepción que confirma la regla.

—Esta es la putada de los «casi» algo, Aday. Que se acaban antes de que empiece lo chungo, antes de que os conozcáis de verdad. Te quedas con la parte idealizada y luego duele el doble. Yaiza no es tan increíble, tú no eres tan increíble, vuestra relación a la larga no sería lo que habéis vivido hasta ahora.

—Pero me jode no poder descubrirlo. No se acaba porque nosotros queremos, se acaba porque las reglas del juego son una puta mierda.

—¿Preferirías no haberla conocido?

—No.

—Nada más que decir.

97

Vamos a Recursos Humanos



Estoy en la puerta y no sé si entrar; estoy nerviosa, muy nerviosa, y es que no sé ni qué quiero que me digan. Una parte de mí desea que me digan que me amplían, quedarme aquí un mes más y seguir viviendo como hasta ahora, un poco más de paréntesis no le puede hacer daño a nadie. La otra parte de mí quiere que me digan que no y que así se me quite la tontería de golpe, volver a mi casa, con mis cosas, con mi rutina, con mis padres y sacarme la puta oposición de una maldita vez.

Chati, sé que hace mucho que no hablamos. Tengo un dilema. Tengo que hacer una pregunta que es importante para mí y no sé ni siquiera si quiero saber la respuesta. ¿Qué me aconsejas?

Me alegra que confíes en mí para esto. Suena como una pregunta que te importa mucho y que podría tener un impacto en ti, sea cual sea la respuesta. Si sientes que saber la verdad te ayudará a avanzar o a encontrar paz, aunque duela, puede valer la pena preguntarla. Pero, si crees que la respuesta solo te hará daño sin aportarte nada útil, tal vez no sea el momento. Si quieres, cuéntame un poco más. Estoy aquí para ayudarte.

Bloqueo la pantalla del móvil. Maldito ChatGPT, es que es perfecto de verdad. Tengo que saber la respuesta, me va a ayudar a desenmarañar todo, es la opción más fácil, más correcta y más objetiva.

Allá vamos.

—Buenos días, ¿puedo pasar?

—Adelante. Yaiza, ¿no?

—Sí, Yaiza Juan, animación.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás? Óscar nos ha dado muy buenas referencias de ti. Los que os quedáis en este hotel siempre sois los mejores, según su criterio.

—Sí, Óscar es un jefe estupendo. Venía a consultaros algo.

—Claro, adelante.

—Como sabrás, o, bueno, igual no tienes ni idea, que aquí somos muchos trabajando..., en quince días se acaba mi contrato y me vuelvo a la península, pero me preguntaba si cabría la posibilidad de ampliarlo hasta finales de septiembre. No es que sea algo definitivo, solo quiero saber si existe la opción.

—Qué maravilla que quieras seguir trabajando con nosotros, eso es muy buena señal. Dame un segundo, pero en principio creo que no sería posible.

—Claro, el tiempo que necesites.

Vale, ya está, no puedo. Estupendo, no pasa nada, está todo bien, yo lo he intentado y no se ha podido, no es culpa mía, es del destino, la vida no quiere que me pase aquí un mes más, tengo que volver y estudiar, ya está. Qué mierda, quince días no son nada... Lo voy a echar tanto de menos.

—Yaiza, te cuento. De normal no solemos hacer ampliaciones de contrato porque en septiembre el número de huéspedes desciende mucho, pero es verdad que las reservas de este año son bastantes

más que las de los anteriores. ¿Me dejas consultar con Óscar a ver qué podemos hacer?

—Sí, claro, sin prisa ninguna. No es nada definitivo, ¿eh? Que igual me decís que sí y al final soy yo la que no puede. Es solo por informarme.

—Sí, sí. No te preocupes, yo hablo con él cuando pueda y te comento.

—Perfecto, muchísimas gracias.

—Que tengas buena noche.

—Igualmente.

Me voy de aquí sin saber qué sentir; tenía clarísimo que saldría en el momento con la respuesta, pero la agonía se va a alargar aún más.

La única conclusión a la que llego es que odio al puto Aday; me queda aquí un mes o dos y no quiero pasarlos sin él.

Me voy a camerinos corriendo, hoy tenemos de nuevo *El rey león*, llego supertarde y eso no es nada típico en mí. Como era de esperar, Óscar me llama la atención; están prácticamente presentando el espectáculo y yo ni he empezado a desvestirme.

—Casi me veo a mí haciendo de hiena. Tenéis que estar siempre una hora antes del musical ya aquí, lo sabes perfectamente. ¿Qué ha pasado?

—Estaba en Recursos Humanos, perdón.

—¿Ha pasado algo? Bueno, da igual, no me lo cuentes, que no hay tiempo. Vístete volando. Que no vuelva a pasar.

—No, Óscar, te lo prometo.

Es la primera vez que me echan una bronca en mi trabajo; es la primera vez que trabajo en mi vida, también os digo. Bueno, como si no lo supierais ya de sobra. Perdón, estoy que no estoy.

Durante la función me quedo en blanco cuando tengo que decir una de mis frases, ni siquiera estoy escuchando a mis compañeros, menos mal que Ana y Gabi se saben la obra a las mil maravillas y me salvan sin que se note mucho, o eso espero.

En cuanto termina el musical salgo escopetada a mi habitación; me he traído los guantes de hiena puestos, madre mía, qué desastre. Cuando la de Recursos Humanos le pregunte a Óscar le va a decir que me dé un paseo, que a ver para qué quiere a alguien como yo trabajando aquí un mes más.

Me doy una ducha e intento dormir, pero es imposible, me va la cabeza a mil por hora. Miro el reloj y son las dos en punto de la mañana. Me lo tomo como una señal, a tomar viento.

Me pongo en pie, me calzo las zapatillas y en pijama salgo a la calle. Me voy derecha al aparcamiento; con suerte, Aday aún no se habrá marchado. Voy directa a donde siempre deja su coche, pero no está.

Deshago mis pasos y vuelvo al hotel. Cuando voy a entrar por la puerta giratoria él sale al mismo tiempo, nos quedamos mirándonos y damos una vuelta completa, parecemos imbéciles.

Salgo de ahí y él sale detrás de mí. Cuando está frente a mí le suelto a bocajarro, casi gritando:

—He ido a Recursos Humanos.

Se queda mirándome, no dice nada, está quieto como una estatua; el corazón me va a mil por hora, no sé por qué estoy tan nerviosa.

—¿No vas a decirme nada?

Se queda callado tres segundos más que se sienten como una eternidad y de repente se abalanza sobre mí, coge mi cara entre sus manos y me da un beso que me deja sin aliento.

98

Dos tontos muy tontos



—No quiero que te quedes aquí —le suelto con la voz entrecortada. Me cuesta respirar; cómo necesitaba besarla, joder.

—¿Cómo?

—¿Te vienes a casa?

—El pijama ya lo llevo puesto.

Ahora es ella la que viene a mí y me abraza, se apodera de mi pecho y me rodea la cintura; yo le correspondo y su olor se mete en mi cerebro. Qué gilipollas he sido, cuántos días he tirado a la basura.

Tardamos en llegar al coche, que está a tres minutos, casi quince. Nos besamos cada dos pasos, con fuerza, con pasión y también despacio, como pidiéndonos perdón; cada beso dice una cosa distinta y parece que tenemos mucho que decirnos.

En cuanto subimos nos volvemos a besar; tardo en arrancar no sé ni cuantísimo tiempo, por fin me lanzo a la carretera y no puedo apartar mis manos de ella, cambiar de marcha se siente un castigo.

¿Exagerado yo? Apenas.

Llegamos a mi casa, aparco y subimos; no me hace pasar a ver si mi madre está dormida, menos mal, no puedo esperar ni un solo segundo a tenerla entre mis brazos otra vez. Subimos las escaleras que parece que nos falta tiempo y es que, efectivamente, así es, nos falta tiempo.

Cada segundo cuenta.

Entramos en la habitación, cierra la puerta y, antes de que pueda ir hacia ella, viene ella hacia mí o vamos los dos, no sé ni qué está pasando, sinceramente. No somos más que dos cuerpos enredados, dos cuerpos que se necesitan, dos cuerpos que parece que no pueden existir sin el otro.

Nos arrancamos la ropa, la tiramos por la habitación y acabamos follando en el suelo. Yo tumbado y ella encima de mí; me cabalga con furia, con fuerza, yo le agarro las tetas con rabia, como si al volcar toda nuestra energía en el otro contara más, valiera el doble.

Es un polvo rápido, nos corremos a los pocos minutos de haber empezado, casi a la vez. Yo me corro primero, ella pocos segundos después, restregando su clítoris contra mi polla aún palpitante. Verla tener un orgasmo después de haberme corrido yo se siente un regalo. Se desploma encima de mí y toda la violencia desaparece; le acaricio el pelo, la espalda, y de repente noto que tengo el pecho mojado, está llorando.

—Perdóname, he sido un imbécil.

—Perdóname tú a mí también. No tendría que habértelo dicho en ese momento, estabas rayado con lo de María y no sabía que te ibas a sentir así.

—No podías saberlo, no lo sabía ni yo.

Nos quedamos así, piel con piel, respirando el aire del otro varios minutos; noto cómo se va relajando cada vez más, en cualquier momento se va a quedar dormida.

—Yai, vamos a la cama.

Me gruñe un poco, pero se pone de pie. Yo me escapo de la habitación para ir al baño a tirar el preservativo que aún llevo puesto. Aún huelo a cocina, qué asco; me doy una ducha rápida que probablemente sea la ducha más rápida que me he dado en mi vida.

Vuelvo a la habitación y me la encuentro en la ventana, mirando al mar, desnuda. ¿Cómo se supone que tengo que aceptar que no la veré así cada semana? ¿Cómo se supone que mi cabeza tiene que entender que esto no se va a poder repetir cada poco? ¿Cómo le cuento esto a mi corazón? Está la cosa jodida, mis niñas, está la cosa muy jodida.

Me siento junto a ella y la miro, está llorando, otra vez. Me siento la peor persona del mundo, soy un gilipollas de manual. Acerco mi mano a su pierna y le aprieto el muslo.

—He ido a Recursos Humanos.

—Eso ya me lo has contado antes.

—No me han dicho todavía si me puedo quedar o no, tienen que hablar con Óscar.

—Es mejor que te vayas. Tu vida no está aquí, quedarte un mes más solo va a alargar lo inevitable.

—Me encantaría que el verano fuera eterno, pero no es posible, Aday.

—Lo sé, y lo siento. He sido un idiota, me ha superado la situación, no he sabido cómo hacerlo mejor. Perdón.

—Lo sé, Aday, lo sé, pero... pero no puedes actuar así. No puedes enfadarte con el mundo y pagarlo conmigo. No puedes dejarme tirada en la playa, irte hecho un loco y después pasarte cinco días sin dirigirme la palabra.

—Perdón.

—No lo vuelvas a hacer, ni conmigo ni con nadie, por favor.

—Prometo intentarlo.

—Promete conseguirlo.

—Igual al final sí que tengo que ir a terapia.

Se ríe, una risa sincera, que le sale del corazón. Me prometo a mí mismo que el tiempo que queda solo la haré reír, ni una lágrima más.

99

Casi que ni piso mi habitación



Esta semana he dormido en casa de Aday cada noche; es verdad que, cuando tiene el turno de mañana, todo es infinitamente más sencillo; tengo que madrugar para irme con él, que entra a las siete, pero no me importa. Eso facilita las cosas, pero solo significa que la última semana la pasaremos con él en su turno de noche, es decir, no nos vamos a ver casi nada.

Cada noche desde que cambió el turno ha venido a verme al musical y luego nos hemos ido a dormir juntos, ¿cómo me he manejado para no llegar a conocer a su madre? No lo tengo muy claro, mi teoría es que él ha hablado con ella o algo; si no fuera porque la casa está repleta de cosas de madre hasta dudaría de si existe o no.

En seis días María se va de aquí y Aday creo que no lo está llevando bien; tampoco lo puedo saber a ciencia cierta porque no me deja tocar el tema; todo lo que tiene que ver con que alguien abandone esta isla está fingiendo que no existe y no me siento en la potestad de juzgarlo, sinceramente.

Hoy me ha dicho que me prepare para pasar un día entero en la playa, que me tengo que llevar el tanque bien cargado de vitamina D. No sé a dónde me va a llevar, pero conociéndolo y sabiendo que es probable que este sea el último día que pasemos juntos entero, tengo bastante claro que merecerá mucho la pena.

Me subo a su coche y me dice que el viaje de hoy será el más largo que hemos hecho desde que llegué, qué expectación. Hemos alcanzado tal punto de confianza y saber estar con el otro que no deja de sorprenderme pensar que apenas nos conocemos desde hace cuatro meses. Aquí estamos los dos, durante cuarenta minutos sin hablar, simplemente disfrutando de las vistas que nos regalan estas carreteras, su mano en mi muslo y la mía en el nacimiento de su pelo.

Cuánto voy a echar de menos esta maldita isla, qué preciosa es. La estamos cruzando entera; veo las playas, las montañas, las casitas blancas pintadas del famosísimo verde Lanzarote, y no quiero ponerme melancólica, pero se me hace un poco cuesta arriba; le debo tantísimo a este paraíso.

De repente Karol G me sorprende apareciendo a través de los altavoces del coche; suena *Mientras me curo del cora* y no puedo evitar transportarme a mi habitación, en la casa de mis padres, en el pueblo, hace casi cuatro meses... Menudo viaje, cuántos cambios, qué distinta me siento, qué cambiada estoy. Cómo quemé esta canción antes de venir... Bueno, ese disco entero; no soy yo muy de reguetón, creo que es el primer disco del género con el que me obsesiono.

Me imaginaba en la isla, curándome el corazón, saliendo al mar para aprovechar el solecito... Me hacía sentir que estar mal no era un delito, sentía que ella de verdad me entendía y la tía no dejaba de prometerme que mañana sería más bonito y qué santa razón

tenía. Hoy está siendo precioso. Me giro para mirarlo y quizá él no entiende nada, pero me entran unas ganas de llorar que no sé cómo contener muy bien, menos mal que llevo puestas las gafas de sol.

Justo cuando me cae la primera lágrima, al exacto mismo tiempo, él empieza a cantar la letra de la canción. Yo solamente puedo mirar hacia delante y dejarme contagiar por su energía; está feliz, yo también lo estoy, vamos a aprovechar el día todo lo que se pueda.

100

El mejor plan para el último día

Hoy es día de playa, probablemente nuestro último día entero juntos, así que he preparado cada maldito detalle, hasta el más pequeño. Hoy vamos a mi playa favorita, a la que más me gusta de todas, y mira que Lanzarote tiene playas bonitas, pero, para mí, sin duda alguna la mejor es Papagayo.

Cuando enfilamos el sendero de tierra que parece que nos encaminemos al fin del mundo comienzo a ver cómo la señorita pone cara de no entender nada; el coche no deja de dar tumbos, este camino es un desastre, pero forma parte de la magia, si lo asfaltaran no sería lo mismo, perdería encanto. Me gusta que cueste llegar hasta aquí, es como que hace que merezca la pena, que sea más exclusivo.

Estamos a finales de agosto, así que supongo que estará lleno, pero no pasa nada, tenemos que jugar con las cartas que nos tocan. Aparco, bajamos y se queda flipada cuando me ve con un carrito de la compra.

—¿Se puede saber qué es eso?

—Vamos a pasar aquí muchas horas y cargar con todo es imposible, así que me pongo la vida fácil.

—Aday, que somos dos personas. ¿Qué haces con un carrito de la compra y dos neveras?

—Hacer que pases un día inolvidable, de nada.

—El día sería igual de bueno con dos sándwiches y un agua fresquita.

Ni le contesto, me limito a mirarla con cara de asco y mover la cabeza negando; estos peninsulares no entienden la puta vibra...

No de manera fácil ni sencilla, conseguimos llegar a la cala y verla mirarla hace que todo merezca la pena. Este lugar es tan... tan mágico, es que parece sacado de una película de sirenas, de verdad se lo digo.

Es una cala que está rodeada por dos rocas volcánicas gigantescas que se meten mar adentro; hacen que la playa sea un semicírculo perfecto y el hecho de ver las dos rocas negras, la arena de un tono dorado claro y las aguas verde cristalino... te hace pensar que es imposible que exista un paraje así y que tú tengas la dicha de poder disfrutar de él. Es como demasiado bonito para creer que sea real. Cuando vienes aquí, tienes clarísimo que en cualquier momento va a salir el capitán Garfio a desafiarte.

Igual por eso me gusta tanto, porque, cuando era pequeño y vivíamos en Yaiza, mi madre siempre me traía a esta playa a jugar a los piratas; era cien por cien creíble jugar al abordaje aquí. No puedo evitar sonreír.

—¿Está contento el chef?

—Tengo muy buenos recuerdos aquí.

—Pues espero que hoy añadas un par más a la lista.

—¿Te gusta el sitio?

—Es perfecto. Siento que esto es Lanzarote, esto es lo que representa a Lanzarote.

Qué desgraciada, al parecer ella sí que entiende la vibra. Al final, que la concibieran aquí no es algo aleatorio, es una muchacha con suerte.

Descendemos hasta la arena y plantamos el chiringuito cerca de la orilla; para ser agosto no hay tantísima gente, lo recordaba mucho peor, la verdad.

Saco un bote de crema solar, nos embadurnamos el uno al otro y nos damos besos que saben a verano, literalmente. ¿El verano a ustedes no les sabe a crema de protector cincuenta con un poco de sal? A mí cien por cien.

Saco mis gafas de bucear de esnórquel y se queda mirándolas; veo que algo le ronda la cabeza.

—¿Te gusta bucear?

—De pequeño me encantaba, pero hace demasiado que no lo hago.

—Eso te iba a decir, que no te he visto hacerlo nunca. A mí me encanta.

—Por lo que sea, no he entrado mucho en el mar en los últimos años.

—Qué mierda esto de la presión estética, la de cosas increíbles que nos hace perdernos.

—Pero ya nunca más.

—¿Nunca más?

—Nunca más.

Me quito la camiseta y la tiro a la toalla; si alguien quiere mirar, que mire. Solo tengo una vida, solo tengo nueve días para estar con ella y probablemente este sea el último entero juntos y me niego a pasármelos preocupándome por si alguien me mira las estrías. Entro

en el agua casi corriendo, de repente es una necesidad imperiosa bañarme; ella se queda flipada en la toalla mirándome.

—¿Vienes o no?

—Por supuesto que sí, sireno.

101

Los rescatadores del medioambiente nos llaman



Creo que pocas veces en mi vida me lo he pasado tan bien como ahora. Llevamos prácticamente una hora buceando; solo paramos para llenar el tanque de adrenalina de vez en cuando, nos damos unos suculentos morreos y volvemos a investigar el mundo marino.

Ahora hemos detectado que la gente es una cerda y que hay algún que otro plástico bajo el mar, así que estamos jugando como dos auténticos críos a salvarlo como si fuéramos dos exploradores que están en la misión más importante de sus vidas.

—Capitán, he detectado un vaso de plástico de cumpleaños en estas coordenadas.

—Capitana, voy para allá, deme dos segundos. —Nadando como si le fuera la vida en ello, viene hasta donde estoy yo.

—¿Preparado para la intervención?

—Nací preparado.

Cogemos aire y ambos bajamos lo más deprisa que podemos a por el vaso que está en el fondo. Se nos taponan los oídos, pero no

importa, el que consigue llevarse el vaso a la superficie gana. Y todo el mundo sabe que ganar es lo más importante.

Claramente gano yo, si bien es verdad que quien encuentra el objeto suele ganar porque sabe de primera mano a dónde tiene que ir y el otro tarda más en descubrir la dirección exacta.

Cojo el vaso con mis manos y me impulso con los pies para volver a sacar la cabeza lo más rápido posible.

—Lo tengo, capitán. Rescate completado con éxito.

—Buen trabajo, capitana. Es usted la esperanza del océano Atlántico. Béseme.

—A la orden, mi capitán.

Y nos besamos, como si fuéramos dos niñatos. Bueno, qué narices, lo somos.

Salimos del agua arrugados como pasas y con un arsenal de plásticos. Qué vergüenza debería daros como raza humana haber dejado todo eso en un sitio tan increíble como este.

Dios mío, estoy agotada, con la tontería llevamos dos horas en movimiento y sin parar.

—¿Tiene hambre su señoría?

—Y sed. Su señoría tiene hambre y tiene sed.

—No se preocupe, me he encargado de traer cosas para solucionarlo.

No tengo palabras para intentar explicaros lo que ocurre a continuación, creo que podrían pasar años y jamás dejaría de flipar con lo que está haciendo este hombre en medio de una puta playa pública.

Se pone una servilleta en el brazo, como si fuera un camarero de estrella Michelin, solo que va en bañador y el contraste queda graciosísimo.

—Señorita, aquí tiene el menú degustación que probará hoy.

Me tiende un menú real, como los que ponen en las bodas. En la parte de arriba se lee «Fruta robada, verano en Lanzarote» y, cuando empiezo a leer todo lo que aparece escrito, me quedo petrificada.

PÍCNIC GASTRONÓMICO EN LA PLAYA

Aperitivos para empezar: siente la isla
Pan casero de masa madre con mantequilla de hierbas y ajo negro
Queso majorero curado con miel de palma y almendras tostadas
Ostras frescas con una vinagreta de fruta de la pasión y chalota

Plato principal: *show cooking* en la playa
Gambones a la plancha con mantequilla de ajo y perejil
Tartar de atún con emulsión de lima y ají amarillo
Ensalada de sandía y queso feta con menta y pistachos
Gazpacho de mango y tomate amarillo

Postre: bendita fruta robada
Milhojas de queso majorero, gofio y mango caramelizado

Bebida de categoría: Nestea de mango y piña

Dicen que lo bueno, si breve, dos veces bueno, pero ojalá la vida nos hubiera brindado una eternidad; mientras tanto, disfrutemos.
Espero que te guste, ladrona.

Aday, siempre tuyo

Vuelvo a repasar todo lo que ha escrito, demasiadas emociones.

En primer lugar, espero que sea mentira y que realmente no me haya preparado todo esto porque, si no, voy a flipar en mil colores. En segundo lugar, ¿cómo puede un ser humano ser tan detallista? Que me ha impreso hasta el menú, por el amor de Dios. En tercer

lugar, ¿se puede saber qué es ese final? ¿Qué pretende? ¿Que no me olvide en mi putísima vida de él?

—¿Señorita?

Interrumpe mis pensamientos y cuando me giro veo que no está de broma. Me ofrece un vaso DE CRISTAL, lleno de hielo picado, con una rodaja de limón y dentro lo que supongo que es el Nestea.

Ha colocado encima del colchón el pan casero y un plato de queso, de verdad que siento que tengo alucinaciones febriles ahora mismo. Está sacando unas ostras en una bandeja con más hielo picado y, delante de mí, les está poniendo lo que imagino que es la vinagreta. Me pone muchísimo verlo hacer cosas con comida, socorro.

—Aday, ¿esto es en serio?

—Y tan en serio.

—Creo que toda la playa nos está mirando ahora mismo.

—Que se mueran de envidia.

—Yo lo haría si no fuéramos nosotros.

Me levanto y lo beso; sabe a sal y a crema, creo que así sabe el verano.

—Nunca he probado las ostras.

—La tuya está buenísima.

—Eres un idiota.

—Me lo has puesto a huevo.

Riéndonos volvemos a sentarnos y comienzo con el menú degustación que me ha preparado el mejor chef del mundo. El queso está flipante, pero ¿el pan? Dice que lo ha hecho él, aunque me cuesta creerlo. Si de verdad es capaz de hacer algo tan rico, soy una idiota por no mudarme con él hoy mismo, en serio.

Las ostras son... diferentes; están ricas, pero la textura es... extraña. No están malas, pero definitivamente no son mi plato

favorito; no se lo digo, ni de coña, vaya; le digo que son la cosa más rica que he probado en mi vida. Si me diera ahora mismo un puñado de arena para comer, también le diría que está increíble.

Cuando acabamos con los entrantes hace algo que no me veo venir: abre el carro de la compra y se saca una puñetera cocina de gas y se pone a hacer unas malditas gambas en el momento, yo estoy flipando con este chico.

—Esto hay que comérselo ya, que, si no, frío, no vale.

—Aday, estoy alucinando en colores.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Te has traído un camping gas a la playa!

—Es que los langostinos no quedaban tan bien fríos.

—Estás fatal de la cabeza.

Lo vuelvo a besar; ya he perdido la cuenta de cuántos besos le he dado hoy, pero pocos me parecen.

Cuando acabamos con las espectaculares gambas, se pone de pie, despliega una minimesa y delante de mí empieza a hacer el tartar de atún desde cero. Yo me quedo alucinada viéndolo cortar, picar o lo que sea que está haciendo... Se mueve tan... tan asquerosamente sexy. ¡¿Cómo es posible que alguien cocinando me esté poniendo cachonda?!

Cuando termina de hacer la mezcla, lo pone sobre las conchas de las ostras y le queda monísimo y yo ya no sé ni qué decir porque lo de «estoy flipando», «qué bueno está esto» y los besos se me han quedado cortos hace rato.

Me da un vaso con el gazpacho y la ensalada más rica que me he comido en mi vida.

—¿Te gusta la ensalada?

—Sin desmerecer al resto, creo que es lo que más me ha gustado de todo.

—Quiero presentársela a Mónica. Me dijo que creara algo que la sorprendiera para cuando empiece la semana que viene, y creo que esta es la elegida.

—Yo no tengo ni idea de cocina, Aday, pero como comensal te juro que estoy alucinando con que una jodida ensalada esté tan, pero tan, buena. Vas a llegar a donde te propongas, eres increíble.

—Calla, anda.

—No, no me callo. ¿Eres consciente de lo que has conseguido en pocos meses? Has pasado de poner lavavajillas a ser el *garde manger* de una cocina profesional de un hotel de lujo. Enhorabuena, de verdad. Estoy tan, pero tan, orgullosa de ti...

—¿Te puedo besar?

—¿Me vas a pedir permiso a estas alturas?

Y nos besamos, nos besamos durante no sé cuantísimo tiempo, tanto que el hielo se derrite y el postre se deshace, pero nos lo comemos igual porque la vida es una y hay que vivirla, porque el verano no dura todo el año y hay que aprovecharlo, porque los amores fugaces son como estrellas y se sienten como un deseo concedido.

Nunca me he considerado una romántica, pero, después del día de hoy, cambio de opinión. Dadme amor en vena.

Bendito sea el día en que saqué el valor no sé muy bien de dónde y me atreví a pedirle una foto a un desconocido.

102

La importancia de cuidar el presente para que te queden recuerdos increíbles en el futuro

No sé ni qué escribir, el día está siendo perfecto. Después de comer nos hemos echado una siesta bajo la sombrilla, hemos vuelto a bañarnos, hemos jugado a las palas y luego hemos jugado con unos niños a la pelota; conocían a Yaiza del hotel y la adoran.

Hemos visto el atardecer, hemos tomado un par de fotos con la cámara y ahora ya estamos recogiendo el chiringuito para volver a casa, o eso cree ella.

Nos montamos en el coche, veo que pilla el móvil y vuelve a poner la canción que ha sonado antes, *Mientras me curo del cora*, de la Karol G. Esta canción da tan buen rollo que no me extraña que le encante.

—Gracias por el día de hoy, ha sido increíble —me dice, mirando por la ventana.

—Nos queda una parada más —le cuento, y ella se gira de golpe.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Yo solo sonrío y miro hacia delante.

—Eres increíble —me dice y qué bien suena eso dicho por su boca.

Tardamos treinta minutos en llegar a Yaiza. En cuanto vemos el cartel que nos indica la entrada al pueblo empiezo a sonreír, automáticamente.

—No me lo creo, ¿venimos a Yaiza?

—Venimos a Yaiza.

Paseamos por sus calles; para mí, el pueblo más bonito de todo Lanzarote. Es tan... tan nuestro. No tiene nada, pero lo tiene todo. Rodeado de montañas volcánicas, roca negra por todas partes, pero casitas blancas con buganvillas trepando por las paredes, puertas y ventanas de color verde Lanzarote mires hacia donde mires.

Le enseño todos los lugares que fueron importantes para mí y los revivo mientras tanto; llevaba demasiado tiempo sin volver; qué feliz fui en estas calles, qué feliz estoy siendo ahora mismo.

—Mira, esta es la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios. Mi madre siempre me traía aquí los domingos. Yo solo quería venir porque luego me compraba un Huevo Kinder y era el mejor rato de la semana.

—¿Crees en Dios?

—No especialmente, siempre me ha dado bastante igual, pero mi madre sí es muy creyente. La vida no se lo ha puesto fácil.

—¿Por lo de tu padre?

—Bueno, sí. Mi padre nos abandonó y la dejó sola con un hijo, pero sus padres también fallecieron y me quedé sin abuelos. Estamos los dos solos en la isla. Encima, como trabaja tanto, no tiene tiempo para hacerse amigas. Cuando vivíamos aquí, aún hablaba con gente y hacía algo de vida, pero, cuando nos mudamos a casa de mis abuelos, que es donde has estado, pues ya se

convirtió en una mujer solitaria. Creo que Dios le hace compañía; habla con él, le reza, no sé, tienen una relación bonita.

—Suena muy sano.

—Lo es.

—¿Sabes dónde está Casa Hilario?

—¿El hotel?

—Sí, es donde me... me fabricaron mis padres.

—¿Quieres ir? Está a diez minutos caminando.

—Sí, así les paso una foto, seguro que les hace ilusión.

—Háblame de tus padres.

Y mientras paseamos sin prisa ninguna me cuenta cómo su madre y su hermana son tan distintas a ella, cómo ella es un calco de su padre, física y psicológicamente hablando. No dice nada del otro mundo, pero se nota tanto que los adora que me entran unas ganas increíbles de conocerlos, seguro que son buenísimas personas.

—Me encantaría conocer a Nuria.

—Os llevaríais TAN bien que me da hasta miedo.

—¿Y eso por qué?

—Porque sois los dos igual de kamikazes, vais siempre con el corazón por delante.

—¿Y eso es malo?

—Eso es lo mejor que puedo decir de una persona. Me da una envidia increíble, me atraen muchísimo las personas como tú.

—¿Me estás intentando decir algo?

—Es posible.

—¿Y qué me estás intentando decir?

—Que me gustas, que me gustas muchísimo.

Y nos volvemos a besar, frente a la puerta del hotel en el que la mujer más increíble que he conocido en mi vida empezó a existir.

103

El destino ha hablado



Dormimos juntos y tenemos el sexo más pausado que he tenido en mi vida; cada movimiento tiene un porqué, cada gesto significa algo, cada roce está cargado de cosas por decir, de cosas que sentir.

Duermo, esta noche duermo, en su cama. Por primera vez, a pierna suelta. Quizá mi cuerpo por fin ha entendido que esta cama ahora también es un poco mía.

Nos despertamos y antes de irme miro por la ventana, probablemente por última vez. Esta es mi última semana aquí y él tiene horario de noche, se nos va a hacer muy cuesta arriba arrancar algún momento más. Es evidente que él quiere que me venga igual cada noche, pero que no durmamos ninguno de los dos durante ocho días no es viable. Encima él ahora ha ascendido, tiene mucha más responsabilidad, se tiene que poner las pilas y estar a la altura, tiene que acabar siendo segundo de cocina antes de que termine el año (ojalá).

Viene hasta la ventana y me da un beso en la parte alta de la cabeza.

—Me encanta cómo te huele el pelo, ¿te lo he dicho alguna vez?

—No, pero me gusta oírlo.

—¿Nos vamos?

—Vámonos.

En mi mente capturo estas vistas por última vez, cuánto las voy a echar de menos.

Volvemos al hotel, nos despedimos, él se va a su trabajo y yo me voy al mío. Hoy estoy de pareja con Gabi y detecta que no estoy en mi mejor momento en cuanto me ve.

—¿Noche dura?

—No, qué va, he conseguido dormir..., pero no sé, me queda nada de tiempo aquí y me da pena.

—Lo de vivir la última semana con duelo es lo más normal del mundo, nadie se escapa. Es algo por lo que hay que pasar.

—No sé si me quiero ir.

—Yai, no me jodas, aquí tú no te puedes quedar.

—¿Por qué no?

—Porque eres la chica más lista que he conocido en toda mi vida, y esto se te queda pequeño. Enano. Diminuto.

—Ya pillo que se te dan genial los sinónimos.

—Hombre, ya que aprendo palabras nuevas cada día, tendré que utilizarlas.

La mañana se me pasa volando, los niños hacen que se me olvide parte del drama, son tan exigentes que no queda más remedio que estar a tope para ellos. Cuando estamos a mitad de la actividad de pintar piedras aparecen Juanma y Óscar.

—¿Pasa algo? —pregunta Gabi.

—No, no te preocupes. Quiero hablar con Yaiza, Juanma se queda a cubrirla —le dice Óscar.

—¡Venga, chavales! El que pinte la piedra más molona, luego lo subo a caballito en la piscina —les dice Juanma a los críos, y todos se vuelven locos al instante.

Si yo luzco deprimida, no os quiero contar Juanma, parece un alma en pena.

Óscar y yo nos alejamos un poco del ruido y empieza a hablarme.

—¿Me ha dicho Paloma que te quieres quedar un mes más con nosotros?

Mierda, mierda, mierda. Ya ni me acordaba de eso, como fue hace tantos días creía que directamente era un no.

—Eh, bueno, sí, le pregunté para saber si existía la opción.

¿Me quiero quedar? ¿No me quiero quedar? Me quiero quedar, sí, me quiero quedar, un mes más, por un mes no pasa nada, son cuatro semanas más con Aday, dos durmiendo juntos cada noche, igual hasta me lanzo a conocer a su madre, a tomar viento.

—Hemos estado echando cuentas, por eso he tardado tanto en decirte algo. Cuando llega septiembre, todos los que tenéis el contrato de cuatro meses os vais. Se quedan solo los dos que tienen el contrato de medio año y los veteranos.

—Sí, lo sé.

—Pero como eres tan curranta y todo el mundo está contento contigo, hemos decidido estudiar tu caso como algo excepcional.

A tomar por culo, me quedo un mes más, ¡vamos!

—Y de verdad que lo hemos intentado todo, pero el hotel no puede permitirse ahora mismo ampliar tu contrato. Hemos hablado con los de arriba, en serio que he hecho todo cuanto ha estado en mi mano, pero me han denegado la propuesta. Creen que con los siete que se quedan será suficiente.

—Ah... eh... Vale, Óscar, perfecto. No te preocupes, gracias por intentarlo.

—Me sabe fatal, en serio, Yaiza. Trabajas increíble. Te puedo hacer una carta de recomendación y, por supuesto, el verano que viene, si quieres, el puesto es tuyo. Puedes venirte de mayo a octubre, así estás más tiempo, medio año.

—No, no, no te preocupes. Tengo en mente aprobar una oposición.

—¿De qué?

—De jueza.

—Ostras... Esta sí que no la he visto venir. ¿Tienes Derecho?

—Efectivamente.

—Ya decía yo que eras muy lista, tú.

—Sacarte Derecho no te hace lista.

—Ya, pero por aquí viene cada cafre... No se lo digas a nadie, ¿eh?

—Te guardo el secreto.

—Pues a por ello, guapísima. Seguro que lo consigues.

—Yo también lo creo.

Y lo creo, lo creo de verdad. La vida ha querido que no me quede, haré que marcharme sea algo que merezca la pena.

104

Despedirme de María es la cosa más difícil que he hecho en mi vida

Y no ni quiero ni imaginarme cómo será la que me espera dentro de cinco días.

Terminamos el turno como siempre, a las dos de la mañana. Le hemos organizado una sorpresa que creo que no se espera ni un poco. Parece que hoy ha sido un día más en las cocinas: mismo estrés, misma cantidad de gente, mismos gritos, mismo caos, mismo orden.

Desde que comunicó que se iba, parece que está algo mejor, tiene algo más de ánimo, pero yo creo que en realidad son las ganas que tiene de pirarse de aquí, ya le ve el fin a la pesadilla y eso, quieras que no, tiene que ser un alivio.

De repente, cuando parece que todos estamos limpiando y recogiendo, cojo una olla y un cazo y doy un golpe, en la otra punta de la cocina suena otro, la chef da un tercero. La cara de María es un cuadro, no entiende nada.

De pronto empieza todo el equipo a hacer una cacerolada increíble; la cocina es ruidosa, pero nunca ha llegado a tanto, ni de lejos, vaya.

Todos comenzamos a corear el nombre de María y uno a uno van pasando todos los compañeros por delante de ella y le dan una hoja de lechuga (idea mía, perdón por ser tan gracioso). Ella se descojona, abraza y besa a cada uno. Yo soy el último y no puedo evitar ponerme a llorar mientras la abrazo.

—Lo vas a hacer increíble, Aday. Has nacido para esto.

—Eres tú la que se va, las cosas bonitas te las tengo que decir yo a ti, maldita.

—Tienes una casa en Barcelona cuando quieras.

—Y tú, otra en Lanzarote.

Me separo de ella y detrás de mí está la chef. La mira y le da la mano solemne. Le entrega una carpeta y una caja.

—Ábrelo —le dice la jefa.

—Sí, chef.

—Mónica, compañera, para ti ya soy Mónica.

—Sí, Mónica.

Abre primero la caja y se encuentra con una chaquetilla bordada en la que pone «María»; lleva una tarjeta con ella. Todo el mundo empieza a corear «que la lea, que la lea, que la lea».

María calma a la multitud, se aclara la garganta y lee en voz alta.

—Ha sido un honor tenerte en mis cocinas. Ojalá encuentres tu camino. Si algún día decides volver, siempre tendrás mis puertas abiertas. Cersei Lannister. —María me mira, yo la miro y ambos ponemos cara de circunstancia.

—Tengo oídos en cada olla, a ver si os pensáis que no me entero de lo que se dice en mis cocinas. Me parece un mote muy acertado, me gusta.

La gente lo celebra a golpe de cazo y olla, María coge la carpeta, la abre e instantáneamente se pone a llorar.

—¿Qué pasa? ¿Qué es? —le pregunto.

Mientras ella se lanza a abrazar a Mónica (lo cual es fuerte, nunca la he visto dar un amago de cariño a nadie), cojo la carpeta y miro. Hay un contrato de prácticas para entrar a trabajar en Disfrutar (un restaurante de Barcelona increíble del que María me ha hablado en doscientas mil ocasiones) con un período de formación de tres meses, directamente como segunda de cocina.

—Mónica, no sé cómo agradecerte esto.

—No me decepciones y déjame en buen lugar.

—Te lo prometo. Te juro que voy a ser la más competente.

—No me cabe duda.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Tengo mis contactos.

María se gira a mí, me abraza y ahora lloramos los dos juntos.

Qué orgulloso estoy de esta maldita mujer, va a conseguir todo lo que se proponga.

105

Ahora entiendo el dramón que montan los de los realities cuando se despiden



Los últimos cuatro días en la isla son un caos; todo el mundo se quiere despedir, todo el mundo quiere celebrar, pero tú tienes que seguir trabajando, no te dan horas libres para ponerte intensa. Encima tienes que meter todo lo que trajiste en las maletas de vuelta dentro, más todas las cosas que has acumulado durante cuatro meses, que no son pocas.

Soy una montaña rusa de emociones, todo está siendo perfecto y a la vez triste, es como que no sé ni qué sentir. Con Aday he estado viéndome cada vez que he podido; no hemos dormido juntos estos últimos días, pero sí hemos encontrado huecos para dedicarnos y ya me ha dicho que me llevará él al aeropuerto; se lo ha pedido libre para no tener que llegar tarde al curro, justo ese día cambia el turno a la mañana, ya es casualidad.

Me voy con los de animación a la playa, por la noche, cuando hemos terminado el que será mi último *El rey león*; no sabéis la

pena que siento dentro, he llorado en los aplausos y todo, quién me lo iba a decir.

Hoy es la despedida de tres de nosotras y nos morimos de pena, bebemos cerveza, tinto de verano, calimocho y todo lo que consigue traer Juanma a la playa que no esté caliente; la verdad es que los canarios tienen un don para montar eventos *playiles* (no sé si existe esa palabra, pero a partir de ahora sí).

Nos bañamos, jugamos al vóley, al Uno, hacemos guerra de arena, nos salpicamos y recordamos los momentos más increíbles que hemos compartido.

Todo son anécdotas, una detrás de otra; parecemos amigos de toda la vida, de esos que siempre cuentan la misma historia, que cada vez es más exagerada que la anterior.

—Por favor, ¿alguien se acuerda del primer día de Yaiza en zumba? —dice Gabi, descojonándose.

—¡Oye! No te pases, no había bailado en mi vida, ¿qué quieres?

—Ahí que iba la tía con la libreta, apuntando todo, menuda es —añade Sergio.

—Podéis cuestionar mis métodos, pero no mis resultados.

—La verdad es que has acabado bailando hasta bien, ¿eh? —me anima Ana.

—Ay, chicos, os voy a echar tanto de menos... Hasta a ti, Errico.

—Yo también a ti, *ragazza*.

—¿Abrazo colectivo? —propongo.

—¡Ivo, ivo, ivo, abrazo colectivo! —decimos todos a la vez mientras nos abrazamos saltando.

—Qué *lache*, mira que hay generaciones buenas en OT y tenemos que coger de referencia esta —dice Sergio.

—Calla y bebe, que eres muy pesado —le dice Juanma.

Brindamos y bebemos, una vez más.

Cuánto voy a echar de menos a esta gente. Qué mal.

106

La última noche



En la puerta del hotel, esperando a Yaiza, estoy sorprendentemente tranquilo. Creo que llevo tantos días concienciándome de que se va mañana que no me pilla de susto; solo quiero dormir con ella, disfrutarla y llenarle la carita de besos antes de que se marche.

Aparece por la puerta giratoria como el día que la conocí, cargada de maletas, de bolsos, de mochilas... Mi instinto me impulsa a ir a ayudarla, pero antes de hacerlo le digo:

—Quieta ahí, ¿dónde tienes la cámara?

—Aday, no fastidies —me suelta, riéndose, muerta del agobio.

Me señala con la cabeza uno de sus bolsos, lo abro, cojo la cámara, giro la rueda y... «clic».

—Estás hasta más roja que el día que te conocí.

—Permíteme dudarlo.

—Te lo digo totalmente en serio.

—Ahora es del agobio, no de la vergüenza. ¿Se puede saber cómo me he hecho con tantas cosas solo en cuatro meses?

—Trae, anda, que te ayudo.

Nos repartimos los bultos y los llevamos al coche. Vamos de camino a mi casa, la última vez que haremos esto juntos.

Llegamos, lo dejamos todo abajo y, cuando vamos a subir por las escaleras, mi señora madre da la luz, no me lo puedo creer.

—Hombre, por fin veo a la señorita que no deja dormir a nadie en esta casa.

Yaiza se queda blanca como el papel, poco a poco se torna de un rojo tomate; yo no sé si enfadarme con mi madre o descojonarme.

—Eh, hola, sí, soy yo, Yaiza. Un placer —dice titubeando, como si estuviera haciendo un examen oral.

—¿Te vas ya?

—Bueno, sí. Mañana, Aday me lleva al aeropuerto.

—Es que mi hijo es todo un caballero, ¿verdad que sí?

—Sí, sí, totalmente, señora. Ha hecho usted un trabajo estupendo.

—No me llames señora, que todavía soy joven.

—Ay, perdón, perdón. ¿Señorita?

—Yaiza está bien.

—¿Se llama Yaiza?

—Sí, al parecer mi hijo tiene mucha puntería.

No sé por qué esto nos hace muchísima gracia a los tres; me doy cuenta en ese momento de que no le había dicho a Yaiza que mi madre se llama Yaiza y que vivíamos en Yaiza... Casualidades, ¿no?

—Bueno, suban e intenten no hacer mucho ruido, a ver si hoy consigo dormir.

—Nada de ruido, no se preocupe, Yaiza. Silencio absoluto.

—Ni de coña, mamá. Es la última noche, mañana ya duermes.

—¡Aday! —me gritan las dos a la vez.

¿Tendré acaso yo complejo de Edipo o algo?

107

Mañana será bonito



—¿Se puede saber qué hacía tu madre ahí? ¿Y cómo es posible que no me hayas dicho en cuatro meses enteros que nos llamamos igual?

—Me daba palo que sonara a persona turbia.

—Hombre, es que un poco lo es.

—Al principio se me hacía raro gemir tu nombre, ahora ya me he acostumbrado.

—¡Aday! —le grito, dándole un palo en el brazo—. ¡Estás fatal!

—Ha sido el destino, no he sido yo. A mí no me mires.

Nos reímos, hacemos el amor, lloramos, nos callamos, nos miramos, nos decimos cosas que, con vuestro permiso, creo que nos pertenecen solo a nosotros, y lloramos, lloramos mucho.

—Tengo un regalo para ti —le digo, después de que asomen los primeros rayos de sol por la ventana.

—¿De verdad? Yo no tengo nada para darte.

—Es que no tenías que tenerlo.

Le doy una caja que he envuelto monísima y espero expectante a que la abra, creo que le va a encantar. La abre, lo mira, me mira, lo mira, me mira, lo mira, me mira y así en bucle durante un minuto entero, sin decir nada.

—Yaiza, estás fatal de la cabeza, devuelve esto ahora mismo.

—Ni de broma, es un regalo. Sácalo de la caja.

—No. Devuélvelo.

—¡Venga, sácalo, que lleva una sorpresa!

Lo saca con muchísimo cuidado, parece que está manipulando a un bebé recién nacido, por Dios, qué mono es este chico. Cuando lo tiene en la mano, lo saca de la funda y lo observa.

—No me puedo creer que sea mío.

—Mira qué pone ahí.

Es un cuchillo Bob Kramer Carbon Steel ocho; yo evidentemente de esto no entiendo nada, me lo consiguió María hace un tiempo; lo encargamos hace más de un mes, y le he grabado «Chef A. C.». Me hace gracia que sus iniciales signifiquen antes de Cristo.

—Es el mejor regalo que me han hecho y que me harán en toda mi vida, Yaiza. Tú estás como una chota.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta?

Lo mete en su funda de nuevo con cuidado y viene hasta a mí, me coge en volandas y me sienta en el alféizar de su ventana, nos volvemos a besar y... y me come el coño, amigas. Me come el coño como nunca antes me lo había comido; el señorito al parecer aún tenía ases en la manga. Me abre de piernas y cada euro invertido en el cuchillo definitivamente ha merecido la pena.

Cuando terminamos, bueno, cuando termino yo (guiño, guiño), me voy al baño y me doy una ducha; en breve tenemos que salir hacia el aeropuerto.

Cuando vuelvo a la habitación es él el que está mirando por la ventana; saco mi cámara y disparo la última foto que me queda. Él, esa ventana, el mar, el faro, es perfecta para terminar el carrete.

Lo abrazo por detrás, nos tiramos unos segundos mirando al océano en silencio y, de repente, le pregunto:

—Aday, ¿mañana será bonito?

—Yaiza, mañana será más bonito.

Epílogo



Los dos sabíamos que era mentira, que mañana no podía ser más bonito, pero también sabíamos que algún día sí lo sería; no pronto, pero llegaría.

Mentirnos a nosotros mismos sonaba bien.

Ese día estaba siendo increíble, era imposible que mañana fuera mejor, pero no podíamos pensar en lo contrario o ella no se subiría a ese avión, o, aún peor, sería yo quien no dejaría que se subiera.

Yaiza ha vuelto a su pueblo, está estudiando y nos videollamamos casi cada día.

Hablamos del contacto cero, de alejarnos, del poco sentido que tenía intentar algo a distancia. Los dos estuvimos de acuerdo, ninguno de los dos podía permitirse irse a vivir con el otro, a la larga nos haría infelices.

No teníamos futuro juntos y era una mierda porque nos queríamos, nos queríamos de verdad. Dicen que el amor todo lo puede, pero ni siquiera yo, que me considero la persona más romántica que conozco, me creo eso.

Estamos intentando aceptar que no hay un futuro para nosotros, que ella será jueza en Madrid y yo acabaré siendo segundo de cocina en el Hotel Costa Teguise de Lanzarote.

Pero mientras tanto me he sacado un vuelo para ir a visitarla mañana. Son mis primeras vacaciones y no se me ocurría nada que me apeteciera más que visitarla a ella. Soy consciente de que no le gustan las sorpresas, pero su señoría ya sabía dónde se estaba metiendo.

Y, sí, definitivamente Nuria y yo nos vamos a llevar bien, me ha ayudado a organizarlo todo y somos tal para cual.

Yaiza, ahora sí que sí.

Mañana será más bonito, es una promesa.

Agradecimientos

¿Algún día seré capaz de escribir esta parte sin ponerme a llorar como una magdalena? Lo dudo.

Le he dedicado el libro entero, pero, aun así, no puedo no agradecerle a ella la primera. Gracias, Isabel. Te lo he dicho por mensajes, te lo he dicho en persona y ahora te lo dejo aquí escrito para que jamás se nos olvide lo bonito que es tenernos, el regalo que es que formemos parte de la vida de la otra, lo imprescindible que eres para mí. No sabría cómo hacerlo sin ti y, si tuviera que descubrirlo, no me gustaría tanto. Nuestra amistad es el cimiento de mi vida y no sabes lo orgullosa que estoy de ello.

A mis sobrinos, Joaquín y Cayetana, gracias por hacer a la tita feliz solo con existir, gracias por recordarme cada vez que estamos juntos qué es ser una niña, gracias por demostrarme que siempre puedo ser mejor. Por vosotros, por mí, por nuestra familia.

A mi hermano y a mi cuñada, por su lucha, por su esfuerzo, por su devoción. Gracias por demostrarme que la vida en equipo merece la pena, que juntos todo es más sencillo, que el amor romántico sí existe (aunque con dos niños en casa a veces sea más difícil demostrarlo). Estoy orgullosa de vosotros, de vuestro proyecto de vida, del matrimonio que tenéis.

A mis padres, por impulsarme, por sostenerme, por siempre estar al otro lado del móvil (cuando no se puede en persona), sea la hora que sea. Por aceptar mis condiciones, mis ritmos, mis necesidades. Por cubrirme siempre las espaldas, por protegerme, por aconsejarme, por seguir insistiendo en mí y jamás darse por vencidos. Mamá, Papá, este libro es tan vuestro como mío, como lo es toda mi carrera. Sin vosotros no sabría, no podría, no querría. Nací afortunada, gracias por elegirme siempre.

A mis padrinos, que son mágicos, y a mi primo Antonio. Gracias por ser cultura, por ser conversación, por ser profundidad, por ser charla intensa junto a una cena deliciosa y una taza de té de postre. Tener referentes a los que admirar en el mismo edificio en el que naciste es una suerte que no cualquiera tiene.

A mi yayita, por aguantar, por seguir, por no dejar de enseñarme. Gracias por esa sonrisa cada vez que entro a verte, aunque cada vez todo sea más borroso. Siempre seré la reina de tu casa y ese es el cargo más bonito que jamás podré ostentar.

A mi tío Cayetano, porque siempre conseguimos encontrar el camino para querernos. Te acompañaría al supermercado y a recoger la ropa *tendía* cada día de mi vida.

A mis Antonios, Javier y María José, gracias por acompañarme a ver san Pascual cada vez que lo necesito, gracias por siempre tener un plato para mí, gracias por apoyarme siempre.

A mi tía Mari Carmen, a Joaquín Antonio, a Noelia, a Raquel y a sus hijas. Gracias siempre por formar parte de mi historia, por el camino compartido.

A mis tías y primas, con las que se supone que tengo la sangre común en segunda línea, pero que son las que más cerca siento de mi corazón. Gracias siempre, Lauras, Nurias y Ana, sois las personas con las que siempre querré compartir secretos, risas y bailes. Qué feliz me hace que seamos familia, porque así no he tenido que esforzarme en encontraros, porque, si algo tengo claro, es que os hubiera buscado hasta teneros en mi lista de amigas costara lo que costara. Gracias también a mi tío Domingo y a mi tía Encarnita, por hacerme sentir una más de su casa, por siempre quererme cerquita. Mis tetes, Domin, Manuel y Jose..., gracias por ser hombres a los que admirar y querer, siempre lo ponéis todo fácil. Os quiero muchísimo.

A mi Carlos, mi director, mi socio, mi compañero de vida, mi amigo. Gracias por tu trabajo, tu dedicación, tu pasión, por contagiarme cada ápice de amor al arte, a la interpretación, a la cultura, a la forma de ver la vida. Siempre seremos equipo, ante cualquier adversidad.

Gracias a mi Alejandro y a mi Errico, por inspirarme a escribir esta historia, por ser hogar en medio de la capital, por siempre tener el fuego encendido para alimentarme el estómago y el corazón.

A mis amigos, a los que tengo la suerte de llamar compañeros de profesión. Sergio, Mara, Germán y Raúl, siempre será un honor compartir tablas con vosotros, pero lo es aún más compartir mi vida.

A mis niñas de La Bendita Estudio, mis compañeras de viaje. Gracias por lucharlo, por pelearlo, por inspirarme cada día a creer que todas podemos y, si no, al menos lo intentamos con todo. Gracias por la persistencia, el esfuerzo y el arte, ojalá lo consigamos todas; qué ganas de que el mundo entero vea vuestro talento y no nos lo quedemos solo para unos pocos afortunados.

A Sergio y a Ana, que acaban de llegar (o de volver) y que espero que nunca se vayan. Habéis sido el soplo de aire fresco que necesitaba, qué contenta me pone escribir vuestros nombres aquí.

A mis amigas, las de toda la vida, las que siempre están y estarán. Laura, Marta, Lorena y Carmen. Me sorprende pensar que no formáis parte de mi ADN, no concibo existir sin vosotras. Gracias por seguir eligiéndome a pesar de todo y de todos. Os quiero y os necesito.

A mis Lucas, los dos, padre e hijo. Qué regalo teneros, qué regalo que forméis parte de mi vida, qué maravilla ver cómo hacéis uno con mi Lore. Estoy tan, pero tan orgullosa de vosotros que no sé siquiera elegir las palabras.

A Juanma, mi incansable guerrero, mi escudo y mi espada. Gracias por parar los golpes, por protegerme siempre, por priorizarme. Pondría mis sueños en tus manos las veces que fuera necesario. Pertenecer a la familia de Boulevard22 es un honor, gracias por abrirme las puertas y las ventanas, llegué para quedarme.

Gracias a Esther Escoriza, la persona que más paciencia ha tenido en este proceso. Gracias por mirar por mí, por respetar mis tiempos, por las palabras de aliento cada vez que las he necesitado. Este es el tercero, pero espero que sean muchos más, siempre juntas.

A María Luque, la que siempre está detrás, la que hace que todo funcione, la que apoya y trabaja para que yo pueda brillar con

fuerza. María, siempre lo haces todo fácil, gracias por trabajar tan bonito a la vez que profesional; compartir contigo este camino se siente una bendición.

A ti, que me estás leyendo ahora mismo, que apoyas mi trabajo, mi carrera, mi oferta literaria. Gracias de todo corazón por pararte a leer lo que yo he querido escribir; gracias por dedicarme tu tiempo, que es lo más bonito y preciado que tenemos; gracias por escoger historias como esta, que tratan de ir un poquitito más allá.

A mis fieles seguidoras, las que llenáis mis redes sociales de corazones, de palabras bonitas, de piropos que ya quisieran los más truhanes lanzar. Gracias por ser mi casa y mi espacio, por construir un mundo un poco mejor, por compartir heridas y armas, por siempre estar dispuestas a echaros unas risas conmigo. Os siento mis amigas, de verdad os lo digo.

A todas las personas que se han acercado a verme al teatro, ya sea con *Gordas* o con *Yo siempre seré yo a pesar de ti*, ya sabéis que los escenarios son mi espacio seguro, que vengáis a ver nuestra propuesta es algo que jamás dejaré de agradeceros. A Bendita Inocencia, nuestra productora, aún le queda mucho por dar, espero que queráis seguir recibiéndonos durante muchos años.

Y para terminar... Gracias a ti, María Teresa, que te estás leyendo ahora mismo mientras lo escribes. Eres una flipada, pero te encanta. Gracias por confiar en ti, por demostrarte una vez más que sí puedes, por parar de vez en cuando para llorar un rato, pero después continuar con más ahínco. Gracias por aprender de tus errores, por permitirte equivocarte, por siempre buscar el mejor método, por intentar ponértelo fácil, por confiar en ti misma y mandar el síndrome de la impostora a la otra punta del planeta. Gracias por escribir las historias que tú quieres leer. Tenemos que aguantarnos toda la vida y creo que de momento lo estamos haciendo estupendamente. El amor propio siempre será nuestra bandera y nuestro objetivo, creo que hemos elegido bien la batalla.

Gracias, de todo corazón.

Banda sonora

No hace falta ná, ℗ 2017, 2018 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Orishas.

La morocha, ℗ 2023 Sony Music Entertainment Chile S.A., interpretada por Luck Ra y BM.

Busca lo más vital, ℗ 2023 Walt's Sing-Alongs, interpretada por Walt's Sing-Alongs.

María de la O, ℗ 2000 BMG Music Spain, S.A., interpretada por Marifé de Triana.

Baile inolvidable, ℗ 2024 Rimas Entertainment LLC, interpretada por Bad Bunny.

Ella me levantó, ℗ 2007 Craft Latino, distribuido por Concord, interpretada por Daddy Yankee.

Traigo salsa con reggaetón, ℗ 2006 Knarias, interpretada por K-Narias.

Vamos a la playa, ℗ 2020 Loonalicious, interpretada por Loona.

Volare, ℗ 2000 Nonesuch Records, interpretada por los Gipsy Kings.

Bienvenidos al show, ℗ 2022 Universal Music Spain, S.L.U., interpretada por Amaia.

Exoplaneta, ℗ 2021 Sony Music Entertainment España, S.L., interpretada por Arde Bogotá.

Sexo en la playa, ℗ 2023 Whoa Music, interpretada por Alizzz y Amaia.

He llorado (como un niño), ℗ 2015 Universal Music Mexico S.A. de C.V., interpretada por Juan Magán con la colaboración de Gente

de Zona.

La bachata, ℗ 2022 La Industria Inc., bajo licencia exclusiva de Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Manuel Turizo.

La carretera, ℗ 2015, 2016, 2017 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Prince Royce.

Eterno verano, 2020 Universal Music Spain, SLU / Musica Global Discogràfica SL, interpretada por Miki Núñez.

¡Suéltalo!, ℗ 2013 Walt Disney Records, interpretada por Gisela.

Chulo, Universal Music Latino/Interscope; ℗ 2023 UMG Recordings, Inc., interpretada por Bad Gyal.

Qué electricidad, ℗ 2015 Sony Music Entertainment España, S.L., interpretada por Carlos Sadness.

La despedida, ℗ 2010 Craft Latino, distribuido por Concord, interpretada por Daddy Yankee.

Madre tierra (Oye), ℗ 2014 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Chayanne.

Con calma, ℗ 2019 El Cartel Records, licencia exclusiva para UMLE, interpretada por Daddy Yankee con la colaboración de Snow.

Vente pa'ca, ℗ 2016 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Ricky Martin con la colaboración de Maluma.

He comprado, ℗ 2022 Ganges, distribuido en exclusiva por ADA, interpretada por Ganges.

Capaz (merengueton), ℗ 2024 CONMUER LLC, interpretada por Alleh y Yorghaki.

Playa, ℗ 2014 Darlalata Music, interpretada por Varry Brava.

Voy a ser el rey león, ℗ 2019 Walt Disney Records, interpretada por Tomás Roca de Viñals, Alejandra Silvela y Eduard Doncos.

Si muriera mañana, ℗ 2024 Rigoberta Bandini, interpretada por Rigoberta Bandini.

Maquillaje, ℗ 2005 BMG Rights Management and Administration (Spain) S.L.U., interpretada por Mecano.

Mientras me curo del cora, ℗ 2023 UMG Recordings, Inc. FP, interpretada por Karol G.

Mañana será bonito, BICHOTA RECORDS / INTERSCOPE RECORDS / UNIVERSAL MUSIC LATINO, ℗ 2023 UMG Recordings, Inc., interpretada por Karol G.

Biografía

TERESA LÓPEZ CERDÁN nació en Albatera, pueblo de la Vega Baja del Segura, en Alicante, aunque vive en Madrid desde los dieciocho años. Es actriz, periodista y creadora de contenido en redes sociales. Es cofundadora, junto a Carlos Mesa e Isabel Verdú, de Bendita Inocencia, una productora teatral que ha llevado a escena varias obras con notable éxito, entre ellas Gordas y Yo siempre seré yo, a pesar de ti, adaptación de su primera novela. Dispuesta a acabar con la gordofobia, se ha convertido en abanderada del movimiento Body Positive.

Encontrarás más información de la autora en:

TikTok e Instagram: @teresalopezcerdan

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Mañana será más bonito
Teresa López Cerdán

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de la cubierta: María Cabañas
© Fotografía de la autora: Gabriella Lojo Andrade

© Ilustraciones del interior: María Cabañas

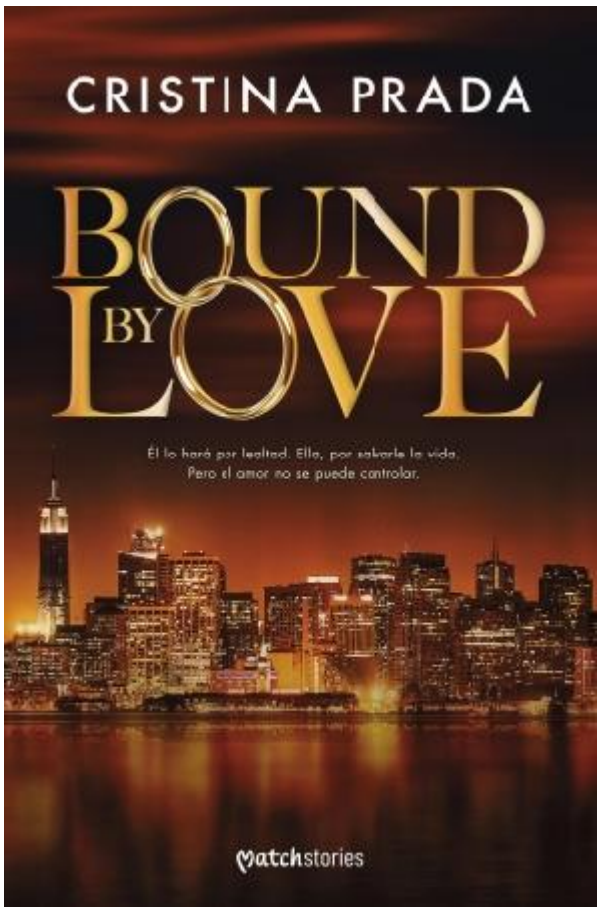
© Teresa López Cerdán, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2025

ISBN: 978-84-08-30511-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



Bound by love

Prada, Cristina

9788408303350

568

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él lo hará por lealtad. Ella, por salvarle la vida. Pero el amor no se puede controlar.

Summer Salvatore no imagina hasta qué punto cambiará su vida cuando entra en el despacho de su padre. La decisión está tomada.

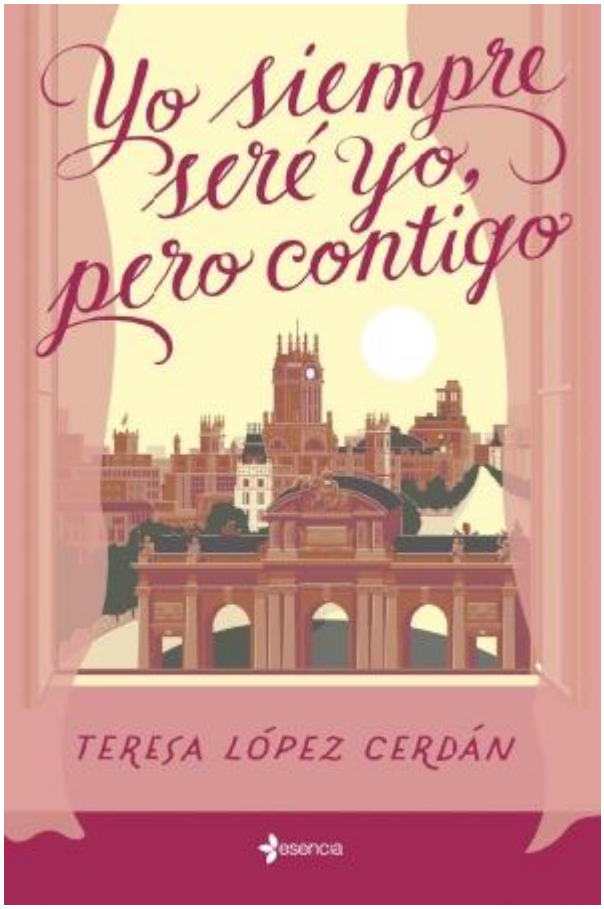
Gabriel Reid es uno de los empresarios más importantes del país. Siempre ha tenido claro lo que quiere y cómo conseguirlo en cada faceta de su vida. Sin embargo, todo eso parece cambiar cuando Summer se cuela en ella.

Por mucho que luchen caerán una y otra vez en una **relación adictiva que pondrá patas arriba todo su mundo**. Él le enseñará lo increíble, salvaje y alucinante que puede ser el sexo. Ella, todos los sentimientos que pueden esconder las ganas.

Pero, ahora, todo ha cambiado.

Las calles de la ciudad de Nueva York serán testigo de su historia, donde el amor y el odio, el deseo y el placer escribirán cada una de sus páginas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Yo siempre seré yo, pero contigo

López Cerdán, Teresa
9788408286554
288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

No te pierdas el desenlace de Yo siempre seré yo, a pesar de ti: una novela de amor pero, sobre todo, una novela de superación como mujer y como persona.

La vida de Laura ha dado un giro de ciento ochenta grados.

Ya nadie la llama Karma, por fin ha dejado El Corte Inglés y, con los treinta, ha llegado el momento de poner toda su estabilidad en riesgo lanzándose a **probar suerte en el mundo del teatro junto con su inseparable Roberto.**

Laura rehará su vida desde las raíces, empezando por la terapia y acabando con su corazón, **y descubrirá qué significan para ella el sexo de una noche, el sentido del amor romántico y la necesidad de ser ella a pesar de todo el mundo.**

¿Cómo intentar ser una mujer con el amor propio por bandera en la capital de España, vivir de su sueño y no morir en el intento?

Opiniones de los lectores sobre *Yo siempre seré yo, a pesar de ti*:

«No es otra novela de amor, es LA MEJOR.» Ana

«Un soplo de aire fresco, de autoquererse.» LRC

«Un libro necesario, para reír, llorar, reflexionar… Es un libro que muchas necesitábamos, un libro de amor: amor romántico, amor hacia tus amigos, hacia la familia, y, el más importante, amor propio.» Carlota Moral

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Pack ¿A qué estás esperando? + Tampoco pido tanto

Maxwell, Megan

9788408298335

162

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Las novelas que han inspirado la serie ¿A qué estás esperando?

El pack incluye los títulos: *Tampoco pido tanto* y *¿A qué estás esperando?*

Tampoco pido tanto

Una novela erótica de alto voltaje que hará realidad tus más secretas fantasías.

Carol trabaja como bailarina en distintos espectáculos, aunque su sueño es volver a ejercer de tripulante de cabina, y la oportunidad se le presenta en la compañía High Drogo. Daryl es comandante y viaja por todo el mundo pilotando aviones de dicha compañía. Ambos se conocen a través de Lola, hermana de Daryl y amiga de Carol. Y, aunque se atraen, y los dos están abiertos a disfrutar del sexo sin tapujos, intentan no acercarse más de lo debido, pues no quieren causarle problemas a Lola.

Sin embargo, todo cambia cuando el corazón puede a la razón. Incapaces de resistirse a la atracción que sienten el uno por el otro, deciden al fin disfrutar de las oportunidades, de la vida y del placer.

Sexo telefónico, tántrico, tradicional, tríos, *dogging*... y todo cuanto puedas imaginar. Con *Tampoco pido tanto*, Megan Maxwell nos adentra en un sinfín de posibilidades para disfrutar de las relaciones íntimas. ¿Te la vas a perder?

¿A qué estás esperando?

Una novela romántico-erótica tan ardiente que se derretirá en tus manos.

Can Drogo, piloto e hijo del dueño de la empresa aeronáutica High Drogo, es un hombre alto, guapo, adinerado, simpático… Puede elegir a la mujer que desee, y aunque disfruta de esa «magia especial» con la que le ha dotado la vida, en su interior siente que todas lo aburren.

Por su parte, Sonia Beched es la mayor de cuatro hermanas y la propietaria de una empresa de eventos y de una agencia de modelos.

Can ve en ella a una chica divertida, atrevida, sin tabúes, con la que se puede hablar de todo, incluido de sexo, pero poco más, pues considera que no es su tipo. Hasta que un día las sonrisas y las miradas de la joven no van dirigidas a él, y eso, sin saber por qué, comienza a molestarlo.

Sexo. Familia. Diversión. Locura. Todo esto es lo que vas a encontrar en *¿A qué estás esperando?*, una novela que te hará ver que, en ocasiones, tu corazón se desboca por quien menos esperas sin que puedas frenarlo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Te encontré en Bisáu

Cámara, Sonia

9788408305156

352

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El legado inolvidable de Sonia Cámara: una historia de amor que rompió todas las barreras.

«Nunca imaginé **el giro que daría mi vida** cuando en abril de 2018 me ofrecieron una misión en Bisáu como enfermera. **Casi diez meses allí lo cambiaron todo.** No solo descubrí un país, **un idioma y una cultura diferentes, sino que además hice amigos que dejaron una huella profunda en mí.** Y, sobre todo, **encontré a Du,** quien se convirtió en **mi compañero.** Pero también tuve que afrontar la dureza de lo que significa un **"amor prohibido"** y los obstáculos diarios para luchar por él.

Siempre que compartía mi historia con Du, alguien me decía que debía escribir un libro y contar **el camino que recorrimos para ser quienes fuimos.»**

Este proyecto era el sueño de Sonia, pero la enfermedad no le permitió terminarlo.

Du, el amor de su vida, ha hecho posible que su historia vea la luz. Como una promesa cumplida, como el testimonio de **una historia que merecía ser contada.**

Ahora será también vuestra, como Sonia siempre quiso, como Sonia siempre soñó que sería: **eterna.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una Navidad muy fun, fun, fun

Maxwell, Megan

9788408296409

464

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia de amor tan mágica como la Navidad.

Adriana Peña, técnica de sonido de Navacerrada, **vive tan enamorada del famoso cantante estadounidense Deacon**

Black que incluso lleva tatuada una frase de una de sus canciones. Por eso, cuando le ofrecen trabajar en la gira asiática de Deacon, acepta emocionada. Aunque su **relación es puramente laboral**, una noche coinciden en el *spa* del hotel y hablan de todo menos de trabajo. Disimular estando a solas con su *crush* se le hace muy difícil, pero debe ser profesional, así que se **calla sus sentimientos**.

Tras una dolorosa ruptura, **Deacon se sumerge en su gira** mundial y no quiere saber nada de su ex. Al finalizar el tour, Adriana **lo invita a pasar las fiestas en su hogar** en Navacerrada. Deacon, que odia la Navidad, acepta sin saber que el espíritu navideño lo espera.

¿Cómo lograrán Deacon y Adriana sobrevivir con sus diferencias?

Una historia de amor ambientada en Navidad con la que soñarás y te enamorarás, y en la que nada de lo que ocurra te dejará indiferente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Ilustración de una mujer leyendo frente al mar, con un faro y aves en el horizonte. Fondo amarillo y texto: «Mañana será más bonito».